

Hannah Tinti

Las doce balas
de Samuel Hawley



Lectulandia

SINOPSIS

Samuel Hawley no es como los demás padres. Es un tipo solitario acostumbrado a vivir huyendo de un sitio a otro y que ha educado a su hija Loo en el camino, de motel en motel, siempre vigilando sus espaldas. Conforme Loo se hace mayor, su curiosidad respecto a una madre que nunca conoció también va creciendo. Descubre un pasado oscuro que es tangible todavía en el cuerpo de su padre, marcado por las cicatrices de doce balas que recibió durante su carrera criminal. Los demonios del pasado de su padre irrumpirán en el presente, y entonces padre e hija deberán enfrentarse juntos.

Hannah Tinti

Las doce balas
de Samuel Hawley

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura

*Para Helen Ellis y Ann Napolitano,
grandes escritoras y amigas verdaderas*

*Y para Canadá,
por llevarme de la mano estando a oscuras*

HAWLEY

Cuando Loo tenía doce años, su padre le enseñó a disparar un arma de fuego. El hombre guardaba en su cuarto un cajón lleno de ellas, y otras cuantas en cajas escondidas por toda la casa. Loo las había visto de noche, cuando su padre las desmontaba para limpiarlas en la mesa de la cocina, engrasándolas y puliéndolas y pasándoles el cepillo durante horas. Ella tenía prohibido tocarlas, así que las miraba de lejos, enterándose como podía de sus secretos, hasta el día en que apagó doce velas colocadas en doce pastelitos Ring Dings de chocolate, dispuestos en estrella sobre una bandeja, y Hawley abrió el arcón de madera que había en el salón y le puso en las manos el regalo que había estado esperando: el rifle de su abuelo.

En ese momento, Loo aguardaba en el vestíbulo mientras su padre bajaba del armario de delante una caja de munición. Cogió cartuchos de percusión anular, del calibre 22 —para rifle largo y Magnum— y también para Hornady de nueve milímetros de 115 granos. Se oyó el repiqueteo de las balas, dentro de sus cajas de cartón, al meterlas en una bolsa. Loo tomó nota de cada detalle, como si las decisiones de su padre fueran una asignatura de la que luego tuviera que examinarse. Hawley cogió un Remington de acción de perno modelo 5, un Winchester modelo 52 y su Colt Python.

El padre de Loo siempre salía de casa con un arma a cuestas. Cada una de esas armas tenía su historia. Estaba el rifle que usó el abuelo de Loo durante la guerra, con una muesca por cada muerto, que ahora le pertenecía a ella. Estaba la escopeta de calibre 20 que Hawley se había traído de un rancho de Wyoming en el que trabajó una temporada adiestrando caballos. Estaban unas pistolas de plata para duelos, en su estuche de madera pulida, que ganó al póquer en Arizona. La Ruger de cañón corto que tenía guardada en una bolsa, al fondo de su armario. Las pistolas Derringer con culata de nácar que tenía escondidas en el último cajón de su mesa de despacho. Y el Colt con un sello de Hartford, Connecticut, a un lado.

El Colt no tenía sitio fijo. Loo se lo había encontrado debajo del colchón de su padre y también a la vista en la mesa de la cocina, encima del frigorífico y, una vez, en el borde de la bañera. Aquel revólver era como una marca que su padre iba

dejando en los sitios por donde pasaba. Si Hawley no estaba delante, Loo solía tocar la culata. Era de palisandro, muy suave al tacto, pero nunca empuñaba el arma ni la movía del sitio en que su padre la hubiera dejado.

Hawley agarró ahora el Colt y se lo metió en el cinturón, para enseguida echarse los rifles al hombro en bandolera. Dijo: «Vamos allá, alborotadora». Luego sujetó la puerta mientras ambos salían. Anduvo por delante de su hija mientras cruzaban el bosque de detrás de la casa y bajaban el barranco, por el que, antes de desembocar en el océano, fluía una corriente de agua sobre un lecho de piedras musgosas.

Era un día despejado. Las hojas habían abandonado sus ramas para cubrir el suelo de carmesí, amarillo y anaranjado; secas y crujientes. El padre de Loo se detuvo junto a un viejo arce, de una de cuyas ramas colgaba una herrumbrosa lata de pintura. La destapó con una navaja, utilizó la brocha atada a la empuñadura para hacer una marquita blanca en un pino situado a cien metros y a continuación regresó junto a su hija y las armas.

Hawley andaba por la cuarentena, pero parecía más joven, todavía estrecho de caderas, con las piernas fuertes. Era más largo que una falúa, con los hombros anchos y algo caídos por culpa de los años que se había tirado conduciendo su camioneta de un lado al otro del país, con Loo en el asiento del pasajero. Tenía callos en las manos, por efecto de sus trabajos eventuales —reparar coches o pintar casas—. Tenía las uñas negras de grasa y siempre llevaba demasiado largo y revuelto el pelo oscuro. Pero sus ojos eran de un azul profundo y poseía una cara desigual y quebrada, de un modo que a fin de cuentas resultaba atractivo. Parasen donde parasen, en carretera, para desayunar en alguna cafetería de la autopista, o en alguna localidad pequeña donde se demorasen un tiempo, Loo siempre notaba que las mujeres viraban en su dirección. Pero Hawley siempre callaba la boca y apretaba la mandíbula, impidiendo así que nadie se le acercara demasiado.

En esos días, el único sitio al que iba su camioneta era la orilla del mar: allí escarbaban en busca de almejas y acarreaban cubos de conchas. Hawley las llamaba *quahogs*. Pero también chirlos y otras variedades de distintos tamaños y formas. Él utilizaba un rastrillo para remover, pero Loo prefería una pala larga y fina, con la que podía levantar la arena antes de que las criaturas empezasen a excavar para ocultarse. Todas las mañanas, a primera hora, padre e hija se arremangaban los pantalones hasta las rodillas y se calzaban las botas de goma. Extraían las conchas en las marismas y marjales salinos, de la arena y de las zonas que quedaban al descubierto al bajar la marea.

Hawley se descolgó el Remington del hombro y le mostró a Loo cómo cargarlo. Cinco balas fueron deslizándose, una por una. Luego el cargador entró en su sitio con

un clic.

—Esto es para principiantes. Un arma de entrenamiento. No puede hacer mucho daño. Pero, así y todo —dijo—, ten puesto el seguro. Mira bien a dónde apuntas y lo que hay detrás. No apuntes a nada si no vas a disparar.

Abrió el cerrojo, lo retrajo, lo volvió a cerrar, haciendo que subiera a la recámara la primera carga. A continuación le pasó el rifle a su hija.

—Asienta bien los pies —dijo—. Destensa las rodillas. Respira hondo. Echa luego la mitad del aire. Entonces es cuando tienes que apretar el gatillo. Mientras sueltas el aire. No jales. Aprieta.

Loo notó en las manos la frescura y el peso del Remington, y le temblaron un poco los brazos cuando lo subió para apoyarse la culata en el hombro. Llevaba tantos años soñando con utilizar un arma de su padre, que ahora fue como si siguiera soñando. Trató de nivelar la mirilla mientras apuntaba, se acercó la culata, elevó el codo y al final, al final del todo, quitó el seguro.

—¿A qué le vas a disparar? —le preguntó su padre.

—A ese árbol —dijo Loo.

—Muy bien.

Siguió con la imaginación la trayectoria de la bala, la vio recorrer kilómetros, creando su propia historia. Se sabía de memoria todas las piezas de esa arma, cada engranaje, cada tornillo, y ahora las sentía todas —el resorte y el pasador y la recámara y el percutor—, sentía cómo operaban de consuno, situándose en sus posiciones mientras ella tocaba el gatillo.

La explosión consiguiente fue más un pum que una detonación. La culata del rifle apenas retrocedió contra su hombro. Loo esperaba una sensación fuerte, y la correspondiente sacudida en el cuerpo, pero lo único que notó fue una pequeña burbuja de alivio.

—Mira a ver —le dijo su padre.

Loo bajó el cañón. Apenas logró discernir la marca blanca en la distancia, intacta.

—He fallado.

—Todo el mundo falla. —Hawley se rascó la nariz—. Tu madre falló.

—¿Sí?

—La primera vez —dijo él—. Ahora desliza el cerrojo.

—¿Fue con esta escopeta?

—No —dijo Hawley—. A ella le gustaba la Ruger.

Corrió hacia atrás la palanca y el casquillo salió disparado y fue a parar al suelo del bosque. Loo volvió a poner el cerrojo en su sitio y la siguiente bala subió a la recámara. Su madre, Lily, murió antes de que ella pudiera recordarla. Se ahogó en un lago, por accidente. Hawley le había enseñado a Loo el lugar exacto del suceso, en un mapa de Wisconsin. Un pequeño círculo azul que podía cubrir con la punta del dedo.

A Hawley no le gustaba hablar de ello. Por esa razón, el aire centelleaba un poco cuando lo hacía, como si el nombre de Lily invocase algo peligroso. Casi todo lo que Loo sabía de su madre estaba en una caja llena de recuerdos, un altar ambulante que su padre reconstruía en los cuartos de baño de cada sitio en que se iban instalando. Habitaciones de motel y apartamentos provisionales, pisos sin ascensor y cabañas en el bosque, y esta casa de la colina, este sitio que, según Hawley, era su hogar ahora.

Las fotografías iban primero, en torno a la bañera y el lavabo. Hawley las fijaba con cuidado, no fueran a romperse: instantáneas de la madre de Loo, con su pelo negro, su piel pálida y sus ojos verdes. Al lado distribuía unas botellas a medio uso de champú y de acondicionador, una polvera y una barra de labios roja, un cepillo de dientes deformado, una bata de seda con dragones estampados en la espalda y latas de las cosas que más le gustaba comer a Lily —piña y garbanzos—, junto con fragmentos de escritura, trozos de papel que aparecieron tras su muerte, cosas que necesitaba de la tienda de ultramarinos, una lista de actividades que esperaba concluir antes del sábado siguiente y un tique de aparcamiento con fragmentos de un sueño garrapateados al dorso. *Coche viejo plegable que se puede llevar en una maleta*. Cada vez que iba al váter o se bañaba, Loo tenía delante las palabras de su madre, y podía ver cómo las letras se corrían con el paso del tiempo, cómo las iban atenuando los vapores de la ducha.

La mujer muerta era una presencia permanente en sus vidas. Cuando Loo hacía algo bien, su padre le decía: «Igual que tu madre»; y cuando hacía algo mal, su padre le decía: «Esto no le habría gustado nada a tu madre».

Loo apretó el gatillo. Lo hizo una y otra vez, recargando, durante más de una hora; en ocasiones mellaba un poco la corteza del árbol, pero falló todos los intentos, hasta que se formó un montón de casquillos de latón a sus pies y empezó a dolerle el brazo por el peso del arma.

—El blanco es demasiado pequeño —dijo—. No voy a darle nunca.

Hawley se sacó una petaca del bolsillo y la sacudió hacia delante y hacia atrás ante los ojos de Loo. La chica bajó el rifle. Se acercó a su padre y le cogió el tabaco, y también un librito de papel de fumar. Sacó una fina porción de papel, separándola del resto, la plegó por la mitad con el dedo y puso un poco de tabaco en el hueco. Luego añadió el filtro y empezó a enrollar, y pellizcó enseguida ambos extremos, y lamió el borde para sellar el doblez. Le tendió el cigarro a su padre, y él, tras prenderlo, se tumbó al sol en una roca cercana. Se estaba dejando la barba, como hacía cada vez que empezaba el frío, y ahora se la rascaba, enredándosele los dedos en el estropajoso pelo castaño.

—Piensas demasiado.

Loo le lanzó la petaca y volvió a coger el rifle. Su padre apenas había dicho nada durante la clase, como dando por sentado que la chica ya sabía utilizar las armas. Loo se emocionó mucho al principio, pero ahora empezaba a desanimarse, como le ocurría en el cuarto de baño, rodeada de trozos de papel con palabras de su madre y de latas de lo que más le gustaba comer a su madre y de fotos de la belleza espontánea de su madre.

—No puedo hacer esto —dijo.

Estaba subiendo la marea. Loo oía al océano, acumulando fuerzas, detrás del barranco. Una ola tras otra, ganando terreno por la orilla. Hawley volvió a meterse la petaca en el bolsillo.

—No hay nada entre ese árbol y tú.

—Estoy yo en medio.

—Pues apártate.

Loo puso el seguro y volvió a bajar el rifle. Arrancó una piedra del suelo con los dedos y la lanzó al bosque, todo lo lejos que pudo. La piedra recorrió en su vuelo la mitad del camino hasta el blanco y luego se estrelló en un matorral. Pájaros salieron volando. Pasó por encima de sus cabezas el ruido de un avión. Loo miró entre las ramas el destello de aluminio en el cielo. A diez mil metros de altura, parecía un blanco fácil.

A Hawley se le había apagado el cigarro mientras miraba a su hija, y ahora volvió a prenderlo, raspando una cerilla: la brasa alumbró una vez, dos veces, cuando se lo llevó a los labios. Luego lo aplastó contra la roca. Expelió el humo por la boca.

—Tienes que ponerte una máscara.

Hawley alzó sus manos de gigante y se tapó la cara con ellas. Luego separó los dedos, para enmarcar con ellos sus ojos y formar un puente por encima de la nariz. Parecía un desconocido, visto de ese modo. Luego se quitó la máscara y volvió a ser su padre.

—Prueba tú.

Las manos de Loo no eran igual de grandes, pero bastaron para aislarla del bosque y de su propia decepción. Eran como las orejas de un caballo. Las cosas se hacían borrosas o desaparecían cuando volvía los ojos a izquierda o derecha.

—¿Cómo voy a disparar así?

—Utilízalo para enfocar, luego coge el rifle otra vez —dijo Hawley.

Loo volvió a situarse mirando al blanco. Empezaba a ponerse el sol. La luz incidía en la mancha de pintura blanca, haciéndola brillar. El entorno del árbol —la tierra, el cielo, sus propias ramas— se desvaneció. Loo pensó que así era como su padre debía de ver las cosas. Un mundo de dianas.

Justo en ese momento, detrás del blanco, se agitaron las hojas. Algo se movía en el bosque. Loo bajó las manos, dejando la cara al descubierto. Contuvo el aliento.

Oyó solamente el sonido del viento. El ruido de las hojas de abedul al agitarse. El eco distante del avión en las nubes. Los arañazos de una ardilla raspando la corteza de un árbol con las garras. Pero su padre estaba atento a alguna otra cosa. Con el mentón bajo, mirando de soslayo a la izquierda. Con el rostro tenso y alerta.

Hawley siempre estaba observando. Siempre esperando. Tenía la misma expresión cuando iban al pueblo a buscar provisiones, cuando el cartero se aproximaba a su puerta, cuando un automóvil se situaba a su lado en la carretera. Por la noche, ya tarde, Loo lo oía moverse por el salón, comprobando los cierres de las ventanas. Cuando escarbaban la playa buscando almejas, lo hacía con el mar a la espalda. Eran pequeños detalles, pero la chica los percibía. Como los percibía ahora, mientras el cuerpo entero de su padre permanecía inmóvil. Luego echó el brazo atrás y enseguida lo estiró hacia delante con el Colt en la mano.

Loo dio media vuelta y recogió el rifle. Se le quedaron rígidos los dedos en la culata. Recorrió el bosque con los ojos, sin ver nada. Su padre estaba de pie, mirando en dirección al árbol. A la marquita blanca situada a cien metros, al otro lado del barranco.

—¡Loo! ¡Ahora!

Gritó el nombre de la chica como si sus vidas hubieran dependido de ello. Y en un movimiento el Colt cortó el aire como una extensión de su brazo, y disparó al bosque, fogonazos, un estampido tras otro, resonando contra las colinas. Loo se llevó el rifle al pecho y corrió el cerrojo y disparó, corrió el cerrojo y disparó, corrió el cerrojo y disparó, y hasta la quinta vez no se dio cuenta de que su padre había parado y ella se había quedado sin balas. Clic, clic, clic.

Loo bajó el cañón del rifle, con la esperanza de ver algo —sin saber exactamente qué era lo que esperaba—. Un monstruo acechándolos desde los árboles. Una sombra del pasado de su padre. Pero solo estaba ahí el delgado pino, con una nueva franja amarilla, como si el Colt de Hawley le hubiera pelado la corteza directamente del tronco. Y medio metro más abajo, en mitad de la marca blanca que había pintado, tres orificios negros.

El padre de Loo fue corriendo a comprobar la diana. Se sacó la navaja de la bota y extrajo del tronco una de las balas. Volvió con Loo y se la soltó en la palma de la mano. Un diminuto trozo de metal, del color del oro. La bala era del rifle de Loo, pequeña y resplandeciente y dura y rota. Rehecha por el impacto en la diana. Hawley sonrió, con un brillo en los ojos.

Luego dijo:

—Igual que tu madre.

LA CUCAÑA

Loo se había pasado la vida yendo de un sitio para otro. Estaba acostumbrada a dejar cosas atrás. Permanecían instalados en una localidad durante seis meses o un año, y un buen día Loo volvía a casa del colegio y su padre tenía la camioneta cargada, y luego viajaban la noche entera, o dos noches, o semanas —alojándose en un motel detrás de otro y durmiendo a veces en la trasera, bajo una vieja piel de oso, con el seguro de las puertas echado—. De pequeña, la aventura le resultaba apetecible, pero según pasaban los años se le fue haciendo cada vez más difícil cambiar de colegio, hacer nuevas amistades, ser siempre la única que no se enteraba de los chistes. Empezó a temer los traslados, pero una parte de ella también los deseaba, porque implicaban que podía cesar en sus intentos de adaptación para limitarse a ocupar el lugar que le correspondía: el asiento del pasajero en la camioneta de su padre, lanzada a toda velocidad por la autopista.

Solo conservaban algunas pertenencias. El padre llevaba las armas y la caja con las cosas del cuarto de baño pertenecientes a Lily, y Loo agarraba los cepillos de dientes y unos cuantos calcetines limpios; un telescopio corto, de mano, que Hawley le había comprado para que mirase las estrellas; y su planisferio: un mapa circular del tamaño de una bandeja, hecho de plástico y cartón, para localizar las constelaciones. Había pertenecido a su madre. Hawley se lo entregó a Loo cuando la niña cumplió seis años. Cada vez que llegaban a un sitio nuevo, Loo esperaba a que oscureciese, giraba la rueda, fijaba la fecha y la hora, y la carta localizaba a Casiopea, Andrómeda, Tauro y Pegaso. Aunque las calles estuviesen demasiado iluminadas y no dejaran ver más que la Osa Mayor o el Cinturón de Orión, era así como Loo empezaba a sentirse en casa, estuviesen donde estuviesen.

Tras deshacer el equipaje, su padre compraba ropa nueva para ambos y juguetes nuevos para Loo y cualquier otra cosa que les hiciera falta. Había en ello cierta alegría. Y también en volver a forzar el lomo de un libro que Loo ya había leído tres veces. No se despedía de los vecinos al mudarse, ni de sus profesores, aunque se hubieran portado bien con ella. Tampoco les decía adiós a sus amigos, si los tenía, algo que no solía ocurrir.

Hawley y Loo tomaban los fideos *ramen* en tazas de té. Abrían las latas de sopa Campbell con cuchillos de caza y las calentaban en botes Sterno de calor rápido. En ocasiones especiales encargaban comida china. Daba igual que estuviesen en California o en Oklahoma. Siempre podían encontrar un Palacio de la Fortuna. Los rollos de huevo fritos y la sopa *wonton* y las crepes de cebolleta y la salsa *hoisin* eran lo que más contribuía a que Loo se quedase a gusto.

Su undécimo cumpleaños los pilló en San Francisco, y allí había tal cantidad de sitios donde comprar comida china que Hawley juntó una docena de menús y dejó que Loo eligiera lo que quisiese. Cuando regresó a la habitación del motel, con bolsas de arroz frito y fideos de sésamo y pollo *moo shu*, Loo tenía instalado un tablero de ajedrez en el suelo. Era un regalo que su padre le había entregado envuelto en las páginas de cómics del periódico y que ella había abierto aquella misma mañana. Se habían pasado la tarde jugando a las damas, pero el tablero también venía con piezas de ajedrez.

—Tendrás que apañártelas sola con eso —le dijo Hawley—. Yo no sé cómo se juega.

—Hay instrucciones —dijo Loo—. Cada pieza se mueve a su manera. La torre va hacia arriba y hacia abajo y hacia los lados. El alfil va en diagonal. La reina se mueve como quiere.

—Vamos a comer antes de que se nos enfríe todo.

Hawley abrió una cerveza y puso la tele. Sentados en la cama, escarbaron en los fideos y el arroz y vieron juntos una película de los hermanos Marx. Cuando terminó, Hawley recogió las cajas de comida y las metió en una bolsa, y Loo volvió a sentarse en el suelo con su tablero. Normalmente, después de cenar jugaban a las cartas. Al gin rummy, al ocho loco o al póquer visto. Utilizaban como fichas el dinero suelto que tuviese Hawley, y el ganador elegía postre en la máquina expendedora. Pero Loo estaba dispuesta a hacer algo nuevo. Se le habían ido los ojos detrás de las fichas de ajedrez, esa mañana, nada más abrir la caja. Repasó las instrucciones.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Hawley.

—Quiero entenderlo yo sola.

—Allá tú.

Hawley anudó la bolsa de la basura. Se metió el Colt en el cinturón y lo tapó con el faldón de la camisa. Cogió la llave y cerró la habitación por fuera, y Loo, a continuación, oyó sus pasos alejarse por el camino de cemento, hacia donde estaban los cubos de la basura.

Loo optó por el caballo y lo movió en L, dos casillas hacia delante y una a la izquierda. Luego fue a sentarse al otro lado del tablero. Trataba de resolver la partida como si fuera un puzzle. Adelantó un peón. Luego se situó al otro lado del tablero e hizo lo mismo.

Se oyó el ruido de la cerradura al abrirse. Entró Hawley y volvió a montar los cerrojos, puso el Colt en la mesilla de noche, se lio un cigarro y entreabrió la ventana. Había un concurso en la tele y el público aplaudía. Pero Loo sabía cómo ahogar los ruidos. Ya ni se acordaba de cuándo había empezado a ahogar cosas. Y algo muy emocionante estaba ocurriendo en aquellos escaques blancos y negros, en ese tablero plegable. Maquinaba grandes estrategias cuando jugaba con las blancas, y en el momento en que agarraba una pieza negra, esas tácticas quedaban en segundo plano, vistas desde ese otro lado que también quería ganar.

Siguió jugando hasta que el cielo se oscureció en la ventana de la habitación, y las luces de neón de la autopista se reflejaban en el tablero cuando ya no quedaban más que los dos reyes y una torre negra. No conseguía acercar la torre lo suficiente como para lograr el jaque mate, de modo que la utilizaba para obligar al rey a recorrer el tablero. Ambos reyes, el blanco y el negro, iban dando sucesivos bandazos en direcciones diferentes, hasta que Loo perdió la paciencia y barrió las piezas con el brazo.

La tele seguía puesta. Ahora retransmitían otro concurso. Concursante tratando de averiguar la respuesta acertada. Reloj gigantesco con la manecilla de los segundos desplazándose y público conteniendo la respiración. Hawley no prestaba atención a la tele. Ni siquiera miraba la pantalla. Ocupaba un sillón junto a la ventana. El cenicero del alféizar estaba lleno de colillas hasta los bordes, y él no había apartado los ojos de Loo ni un solo instante.

—¿Quién ha ganado?

—Nadie —dijo ella.

Loo fue al cuarto de baño y cerró la puerta. No sabía por qué estaba enfadada. La partida había empezado llena de posibilidades, pero al final fue como sentirse rodeada de espacios vacíos, desplazándose paso a paso hacia ninguna parte. Se lavó los dientes y miró las cosas de su madre. Escupió y se inclinó hacia delante, más cerca de una tira de fotos de sus padres pegada con celo a la izquierda del lavabo, cerca del espejo. Se les veía muy juntos en una caseta de feria: cuatro instantáneas en sucesión, con su madre poniendo caras y su padre saliéndose del encuadre. Era como si ambos compartieran un secreto maravilloso que Loo nunca llegaría a conocer.

Cuando salió del cuarto de baño, la tele estaba apagada, y el tablero, plegado y recogido. Hawley le había abierto la cama y apartado la colcha, como siempre hacía, durmieran donde durmieran, incluso en la trasera de la camioneta. Loo se metió bajo las mantas y su padre la arropó.

—Ya sé a dónde iremos la próxima vez —le dijo.

—¿A dónde? —preguntó Loo.

—A un sitio donde no tengas que jugar sola.

—Pero es que a mí me *gusta* estar sola.

—Ya lo sé —dijo Hawley—. Pero no debería gustarte.

El mes de junio siguiente llegaron a Olympus, Massachusetts. Hawley le dijo que allí había nacido su madre. Lily se había criado en las heladas aguas del Atlántico, y Loo debía pasar por la misma experiencia, cabalgar las olas y dar un paseo hasta el faro, hacer el descenso del río Megara en canoa y navegar de la Punta a la isla de Tire. Una vida normal, dijo Hawley. Con una casa normal, en un barrio, con amigos de su edad y un colegio en que pudiera sentirse a gusto.

Se alojaron en un motel junto al mar y bajaron a la playa. Loo hizo un castillo de arena gigante, abriendo ventanas en las torres con el dedo y echándole encima arena mojada para sellar las grietas; mientras, Hawley levantó un muro para contener la subida de la marea y cavó luego una zanja tan profunda que se coló por ella el océano, hasta llenar el foso. Utilizaron valvas de mejillón para las puertas y colgaron algas de las murallas. Luego se comieron unos perritos calientes y miraron la puesta de sol y, cuando empezó a refrescar, fingieron que se convertían en monstruos y destrozaron el castillo, rugiendo y pateando y aplastando a los reyes y a las reinas y a los lugareños que tenían bajo sus pies.

A la mañana siguiente, Hawley la llevó en coche a que conociera a Mabel Ridge. Era la madre de la madre de Loo, es decir, la abuela de Loo. Hawley iba nervioso y llevaba su mejor camisa. Incluso había hecho que Loo se pusiera un vestido y se cepillara el pelo, algo que rara vez ocurría. Le costó casi una hora desenredar los nudos. Los que no pudo eliminar acabó cortándoselos con unas tijeras, hasta dejarse la cabeza desigual y llena de trasquilones, como si algún animal se la hubiera mordido por un lado.

La casa de Mabel estaba cerca de una extensión de bosque rocoso que llamaban Dogtown y que cubría unos siete kilómetros, entre Olympus, Gloucester y Rockport. Hawley le dijo a Loo que en Dogtown ya no vivía nadie, pero que tres siglos antes había sido residencia de agricultores puritanos y luego de viudas de pescadores, esclavos liberados, forajidos y manadas de perros asilvestrados, que dieron nombre a la localidad. Ahora, el terreno era más que nada un santuario de aves mantenido en fideicomiso y entrecruzado de rutas de senderismo, pero aún eran visibles, excavados en la roca, los cimientos de las viejas casas, y por ahí pasaban vagabundos y de vez en cuando había robos o alguien resultaba apuñalado en el bosque.

—O sea que no andes por ahí —dijo Hawley—. Prométemelo.

Loo se lo prometió.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por tu madre.

Hawley aparcó la camioneta delante de una casa destartalada, con los peldaños de

la escalera frontal descabalados y la pintura cayéndose a trozos, y un Pontiac corroído delante del garaje.

—¿Aquí vivió mamá cuando era pequeña?

Hawley asintió y Loo aplastó la cara contra el cristal de la ventanilla. En la puerta había una aldaba de latón en forma de piña.

—Tu abuela y yo tenemos cosas que hablar —dijo Hawley—. Quédate en la camioneta por el momento.

—Yo quiero entrar.

—Ya entrarás —dijo Hawley—. Pero primero tienen que invitarnos.

Su padre se apeó de la camioneta y subió la escalera del porche arrastrando los pies. Levantó con cuidado la piña de latón colocada en la puerta y la dejó caer. El aldabonazo le resultó familiar a Loo, como algo procedente de un sueño recordado a medias: la corona de hojas abierta como una flor, el resplandor dorado del sol.

Abrió la puerta una mujer mayor, con anteojos, secándose las manos con el faldón de la camisa. No se parecía en nada a las abuelas de los libros de cuentos. Parecía la clase de mujer capaz de eviscerar a un ciervo.

Hawley dijo unas palabras. Mabel Ridge le contestó con unas palabras. Puso la mano en el pomo de la puerta, como para cerrarla, pero Hawley dijo algo más y ella detuvo el gesto. Se inclinó hacia delante para observar el entorno. La chica y la mujer establecieron contacto visual por un momento. Luego Loo se tocó el pelo cortado a bocados y Mabel Ridge cerró de un portazo. Hawley volvió a subirse a la camioneta y pegó un puñetazo en el salpicadero y se cargó la radio. A Loo le dio miedo preguntar qué había ocurrido, y volvieron al motel en silencio, con los nudillos de Hawley manchándole de sangre los puños de la camisa.

Una vez en la habitación, Loo se quitó el vestido y volvió a ponerse los vaqueros, y Hawley se sacó por la cabeza la camisa ensangrentada y la arrojó a un rincón. Volvieron al paseo tablado y se compraron unos helados y se sentaron en la playa, en el mismo sitio en que habían derribado su castillo el día anterior. La marea se lo había llevado todo por delante, pero quedaban unas cuantas partes y algunas conchas, y el foso seguía lleno de agua.

—¿Te gusta el sitio este? —le preguntó su padre.

—Claro —dijo Loo.

—Porque si quieres nos vamos.

—Acabamos de llegar.

—Ya lo sé.

Loo miró los nudillos de su padre, que sangraban al doblarse para sujetar el cucurucho. Atrapó otro trozo de helado y dejó que el chocolate se le derritiera sobre la lengua.

—Nos quedamos —dijo—. Que le den a la vieja esa.

—Eso no se dice —dijo Hawley, riéndose—. A tu madre no le habría gustado nada.

A la mañana siguiente se pusieron a buscar un sitio donde vivir, y en vez de firmar un contrato de alquiler a corto plazo, su padre recurrió a un dinero que tenía en una caja de seguridad de Boston y compró la vieja casa de los Henderson, junto al mar. La propiedad se extendía en círculo hasta el borde de la bahía y su superficie era de unos veinte mil metros cuadrados. Era la primera vez que vivían en una casa con escaleras. El dormitorio de Loo estaba en la segunda planta, y tenía dos ventanas y un tejadillo lateral al que se podía acceder. El cuarto de su padre estaba al otro lado del corredor. Al principio le costaba trabajo conciliar el sueño, con tanto silencio, acurrucada en su nueva cama, con la piel de oso echada sobre los hombros. Lo único que la ayudaba era escuchar los pasos de Hawley deambulando por la casa durante la noche. Una esquirla de luz penetraba en la habitación cuando él abría la puerta para ver si todo estaba en orden. Ella cerraba los ojos, tratando de parecer tranquila.

—Farsante —le decía su padre.

Luego cerraba la puerta y Loo oía alejarse sus pasos.

A veces, la chica atisbaba a su abuela en el mercado, o camino de la iglesia católica, los domingos. Si los veía por la calle, la anciana se metía en una tienda y esperaba a que pasasen. Cuando la chica le señalaba su presencia, Hawley se limitaba a decir que Loo se parecía mucho a su madre y que Mabel Ridge acabaría por acercárseles.

—Somos familia —decía—. Le guste o no.

Pasó un mes, y enseguida otro. Poco a poco, Loo se fue acostumbrando al silencio de su nueva casa, a oír los crujidos del entarimado en plena noche, y los traqueteos de las contraventanas, en vez del ruido del tráfico. Cuando llegaba a casa, Hawley atravesaba el silencio, se quitaba las botas y las tiraba, gritaba el nombre de Loo hacia el piso de arriba. Pero su padre también sabía cómo no hacer ruido. En más de una ocasión había aparecido de súbito en la cocina, o le había dado un susto a Loo en el tejadillo exterior de su ventana. No estaba. Y de pronto sí estaba. Aclarándose la garganta y encendiendo una cerilla y haciendo dar un respingo a su hija.

Una mañana la despertó el sonido de un timbre fuera de la casa. Bajó corriendo y vio a Hawley pasar por delante en una bicicleta nueva, de color amarillo. Era su primera bicicleta. Le enseñó a montar en el camino de entrada al garaje. Iba corriendo a su lado, sujetándole el sillín, hasta que ella encontraba el equilibrio. Les llevó casi todo el día, pero al final consiguió ir calle abajo y rodear la manzana. No se dio cuenta cuando la soltó.

Fueron juntos a una tienda de suministros náuticos y compraron botas de

pescador y herramientas para pescar y para buscar almejas. Hawley había aprendido de su padre el modo de localizar y desenterrar los *quahogs*, y Loo comprendió que le resultaba muy emocionante enseñarle a ella lo que sabía. Poco antes de amanecer la despertó sacudiéndola del hombro y cruzaron juntos el bosque, hasta la orilla. Loo nunca había visto la marea tan baja, el mar era una veta de color en la distancia. La arena descubierta estaba abarrotada de conchas y cangrejos y se veía una multitud de agujeros muy pequeñitos.

—Mira esto —le dijo su padre.

Luego flexionó las piernas y saltó con todo su metro noventa, levantando mucho las rodillas. Su cuerpo quedó en suspensión por un instante, antes de dar en el suelo con ambos pies, produciendo un ruido fuerte y violento. Alrededor del impacto, las almejas enterradas soltaron chorros de agua, como fuentes escondidas. Y en ese mismo momento supo Loo que de veras iban a quedarse, que este sitio era distinto de todos los demás: la playa entera despertándose a la vida por la mañana temprano, y su padre con una sonrisa de oreja a oreja, como si acabara de enseñarle lo mejor del mundo.

Al acabar el verano, Loo entró en el instituto de enseñanza secundaria de la localidad. Hawley desenterró su carpeta de transferencia —que incluía antiguos boletines de notas, calificaciones recientes y certificados de que le habían puesto todas las vacunas— y se presentó con ella en el despacho del director. Loo había pasado por siete colegios de siete estados. Este era el octavo.

Tras la prueba de admisión, les dijeron que el resultado le permitía adelantar un año y que la pasarían a octavo grado. El director era un sueco corpulento y de voz suave, tan rubio que parecía tener el pelo blanco, y con el hábito de eructar cuando se ponía nervioso. Sonriendo, le estrechó la mano a Loo con sus carnosos dedos.

—Tu madre y yo fuimos compañeros de colegio.

—¿Aquí? —preguntó Loo—. ¿En este mismo sitio?

—Se han hecho mejoras, claro, pero sí, es el mismo edificio.

Loo recorrió con la mirada los radiadores de vapor, las ventanas gigantescas, las escaleras de mármol y las hileras de viejas taquillas metálicas. Los alumnos la miraban al pasar por su lado. Eran chicos y chicas de aspecto bastante amigable. Podía ser que el ocho fuera su número de la suerte.

—O sea que usted la conoció —dijo Hawley—. A Lily.

—Éramos amigos —dijo el director Gunderson.

—Dígame una cosa.

—¿Qué?

—Sobre ella.

El padre de Loo se había situado más cerca del director. Era como un palmo más alto que Gunderson, y Loo se dio cuenta de que este se ponía nervioso. A Hawley le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda —el cartílago cicatrizado y retorcido quedaba justo debajo del conducto auditivo— y el director estaba esforzándose en no mirarlo.

Cuando era pequeña, su padre solía contarle que un pájaro le había arrancado el lóbulo. Luego fue un caballo, luego un león, luego una vaca, luego un perro. Loo imaginaba cada uno de estos animales hundiéndole los dientes en la carne, y entonces tiraba del pelo de Hawley para cubrir la oreja.

—Era un espíritu libre —dijo el director Gunderson—. Lily le caía bien a todo el mundo.

—No es eso lo que ella me dijo.

—Bueno, no sé. —El director soltó una bocanada de aire y después trató de volvérsela a tragar—. A mí me caía bien. Quizá sea más acertado decirlo así. A mí me caía muy bien Lily.

Hawley mantuvo la proximidad, mirando desde arriba al hombre que tenía delante, como si estuviera tratando de solucionar un problema. Luego dio un paso atrás y le tendió la mano.

—Gracias —dijo— por aceptar a Loo.

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudarles a instalarse, díganmelo.

Ahora el hombre se sentía aliviado y hablaba muy deprisa. Como si hubiera superado algún examen que él mismo se hubiera puesto.

—Y deberían pasarse por el Sawtooth, el restaurante de mi familia. Tenemos el mejor pescado con patatas fritas de la localidad.

—¿Y almejas? —le preguntó Loo—. ¿Le sirven ustedes almejas a la gente?

—Sí, también almejas —dijo Gunderson.

Hawley miró a su hija. Luego alzó la mano y se tocó el lóbulo que le faltaba.

Cuando los pescadores se enteraron de que Samuel Hawley le vendía directamente sus capturas al restaurante de Gunderson, hubo quejas, sobre todo de Joe Strand y de Pauly Fisk, que vendían su marisco en el mercado semanal y no eran amigos de los intrusos ni de la competencia. Joe Strand y Pauly Fisk se habían criado en Olympus. Ninguno de los dos había salido nunca de allí. Fisk tiraba a rollizo y siempre llevaba puesta la misma gorra de béisbol, con las palabras *Hong Kong* bordadas en la visera. Strand se complacía en llevar bajo el labio inferior un pequeño matorral estropajoso que según él atraía a las mujeres. Ambos tenían exmujeres e hijos que vivían con ellos y a quienes se esforzaban en querer.

Ninguno de los dos se enfrentó abiertamente con Hawley, pero ello no les impidió difundir rumores sobre personas que se habían puesto malas con sus ostras, ni

tampoco de arrojar lejía en la orilla de Hawley, matando un verdadero montón de chirilas.

El padre de Loo no dijo una sola palabra al respecto. No hasta la tarde en que llegó a casa y se encontró sin sus botas de pescador y con el material dañado. Entonces fue directamente al Flying Jib y le rompió la mandíbula a Joe Strand. Después localizó a Fisk, que se estaba dando un garbeo por el puerto, con las botas de Hawley puestas, y lo arrojó al mar desde el embarcadero. Las botas se llenaron de agua y arrastraron al hombre hacia el fondo. Fisk se habría ahogado si Hawley no hubiera acudido a su rescate, cortando los tirantes.

Loo asistió a todo aquello desde la camioneta. Le abrió la puerta a Hawley cuando este regresó dando tumbos desde el muelle. Cuando se acomodó en el asiento del conductor estaba empapado y chorreando, con sangre en el pelo y los nudillos hinchados. Se agarró al volante, respirando agitadamente. Su rostro había adquirido una especie de suavidad, como si las líneas de la edad le hubieran desaparecido al mismo tiempo que la consciencia. Llegados a casa, Hawley tuvo que encerrarse durante horas con las cosas de la madre de Loo y luego salir del cuarto de baño envuelto en toallas, y que su hija le trajera un vaso de whisky, para recuperar su aspecto normal.

Después de eso los pescadores lo dejaron en paz. Lo mismo hizo todo el mundo. Pero nadie, aparte del director Gunderson, le compraba la captura del día, aunque pusiera un puesto en el mercado de fin de semana. La situación empeoró cuando el frío ahuyentó a los últimos turistas y las ventas solo se hacían entre lugareños. Durante todo ese invierno y la primavera siguiente, Hawley tuvo que alejarse cuatro o cinco pueblos —incluso Rockport y Newbury estaban demasiado cerca—. También tuvo que llevarse a Loo consigo para conseguir compradores. Era un papel que la chica se sabía de memoria, de sus tiempos de hacer carretera juntos. Enternecer a los extraños. Pedir cosas que su padre no podía pedir. Loo se pasaba el día vaciando cubos, afilando su navaja y disponiendo las conchas en un intrincado diseño en cascada que cubría todo el mostrador del tenderete. Cuando alguien se paraba a admirar su obra, Loo se situaba junto a Hawley mientras este ponía el precio.

En aquella época Loo tenía doce años y medio y era casi tan alta como una mujer hecha y derecha. Llevaba encima el aspecto brusco y agresivo de los niños criados por hombres, pero también parecía limpia incluso con la cara sucia. Vivir en un pueblo pequeño no había normalizado su vida, ni le había proporcionado un sitio en el que sentirse a gusto. Tras la reacción violenta de Hawley, los pescadores les habían dicho a sus hijos que no se le acercaran, y Loo se había vuelto rara, como les ocurre a los niños que se quedan aparte.

No pasó mucho tiempo sin que la convirtieran en blanco de sus ataques.

Fueron los hijos de Joe Strand y de Pauly Fisk quienes empezaron. Ambos

compartían aula con Loo. A Pauly hijo lo eligieron tesorero de la clase y a continuación utilizó la colecta para comprarse una guitarra, que destrozó en escena durante un concurso colegial para descubrir talentos. Jeremy Strand se sentaba junto a la ventana y olía a chucrut. Su mayor goce consistía en tirarse por los acantilados que rodeaban la cantera, en las afueras de la ciudad. Su segundo mayor goce consistía en persuadir a los demás chicos de que se tiraran de esos mismos acantilados. Las canteras estaban llenas de material de construcción abandonado, perdido cuando los extractores de granito encontraron agua. De vez en cuando alguien aterrizaba donde no debía, y eso fue lo que le pasó a Jeremy Strand. La policía lo aerotransportó con daños cerebrales, pero en cuanto pudo volver a andar allí estaba otra vez, con Pauly hijo, empujando a otros niños a una caída de veinte metros.

Los chicos le arrojaron trozos de comida a Loo durante una visita escolar al museo ballenero de la localidad. Esto hizo que el pelo le oliese a embutido y tuvo que ir al cuarto de baño a lavárselo; cuando salió, los chicos la estaban esperando y la hicieron tropezar. El resto de la clase también lo vio, pero nadie ayudó a Loo a recoger sus libros del suelo, ni cuando Jeremy y Pauly hijo le quitaron la mochila y la tiraron por la escalera. Lo que hicieron los chicos y las chicas era mirar para otro lado y soltar risitas y poner los ojos en blanco, no fuera a tocarles a ellos. Luego apareció la profesora y dio una palmada y los puso en fila para la visita. Loo bajó a toda prisa la escalera, para recoger su mochila. Cuando se reincorporó, los demás alumnos ya estaban congregados en torno a una reproducción a tamaño natural del corazón de una ballena.

El corazón de la ballena estaba hecho de plástico rojo y rosa, con unas venas y arterias gigantescas retorciéndose a su alrededor como las raíces de un árbol. La reproducción era del tamaño de una casa de juguete, suficiente para entrar a gatas. Había un cartel en que se proponía a los niños que lo hicieran, de manera que cuando el resto de la clase se trasladó a la siguiente caseta, Loo se introdujo a cuatro patas por el túnel de la aorta, dejó atrás una válvula y penetró en el ventrículo izquierdo. El espacio no estaba previsto para alguien de su tamaño, pero permitía moverse con cierta comodidad. Era incluso acogedor. Loo apoyó la espalda contra el plástico color carne. Los costados eran rugosos y sombríos, y resonaron cuando Loo cambió de postura.

Le resultaba un alivio quitarse de en medio durante un rato. No tener que poner la cara que ponía en público. Casi siempre tenía la sensación de estar fingiendo, como si en su interior no hubiese más que puertas cerradas. Loo golpeó la pared del corazón con el puño. Bum. Bum. Imaginó aquellos músculos con vida y agitándose, un zumbido de sangre a través de doscientas toneladas. La profesora les había dicho que el corazón humano era del tamaño de dos puños unidos. Loo juntó las manos, apretando con fuerza. Se comparó con la ballena. Si alguien quería alguna vez

metérsele en el corazón, tendría que reducirse al tamaño de una pieza de ajedrez.

Hubo un golpe seco al otro lado del receptáculo. Un golpe en respuesta al de Loo. La chica asomó la cabeza y vio que Jeremy y Pauly hijo la estaban esperando fuera, otra vez, justo al lado de la vena cava. Se habían traído con ellos a un chico muy greñudo, llamado Marshall Hicks, que era muy conocido por embotellar el sirope de arce casero que traía al colegio y que trataba de vender cuando en la cafetería servían crepes. Era Marshall quien había golpeado el corazón, y pareció desconcertarse al ver a Loo. La chica y él se miraron por un momento, y luego Marshall sonrió como un perro a punto de ponerse enfermo, y Jeremy y Pauly hijo sujetaron contra el suelo a Loo y le robaron las zapatillas. Su padre le había enseñado a no chivarse nunca, de modo que le mintió a la profesora y le dijo que las había perdido, y se pasó el resto del recorrido en calcetines desparejados y llenos de tomates. En el autobús de vuelta, Jeremy y Pauly hijo le pegaron en la cabeza a Loo con sus propias zapatillas. Todos lo vieron, y al día siguiente los demás chicos la emprendieron también con ella.

Al principio lo aguantó todo, los comentarios hirientes, las chinchetas en el pelo, los almuerzos robados, los gusanos en los libros, incluso los pegotes de tierra y piedras que le tiraban a la espalda en el camino a casa, sin entender nunca muy bien el porqué, pero suponiendo que la causa debía de ser algún defecto personal, algo que le faltaba y cuya ausencia percibían los demás, algo podrido, un agujero que emitía un silbido al andar, por mucho que se esforzase en no hacer ruido.

Loo no le dijo a su padre lo que le ocurría en el colegio. Lo que hizo fue buscar los rincones de las aulas. Hacía los deberes y estudiaba, pero se negaba a levantar la mano aunque conociera las respuestas, y los profesores acabaron por no llamarla nunca, como si también ellos hubiesen percibido el olor de lo raro. Al poco tiempo, Loo podía pasarse días enteros siendo invisible.

La desaparición empezaba por las muñecas. Eran la única parte de su cuerpo que Loo consideraba fina, y era allí donde siempre empezaba a percibir la disminución de su piel. El proceso se extendía luego a los dedos y le subía por los brazos, pasaba por los hombros, bajaba por ambas piernas hasta los dedos de los pies y luego le volvía a subir, hasta el estómago: una sensación de perderse, de alambicarse hacia la nada, que le rodeaba el cuello hasta que la cabeza se le quedaba ligera y vacía y podía deambular por los pasillos del colegio sin que nadie la mirara, y podía caminar por las calles con la gente apartándose de ella, y podía bajar a la playa y perderse por las dunas y no sentirse persona, sino fantasma.

Por las noches, Loo se sentaba en el borde de la bañera y miraba las fotos de su madre. Cómo amusgaba sus penetrantes ojos verdes y cómo sonreía con los dientes, igual que si no le diese miedo utilizarlos. La mujer que existía en el cuarto de baño llevaba los labios pintados de color rojo brillante y olía a caramelo, escribía sus sueños al dorso de los tiques de aparcamiento y comía melocotones directamente de

la lata. La madre de Loo llevaba años muerta, pero nunca había sido invisible. Si algún chico le hubiera puesto una chincheta en el pelo, ella habría cogido y se la habría metido al otro por la nariz.

Y luego llegó el día en que Marshall Hicks decidió que le había tocado el turno de robarle las zapatillas a Loo.

El muchacho acababa de disfrutar de un breve periodo de celebridad. No por ser amigo de Jeremy y Pauly, sino porque su padrastro había salido en la tele. Como defensor del medio ambiente, el capitán Titus se había hecho cargo recientemente de un guardacostas apartado del servicio, y ahora lo utilizaba para embestir balleneros en el círculo polar ártico. Un equipo de documentalistas estaba filmando sus correrías. El programa se emitía por la televisión pública, pero, en fin, era televisión, y ello otorgó a Marshall una fama indirecta, dando lugar a que las chicas de la clase de Loo hablaran de él en susurros nerviosos y con la risa floja. Los demás chicos, al darse cuenta, se pusieron celosos. De manera que lanzaron el chisme de que Marshall estaba tirándose a Loo sin que nadie lo supiera, y que lo hacían embadurnándose mutuamente de sirope casero.

A Marshall le dio tanto corte que dejó de traer sus botellas doradas de sirope (de las que tan orgulloso estaba antes y que él mismo llenaba en los árboles de la localidad), pero cuanto más lo negaba, más le tomaban el pelo los demás chicos. De modo que para demostrar que no estaba teniendo sexo con Loo acabó siguiéndola un día al salir del colegio para tumbarla en la arena, quitarle las sandalias y arrojarlas al océano, tan lejos que la chica tuvo que nadar para ir a recogerlas antes de que se las llevara la corriente. Se vio arrastrada bajo el agua, hasta el mismo fondo, y tragó tanta arena y tanta sal que le salían por los ojos. Cuando por fin consiguió regresar a la orilla, llevaba la ropa pegada al cuerpo, igual que su padre cuando volvió a subirse al embarcadero, y tras gatear y toser y liberarse, fue una persona distinta de la que era cuando se metió en el agua. Ya no estaba asustada.

Loo agarró un trozo de madera de deriva y echó a correr en pos de Marshall Hicks. Lo dejó inconsciente del golpe. Luego eligió el dedo índice del chico y lo dobló hacia atrás hasta rompérselo. Con el chasquido del hueso dejó sellado su miedo, como quien ajusta el témpano de un tonel y lo clava a martillazos.

Antes de abandonar la playa Loo cogió una piedra pesada, de buen tamaño, se la llevó a casa y la introdujo en un calcetín de su padre. Al día siguiente fue al colegio con ella en la mochila. Esperaba algún tipo de venganza por parte de Marshall, o como mínimo que la expulsaran temporalmente, pero lo que hizo el chico fue decirle a todo el mundo que se había caído de un árbol. Llevaba el dedo fuertemente entablillado, y su rostro adquiría una expresión de desconcierto total cada vez que se

cruzaba con Loo por los pasillos.

En la tienda de suministros navales, Loo se compró unas botas con puntera de acero y se las puso en lugar de las sandalias. En las manos se colocó anillos con las piedras hacia fuera y las afiladas aristas metálicas dispuestas para cortar. Loo revisó todo lo que le había hecho cada cual y anotó los nombres en una lista. La encabezaban Jeremy Strand y Pauly Fisk hijo.

Mantuvo a mano el calcetín con la piedra dentro y esperó el momento adecuado. Cuando este llegó, Loo se coló en el servicio de chicos y se escondió en una cabina. Nada más oír las voces de Jeremy y Pauly hijo en los urinarios, calculó que tendrían las manos ocupadas y salió blandiendo la piedra y se la estampó en la cara a ambos, rompiéndoles la nariz y salpicando de sangre los espejos. Los chicos se retorcían en el suelo de baldosas blancas, gritando y maldiciendo, y ella abrió de par en par la puerta para que se enterara todo el que pasase por allí, y luego volvió a acercárseles y les pateó el culo con las botas reforzadas, una y otra vez, hasta convencerse de haberles hecho verdadero daño.

Cuando se supo lo ocurrido, los llevaron al despacho del director Gunderson, que les dio unas bolsas de hielo a los chicos y a continuación llamó a todos los padres. Acudieron enseguida: Joe Strand y Pauly Fisk padre, y Samuel Hawley también. Habían pasado meses desde que se pelearon, pero a Strand no se le había curado bien la mandíbula. Hacía poco que lo habían operado por segunda vez, y llevaba la boca cosida con alambres. Pero Fisk sí tenía mucho que decir.

—¡Es cuestión de principios! —dijo, pegando un puñetazo en la mesa—. En esta vida hay principios, y a esta chica todos ellos le importan un rábano. ¡Como si ni siquiera le sonaran! Un principio es no fracturarle la nariz a nadie sin motivo. Un principio es no tratar de matar a nadie porque te haya pedido prestadas las botas de pescador.

—Señor Fisk —dijo el director Gunderson—. La chica no es aquí la única culpable. Estos chicos también han confesado sus fechorías. Estoy seguro de que podemos llegar a algún acuerdo.

Strand separó los labios y masculló algo entre los dientes apretados. Señalando los alambres de su barbilla, hizo un gesto en dirección a Hawley.

—Exactamente —dijo Fisk—. Otro principio es pagarle el médico a alguien a quien le has roto la mandíbula.

Strand masculló algo más. Hizo ademán de verter algo en un vaso invisible y luego levantó el vaso hacia el techo.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Gunderson.

—Otro principio es tener el detalle de invitarlo a una copa.

Hawley ignoró el sermón de Fisk y los rezongos de Strand. Pero se le alteró la expresión cuando Gunderson le enseñó el calcetín que había utilizado Loo, manchado

de sangre y con la piedra dentro. Y al final, cuando se llevaron a Jeremy y Pauly hijo al dispensario, con los caños de la nariz atiborrados de papel higiénico, Hawley cogió la piedra de Loo con una mano y apoyó la otra en el hombro de la chica. La sacó por la puerta y la hizo sentarse en un sillón del pasillo.

—Tú habrías hecho lo mismo —le dijo Loo.

—No así de chapuza —dijo Hawley—. Te han cogido.

—Sí —dijo Loo—. Pero de esta no se olvidan.

El padre se frotó la barba.

—Vamos a mudarnos —dijo Loo—. A cualquier otro sitio. Así dará igual todo esto.

Hawley se fijó en las botas de su hija, en el pelo mordisqueado, en las manchas de sangre de la camiseta. Sopesó la piedra en las manos.

—Nunca da igual —dijo. Luego se metió de nuevo en el despacho y cerró la puerta.

Loo se pasó la hora siguiente en el pasillo, oyendo las voces de los mayores. Se habló de expulsión definitiva y temporal y de castigos y amenazas y favores, pero, tras una larga negociación, los tres adolescentes salieron del apuro con el expediente escolar inmaculado. Sus padres pagaron el precio de tanta clemencia. Strand, Fisk y Hawley pasaron a ser miembros de pleno derecho del equipo de cucañeros del director Gunderson.

El concurso de cucaña llevaba más de cien años celebrándose en Olympus. En junio, cuando la bendición de la flota pesquera, cogían un mástil de madera de quince metros, tallado a partir de un pino rojo, lo untaban de tocino y grasa y lo acostaban en el muelle, tendido sobre el agua. Al final del palo iba clavada una diminuta banderola roja. El primer equipo que llegara al final de la cucaña y capturase la banderola adquiriría el derecho a fanfarronear y a beber gratis durante todo un año en el Flying Jib. El concurso duraba unas horas, a veces. También podían ser días. Pero no terminaba mientras no atrapase alguien la banderola. La cucaña empezó como competición de borrachos entre marineros, y ahora ya era un campo de batalla serio, en el que se dirimían viejas rivalidades vecinales, en que se juntaban generaciones para ver a los hombres de Olympus darse golpes en el cráneo con conmoción incluida, torcerse el tobillo, romperse un brazo y caerse de la cucaña al agua.

El director del instituto de Loo llevaba desde pequeño soñando con ganar el concurso de la cucaña. Todos los años les infligía esta obsesión a sus alumnos, dándoles conferencias sobre la historia del concurso y sus intentos de crear un equipo ganador, impulsado por los decenios que llevaban provocándolo sus hermanos mayores, que se pasaban el tiempo en alta mar, capturando peces espada. Los

hermanos eran de pelo en pecho y risa fácil y no tenían problemas de visión ni los pies planos ni mujeres que los hubiesen abandonado. Y, por consiguiente, el director Gunderson intentaba conquistar la banderola todas las primaveras, con sus alumnos y sus profesores vitoreándolo, hasta que se caía al mar y eructaba agua.

Había tres tácticas principales para ganar la prueba. La primera consistía en ir despacio y sin parar, caminando por el mástil como por una barra de equilibrio. Así se llegaba por lo menos a la mitad del recorrido, pero el final era inevitablemente malo: se le acumulaba a uno mucha grasa en los pies, y acababa cayéndose. La segunda táctica era ir a gatas, desplazándose por la cucaña con las manos y las rodillas. La cosa terminaba casi siempre en un abrazo invertido, con el concursante colgando del palo durante unos momentos, y el público gritando la cuenta atrás, hasta la caída. La tercera táctica, la más espectacular, consistía en lanzarse a toda carrera por la cucaña y tratar de deslizarse sobre la planta de los pies engrasados hasta el final. El deslizamiento era lo que prefería el público, porque resultaba en una gran variedad de lesiones, cortes con sangre, rotura de dientes y zambullidas absurdas en el muelle, con golpes de cara y entrepierna y toda clase de barrigazos.

El día de la competición, el director Gunderson reunió a los miembros de su equipo en el viejo muelle de madera y repasó con ellos todos los métodos, cuidadosamente, con lápiz y papel. Con los años había ido perfeccionando su estilo propio, consistente en una combinación de equilibrio, agarre a cuatro patas y deslizamiento como último recurso. Strand y Fisk, sentados en la nevera de plástico que se habían traído, observaron el gráfico donde Gunderson había representado todas las maneras en que podían caerse. Los probables daños corporales (y en el orgullo) les habían hundido el ánimo, y ahora trataban de levantárselo con cerveza. Fisk se las bebía a morro. Strand utilizaba una pajita, con mucha finura.

Los otros dos se habían quedado en pantalón corto, pero Samuel Hawley seguía con la camisa y los vaqueros, como si fuera a retirarse en cualquier momento. Permaneció todo el día en el embarcadero, observando a los otros contendientes, escuchando a Gunderson e incluso bebiendo con Strand y Fisk, aunque sin dar la impresión de estar disfrutando del asunto. Estaba claro que si participaba en el concurso de cucaña era única y exclusivamente por una razón: Loo.

La hija de Hawley estaba en la playa, justo debajo del embarcadero. Sentada en la arena, sola, con las botas de puntera de acero, colocando piedras una encima de otra hasta dejar seis o siete en equilibrio. Pequeños monumentos pétreos junto a la orilla. A su alrededor, la gente hablaba en susurros; ver a Hawley en compañía de sus dos antiguos adversarios estaba dando que decir. Los había que esperaban pelea. Pero esa mañana el padre de Loo se había pasado casi una hora en el cuarto de baño, en remojo dentro de la bañera, mirando las fotos de su mujer. Observó solemnemente a Loo mientras la chica preparaba el desayuno, y la barbilleó antes de marcharse, y así

supo ella que no estaba enfadado, solo inquieto.

Para cuando el equipo de Gunderson, dispuesto a entrar en competición, ocupó su lugar, el sol ya estaba alto, abatiéndose sobre la multitud, y el agua, al pie del embarcadero, muy abajo, parecía cada vez más apetecible. La grasa se había vuelto rancia, mezclada con el sudor y la decepción de cientos de pescadores, y la diminuta banderola roja seguía desafiándolos a todos, ondeando con la brisa en el extremo del mástil. El pueblo entero había acudido a ver el espectáculo: el puerto estaba lleno de motoras y veleros, de balsas de goma y botes de remo, congregados en una densa flotilla de mujeres y hombres borrachos, todos ellos con su bocina náutica, que hacían sonar como apoyo y lamento, mientras los pescadores, uno tras otro, resbalaban de la cucaña engrasada e iban a caer en las revueltas aguas de debajo. Los demás espectadores estaban en la playa, instalados con sus tumbonas y sus neveras, disfrutando de sus pasteles de cangrejo y sus rollos de langosta y sus helados italianos, en espera de que hubiese un vencedor.

Hasta la propia Mabel Ridge había ido a ver cómo se caían los hombres. Estaba en un banco del parque, con las manos ocupadas en hacer ganchillo. El calor del verano incipiente era abrasador, pero la anciana iba vestida para el frío, con el cuello de la chaqueta subido y un ovillo de color rojo intenso en su regazo. Se enrollaba la hebra en el dedo, luego la ensartaba con el gancho, metiéndolo y sacándolo y dándole la vuelta, y asegurando a continuación el nudo. Hacía un nudo y luego otro nudo. Uno por cada concursante de la cucaña. Y cuando el equipo fracasaba, ella descartaba el tapete que estaba haciendo y empezaba una nueva fila.

Tenía muy avanzado un cobertor de buen tamaño cuando llegó el turno del director Gunderson. Este se empeñó en andar por la cucaña antes que el resto del equipo, porque el ansia le impedía esperar, y porque no quería compartir la gloria con los otros en caso de tener éxito. Dejó atrás la primera rugosidad del tronco, centímetro a centímetro, antes de ponerse de rodillas, muy despacio, y aplastar el rostro contra la grasa, envolviendo el mástil con los brazos y avanzando a tirones unos cuantos palmos, en ese abrazo torpe pero amoroso. Luego le falló una de sus redondeadas rodillas con hoyuelos, y el hombre fue a parar al agua, levantándola.

Strand fue el siguiente en intentarlo, sonriendo de miedo, con el metal de la mandíbula más apretado de lo habitual. Había trincado demasiada cerveza y no llegó ni a pisar la cucaña, porque dio un tropiezo antes y fue a desplomarse en el océano desde el borde del muelle. Pero saludó con la mano cuando emergió a la superficie y permaneció en el agua junto a Gunderson, flotando a lo perro, en espera de que actuaran todos los miembros del equipo, como pedía la tradición.

Fisk miró a Hawley y luego, como alma que encara valerosamente su destino, se inclinó hacia delante, murmuró algo y estrechó la mano de su compañero de equipo. El padre de Loo pareció sorprenderse. Se saludaron inclinando la cabeza. Luego Fisk

se ajustó la gorra de béisbol de Hong Kong, se santiguó, retrocedió unos pasos y se lanzó a la carrera, gritando a todo pulmón, intentando deslizarse con los pies por delante. Llegó más lejos que nadie, dejando huella en la grasa con la cadera, pero perdió el control y escoró hacia fuera, con los dedos de los pies muy separados, sin dejar de gritar, hasta que su cuerpo chocó con el agua.

Y ahora le tocaba a Hawley. La multitud se mantuvo expectante mientras él se situaba al final del embarcadero y se desataba las botas, se quitaba los calcetines y empezaba a desabrocharse la camisa de faena. Allá abajo, Gunderson, Strand y Fisk se columpiaban en las olas. Ahora que el padre de Loo estaba cumpliendo su promesa, un sentimiento de auténtica camaradería pareció apoderarse de los otros hombres, que sacaron las manos del agua y aplaudieron, y luego se quedaron mirando mientras caía al suelo la camisa de Hawley.

Tenía en el cuerpo unas cicatrices redondeadas —orificios de bala, curados—. Un orificio en la espalda, un segundo orificio en el pecho, un tercer orificio cerca del estómago, un cuarto orificio en el hombro izquierdo, otro en el pie izquierdo. Las cicatrices eran oscuras y estaban engurruñadas, como si las balas que habían penetrado en su cuerpo se hubiesen abierto camino a bocados. Un golpe de viento agitó la banderola del extremo de la cucaña y la población entera se mantuvo atenta mientras Hawley, en cuclillas, se arremangaba los pantalones, dejando al descubierto otros dos orificios cicatrizados, uno en cada pierna.

Hubo un suspiro colectivo y luego la multitud empezó a murmurar. La única persona que no reaccionó fue su hija, que seguía amontonando piedras en la orilla. Las marcas en el cuerpo de su padre siempre habían estado ahí. No es que se las exhibiera a Loo, pero tampoco se las ocultaba. A ella le recordaban los cráteres de la luna que estudiaba por las noches con su telescopio. Círculos hechos por cometas y asteroides al estrellarse contra la roca fría y dura, a falta de atmósfera protectora que los hiciese arder antes. Igual que esos cráteres, las cicatrices de Hawley eran señales de daños que habían impactado en su vida mucho antes de que Loo naciera. Y, como la luna, Hawley siempre estaba dando vueltas entre Loo y el resto del universo. Reflejando la luz a veces, pero solo en destellos. Y luego, más o menos cada treinta días, se convertía en el objeto más lleno y más brillante del cielo, como estaba ocurriendo ahora, cuando terminó de arremangarse los vaqueros, se situó al borde del muelle, se atusó la barba con los dedos, puso un pie en la cucaña engrasada y empezó a bailar.

O eso parecía, al menos. Movía tan deprisa los pies que resultaba difícil seguirlos, flexionando las rodillas y batiendo los brazos contra los costados. Se desplazaba de lado por la cucaña, como trasladando troncos río abajo, con la grasa saliendo salpicada bajo las plantas de sus pies. En varias ocasiones el talón se le fue demasiado lejos y la multitud gritó y luego su otro tobillo acudía al rescate y Hawley

se recuperaba y volvía a empezar con el batir de brazos. Dejó atrás la primera marca y luego el punto en que había caído Gunderson y luego alcanzó la última huella dejada por Fisk. Al rebasarla pisó un pegote de grasa y su gigantesca figura se contorsionó en el aire, hasta que volvió a recuperarse, con los pies moviéndose en un baile furioso, y el pueblo de Olympus bramó.

Mabel Ridge dejó en suspenso el ganchillo y de su regazo cayó un ovillo que rodó rápidamente hacia el borde del agua, dejando una fina línea roja, en dirección hacia donde Loo seguía mirando, con los pantalones mojados hasta las rodillas. Las embarcaciones hicieron sonar sus bocinas y la chica se tapó los oídos. Dio un paso y luego otro hacia el océano, sin apartar los ojos de su padre.

La banderola brincaba en la punta del mástil, al ritmo que marcaba el baile de Hawley. Estaba a dos largos de distancia, luego a uno, el madero se hacía más fino al acercarse al final. Tenía la cara y el pecho salpicados de grasa negra, su silueta se recortaba contra el sol, un hombre contra los elementos, un trompo salido de madre. El premio estaba ahí delante, y cuando alargó la mano puso detrás todo lo que tenía, todas las partes de sí mismo construidas para seguir viviendo.

Y luego, de pronto, se acabó. La embestida le hizo perder el equilibrio y cayó hacia atrás, de modo que por un breve momento resplandeciente estuvo cabeza abajo, todavía con los pies pedaleando demencialmente en el aire, y luego todo el peso de Samuel Hawley se desplomó sobre la punta de la cucaña, partiéndola en dos, haciendo saltar astillas hasta el muelle, haciendo que el pueblo entero se pusiera en pie, y enviando un amasijo de madera y grasa y ser humano a explotar contra el mar, seguido de una diminuta banderola roja, volando lentamente más allá del caos, liberándose para ir a caer en los anhelantes y agradecidos brazos del director Gunderson.

BALA NÚMERO UNO

El encargo de New Breton parecía fácil. Una casa cerrada en invierno, uno de esos enormes chalés de montaña donde los magnates reúnen a sus invitados de verano, trayéndoselos desde la ciudad, para sentarlos en sillones tipo Adirondack y para que se pasen la noche escuchando a los somorgujos llamarse unos a otros y sintiéndose integrados en la naturaleza. En enero no había nadie en kilómetros a la redonda, y el lago se helaba tanto que se podía circular en camioneta por encima, y había mucha cubertería de plata guardada sin protección en la alacena, envuelta en terciopelo para conservar el lustre, y también algunas joyas, y quizá un par de cuadros, y relojes, relojes por todas partes —porque, según se decía, el dueño de la finca se ponía nervioso si no sabía la hora—. Tenía que haber un reloj en cada habitación, y había un montón de habitaciones, cincuenta o más. Y quién sabía qué más cosas podía uno encontrar, con suerte.

Hawley operaba con un socio llamado Jove. Se habían conocido en un tren, por la zona de Misuri. Hawley andaba escapando de los servicios sociales y no era más que un crío en aquella época, solo y asustado, sin nada en las tripas y sin suerte, dando tumbos a lo largo de un tren de carga en la oscuridad. Nunca olvidaría el modo en que la mano de Jove surgió de pronto en lo alto, ofrecida y abierta, y cómo se aferró él a aquellos dedos y no los soltó hasta verse izado al furgón.

Ya habían hecho unos cuantos encargos juntos, nada del otro jueves, lo suficiente para sacarlos del apuro hasta que se desplazaban al próximo sitio. Pero a Jove se le había metido en la cabeza comprarse un barco y llevarlo río abajo por el Hudson. No sabía navegar, pero se había criado en aquel río y ahora no hablaba más que de eso, de que los faros se alzaban a lo largo de la orilla como semáforos urbanos, de que la corriente era tan rápida que no hacía falta viento. Era mayor que Hawley, cerca de los veinticinco, con un grueso bigote que lo demostraba, y tres años de cárcel ya a las espaldas. Hawley no había cumplido los diecisiete y no estaba muy seguro de sí mismo y por eso dejaba que Jove tomase las decisiones.

Tendría que haberlo sabido, sin embargo. Sintió una punzada en el pecho en cuanto pusieron los pies en el suntuoso porche de piedra con vistas al lago, que se

extendía en todas direcciones ante la enorme casa. Era casi como si ya tuviese la bala alojada en la espalda, pero Hawley era demasiado novato y aún no sabía cómo confiar en su cuerpo —que solo servía para trasladarlo de un lado para otro—, o sea que se limitó a sujetar la manta mientras Jove rompía el cristal de la ventana y se introducía por el hueco, a resguardo del frío.

Los muebles del salón principal estaban bajo sábanas blancas. Eran unas formas extrañas, una dispersión de figuras sombrías delante de la chimenea. En cada esquina había un reloj. Uno de pared con su largo péndulo dorado, junto a la escalera. Otros en las paredes, mostrando números y fases de la luna. Había una mesa que iba de punta a punta de la sala, lo bastante grande como para sentar a más de treinta personas. Sobre todo ello pendía una lámpara hecha de astas, con los cuernos unidos por el centro y proyectados hacia fuera como las raíces de un árbol.

Era una casa típica para fiestas de verano. Jove había estado en una mucho antes, con un amigo de la cárcel, un boxeador llamado King, que se había ganado la invitación por tirarse en un combate. Esa era la razón de que Jove conociera la existencia del enorme chalé agazapado en la montaña y lo supusiera vacío en aquel momento. Hablaba con frecuencia de aquella noche tremenda, alternando con los ricos de la ciudad y trajelando caviar y salmón ahumado y bebiendo champán. Hawley le había escuchado la historia tantas veces, tiritando en vagones vacíos y haciendo dedo por las carreteras y bebiendo cerveza barata en habitaciones de motel, que ya tenía la sensación de haber estado él también en la fiesta, chocando vasos de cóctel con Frederick Nunn, el blanqueador de dinero a quien pertenecía esa majestuosa casa con todos sus relojes. Costaba trabajo creer que ahora estuviesen en su interior.

Jove apartó unas cuantas sábanas y dejó al descubierto una formación de patos disecados volando, junto a un sillón de ventana, un retrato de Nunn con un bigote espeso en el labio, como un dedo, y encima de la chimenea, colgando sobre otro reloj antiguo más, asomaba la tosca cabeza de una hembra de alce. Debajo del animal había una placa metálica en que se especificaba dónde lo habían encontrado y cuándo lo habían matado.

—Seguro que fue él mismo quien lo despachó —dijo Jove.

—Seguro —dijo Hawley.

Se agachó para tocar la alfombra de piel de oso de delante de la chimenea. Le sorprendió que le resultara tan suave al tacto. El oso tenía los ojos de cristal, incrustados, y la boca ligeramente abierta. La piel iba cortada y pegada en torno al hocico, que estaba hecho de cuero y cera y ligeramente deformado, como si alguien hubiera intentado cerrarle los agujeros de la nariz.

Ambos se detuvieron en la grandiosidad del recinto, con el aliento frío dispersándose en vaharadas y esfumándose entre las vigas. Luego Jove se secó la

nariz y empujó las puertas batientes de la cocina. Las habitaciones posteriores eran cavernosas, hechas para un equipo de sirvientes, una cocina de dieciséis fuegos y anaqueles de cacerolas de cobre colgando del techo, cuatro fregaderos, una cámara frigorífica, un bloque de carnicero tamaño cama, y una hilera tras otra de cuchillos. En la alacena encontraron los cubiertos, y era mejor de lo que habían previsto: tenedores y cucharas para cien personas, y no solo de plata, sino también chapados en oro, un surtido de utensilios complicados para cada tipo de comida: ensaladas y caracoles y pescado y filete y sorbete y sopa e incluso mantequilla.

Hawley fue llenando las bolsas que habían traído. Luego encontró fundas de almohada cerca del cuarto de las lavadoras y las llenó también. Había una puerta trasera, y cuando Hawley asomó la cabeza pudo ver un jardín vallado y, más allá, el camino al garaje. Se preguntó qué clase de coches habría ahí dentro, pero estaba demasiado inquieto para ir a comprobarlo. Arrastró las bolsas de cubertería hasta la ventana por donde habían entrado. Luego se quedó esperando a Jove, quien estaba arriba registrando los dormitorios.

Hawley levantó la piel de oso del suelo y se cubrió los hombros con ella, para protegerse del frío. El interior era suave, como de ante. Se colocó las patas delanteras en torno al cuello. Notó las puntas de las garras, que iban cosidas. La cabeza quedó colgándole del hombro. Tocó la boca del oso. Los dientes eran auténticos, caninos gruesos y amarillentos.

Hawley recordó la fiesta que Jove le había descrito e imaginó el hielo y la nieve derritiéndose y la hierba de debajo brotando a la vida y el calor seco volviendo a las tarimas, como en pleno verano. La casa estaría llena de invitados, bebiendo y riendo, jugando a las cartas o quizá escuchando música, las sillas colocadas en torno a la chimenea, las ventanas abiertas y un vientecillo cálido entrando por ellas, procedente del lago. También habría gente fuera, en el porche, fumando y charlando a la luz de la luna. Quizá alguien de su edad. Quizá una chica.

Hawley se la figuró apoyada contra una de las columnas como si fuera la dueña, con un vestido plateado y un pasador en el pelo. Y luego la chica se volvía y lo pillaba mirándola, y se iba deslizando de puerta en puerta, acercándosele con una sonrisa baja, y a él le latía el corazón en el pecho como si se hubiera tragado una bandada de pájaros, y luego aumentó el ruido y Hawley se dio cuenta de que no procedía de su interior: era el reloj que había en la repisa de la chimenea, al otro lado de la habitación. El de debajo de la cabeza de alce. Era el tictac.

También funcionaba el reloj de pared situado junto a la puerta de la cocina, y el reloj de péndulo de al lado de la escalera. ¿Cómo era posible que no lo hubiese notado antes? A esas máquinas había que darles cuerda todos los días. Y alguien había estado ocupándose de ello. Alguien tenía las llaves y comprobaba todas las agujas de todos los relojes de la casa, manteniendo el tiempo en marcha a lo largo del

invierno, para que no se perdiera ni un solo minuto.

Hawley oyó un estrépito de pasos arriba, y luego Jove bajó corriendo la escalera, con los bolsillos del abrigo abultados. «Hay que irse.» Jove agarró una de las fundas de almohada, luego quitó el cierre y abrió de par en par la puerta que daba al porche. Hawley oyó que alguien entraba por la puerta trasera y sus pasos apresurados por la cocina. Agarró las demás bolsas y salió tras Jove, todavía con la piel de oso sobre los hombros, ondeando tras él como una capa.

Había empezado a nevar otra vez, los copos caían veloces, de costado, y ambos hombres saltaron la cerca y se alejaron a todo correr de la enorme casa. Hawley oyó que alguien gritaba tras ellos, y luego vino la detonación, y un golpe de dolor en las entrañas, en el mismo sitio en que lo había sentido antes, cuando rompieron la ventana, lo cual lo hizo dudar por un momento, allí, mientras esprintaba por la hierba con la adrenalina de un hombre a quien persiguen con la peor intención, y luego el dolor subió volando y lo agarró por el cuello y soltó las bolsas y chocó con los árboles de la linde del bosque.

Hawley se despertó en un cobertizo lleno de cabras, extrañamente cálido. Estaba a oscuras. Jove lo había tendido sobre una manta, y ahora procedía a esterilizar unas pinzas de azucarero a la llama de una lámpara de queroseno. Percibió un olor a sangre.

Había cuatro cabras y las cuatro lo miraban, asomando la cabeza entre las tablas de su redil, serias y quietas, moviendo las orejas de un lado a otro, con los extraños ojos devolviendo en destellos la luz ámbar de la lámpara. Hawley se movió, y un estrepitoso dolor le recorrió la espalda y le aplastó los pulmones.

—Habría sido mejor que no te despertaras —dijo Jove.

—¿Dónde estamos? —dijo Hawley, atragantándose. Desplazó la mano y agarró un puñado de heno.

—No lo sé muy bien. Pero lo suficientemente lejos, por ahora.

—Necesito un médico.

—Yo soy médico. ¿No te lo había dicho? —Jove hizo girar las pinzas en la llama —. Titulado.

Hawley se miró la camisa. Era el regalo de cumpleaños que se había hecho el año pasado. Fue la primera vez que se compraba un regalo. La vio en una tienda de Poughkeepsie, cuando acababan de dar su primer buen golpe, y ni siquiera se la probó, se acercó a la caja con ella en la mano y la pagó. Nunca antes se había sentido tan bien. Fueron a cenar juntos, Hawley y Jove, y pidieron media carta y se lo comieron todo, y luego fueron al cine y vieron una comedia muy floja. Se rieron mucho, sin embargo, porque estaban de muy buen humor, y luego fueron a un bar y

había una chica muy guapa detrás del mostrador y le dieron una buena propina y ella les llenó los vasos e incluso les pagó una ronda, y entonces Hawley se acordó de su camisa nueva y fue con ella al cuarto de baño y se la puso y le quedaba bien y regresó a la barra, en la que había una vela hincada en un trozo de tarta, esperando junto a su copa, y Jove y la chica le cantaron *Cumpleaños feliz*.

No le quedaba mucha camisa, ahora. Faltaban los botones de la pechera, arrancados, y los lados estaban empapados de sangre. Jove la desgarró por la costura para dejarle la espalda al descubierto.

—Tienes la bala encajada en las costillas —dijo.

Una de las cabras se puso a balar quedamente, como si le doliera la garganta. Hawley apoyó la cara en el heno y pensó en la chica del bar. Aquella noche había bebido tanto que ni siquiera recordaba haber salido del local. Pero sí recordaba su nombre: Laura. Había vuelto otras tres veces, pero la chica no estaba de turno y a él le había dado apuro preguntar cuándo le tocaba.

Era el rostro de la chica lo que había imaginado en el porche de aquella casa tan grande. Su sonrisa cruzando el umbral de aquellas puertas y recorriendo la habitación. Su mano alzándose y apretándole el brazo, como había hecho aquella noche en el bar, cuando le acercó la cabeza y le dijo: «Qué camisa tan bonita», y luego le pidió a Hawley que le dijera lo que había deseado al soplar la vela.

Eso mismo fue lo que trató de imaginar ahora, los dos juntos, en la oscuridad, separados solo por la luz de la lámpara. Los dedos de la chica apartando la tela y enjugando la sangre, su aliento recorriéndole la espalda, su peso gravitando contra la piel de él, y no aquel terrible momento en que se dio cuenta de que todos los relojes hacían tictac.

—Ahora te va a doler —dijo Jove. Y a continuación le introdujo las pinzas en la carne.

LAS VIUDAS

La primera viuda trajo una tarta de queso. Pero no una tarta de queso común y corriente. Esta era de requesón, con los cuajos reunidos y estirados y envejecidos por la propia viuda en moldes pequeños y gruesos.

—Es una receta familiar. Solo la hago en las grandes ocasiones.

Loo permaneció en el umbral, con una camisa vieja de su padre, el pelo sin cepillar, descalza. Llevaban más de un año viviendo en Olympus y hasta entonces nadie había ido a visitarlos. Tenían el porche abarrotado de cubos de algas putrescentes, y el vestíbulo delantero cubierto de arena. La viuda le tendió la pesada fuente, con una sonrisa en la cara, y luego puso una mirada inquisidora en las habitaciones interiores, dejando muy claro que la tarta de queso no era para Loo.

La segunda viuda trajo arándanos de su jardín —explicó que eran demasiados para ella sola, y los arbustos no paraban de producir—. No paraban, aunque ella estuviera ya harta de pasarse el día cosechándolos, aunque los dedos se le estuvieran poniendo de color morado. No le vendría mal un poco de ayuda, que alguien se acercara a su casa con una escalera, para alcanzar las ramas más altas. Alguien alto, dijo. Alguien fuerte.

Otra viuda se presentó con dos criaturas, dos chicos bien peinados, pero con una expresión de desdicha en el rostro, una desdicha que fue en aumento cuando vieron que su madre ponía la caja de bombones, junto con una nota perfumada y atada con una cinta, en manos de Loo.

Las había viudas de verdad, que habían perdido al marido en el mar o por un ataque al corazón o estampándose contra un árbol con la camioneta, y cuando llamaban a la puerta eran las que más excusas ponían, las más inseguras. Las demás no eran más que viudas de pesca, solas en casa mientras sus maridos perseguían bancos de atunes o de bacalao hasta los Bancos Amargos, o perlongaban la costa en pos del pez espada, durante semanas o meses enteros. Todas traían algo de comer, pero Loo pensó que eran ellas quienes parecían hambrientas. Una vez, una pilló a su padre en el jardín delantero, al volver de la playa, y la mujer estaba tan nerviosa y se reía tan alto, mientras lo iba arrinconando, que Hawley empezó a evitar la casa

durante el día.

Una parte de Loo se sentía culpable por cerrarles la puerta en las narices, aunque también le molestaba muchísimo que las viudas se le colasen dentro, buscando con los ojos alguna pista, mientras colocaban sus productos horneados sobre la mesa de la cocina, justo al lado de las marcas que había hecho Hawley tras cientos de noches de limpiar sus armas y beber tazas de café. Cuando preguntaban si podían usar el cuarto de baño, Loo ni se molestaba en inventarse una excusa. Las miraba a la cara y les decía que no.

En su breve momento de esplendor, en la cucaña, Hawley había hecho que la mala disposición de la gente se desvaneciera. Los hombres de Olympus lo izaron del agua y lo llevaron a hombros, y las mujeres de Olympus vieron cómo le corría el agua por las cicatrices de la espalda y fruncieron los labios.

Hawley tenía ahora un taburete reservado en el Flying Jib. Los pescadores lo recibían con los brazos abiertos en el mercado diario, donde podía vender directamente a los mayoristas y otros restaurantes, además del Sawtooth. Entretanto empezaron a correr rumores sobre cómo había conseguido aquellas cicatrices —como policía, como soldado, como sicario de la mafia—. Fuera ello lo que fuese, el caso es que Hawley no decía nada. Y ahora nadie le robaba las zapatillas a su hija. Loo no tenía siquiera que hacer los deberes. El director Gunderson le proporcionó un pase que le permitía ir y venir a su libre albedrío. A los demás chicos y chicas seguía pareciéndoles un bicho raro, pero algunos incluso hicieron algún intento de amistad, que ella manejó torpemente, como lo manejaba casi todo. Así que mientras su padre se pasaba las veladas en el Flying Jib con Strand y Fisk, que le habían conseguido un puesto justo al lado del suyo en el mercado de pescado, Loo siguió viviendo como siempre, salvo que ahora no se peleaba. No había nadie en el colegio con ganas de pelear con ella. Ni siquiera cuando ella deseaba que las tuviesen.

Había un regusto que le llenaba la boca cuando se disponía a pegarle a alguien. Agrio y fuerte, como a óxido. Lo percibía en las glándulas de ambos lados de la mandíbula. Como si se hubiera mordido la lengua. Las primeras veces el sabor le vino con lentitud, pero pronto empezó a inundarle la boca en cuanto una situación se le ponía difícil. Luego la pulsión se adueñaba de su juicio y por un momento pasaba al otro lado, se convertía en otra persona —muy poderosa—, aunque solo le durase hasta que alguien le devolvía el golpe.

Y durante cierto tiempo se los devolvían, los golpes. Tras haberle roto la nariz a Jeremy Strand y Pauly Fisk hijo se produjo una breve pausa, un verano que pasó pescando y recogiendo almejas con su padre, sin más interrupción que las visitas de las viudas con sus cazuelas. Luego, en septiembre, Loo volvió al instituto y empezó de nuevo con las peleas. Aprendió a tomar la iniciativa, y solía tomarla, primero con Rachel Mirden (especialista en tirones de pelo), luego con Katie Jeffries (especialista

en pellizcos), Sung Kim (mordiscos), Wanda Gregson (barrido de pierna), Larry Humnack (voceador) y Ria Gupta (sorprendente gancho de izquierda), hasta que el director Gunderson acabó llamándola de nuevo a pasarse por su despacho. Un acto de violencia más en el instituto y le quitaría el pase de libre circulación.

—Hay padres pidiéndome que te expulse —le dijo—. No me obligues a hacerlo.

Loo trató de controlar su temperamento, pero cuando volvía a casa desde el instituto aún no se le había pasado el cabreo, y las únicas personas con quienes podía pelearse eran las viudas, que fluían a su puerta como bandadas de pájaros. Por el momento ninguna había mordido el anzuelo, ni había hecho el menor intento de darle una bofetada, aunque las tratase con toda la grosería de que era capaz. Aun así, cada vez que oía el sonido de sus tímidos golpes en la puerta, a Loo se le llenaba la boca de saliva.

Luego, un día de noviembre muy caluroso para la estación, unos meses después del decimotercer cumpleaños de Loo, llamaron de otro modo: dos golpes rápidos, enérgicos e imperiosos. Abrió la puerta y en el porche había un niño, no una viuda. O eso pensó Loo, al menos, que era un niño. Luego se fijó en las sandalias Birkenstock y la falda india y los pelos del sobaco que le asomaban por el chaleco sin mangas, y se dio cuenta de que el niño era una señora de mediana edad, muy bajita, con un portapapeles en la mano. Tenía la piel curtida y unos dientes muy resplandecientes, aunque algo torcidos. Y a su lado, al pie de la escalera, medio oculto tras un rododendro, estaba el chico a quien Loo le había roto un dedo: Marshall Hicks.

—¿Está tu padre en casa? —preguntó la mujer.

—No —dijo Loo.

—Pues estoy aquí para hablar de algo muy importante. —dijo la mujer. Mostró el portapapeles—. ¿Sabes que dentro de diez años no quedará ningún bacalao en el Atlántico Norte? Si no creamos un santuario marino en nuestras aguas, estamos ante un holocausto ambiental.

Loo se apoyó en el quicio de la puerta y miró desde lo alto a Marshall Hicks. El chico llevaba camisa y corbata, nunca lo había visto tan bien vestido en el instituto. Le brillaba la frente por el sudor, y él también llevaba un portapapeles, y la chaqueta de su madre al brazo. Tenía los ojos clavados en la parte central del rododendro, como deseando que la planta se lo tragase vivo.

La mujer le puso un folleto en la mano a Loo. *¿Qué ocurre cuando se vacía el océano? ¡Detengamos la pesca comercial en los Bancos Amargos! ¡Salvemos al bacalao atlántico!* Loo le dio la vuelta al folleto. Al dorso había una foto de una red de deriva repleta de peces muertos.

—Necesito el apoyo de tu padre. Se trata de salvar vidas.

A la mujer se le torcían los labios al hablar. Tenía los ojos clavados en Loo.

—Volverá pronto.

La mujer sonrió y se metió en la casa.

—Cariño —dijo por encima del hombro—, sigue tú recorriendo la manzana. Ya te cogeré luego.

—*Mamá...*

Marshall Hicks las miró a ambas desde el pie de la escalera. Loo casi llegó a apiadarse de él —porque le había pegado una chica, porque tenía que mentirles a sus amigos, porque tenía una madre muy comprometedora—. Pero no llegó a tanto.

—Adiós —dijo, y le cerró la puerta en la cara.

Cuando se dio la vuelta, la madre de Marshall ya estaba en el salón, yendo de un lado para otro, mirando las fotos, repasando los lomos de los libros. La librería se alzaba desde el suelo hasta el techo. Hawley la había fabricado en el garaje, y Loo se había dedicado con todo gusto a llenarla de trilogías de ciencia ficción y de libros de texto sobre las constelaciones.

—¿Ha traído usted algo? —preguntó Loo.

—¿Perdón?

—Suelen traer algo. Las mujeres que vienen por mi padre.

La madre de Marshall pareció desconcertada durante un momento. Luego dejó el portapapeles. Metió la mano en su bolsa y sacó una botella de vino.

—Soy Mary Titus —dijo, tendiéndole la mano a Loo.

Loo se la estrechó.

—Creí que se llamaba usted Hicks.

—Ese es el apellido del padre de Marshall. Cuando volví a casarme adopté el apellido de mi segundo marido. ¿Conoces un programa de televisión que se llama *Héroes de las ballenas*?

—No.

—Bueno, pues el padrastro de Marshall es el capitán del *Athena*. El barco que embiste contra los balleneros japoneses. Ahora mismo está de rodaje en el mar de China. Estamos divorciados.

Seguía ahí de pie, con la botella en la mano.

—¿Tienes un sacacorchos?

Se instalaron a la mesa de la cocina. Mary Titus escanció el vino. Hawley nunca había dejado beber a Loo, y la chica dudó por un momento antes de echar mano a su vaso. Una vez había mangado una cerveza de la nevera y terminó vaciándola casi entera en el fregadero. El vino parecía más sugerente. Olía dulce y era del color de la miel. Bebió un sorbo y lo mantuvo en la boca mientras Mary Titus peroraba sobre la petición. Con cinco mil firmas de apoyo de la comunidad podría someter a la Agencia Nacional para el Océano y la Atmósfera la petición de crear un santuario marino en los Bancos Amargos, una zona de mesetas submarinas situada a sesenta y cinco millas de la costa de Olympus, que aportaba nutrientes a la superficie y constituía una

muy extensa área de alimentación para toda clase de peces, pero especialmente para el bacalao. Los pescadores llevaban siglos navegando hasta los Bancos y volviendo con abundantes capturas, pero ahora, con las redes de arrastre y los gigantescos barcos comerciales, la especie estaba decreciendo.

—El bacalao no tiene tanta carne como la ballena —dijo Mary Titus—. Pero es parte importante de la cadena alimenticia.

Loo vació su vaso. El vino la hacía sentirse generosa. Y Mary Titus, que parecía a punto de sumirse en una gran emoción, tenía algo cautivador. Al hablar de la pesca de arrastre se le humedecieron los ojos por un momento, pero enseguida soltó una gran carcajada. Le dijo a Loo que había visto a su padre vendiendo almejas en el Sawtooth, donde ella trabajaba de camarera.

—Parece muy solo —dijo—. ¿A ti te parece solo?

—No —dijo Loo.

La mujer cogió de la mesa la carta estelar de Loo.

—¿Para qué es esto? ¿A tu padre le interesa la astrología?

—La astronomía —corrigió Loo.

—Yo soy cáncer —dijo Mary Titus—. El cangrejo. Cariñosa, pero peligrosa.

Alzó las manos con los dedos engarfiados como garras.

—¿Tú cuándo cumples?

—El 25 de octubre.

—O sea que eres escorpio. Eso quiere decir que tienes un aguijón oculto.

—¿Un aguijón?

—El sexo —dijo Mary Titus.

Loo echó mano de la botella y llenó de nuevo su vaso.

Mary Titus no parecía darle importancia al hecho de estar bebiendo alcohol con una menor. Pasó la palma de la mano por la superficie de la mesa. Había una mancha de leche seca sobre la madera, y ella se puso a rascarla con la uña.

—He cometido una estupidez viniendo.

Balanceó las diminutas piernas bajo la mesa. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Lloro porque echo de menos a mi marido.

—Creía que estaban divorciados.

—Estoy divorciada del segundo. A quien echo de menos es al primero. A ese lo quise de verdad. Murió cuando Marshall tenía siete años.

Loo siguió bebiendo mientras Mary hablaba de su difunto marido, que estaba en cubierta y se lo llevó una ola durante una tormenta, cerca de los Bancos, y que ella luego no dejaba ni por un momento de imaginarlo perdido bajo las olas, con los peces comiéndoselo a pedacitos, con los percebes y los mejillones adhiriéndosele a los huesos. Dijo que después de aquello enrolló una manta y la colocó a su lado en la

cama, para notar el calor, y a veces sentía la mano de él tocándole la base de la espina dorsal, su voz murmurándole cosas en la nuca. Dijo que se despertaba por las mañanas con el olor del marido en la piel. Dijo que tuvo la impresión de estar perdiendo el juicio.

—Y luego conocí al padrastro de Marshall —dijo Mary Titus—, pero también él me dejó. Por una *ballena*.

Exhaló un suspiro y se secó las mejillas con el dobladillo de su falda india. Luego se tapó la cara con la tela. Loo no sabía qué hacer. Era la primera vez que alguien confiaba tanto en ella. Le dio unos golpecitos en la cabeza a Mary Titus.

Desde que tenía memoria, Loo llevaba viendo cómo se fijaban en su padre las mujeres. Y cuando no conseguían atraer su atención, recurrían a ella para intentarlo. En un restaurante de las afueras de Kansas City, la camarera se la llevó al baño y le enseñó a hacerse la trenza. En una tienda de Nuevo México, la encargada la ayudó a probarse el primer sujetador. En Virginia, la mujer del casero le pasó una caja de Tampax y una copia de *Our Bodies, Our Selves* (nuestro cuerpo, nuestro yo). Una chica sin madre, solían decir las mujeres. Qué triste. Cuánto lo siento. Y luego venía la caída de ojos. Y se acercaban más. Pero con tantas atenciones lo único que conseguían era poner a Hawley de mal humor. Y no pasaba mucho tiempo antes de que Loo volviera un día del colegio y se encontrase la camioneta cargada y se mudasen a otro sitio. Un sitio nuevo. Donde tendría que volver a empezar.

Le tendió una servilleta a Mary Titus, para que se secara los ojos.

—No es usted la única que ha perdido a alguien —le dijo. Luego condujo a la viuda hasta el cuarto de baño y le enseñó el altar de su madre.

El cuarto aún estaba lleno de vapor, por la ducha que se había dado Hawley antes de salir, y los papeles y las fotos estaban húmedos y con los bordes levantados. A Mary Titus se le pusieron los ojos como platos ante aquella cascada de recuerdos pegados a las paredes; un retrato tras otro de la misma sonrisa torcida, y luego las cartas, los tarros de crema, las barras de labios, las latas de comida, los lápices mordisqueados, la pulsera del hospital, los cheques cobrados con la firma de la madre de Loo, las páginas gastadas de novelas con palabras subrayadas y el rizo de pelo oscuro sujeto en la pared junto al espejo.

Mary Titus se sentó en el borde de la bañera.

—¿Todo es de ella?

—Sí.

La viuda cogió un recibo adherido a la pared. Loo se conocía la lista de objetos como su propio nombre: dos pastillas de jabón francés de lavanda, pilas AAA, un paquete de bolígrafos Uniball, un rollo de caramelos de menta y una tarjeta de cumpleaños. La tarjeta era para el primer cumpleaños de Loo. Su madre la había comprado nada más nacer la niña. Murió sin haber podido firmarla. La tarjeta estaba

adherida a la pared, junto al recibo. Una foto de una magdalena con una sola vela. Loo abría la tarjeta cada vez que llegaba su cumpleaños. El interior siempre estaba en blanco.

Mary Titus separó el recibo de la pared.

—Está aún más loco que yo —dijo, riéndose—. Gracias a Dios.

Todo lo que Loo sabía de su madre se hallaba en aquel cuarto de baño. Estaba tan acostumbrada a esas cosas apiladas en los rincones y a los trozos de papel de las paredes, que la mayor parte de los días ni siquiera los miraba. Pero Mary Titus acababa de otorgar nueva vida a las fotos y a las latas de comida, acababa de poner de nuevo el foco en su importancia y sus detalles. La Polaroid de las cataratas del Niágara se había corrido entre capa y capa, de modo que el plástico estaba un poco pringoso, y su madre tenía una mancha en la cara. Había puntas rotas en el mechón de pelo colocado junto al espejo. El frasco de perfume del rincón estaba abierto —no lo estaba antes, por la mañana—, y Loo dedujo que su padre lo había olido, que quizá se hubiera pasado el pequeño tapón de cristal por la barbilla. Y de pronto este mundo de adultos se le antojó demasiado complicado, y lo único que quería era que Mary Titus dejara de reírse.

—Pare ya —dijo Loo.

La viuda la miró, pero no le hizo caso, ahora con los ojos húmedos y con destellos en los dientes, y a Loo, sin previo aviso, el sabor a óxido empezó a subirle por la lengua. El afecto amistoso que había sentido por Mary Titus unos momentos antes se emborronó de pronto, como los textos de su madre en las paredes, y Loo vio que sus manos se levantaban para golpear con fuerza a la viuda. Mary Titus cayó de espaldas dentro de la bañera, con las patitas al aire, con el cuerpo ladeado, y su cráneo fue a chocar contra el grifo. A la viuda le temblaron los ojos por un momento, antes de incorporarse y tocarse la nuca. Los dedos se le pusieron rojos, del mismo color que la vieja barra de labios de la repisa. Mary Titus dejó caer las piernas dentro de la bañera vacía y se tendió completamente, como bañándose con la ropa puesta. Tenía sangre en el pelo y corriéndole por el cuello. Seguía riéndose, aunque ahora fuese más bien llanto.

Y entonces llegó Hawley a casa. Loo reconoció las botas de su padre en el porche, arrastrándose lenta y regularmente, como siempre que volvía de una larga jornada en el mercado, y apenas si tuvo tiempo de echar el pestillo a la puerta del cuarto de baño antes de oír que la llamaba por su nombre.

—Cállate —le dijo Loo a la viuda.

—¿Es él? —dijo entre risitas Mary Titus.

Loo le tapó la boca con la mano. Si hubiese habido agua, la habría ahogado. Hawley entró en la cocina y Loo se lo imaginó cogiendo la botella, oliéndola, dándose cuenta de que había dos vasos encima de la mesa. Volvió a llamarla, y esta

vez era una pregunta.

—Estoy en el cuarto de baño —contestó Loo.

—¿Quién hay aquí?

Su padre estaba al otro lado de la puerta; Loo, por el sonido, supo que cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Has bebido?

Nunca antes le había mentido a Hawley. Pero esta vez sí lo hizo.

—No.

—¿Qué pasa ahí dentro?

Loo comprendió que había cometido un error permitiendo que una desconocida entrase en el cuarto de baño. Había revelado algo que nadie más debía ver. Mary Titus trataba de liberarse de la mano de Loo. Golpeaba el interior de la bañera con sus patitas. Y en el mismo momento en que Loo estaba a punto de contestar a su padre, la viuda le dio un mordisco y se liberó.

—¡Sam Hawley —gritó a todo pulmón—, estás aún más loco que yo!

Y a continuación le dio otro ataque de risa histérica.

Por un momento no hubo más que silencio al otro lado de la puerta. Luego el padre de Loo intentó abrir. Al ver que estaba cerrada con pestillo, lo rompió de una sola patada. Entró. Ahí estaba Mary Titus, en la bañera, revolcándose en un charco de sangre, y Loo apretándose la palma de la mano, donde la viuda le había dejado la marca de sus dientes.

El cuarto de baño era pequeño, y con la entrada de Hawley se quedó sin aire. Loo miró a su padre y aguardó. Era la persona a quien más conocía en este mundo. Lo había visto disgustado y tan enfadado como para tirar a alguien del muelle al agua, pero nunca le había visto una expresión tan dura como la que ocupó su rostro cuando la viuda, riéndose a carcajadas, señaló las fotos de su mujer.

Los hombros de Hawley ocupaban todo el hueco de la puerta. Olía a tripas de pescado y a salmuera, tenía las manos enrojecidas de manejar cuchillos y abrir ostras, y las utilizó para levantar a Mary Titus. Le bastaron dos zancadas gigantescas para arrojarla al porche como a un perro y cerrar la puerta tras ella. Luego regresó al cuarto de baño con Loo.

—¿Tienes alguna herida?

—No —dijo ella, pero estaba mintiendo otra vez.

—Déjame ver —dijo él, y Loo volvió la palma de la mano.

Hawley le pasó los dedos por el mordisco. Bajó la tapa del inodoro y sentó a Loo encima. Luego se dio la vuelta y abrió el armario de debajo del lavabo y sacó el botiquín: una caja de color naranja brillante, con una cruz roja en la tapa. Aquella caja naranja le había salvado la vida a Hawley en una ocasión, en Alaska, y tras el nacimiento de Loo había viajado con la familia por todo el país, bien provista de

gasas y vendas, linternas, agua embotellada, alimentos liofilizados, tabletas de yodo, navajas, esparadrapo, tiras de plástico, cerillas y radio de manivela. Cuando uno de los dos tenía una herida, el modo de curarla siempre estaba dentro de aquella caja.

En un rápido gesto, Hawley metió en un cajón el cepillo de dientes y el perfume y la barra de labios escarlata de la madre de Loo. En el espacio así liberado colocó la caja, levantó los cierres y sacó un frasco de avellana de bruja y unas bolas de algodón. Cuando se dio la vuelta tenía la expresión más relajada. Se sentó en el borde de la bañera, empapó el algodón y lo apretó donde la piel de Loo se veía abierta e hinchada. Ambos oían a Mary Titus, que ya no se reía. Lo que hacía era aullar, aporreando la puerta con los puños.

—¿Le has pegado? —preguntó el padre.

—No —dijo Loo.

—Qué pena.

A Loo empezó a escocerle la mano. Trató de no oír los golpes amortiguados en la ventana, y mantuvo los ojos enfocados en la caja naranja. Como las fotos de su mujer, como las cicatrices en su piel, esta caja había entrado en la vida de Hawley mucho antes que Loo. Con la sensación de haberlo hecho ya miles de veces, Loo leyó las palabras pintadas en la parte delantera: HACEMOS ESTAS COSAS PARA QUE OTROS VIVAN.

—Soy una malísima persona —dijo, y señaló, con la mano que no le sujetaba Hawley, la bañera salpicada de sangre, el recibo de su madre roto en el suelo, su propia borrachera. Ahora que estaba aquí su padre, no sabía por qué había abierto la puerta del cuarto de baño, ni por qué había permitido que una desconocida se metiera en su mundo.

Hawley le presionó la palma de la mano con la toalla, hasta hacerle daño. Negó con la cabeza:

—No sabes lo que es ser malo.

Mary Titus ya estaba gritando, tanto como para que la oyeran los vecinos, diciendo una y otra vez su nombre: «Sam Hawley Sam Hawley Sam Hawley Sam Hawley... ¡Abre la puerta! ¡Abre la puñetera puerta! ¡Voy a morirme aquí por tu culpa, Sam Hawley!».

El padre de Loo extrajo un rollo de venda de debajo del lavabo y empezó a envolver la mano de Loo como la de una momia. Quitó la protección de un apósito quirúrgico, presionó en los bordes y la herida quedó sellada.

Fuera, Mary Titus seguía dando gritos.

—Otra vez va a odiarnos todo el mundo.

Loo observó que su padre sacaba otra toalla de la estantería y la enjuagaba con agua fría. La retorció hasta dejarla como una soga entre sus manos. Luego se puso a lavarle la cara a Loo, y fue entonces, y no antes, cuando ella se dio cuenta de sus

propias lágrimas.

—Allá todo el mundo —dijo él.

BALA NÚMERO DOS

Hawley no había estado en el desierto desde que murió su madre, hacía ya cuatro años, cuando él solo tenía veintiuno. El hospital lo localizó para comunicarle la noticia, y él efectuó el recorrido completo en autobús, de Cheyenne a Phoenix. La policía le hizo identificar el cadáver en el depósito. El sitio estaba frío y húmedo, comparado con el calor de fuera, y olía a productos químicos y a lejía. Hawley permaneció en pie bajo la luz fluorescente mientras tiraban de un cajón empotrado para sacar a su madre.

Llevaba más de dos semanas muerta y su cuerpo estaba absolutamente inmóvil, como el de cualquier animal atropellado en el arcén. Se le había hundido la cara y casi no le quedaban dientes, pero seguía teniendo esa mandíbula suya, cuadrada, y esos dedos largos y delicados, los que en su recuerdo le acariciaban el pelo de pequeño. La enterró en un cementerio cercano al hospital, él solo. Luego tomó el autobús y se volvió a Cheyenne.

Ahora, Hawley poseía su propio medio de transporte, una vieja camioneta Ford Flareside. Se la compró al cumplir los veinticinco años, al contado, y le encantaba forzarle el motor en la autopista, con las ventanillas bajadas y el calor colándose a chorros, la arena soplándole en el pelo y los riscos estratificando sus matices en la distancia. Detrás de su asiento había una escopeta Remington de calibre 20, una Beretta de nueve milímetros, el rifle que se había traído su padre de la guerra y siete mil dólares.

Acababa de recibir una postal de Jove, que trabajaba en las afueras de Flagstaff, en un casino indio. Jove seguía con sus sueños de comprarse un barco y bajar con él por el Hudson, pero también seguía con la mala costumbre de tirar el dinero por la ventana a toda prisa. Ahora tenía un método para desvalijar al casino, y le había preguntado a Hawley si quería participar.

Era de noche cuando Hawley entró en Arizona. Tomó el enlace entre la 191 y la 160, y al cabo de una hora, más o menos, el suyo era el único automóvil en kilómetros a la redonda. En el retrovisor solo había negrura, y en las ventanillas solo había negrura, y no se veía nada más allá del alcance de los faros proyectándose en la

oscuridad. Una hora más tarde se encontró en mitad de una tormenta de polvo, con las plantas rodadoras adelantándolo en un destello, chocando a veces con la parrilla y quedando atrapadas bajo la camioneta. Las fuertes rachas de viento sacudían la Ford, desviándola hacia la cuneta. Era tarde y a Hawley se le iban cayendo los ojos y tenía que luchar con el volante para mantener las ruedas rectas.

Tras mucho tiempo así, vio una luz al frente, un motel que se alzaba solitario en un cruce. Se metió en el aparcamiento y alquiló una habitación. El encargado era un indio navajo. Llevaba una camisa de bolera, de color rojo y con el cuello blanco, y dos bolos bordados sobre el corazón. Detrás del mostrador había una habitación, y Hawley vio en ella a otro navajo y un chico pecoso jugando a las cartas en una mesa. Tenían pinta de llevar haciéndolo toda la noche: botellas de cerveza amontonadas en el suelo y ceniceros llenos.

—Vas a ciega grande —anunció el de las pecas.

—Cógelo de mi montón —dijo el del mostrador—. ¿Quiere usted jugar? —le preguntó a Hawley.

Los de la mesa se inclinaron hacia delante en sus asientos. El otro navajo le echó un somero vistazo a Hawley y volvió a su cerveza. Pero el de las pecas siguió mirándolo. Tenía el pelo color lubricante para motores y unas marcas que le florecían en la cara y el cuello como un sarpullido. Había algo en esas pecas que le revolvía el estómago a Hawley.

—¿A qué juegan?

—Texas Hold 'Em.

Hawley se sintió tentado. Llevaba casi una semana sin tocar un naipe. Observó cómo el de las pecas alargaba la mano, tomaba unas fichas del montón del encargado y las arrojaba al centro de la mesa. Tenía las muñecas cubiertas de tatuajes toscos, de los que se hacen en la cárcel. Uno era una serpiente de nueve cabezas entrelazadas, que se perdían manga arriba, y otro era el número 187, la sección del Código Penal californiano que se ocupa del homicidio. La tinta estaba aún fresca, con los bordes sin difuminar.

El encargado le entregó una llave, arrastrándola con la mano sobre el mostrador.

—Gracias —dijo Hawley—. Voy a pasar.

Volvió a donde había dejado la camioneta, protegiéndose los ojos de la arena con los faldones de la camisa, y luego situó el vehículo detrás del edificio, en la plaza de aparcamiento con el número de su habitación pintado con espray. Subió por la escalera hasta el segundo rellano, llevando a cuestas la bolsa con las armas y también el dinero, que tenía guardado en un frasco de regaliz negro. Los billetes iban en rollos, en el fondo, y las finas tiras de la golosina iban en la parte de arriba, como un manojo de cordones para los zapatos. Odiaba el regaliz, y daba por sentado que no le gustaría a casi nadie.

El cuarto del motel olía a chips de maíz y tabaco, y se veía un agujero en una pared. En la mesilla de noche había un reloj digital, de esos con las cifras luminosas, pero no consiguió que funcionase. Su reloj se había parado en Denver, y no sabía la hora que era. Metió la bolsa de las armas en el armario. Luego corrió la cremallera lateral y sacó la Beretta y la colocó en la mesilla de noche.

Cuando era un muchacho, su madre le enseñó a manejar una pistola. Respira hondo, le dijo, respira hondo y luego suelta la mitad del aire. Se lo dijo tantas veces que acabó respirando así casi todo el tiempo, aun sin tener una pistola en la mano. Aspiraba todo lo que podía y luego se quedaba con la mitad del aire dentro, y así era como mantenía el pulso firme, día tras día, año tras año, cada vez que apretaba el gatillo.

Hawley pasó al cuarto de baño y encendió la luz. Padecía un caso agudo de moreno de camionero, con el lado izquierdo quemado, por ir con la ventanilla abierta. Abrió la ducha y se metió en el agua fría y se lavó el pelo para quitarse la arena. Al salir se envolvió en una toalla y luego se volvió a embutir en los vaqueros. Acababa de poner en marcha la tele cuando oyó que llamaban a la puerta.

Era una chica, de unos veinte años, quizá, casi tan alta como Hawley. Tenía un ojo negro, llevaba el pelo rubio recogido en un moño de nuca, y siete u ocho piercings en los lados de las orejas, una serie de aros diminutos enlazados entre sí, y una pluma color púrpura colgando de la parte de arriba, como una especie de señuelo de pesca.

—No puedo entrar en mi habitación —dijo la chica.

Hawley no apartó la mano del quicio de la puerta.

—¿No puede abrirte el encargado?

—Ahí no hay nadie —dijo ella—. Y he visto luz en tu cuarto.

Hawley se preguntó si no sería una prostituta. Luego vio que llevaba un bebé en brazos, como de seis meses; en cabestrillo, dentro del chaquetón con la cremallera subida.

—Espera un momento —dijo Hawley.

Cerró la puerta dejando a la chica fuera y sacó el frasco de regaliz de su mochila. Tras comprobar que estaba bien cerrado, lo metió en la cisterna del inodoro. Echó mano de la Beretta y sacó el cargador para comprobar que había balas dentro y a continuación se ajustó el arma en la parte de detrás de los vaqueros y la tapó con la camisa. Luego volvió a abrir la puerta.

—Te acompaño a ver.

Cruzaron al otro lado del edificio bajo la tormenta. La chica caminaba de espaldas contra el viento, sujetándose los lados del chaquetón para proteger al bebé. La entrada del motel estaba cerrada y con la luz apagada. Hawley apoyó la mano en el cristal y miró el interior. Demasiado oscuro para ver nada.

—Ya te lo he dicho —dijo la chica.

Hawley golpeó en la ventana. Por un momento pensó en saltar el cierre. El bebé empezó a agitarse y la chica daba saltitos sobre la punta de los pies. Luego vino otra ráfaga de viento y ambos recibieron arena en la cara y el bebé se puso a llorar.

—Hay que volver —dijo Hawley.

Esta vez situó a la chica a su espalda y anduvo con los brazos abiertos, para recibir él, y no la chica y el bebé, la mayor parte de la arena. Al llegar a su habitación los dejó pasar.

—El encargado volverá de un momento a otro —dijo.

La chica descorrió la cremallera de su chaquetón. El ojo negro solo tenía unos días, todavía inyectado en sangre, con una mancha morada a lo largo de la nariz.

—¿Te importa que lo cambie? —preguntó.

—Adelante —dijo Hawley.

Ella sacó al niño del cabestrillo y lo colocó en la cama. Llevaba un pijama azul con dibujos de elefantes. Iba cerrado con automáticos en el lateral y la chica lo desabrochó para abrir el pañal y luego asió de ambas piernas al bebé y le levantó el trasero y le quitó el pañal. El niño dejó de llorar inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo llevas en el motel? —le preguntó Hawley.

—Cosa de una semana —dijo la chica—. Somos los únicos huéspedes, además del californiano.

Abrió el bolso y sacó un pañal limpio y lo colocó debajo del bebé. Luego sacó un tubo de crema blanca y se la untó un poco al pequeño, en las ingles y en el trasero, para luego cerrar el pañal y subir los lados del pijama, abrochando de nuevo los automáticos. El niño la miraba a la cara desde la cama y movía sin parar los brazos, abriendo y cerrando los puños, tratando de alcanzarla.

La chica enrolló el pañal sucio y utilizó las pestañas de plástico para cerrarlo.

—¿Tienes donde tirar la basura?

Hawley recorrió la habitación con la vista.

—A lo mejor en el cuarto de baño. Trae.

Alargó el brazo y ella le pasó el pañal sucio y Hawley cruzó la habitación con él en la mano. Sintió su calor y su peso en los dedos, como de algo vivo. Dejó el pañal en el cubo y se lavó las manos. Cuando volvió, la chica estaba sentada en la cama y había una botella de vodka encima de la mesa.

—¿Te apetece un trago? —preguntó ella.

A Hawley siempre le apetecía un trago.

—Por supuesto.

—No tengo vasos.

Hawley regresó al cuarto de baño y cogió los vasos que había en el lavabo, cada uno en su envoltorio de plástico. Le pasó uno a la chica, y luego rompieron las

pequeñas bolsas y liberaron los vasos. La chica sirvió un dedo para cada uno.

—Salud —dijo.

Por lo general, Hawley solo bebía whisky o cerveza. Vodka era lo que bebían los alcohólicos, lo que se les olía en el aliento. Era lo que bebía su madre. Recordó las botellas. Incluso había conservado una durante cierto tiempo, cuando ella se marchó, hasta que la encontró su padre y la tiró. Este vodka era de los baratos y le quemó la garganta al bajar. La chica se echó el suyo al coleteo y se sirvió otro poco.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Hawley.

—Amy —dijo ella.

—Bonito nombre —dijo él.

La chica lo miró de un modo raro, con sus ojos negros, hasta que Hawley se sintió incómodo y se alejó un poco, hacia la zona de la puerta, y se apoyó en la pared. Ella seguía sentada en la cama. El bebé se había quedado dormido, a su lado, con las manos más altas que la cabeza, como si alguien lo estuviera atracando.

—¿Te dolió eso? —preguntó Hawley, señalando las orejas de la chica.

Los dedos de ella subieron como flotando hasta tocar los aros y luego acariciar la pluma color púrpura.

—Los de arriba sí —dijo ella—. Pero ahora ni pienso en ello. Me hago un piercing cada vez que pasa algo importante, algo que quiero recordar.

Amy se sirvió por tercera vez. Se lo bebió de un trago, como un chupito, y suspiró.

—¿Será ya la hora de abrir?

El reloj de la mesilla de noche señalaba las 4.16 de la madrugada, lo mismo que al llegar Hawley. Podían ser las dos o incluso las cinco, no había modo de saberlo, porque el cielo se había puesto amarillo y oscuro, por la tormenta. Hawley bebió otro sorbo de vodka.

—No creo.

—Estoy muy cansada —dijo Amy. Cerró los ojos y se los frotó.

—Voy a ver si han vuelto —dijo Hawley.

Puso el vaso encima de la mesa, descorrió el cerrojo de la puerta y salió al pasillo. El viento seguía muy fuerte. Bajó corriendo las escaleras y rodeó el edificio, pensando en las perforaciones que Amy tenía en las orejas. Se preguntó si alguna vez querría olvidar las cosas que le hubieran sucedido. Con quitarse los aros y dejar que la piel volviera a cerrarse...

Lo intentó de nuevo con la puerta del motel. Seguía cerrada. Dio unos golpes en la ventana, pero nadie acudió. Comprobó los coches. Había dos aparcados delante, una camioneta con matrícula de Arizona y una furgoneta marrón de California, pero no había nadie en ninguna de las dos. Dio la vuelta a la esquina. Su Ford seguía donde él la había dejado. Unas plazas más adelante había un cinco puertas azul con

un tremendo rasponazo en el lado del pasajero. Miró por la ventanilla y vio varias cajas precintadas y una sillita de bebé en la parte trasera. Desde el aparcamiento miró su habitación. No había luz en ninguna otra ventana del hotel.

Amy estaba tumbada en la cama junto al bebé cuando Hawley abrió la puerta. Dedujo, por el modo en que movía los hombros, que estaba durmiendo. Cerró la puerta sin hacer ruido y luego fue al cuarto de baño y miró en el depósito del inodoro. El frasco de regaliz seguía ahí. Se echó un poco de agua en la cara y luego salió y empujó la bolsa de las armas más hacia el fondo del armario. Se situó al otro lado de la cama y se sacó la Beretta del pantalón y la metió en el cajón de la mesilla de noche, junto a la biblia. Luego se desprendió del calzado y se sentó en la cama.

El olor a tabaco persistía en los rincones de la habitación, pero la cama, ahora, a lo único que olía era a polvo de talco y manzanas. Hawley se reclinó contra el cabecero. Apenas podía impedir que se le cerraran los ojos, pero no le pareció correcto tenderse junto a la chica y el niño. El bebé lanzaba pequeños suspiros y mamaba del aire, moviendo la boca como si la tuviera aplicada a un biberón. Amy tenía el lado magullado de la cara contra la colcha, y aún parecía más joven con el ojo negro tapado. Se había deshecho el moño y su pelo cubría la almohada. Hawley escuchó la respiración de la chica y el niño. Luego se volvió hacia el otro lado y apagó la luz.

Cuando se despertó seguían a oscuras y Amy lo estaba besando. Hawley, al principio, no sabía ni dónde se hallaba, y luego vio la cara de ella inclinándose sobre él contra la luz roja del reloj. Los números seguían siendo 4.16. La blandura y el calor de la chica pesaban sobre él. Hawley temió que todo acabaría si la tocaba, y se mantuvo inmóvil. Ella lo besaba con mucha suavidad y mucho cuidado. Cuando ya no pudo contenerse, las manos de Hawley fueron a la cintura de la chica, y ella se apartó. Pasado un minuto volvió a acercarse y dejó la boca muy cerca, cerniéndose sobre la de él, las caras muy cerca, compartiendo los alientos.

Se le desprendió un mechón de pelo y rozó los labios de él, y se hicieron presentes las manzanas: el olor venía de su pelo. Hawley profundizó con los dedos hasta el cuero cabelludo y la atrajo hacia sí. Sus nudillos rozaron la fila de aros de la oreja, todo ese metal frío que le perforaba la piel. Ella tiró de su camisa y él se la quitó y ella le recorrió un hombro con los dientes. Y luego cada uno echó mano del cinturón del otro y trató de desabrocharlo en la oscuridad. Ella lo consiguió antes y lo arrojó al suelo, luego apartó los dedos de Hawley, que le tanteaban el cuerpo, y se puso en pie a un lado de la cama y se quitó los pantalones, primero una pernera, después la otra, y su piel desnuda resplandecía a la luz del reloj.

Hawley la asió por las caderas y hundió su rostro en el cuello de la chica y ambos cayeron juntos sobre la moqueta. Él le separó las piernas y ella emitió un sonido como si le hubiera hecho daño. Hawley trató de ver su rostro, pero la chica se apretó

contra él con más fuerza aún y sus cuerpos giraron y él se dio un golpe en la cabeza con el somier. Y fue entonces cuando oyó los disparos. Dos detonaciones rápidas y enseguida el silencio.

La chica seguía jadeando y moviéndose debajo de él. Hawley le tapó la boca con la mano. Así esperaron, en la oscuridad del suelo de la habitación. Y luego vino otro disparo, y el bebé se despertó y se puso a llorar.

Hawley gateó hasta la mesilla de noche y abrió el cajón y sacó la Beretta. Se acercó a la ventana y apartó la cortina. Solo vio los dos coches. Se dio la vuelta y Amy seguía en el suelo, mirando al techo.

—Haz que se calle —le dijo Hawley.

La chica se incorporó sobre las rodillas y luego se aupó a la cama. Se colocó al niño en el pecho y lo meció. Hawley localizó a oscuras sus vaqueros y se acercó al armario. Cogió varios cargadores y el rifle de su padre y regresó rápidamente a la ventana. El bebé seguía llorando. Cada grito hacía que los nervios de Hawley se tensaran un poco más. La chica buscaba algo en su bolsa. Encontró un biberón, pero le temblaban tanto las manos que se le cayó por dos veces, y luego volvió a la cama y le metió la tetina en la boca al niño y el niño se calló.

Hawley respiró profundamente. Le dijo a la chica que no encendiera la luz. Luego le indicó que se metiera en el cuarto de baño con el niño y que echara el cierre. Ella se aclaró la garganta varias veces, como a punto de decir algo, pero no dijo nada. Hawley la oyó recoger al niño y algo de ropa y luego le llegó el clic de la puerta del baño al cerrarse. No apartaba la vista del aparcamiento. El cielo iba palideciendo, ya solo quedaban unas cuantas estrellas. Seguía percibiendo la presencia del reloj a su espalda, los números estancados como si indicaran la temperatura, iluminándole un lado de la cara en la oscuridad.

Unos minutos más tarde, la furgoneta marrón, la de California, asomó por un costado del edificio. Circuló por el aparcamiento y redujo la velocidad al pasar junto al vehículo de Hawley y frenó antes de llegar al de Amy. Salió un hombre por el lado del conductor, con una pistola en la mano. Era el de las pecas. Llevaba puesta la camisa de bolera que antes llevaba el navajo. Hawley pudo ver sus tatuajes, la serpiente de nueve cabezas subiéndole hasta más arriba del codo. El tipo miró la matrícula de la camioneta de Hawley y echó un vistazo por las ventanillas del cinco puertas de Amy. Luego levantó la cabeza para repasar con la mirada la fila de habitaciones.

Ambos lo habían visto: Hawley y la chica. Si el hombre no había hecho más que robar algo de dinero, podía subirse a su furgoneta y marcharse. Si había matado a los navajos, lo más probable es que ahora fuese a por ellos. El hombre de las pecas volvió a su furgoneta y buscó algo detrás del asiento del conductor. Sacó una caja de munición, abrió el tambor de su revólver y lo volvió a cargar. Luego se limpió las

manos en la camisa roja de jugar a los bolos y empezó a subir la escalera.

Hawley sabía cómo interpretar las circunstancias climatológicas para adaptar la trayectoria del disparo a la resistencia que ofreciera el aire. Si las hojas cambiaban de dirección, el viento era de unos once kilómetros por hora. Si empezaban a doblarse las ramas, se acercaría más a los catorce. Pero allí no había árboles que le permitiesen deducir la potencia de la tempestad, ni siquiera una bolsa de plástico retenida en una valla. Solo la arena que revoloteaba sobre el asfalto, abajo, procedente del desierto, cubriendo de polvo las ventanas.

El hombre de las pecas llegó al rellano y a continuación empezó a recorrer la fila de puertas. Sacó un juego de llaves maestras e introdujo una en la cerradura del cuarto de Amy. Se deslizó dentro. Tan pronto como lo hizo, Hawley salió al pasillo. Levantó el rifle, pero el viento se hizo más fuerte y empezó a soplar contra él.

Primero los pies, le decía su madre. Los talones ya los tienes en el suelo. Parte de ahí cuando estés perdiendo el paso. Hawley cargó todo su peso hacia atrás. Suprimió la tensión de las pantorrillas y aflojó las rodillas. Se dobló por la cintura. Apoyó un codo en la cadera y el otro en las costillas. Y a continuación colocó suavemente la mejilla en la culata y ajustó la posición tras la mirilla.

Se llenó los pulmones de aire. Soltó la mitad.

El hombre de las pecas salió del cuarto de Amy, sin tomar ninguna precaución, con la camisa roja convertida en diana. Hawley pudo dispararle a la cabeza, pero optó por el hombro. El otro lanzó un grito y se dirigió a la escalera tambaleándose, pero antes de bajar se dio la vuelta y disparó todas las balas de su revólver. Hawley se apartó con demasiada lentitud y sintió una quemazón atravesándole el costado derecho, y de pronto su brazo fue incapaz de seguir sosteniendo el rifle. Se le estaba cayendo, y se le cayó y lo miró caer, y buscó la Beretta. Se tambaleó hasta el borde de la balaustrada con la pistola en la mano. Había sangre; caía a chorros sobre el pasadizo y la cabeza le daba vueltas. Apartó los ojos del charco rojo y los puso en el hombre que trataba de meterse en su furgoneta, con la camisa de jugar a los bolos inflándosele y aleteando por los lados, indicando la velocidad del viento. Ochenta kilómetros por hora, decidió Hawley. Luego levantó el arma y disparó.

Cuando intentó incorporarse no le funcionaban los pulmones: era como si tuviese una esponja en el fondo de la garganta. Se arrastró por el pasillo, gateando. El cemento estaba frío y era implacable. Llamó a Amy y abrió la puerta de un empujón. Ella salió del cuarto de baño totalmente vestida, como cuando Hawley la vio por primera vez, con el pelo recogido de nuevo en un apretado moño y el niño en el cabestrillo y dentro del chaquetón con la cremallera subida. Lo único diferente era su cara, pálida y blanca y delgada.

—Tenemos que irnos —logró decir él. Pero no consiguió levantarse del suelo.

Amy cogió unas toallas del cuarto de baño y las mojó y las aplicó al costado de

Hawley. Luego extrajo varios pañales de su bolsa y los colocó debajo, pegándole las pestañas adhesivas a la piel. Hawley le dijo que recogiera la bolsa de las armas y el rifle que se le había caído y le pidió que abriera el depósito del inodoro y sacara el frasco de regaliz y lo metiera también en la bolsa. Ella hizo todo lo que él le había pedido y cuando se arrodilló a su lado llevaba en el rostro la misma extraña expresión que cuando Hawley le dijo que tenía un nombre muy bonito.

Luego apenas si recordó haber bajado la escalera. Amy se las apañó para colocarlo en la parte trasera de su cinco puertas y luego metió la bolsa en el maletero y enseguida abrió la otra puerta y sacó al niño del cabestrillo y lo sentó en la sillita de plástico, al lado de Hawley, ajustándole las trabas. La furgoneta seguía en marcha, con el hombre de las pecas mitad fuera mitad dentro del asiento del conductor. Había mechones de pelo y fragmentos de hueso en el pavimento, y manchas de sangre en el parabrisas.

Amy se metió en el coche y cerró de un portazo. Agarrada al volante, tenía los ojos puestos en el espejo retrovisor.

—¿Crees que el encargado estará muerto?

—Deberíamos comprobarlo —dijo Hawley.

Dieron la vuelta con el coche para situarse ante la fachada del edificio. Amy salió, y esta vez las puertas del motel estaban abiertas. Hawley y el bebé quedaron en el coche, el niño sin apartar la vista del sitio en el que había desaparecido su madre, dando pataditas y babeando. Hawley se apretó los pañales contra las costillas, con la cabeza yéndosele. Amy, al regresar, permaneció inmóvil por un momento, agarrada a la manilla de la puerta, con pinta de estar a punto de vomitar, y Hawley supo que había acertado y que los otros hombres estaban muertos y pensó que ojalá hubiera hecho caso de su instinto cuando vio aquellas pecas desde la recepción del motel. Ahora podría estar a kilómetros de allí o incluso bebiéndose unas cervezas con Jove, y no muriéndose en el asiento trasero del coche de una chica cualquiera.

Amy, tras bregar con el cinturón de seguridad, salió marcha atrás del aparcamiento.

—En la reserva tienen médico —dijo—. A unos quince kilómetros.

El asiento que ocupaba Hawley estaba empapado de sangre. Había sangre en los cinturones de seguridad, sangre en el suelo.

—Informaré a la policía.

—No si le pagas —dijo Amy.

Y entonces fue cuando Hawley supo que ella había mirado en el frasco.

Trató de decir algo al respecto, pero solo le salió un balbuceo. Concentró la atención en el niño que tenía al lado, atado a su asiento, e hizo lo posible por mantenerse despierto. El pijama de elefantes tenía manchas de sangre y el niño miraba la nuca de Amy, alargando los brazos para alcanzar a su madre, como si eso

fuera lo único que importara en este mundo.

Daba la impresión de que estaba saliendo el sol —el cielo era una multitud de rosas y naranjas—, y Hawley volvió a preguntarse qué hora sería. La bala estaba ahora dando vueltas, girando en dirección a un sitio oscuro y llevandoselo con él. Tocó los pañales que tenía adheridos a lo largo del estómago. Olían a polvo de talco y pesaban y desprendían calor y le provocaban en las manos una sensación de vida, igual que le había ocurrido cuando llevó al cuarto de baño el pañal del bebé y lo tiró al cubo de los desperdicios.

—Estamos llegando —dijo Amy—. Luego volveré a buscar tu coche.

Hawley tuvo la esperanza de que lo haría. Deseó que cuando se despertase y saliera tambaleándose de casa del médico al desierto ardiente, ella estuviera allí con el bebé y el dinero, y no fuera solo su coche cubierto de polvo, con las llaves en el arranque y un montón de toallas llenas de sangre. Que no tuviera que mirar el maletero para ver si seguían allí las armas, y que le hubiera dejado al menos un billete de mil en el frasco de regaliz. Pensó que eso era lo menos que Amy le debía. Que le debía algo.

Pasaron por encima de un bulto, en la carretera. Hawley miró por la ventanilla trasera. Acababan de atropellar algo, algo con pelo y plumas, todo mezclado. Un conejo y un águila, pensó. Un coyote y un buitro. Al lado, en su sillita, el niño se quejó y lloriqueó un poco y al final se echó a llorar del todo.

—Tiene hambre otra vez —dijo Amy, pero no podían parar, de modo que empezó a cantarle *Twinkle, Twinkle, Little Star* y *Rock-a-bye Baby*. Hawley cerró los ojos y escuchó. No tenía buena voz, pero se esforzaba.

—Eres una buena madre —dijo Hawley, o al menos eso creyó decir, y luego la bala le hizo completar el trayecto hasta la oscuridad.

DOGTOWN

Cuando tenía seis años, Loo se perdió en una feria. Se distrajo con un tragasables, la desorientó un torbellino de ruidos y luces de colores, la multitud la llevó de aquí para allá, y de pronto se encontró alejada de Hawley. Él, antes, había ganado un gigantesco oso de peluche para ella, y Loo lo llevaba muy agarrado, con el pellejo sintético picándole en la piel, mientras buscaba a su padre. Sin Hawley, el mundo se volvía peligroso, cada paso que daba estaba cargado de importancia y significado. Loo no lloró ni le pidió ayuda a nadie. Se alejó del tragasables, ocupado en coger su acero y engullírselo, y para desandar sus pasos se concentró en los juegos de la feria y el olor a algodón de azúcar y manzanas caramelizadas y palomitas. Cuando por fin encontró a su padre, el hombre estaba tan fuera de sí que había empezado a pelearse con los guardias de seguridad. Lo estaban sacando de la feria cuando Hawley vio a Loo junto al carrusel, en el mismo sitio en que se le había soltado de la mano.

A Loo le seguían gustando las ferias. En las cercanías de Olympus, la principal era la que se montaba en octubre, cuando las hojas cambiaban de color y el aire traía los primeros fríos: la enorme feria agrícola del condado. Bajo los toldos y en los establos, los clubs de la organización juvenil Cuatro Haches (*Head, Heart, Hands and Health*: Cabeza, Corazón, Manos y Salud) calificaban el ganado y organizaban carreras de cerdos. Había una muestra de caballos de tiro y un concurso de comer tartas y de quién había cultivado la calabaza más grande y una calle central con juegos y atracciones.

La feria caía cerca de su cumpleaños, y su padre le dejaba elegir las atracciones que más le gustaban. A los trece años, Loo se pidió los coches de choque. A los catorce se subió a la noria. A los quince estuvo entrando y saliendo del Palacio de los Espejos en compañía de Hawley, saludándose a distancia y chocando con las paredes. El año en que cumplió los dieciséis ya estaba lista para algo nuevo. Recorrió en ambas direcciones la calle central, con su padre, y eligió el artilugio más terrorífico que pudo encontrar: el Anillo Galáctico. Hawley miró la rueda de metal cubierta de luces destellantes, girando cada vez más deprisa, alzando un gigantesco brazo en diagonal hacia el cielo, con los usuarios desgañitándose al ver el suelo deslizarse bajo

sus pies, y le dijo a su hija que esta vez la dejaba sola.

—Te espero a la salida —le dijo, y luego le quitó el paquete de palomitas que tenía en la mano y echó a andar hacia la puerta.

Había poca cola, y Loo entró en el primer turno de usuarios. Echó a correr por la rueda, dejando atrás las imágenes de Saturno, Venus, Mercurio y Neptuno, y eligió un sitio donde estar sola, apoyando los hombros contra el respaldo acolchado, aferrada a las barras de ambos lados de la caja, y afirmando ambos pies en el borde metálico. Un empleado adolescente recorrió la atracción, preparándola para el arranque. Llevaba una camiseta con algo escrito.

—¿Qué dice ahí? —le preguntó Loo.

—Letras de canciones.

El chico le sonrió mientras aseguraba la barra de sujeción en su sitio. No era guapo, pero tenía unos hoyuelos atractivos.

—Pareces muy asustada.

—Pues no lo estoy.

—No te preocupes —le dijo el chico, guiñándole un ojo—. Es como si no pesaras nada, como darte un paseo por la luna.

Luego volvió a sonreír y se bajó de la atracción y accionó el interruptor.

El motor se puso en marcha y los planetas empezaron a dar vueltas, orbitando alrededor del sol pintado en el centro de la rueda. Los pasajeros se pusieron a chillar y gritar. A Loo se le pegaban las manos a las barras metálicas. Cuando el brazo empezó a subir, su cuerpo, en vez de hacerse ingrátido, le fue pesando cada vez más, hasta quedar aplastado contra el respaldo acolchado. Trató de moverse, pero tenía la cabeza pegada, como si le hubieran cosido el cráneo con plomo. Luego el suelo desapareció bajo sus pies y ya no hubo nada entre ella y el mundo.

Loo gritó y descubrió que cuanto más gritaba, menos miedo de morir tenía. El aire le azotaba la boca abierta y la galaxia se puso del revés y fue como si una enorme criatura se hubiera dejado caer en lo alto de su vida hasta aplanarla. Le daba vueltas la cabeza y sus botas giraban al aire libre sobre la multitud que jugaba al Tiro a la Botella y al Plinko y sobre su padre, que la miraba sin soltar el paquete de palomitas.

—Lo que te he dicho —le dijo el chico luego, mientras levantaba el cierre de su habitáculo—. ¿A que es como volar?

Loo trató de asentir con la cabeza, pero lo que hizo fue tropezar, porque le fallaron las piernas.

Él la sujetó por el codo.

—Cuidado.

Ella hizo otro intento de leer su camiseta. Le resultaba importante saber lo que ponía. Pero el texto estaba garrapateado de un modo rarísimo y además desaparecía manga arriba. Y luego llegó su padre y la abarcó con ambos brazos y la sacó por la

puerta a empujoncitos y la apartó de la atracción y la puso delante de un cubo de basura dentro del cual no tardó en vomitar.

—Feliz cumpleaños —dijo su padre, ofreciéndole una servilleta—. ¿Siguen apeteciéndote las palomitas?

Loo negó con la cabeza, abochornada. Se limpió la boca.

Hawley tiró el paquete.

—Ese cretino estaba coqueteando contigo.

—Para nada.

Loo se volvió a mirar el Anillo Galáctico. El chico estaba otra vez exhibiendo sus hoyuelos y encerrando a una rubia en una de las jaulas.

—Sí que estaba coqueteando —dijo Hawley, y luego se llevó la mano a la espalda y Loo supo que era para comprobar que la pistola seguía en su sitio. Para recordarles a ambos que estaba ahí. Como si alguna parte de Hawley pudiera no acordarse. Como si Loo pudiera olvidarlo en algún momento.

El lunes estaba otra vez en el instituto, todavía con la excitación de la feria. No le importaba haber vomitado, ni que el chico de la atracción se hubiera olvidado tan rápidamente de ella. Lo único importante era que se había fijado en ella. Era como si acabara de descubrir en su interior un talento secreto, que solo se manifestaba porque alguien le había indicado dónde se escondía.

Ahora llevaban más de cuatro años viviendo en Olympus. Ya era su casa. Todas las primaveras, Hawley plantaba un huerto en el jardín trasero, y en verano tenían judías verdes y tomates y maíz que poner en la parrilla. Iban a la playa y se tendían al sol en sus toallas y escuchaban las olas y recogían almejas los fines de semana. Utilizaban los rastrillos para hacer enormes montones de hojas secas y luego las quemaban, y compraban un verdadero árbol de Navidad todos los años y lo ponían en el salón, y utilizaban raquetas para andar por el bosque. Tenían un garaje que Hawley había convertido en taller, lleno de cables y palas y herramientas, y en las paredes de la casa había unas estanterías que Loo iba llenando de libros sin obligación de devolverlos a la biblioteca. Se había pasado la vida mirando armarios vacíos, y ahora todos los armarios estaban llenos.

Lo único que no había cambiado era la reputación de Loo. Estaba en noveno grado cuando le estampó la cabeza a Mary Titus contra el borde de la bañera, y ahora, tres años después, en su último curso de instituto, seguía sin haber dejado atrás lo de la piedra metida en el calcetín. La viuda no había presentado cargos, pero sí había puesto todo de su parte para que el pueblo entero se enterase de cómo eran Samuel Hawley y la loca de su hija. Lo bueno fue que las viudas dejaron de metérseles en la casa. Lo malo fue que la gente empezó otra vez a evitarlos, menos Pauly Fisk y Joe

Strand, que siguieron tomándose sus copas con Hawley, y el director Gunderson, que seguía proporcionándole pases a Loo para que pudiera escaquearse de los castigos. Jeremy y Pauly hijo hicieron lo posible por mantenerse alejados con sus narices torcidas, animando a los demás a hacer lo mismo, y la única persona del instituto que le dirigía la palabra a Loo era Marshall Hicks.

Mary Titus era una bocazas, pero su hijo no. Nunca le contó a nadie que Loo le había roto un dedo. Si lo hubiera hecho, lo ocurrido entre ellos habría ido desinflándose poco a poco, hasta quedar en el olvido al cabo de los años. Como no lo hizo, su silencio convirtió el dedo en un secreto. Un secreto que Marshall le recordaba a Loo cada vez que la saludaba con una inclinación de cabeza al cruzarse por el pasillo, o le prestaba un bolígrafo cuando a ella se le estropeaba el suyo durante un examen de Historia, o la escogía como compañera en Biología, tras el prolongado e incómodo momento en que la maestra les pedía que formasen parejas y Loo se quedaba sola, ahí sentada, mordiéndose el labio y tratando de no darse cuenta de que todo el mundo se apartaba de ella.

—Supongo que serán gusanos —le decía Marshall mientras le ponía delante la bandeja y los instrumentos metálicos—. Siempre empiezan el semestre con gusanos.

—¿Gusanos de tierra o de mar?

—De tierra.

Marshall sacó de su mochila una bolsa de cuero llena de lápices de colores.

—Yo preparo la plantilla y tú cortas.

Dos chicas de la mesa de enfrente alzaron las cejas. Y una de ellas hizo como que derramaba sirope de arce en el pecho de la otra. Loo cogió el escalpelo.

—De acuerdo.

Les salieron gusanos. Grandes. Loo cortó la piel y clavó los bordes en la bandeja. Marshall identificó el clítel y la molleja, pero se le resistió el aparato reproductivo.

—Me parece que eso de ahí son los ovarios —dijo Loo.

—Tienen partes masculinas y partes femeninas. —Marshall escarbó el gusano con un pincho—. Receptáculos y vesículas. Son hermafroditas. Como Hermafrodito, que era hijo de Afrodita y de Hermes. Una ninfa se enamoró de él y se fundieron en uno solo. Se convirtieron en dos personas dentro de una.

—Qué raro suena eso —dijo Loo—. Como estar solo pero no estar a solas.

—Aun así, estos necesitan otro gusano para reproducirse.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Mi padrastro es biólogo marino. Me lee libros de ciencia en la cama.

Loo imaginó a Hawley arrojándola bajo el cobertor de un motel. Ambos comiéndose a medias una bolsa de patatas fritas de la máquina expendedora y riéndose de Godzilla y Frankenstein en la tele. Marshall sacó un lápiz de su bolsa de cuero. Le dio la vuelta a la plantilla de Loo y dibujó una bella mujer con el pelo

suelto, de pie, desnuda, en las valvas abiertas de un molusco, rodeada de amorfos alados. Luego le pintó una barba. Debajo puso *Herm-Afrodita*, y le pasó el papel a Loo, sujetándolo con el dedo doblado y arrastrándolo hacia ella sobre la superficie de la mesa.

Al final de la clase, Loo no devolvió la plantilla. La dobló en dos y se la llevó a su casa.

Marshall y Loo se pasaron las semanas siguientes diseccionando ranas juntos y luego un grillo y luego un feto de cerdo y luego una estrella de mar. Todos los días, durante una hora, se alternaban con el escalpelo y etiquetaban los órganos en sus hojas de laboratorio y charlaban. Loo no tuvo problemas con las ranas, ni siquiera con el cerdo —fue como destripar una platija, para ella—, pero, por alguna razón, con la enorme estrella de mar conservada estuvo a punto de desmayarse tan pronto como le abrió la espesa piel con las tijeras y se puso a hurgar en el ciego pilórico. Marshall la sustituyó justo cuando el último atisbo de color desaparecía del rostro de Loo. Las chicas de delante se dieron cuenta y una de ellas frunció los labios en morro y la otra hizo como que se metía el dedo en la garganta para vomitar. Loo se quedó mirándolas, con un sabor a empastes viejos en la boca. Contó de cero a veinte, luego hacia atrás, de veinte a cero, y con eso tuvo que conformarse en vez de agarrar el escalpelo y clavárselo en un ojo a la del vómito fingido.

Tras un largo y crudo invierno, los adolescentes de Olympus fueron testigos de la primera señal de primavera: el barril campestre de cerveza. Marshall y su primo se hicieron con medio barril de Heineken y lo llevaron rodando durante kilómetro y medio por el bosque, hasta la Boca de la Ballena —una gigantesca formación rocosa natural situada en el centro de Dogtown y que parecía una ballena jorobada asomando a la superficie, sin caminos ni casas en las cercanías, donde nadie podía oír nada y con muchos recovecos donde esconderse si se presentaba la policía—. En el instituto empezó a correrse la voz de que todos estaban invitados a vaciar un barril de cerveza en el bosque. Aun así, cuando Marshall le tendió el programa de la fiesta, completo, plano incluido, con la Boca de la Ballena en el centro, en un círculo, Loo le miró la cara para asegurarse de que no estaba tomándole el pelo. Pero al ver la sonrisa de Marshall, dijo que iría.

La noche de la fiesta, Loo hizo tiempo en la cocina con un libro abierto delante, fingiendo leer, mientras Hawley se duchaba y se preparaba para encontrarse con Fisk en el Flying Jib. La chica ladeó la cabeza a modo de respuesta cuando él le dijo adiós, y nada más salir la camioneta del acceso al garaje se quitó la ropa y se puso el disfraz que había estado organizando toda la semana, una experimentada combinación de informalidades: vaqueros y una camiseta con el cuello arrancado y las mangas

subidas por encima de los hombros, unos pendientes de aro muy grandes que había mangado en una tienda y sus botas con puntera de acero. Luego fue al cuarto de baño y se embadurnó con la barra de labios roja de su madre, pasada de fecha y dura al contacto. Se peinó hacia atrás. Tenía dieciséis años, pero en el espejo daba los veinte. *Ahí voy*, pensó.

Se metió en el bolsillo de la sudadera el plano de Marshall y una linterna y luego sacó la bicicleta del cobertizo y se lanzó a atravesar el pueblo. Salió de casa al atardecer, pero cuando llegó a la linde del bosque ya había oscurecido y los coches iban con las luces puestas. La carretera lateral que llevaba a Dogtown estaba bordeada de vehículos de todos los tamaños y formas, aparcados unos detrás de otros bajo los árboles. Estaban fríos y vacíos y no hacían ruido; llevaban horas allí.

Loo sudaba por el esfuerzo. Dejó su bicicleta contra un árbol, a la entrada, prendió la linterna y echó a andar por el sendero. Nada más apartarse de la carretera, los árboles se le echaron encima, tapando las estrellas y la luna. Solo oía su propia respiración y el sonido de sus pies en las hojas. Luego su linterna destacó una enorme roca al borde del camino. Parecía fuera de todo lugar y todo tiempo, como una nave espacial de otro mundo, allí abandonada. Loo, al acercarse, vio letras grabadas en un lado de la piedra. Dos palabras de un palmo de alto y perfectamente trazadas, como de una estatua o una sepultura.

SÉ AUTÉNTICO.

Loo se sacó el plano de Marshall del bolsillo y lo puso a la luz. Cerca del comienzo del sendero había un puntito redondo con las mismas palabras. Siguiendo el camino, halló otras piedras, cada una con su correspondiente punto negro en el plano. **SÉ LIMPIO. AHORRA. VERDAD. TRABAJO. LEALTAD. BONDAD. INTELIGENCIA. IDEALES. IDEAS. INTEGRIDAD. POTENCIA ESPIRITUAL. Y EL SERVICIO CREA PROSPERIDAD.** Eran indicaciones, y Loo las siguió bosque a través, recibiendo ánimos de cada una de ellas, hasta que oyó voces y música y llegó a un claro y vio la Boca de la Ballena iluminada en la noche.

Esperaba encontrarse con chicos de su clase, y vio a unos cuantos, pero no los conocía lo suficiente como para acercarse a decirles hola. Casi todos eran mayores que ella. Todos utilizaban un vaso de plástico de color rojo para beber, y algunos fumaban hierba y otros tostaban malvaviscos. Loo vio que una chica situaba un malvavisco encima del fuego, le daba vueltas hasta chamuscarlo por ambos lados, luego soplaba, le quitaba la parte viscosa y se lo metía entero en la boca antes de volverse hacia el chico que tenía al lado y darle un beso, con el interior de sus respectivos malvaviscos chorreándoles de las bocas y el resto de la multitud lanzando ululatos de aprobación.

Marshall estaba entre los árboles, bombeando el barril y sirviendo cerveza. Llevaba una camiseta de Greenpeace y unos vaqueros descoloridos. Loo hizo cola

para que le diera un vaso.

—Has venido —dijo él.

—Me he perdido. Pero me han ayudado los peñascos. Son enormes.

—Ya, sí. Mi padrastro me traía por aquí de excursión cuando era pequeño. Este sitio se llama Stonehenge. Estas rocas gigantescas llegaron hasta aquí desde algún otro sitio, y luego quedaron en el suelo cuando se derritieron los glaciares. Las llaman bloques «erráticos». Quien grabó las frases fue un tal Babson, en los años treinta.

Marshall hablaba demasiado deprisa y arrastrando las palabras, y Loo se dio cuenta de que estaba borracho. La miraba directamente a los ojos, y no de soslayo, como hacía en clase de Biología.

Loo bebió un poco de cerveza. Estaba caliente y no sabía a nada. Se limpió la boca.

—¿Hay alguna frase que te guste más?

—*Lo que no se intenta* —dijo él— *no se consigue*.

Se acercaron otros chicos a pedir cerveza. Loo se hizo a un lado y observó a Marshall accionando el grifo, sosteniendo la espita en su sitio con el mismo dedo que ella le había roto. Estaba segura de que, si lo palpaba, notaría la rotura del hueso. Marshall le sirvió más cerveza, inclinando el vaso para controlar la espuma, y luego le pidió a otro chico que lo sustituyera y se acercó con Loo a la hoguera.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó ella.

—Amigos de mi primo, que se graduó el año pasado —dijo Marshall.

—Pensaba que Jeremy y Pauly hijo estarían aquí.

—Ya no se hablan conmigo. No desde que mi madre empezó con esa petición de un santuario marino.

—¿Quieres que les pegue por ti?

Marshall se rio.

—No, gracias.

Se sentaron en un tronco delante de la hoguera, sin tocarse pero cerca. El calor venía bien tras el largo recorrido por el bosque. Todos los presentes eran siluetas, con las llamas animándoles las caras.

—Mi padrastro me enseñó a sangrar los árboles del bosque —dijo Marshall.

—¿Para el sirope de arce?

Marshall asintió.

—Por la noche, el sirope sale cuando la temperatura está por debajo del punto de congelación, y durante el día cuando está por encima. Me paso aquí la mayor parte de febrero y marzo. Es muchísimo trabajo.

—Me lo imagino —dijo Loo, y por un momento se lo imaginó: las ramas desprendiéndose de sus hojas, quedándose desnudas, la nieve alzándose alrededor, y Marshall pasando por los montones de nieve helada con sus botas, con los cubos a

cuestas, y un pequeño martillo para hincar los grifos de sangrado en la corteza.

—¿Quieres verlo? —le preguntó Marshall.

—¿Ver qué?

Él, sin apartar la vista de la hoguera, bebió un largo trago de cerveza.

—*Lo que no se intenta no se consigue.*

Loo miró subir el humo, bifurcándose en torno a la Boca de la Ballena.

—Claro —dijo.

Marshall la llevó por un camino que se alejaba de la fiesta. Dejaron atrás unos cuantos rótulos más, que leyeron a la luz de las linternas. USA LA CABEZA. LLEGA A TIEMPO. SI PARA EL TRABAJO, BAJAN LOS VALORES.

—¿Crees tú que alguien ha tenido en cuenta alguno de estos lemas?

—Seguramente no —dijo Marshall.

Terminó la cerveza y arrojó el vaso a los matorrales, y luego le cogió la mano a Loo. Ella notó el duro bulto del dedo roto contra la palma. *Ese dedo lo tendrá así toda la vida*, pensó. Pero siguió sin sentirse culpable por habérselo roto.

—Yo, si hubiera vivido aquí, habría odiado a Babson. Por intentar decirme lo que tengo que hacer.

—Ven —dijo Marshall, y la llevó hacia los árboles.

La música de la fiesta se oía menos, y también el resplandor de la hoguera fue bajando en intensidad según se alejaban de ella. Caminaron entre los arbustos y por un sendero, hasta que el bosque se volvió oscuro y silencioso. Al final llegaron a otro peñasco, medio enterrado. Marshall lo recorrió enteramente con el haz de su linterna; el texto apenas podía leerse bajo el musgo: LO QUE NO SE INTENTA NO SE CONSIGUE.

—Ya está —dijo él, y apagó la linterna.

La oscuridad los envolvió. Loo lo oía todo. El rumor de los árboles y la respiración de Marshall a su lado y luego notó sus manos y el chico la empujó contra la roca y luego la besó.

La boca le sabía a cerveza. Sus labios le abrieron los labios y su lengua le tanteó los dientes. Era raro, pero no terrible. Marshall le tocó la cadera y esta vez ella le agarró el pulgar y lo mantuvo apretado. Sintió su pulso, justo debajo de la piel: un latido silencioso, insistente. Y de pronto ahí estaba el herrumbroso sabor de costumbre, anegando la boca de Loo y llevándose los besos cerveceros. Le estrujó el pulgar. Marshall se puso rígido. Se apartó de ella.

—No lo hagas —dijo.

Se oyó un grito en la distancia. Se acercaron pasos y al poco rato el bosque que los rodeaba se llenó de movimientos. Gente corriendo por el sendero, haces de linternas en todas direcciones, chicos llamando a voces y chicas gritando.

—¡La policía! —les gritó alguien al pasar por su lado.

Loo soltó el dedo de Marshall. Y luego echó a correr, dejando al otro atrás, en la oscuridad. Se sacó la linterna del bolsillo y se tiró de cabeza a los matorrales, arrastrándose entre ellos a cuatro patas, hasta que se encontró lejos del sendero y la hoguera quedó reducida a un resplandor entre las ramas.

La policía había llegado en un par de *quads*, y Loo oyó que uno de los agentes les pedía el nombre a los chicos que habían atrapado, mientras los demás cargaban el barril de cerveza en el transportín de uno de los vehículos. Las linternas de los policías eran más potentes que ninguna otra y sus haces se adentraban en el bosque. Loo estaba a unos treinta metros, con las rodillas mojadas y las uñas espesas de tierra, cuando el suelo desapareció bajo sus pies y se hundió en un agujero.

Al principio creyó haber caído en una tumba, pero era la bodega de una antigua casa, bordeada de piedras. El agujero estaba embarrado y frío, las paredes de piedra aún sostenían la base de los cimientos, a dos metros bajo tierra. Las espinas de un arbusto le arañaron las manos. Loo vio los haces de las linternas pasarle por encima de la cabeza y escuchó lo que hablaban los policías. Cogieron a unos cuantos adolescentes más y luego regresaron a apagar la hoguera, y se juntaron todos y la policía levantó el campo, unos en los *quads* y otros andando con los chicos capturados. Una chica iba llorando y otra pedía que no les dijeran nada a sus padres, y luego las voces fueron debilitándose hasta perderse, y Loo se quedó sola en el bosque.

Pasó como pudo entre la maleza, saltó sobre troncos caídos, con un cortejo de mosquitos y polillas siguiéndole los pasos y lanzándose contra la luz de la linterna mientras ella buscaba el camino. Trepó por peñascos y se encontró con la boca llena de telarañas. Tuvo la impresión de llevar horas perdida. Y durante todo ese tiempo se movían sombras más allá del alcance de su linterna, hasta dejarla convencida de que alguien la estaba siguiendo, espiándola desde los árboles. Apagó la linterna y se escondió. Esperó. Y luego corrió hasta topar con uno de los peñascos de Babson. Olía a tierra y metal y cristal. Prendió la linterna y tocó las palabras. USA LA CABEZA. Loo sacó el plano de Marshall y volvió a encontrar el camino. Fue siguiendo las piedras, de IDEAS y BONDAD A LEALTAD y VALOR, hasta hallarse de nuevo en SÉ LIMPIO y SÉ AUTÉNTICO.

Loo dejó atrás la linde del bosque, con el alivio extendiéndosele por los huesos. Era tarde y habían desaparecido todos los coches que se alineaban en la carretera cuando ella llegó. Pensó que ojalá siguiera su padre con Fisk; iba a necesitar no menos de cuarenta minutos de bicicleta para llegar a Olympus. Se quitó la sudadera, se limpió la cara con ella y metió las mangas en las trabillas del cinturón. Luego se acercó al árbol en el que había dejado la bicicleta y vio que no estaba.

Miró en el bosque, buscó por la carretera, arriba y abajo, revolviendo en los arbustos, llegó incluso a recorrer de nuevo un trecho del sendero, antes de darse por

vencida y sentarse en el bordillo de la acera. Podía hacer dedo en la autopista, pero la mera idea la ponía nerviosa. No le quedaría otro remedio que atravesar a pie el pueblo. Iba a llevarle toda la noche, y Hawley estaría en casa cuando ella abriera la puerta. Tendría que ocurrírsele alguna excusa por el camino.

Loo se levantó del suelo y se sacudió los vaqueros. Estaban cubiertos de tierra y espinas. Tenía los calcetines empapados. Las botas hacían un ruido de chapoteo al ir dando un paso tras otro por calles oscuras. Más adelante había una farola con la lámpara rota, y los fragmentos de cristal destellaban sobre el asfalto, cubiertos de polillas muertas y excrementos de pájaros. Pero nada más pasar por el montón de cristales había una casa, y en esa casa había luz. En todas las ventanas, todo encendido. Se le estaban desconchando las paredes y el porche frontal parecía a punto de hundirse. En el acceso al garaje había un coche herrumbroso. Loo habría pensado que la casa estaba vacía si no hubiera sido por las luces. Luego reconoció el aldabón en forma de piña.

Si hubiera visto la casa de Mabel Ridge cuando iba hacia Dogtown, de ninguna manera se habría parado. Pero estaba desesperada sin su bicicleta —y cansada y alterada y cubierta de zarzas—, de modo que se encaminó directamente a la puerta de su abuela. La escalera crujía. La piña de latón le pesó en la palma de la mano al levantarla para dejarla caer luego. Pasado un momento, se abrió la puerta y Loo se encontró cara a cara con la anciana. Mabel Ridge estaba ya en la setentena, con el pelo blanco, el espinazo curvo, con rosácea manchándole la nariz y las mejillas. Llevaba una chaqueta de punto y un delantal largo de hule, y unas gafas protectoras subidas a la frente.

—¿Qué hay?

Loo trató de alisarse la cola de caballo. Le faltaba uno de los pendientes de aro. Recordó el vestido que su padre le había hecho ponerse para la primera visita. La de días que había tardado en quitarse la sangre de la camisa de Hawley.

—Soy Loo.

Mabel Ridge colocó la palma de la mano en la puerta, como si fuera a cerrarla en cualquier momento. Tenía la mano entera, hasta la muñeca, teñida de azul.

Loo probó de nuevo:

—Tu nieta.

Hubo un cambio en el espacio que las separaba, y Mabel sumió las mejillas. Loo se preguntó si aquella mujer no se pondría a llorar, pero las mejillas de Mabel recuperaron su posición natural y el momento pasó. Miró a la chica de arriba abajo. Captó el desaguizado en toda su magnitud.

—Parece que vienes de una pelea.

—Me he perdido en el bosque.

—Estabas en la fiesta esa.

Mabel Ridge se sacó un clínex de la manga, se sonó, volvió a guardárselo en la misma manga.

—Tus amigos me han hecho trizas la farola.

—Yo no tengo ningún amigo —dijo Loo.

Mabel acabó de abrir la puerta y puso un pie en el porche. Miró por encima del hombro de la chica, y cuando vio que nadie acechaba en las sombras, se rascó la barbilla con un dedo azul.

—Bueno, pues será mejor que entres, supongo.

Al entrar en la sala, a Loo le pareció más pequeña la casa. En una esquina había una rueca de tres patas, y en la otra, entre un sofá con demasiados cojines y un televisor antiguo, había un enorme telar de madera. El telar abarcaba la pared entera, ocupando casi todo el espacio, un marco cuadrado de piezas de madera conectadas unas con otras, un pedal y delante un banquito para sentarse la tejedora a trabajar. Era una máquina enorme, importada de otros tiempos, cuya urdimbre mantenía los hilos apartados, haciéndolos trazar una sonrisa de boca gigante.

Mabel Ridge cerró la puerta y echó el pestillo, luego se limpió los pies en el felpudo del vestíbulo.

—Eres demasiado joven para ir de fiesta.

Loo no contestó. Con la linterna sujeta entre ambas manos, como estrujándola, trató de no levantar la vista. Mabel Ridge tenía los mismos ojos verdes que su madre. Los mismos ojos que Loo veía cuando se miraba al espejo.

—¿Quieres llamar por teléfono? —preguntó Mabel—. ¿A tu padre?

—No —dijo Loo.

La vieja soltó un resoplido, luego le hizo seña de que entrara.

—Hay un fregadero por ahí. Puedes lavarte un poco.

Condujo a la chica a la cocina. La encimera estaba llena de frascos con hierbas. En el fuego había cuatro ollas grandes, hirviendo y soltando vapor. Olía a lavanda y patatas viejas.

—Cuidado —dijo Mabel—. Más vale que no respires eso.

Se ajustó las antiparras a los ojos, cogió una toalla del respaldo de la silla y la utilizó para levantar una tapadera. Apagó el fuego, comprobó la temperatura con un termómetro, luego cogió un cucharón largo de madera y lo utilizó para introducir una madeja de lana azul en la olla. Cuando la sacó, el color empezó a cambiar, hasta adquirir un profundo tono añil. Loo miró dentro. Había supuesto que el líquido sería oscuro, pero era amarillo, con una leve tonalidad lechosa.

—¿Estás lavándolo? —preguntó Loo.

—No —dijo Mabel—. Lo estoy volviendo azul.

Colocó la madeja en un pequeño recipiente de madera.

—El añil es el color más difícil de conseguir bien. Los amarillos, los verdes, los

rojos... son más fiables.

Destapó las demás ollas y dejó al descubierto una serie de extrañas sopas hirvientes de colores diversos, en las que flotaban, retorciéndose, las madejas.

—El azul hay que añadirlo en capas. Lo metes una y otra vez, durante cuarenta y cinco minutos, hasta darle el grado de oscuridad que buscas.

Puso los fuegos al mínimo, volvió a tapar las ollas y se subió las gafas a la frente. Luego le pasó a Loo una pastilla de jabón Ivory y la toalla que acababa de usar.

—Por lo menos deberías lavarte la cara.

Loo se acercó al fregadero con la toalla y el jabón, y los humedeció. Había un pequeño espejo de mano colgado en uno de los armarios de la cocina. Se inclinó hacia delante y se puso a la tarea. El carmín rojo se le había borrado. Tenía en la frente una herida profunda, que sangraba, y toda la cara y el cuello manchados de barro, y varias picaduras de mosquito en la mejilla izquierda. Se lavó lo mejor que pudo, luego se mojó las manos y se las pasó por el pelo, desenredándolo y quitándose las ramitas que se le habían quedado enganchadas, e incluso un escarabajo que cayó al fregadero y se puso a dar vueltas como loco, batiendo sus diminutas alas iridiscentes. Loo abrió el grifo y se quedó mirando mientras el bicho desaparecía por el desagüe.

—Así estás mejor —dijo Mabel—. Parecías una especie de monstruo de los pantanos. Cuando has llamado he pensado que era la policía. No habría abierto, si no.

—¿Has llamado a la policía? —le preguntó Loo.

—Pues claro que he llamado. La fiesta estaba descontrolándose. Estoy al tanto de lo que ocurre por aquí. La gente cree que nadie los está mirando, pero yo siempre lo hago.

La anciana dijo todo esto sin dejar de plegar y desplegar la toalla, y Loo empezó a preguntarse si no estaría un poco tocada. Había algo raro en su modo de moverse, adelantando los dedos como una araña al doblar una esquina.

—¿Para qué tantas madejas?

—Estas madejas teñidas a mano me las encargan de todas partes. Es simple, pero de eso vivo. Así pude conservar esta casa, cuando Gus perdió todo el dinero que teníamos.

—¿Gus? —preguntó Loo.

—El padre de Lily.

Mi abuelo, pensó Loo.

—¿Él también vive aquí?

—Murió —dijo Mabel Ridge—. Gracias a Dios.

Sus dedos azules abrieron una puerta contigua al fregadero. Detrás había un cuarto de baño más o menos de las mismas dimensiones que el de la casa de Loo, pero en lugar de fotos y fragmentos de recuerdos estaba lleno de color. Madejas

extendidas en perchas de madera —azules, moradas, amarillas, naranjas—, goteando y mezclando sus colores en los periódicos desplegados en el suelo. Loo alargó el brazo y tocó una y se manchó los dedos. Miró a la anciana y esta le sonrió.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Mabel la llevó de vuelta por el pasillo y luego se sentó en un banco delante del telar. Le indicó a Loo que se acercara. Había pedales bajo la máquina, y Mabel los accionó con los pies. Cada pedal levantaba un conjunto distinto de hilos, creando un patrón.

—Prueba tú —dijo—. Es como un piano.

Loo se sentó. Pasó los dedos por el rodillo delantero y lo desplazó hacia atrás y hacia delante. Era como la barra de sujeción del Anillo Galáctico.

—¿Qué estás haciendo?

—Una manta —dijo Mabel—. Este patrón se llama sobregiro. Hay que pasar así la lanzadera.

Subió una pieza ovalada de madera, en cuyo interior iba muy bien encajada una bobina azul. Mabel pisó uno de los pedales, se alzó uno de los arneses y de los dientes del peine surgió un patrón de hebras. Con un movimiento rápido, Mabel soltó la lanzadera de debajo, hasta que asomó por el otro lado. Tomó la mano de Loo y la puso sobre el batán.

—Ahora utiliza esto para juntarlo todo.

Loo deslizó el batán hacia delante y ajustó la madeja en su sitio. Era algo raro y al mismo tiempo conocido, como todo en esta casa.

—Si quieres, te puedo enseñar —dijo Mabel Ridge.

Loo no contestó, y la anciana frunció los labios con dureza.

—Creía que te gustaría saber algo de tu familia.

—¿Tienes algo de mi madre? —le preguntó Loo.

Mabel suspiró con fuerza y luego se levantó de la banqueta y abrió un armario del pasillo, sacó una caja de cartón, levantó la tapa y extrajo unos guantes negros de encaje. Eran cortos, al estilo de los años cuarenta.

—Toma —dijo, tendiéndoselos.

Loo introdujo sus manos dentro. Los dedos eran más largos que los suyos. Era como ponerse la piel de otra persona.

—Creía que estas cosas solo las llevaban las señoras mayores.

—Lily era muy artista. Podría haber ido a Bellas Artes.

—¿Por qué no fue?

—Porque lo que hizo fue complicarse la vida. Como has hecho tú esta noche.

La anciana frunció el ceño, y Loo comprendió por primera vez que su madre también había sido una adolescente que les contaba mentiras a sus padres y que se daba el lote con chicos en el bosque y que iba a fiestas sin permiso. Su madre había

tocado ese telar, se había mirado en el espejo del lavabo, había llamado a la puerta con el aldabón de piña. Todos los objetos empezaron a irradiar posibilidades. Empezando por los guantes en los dedos de Loo.

—Habría hecho cualquier cosa por parecer diferente. Cualquier cosa con peligro. En eso era igual que su padre. La Guardia Costera la arrestó una vez por lanzarse al agua desde el espigón y ponerse a nadar por el puerto, metiéndose entre los barcos en el canal de atraque. Tuvimos una pelea por eso. Tuvimos peleas por muchas cosas. Pero ella se creía graciosa.

—Graciosa —dijo Loo.

—Tenía un sentido del humor muy retorcido.

Mabel siguió hurgando en la caja, sacando libros y latas de lápices de dibujo. Una hebilla de cinturón, de plata y en forma de flecha. Postales de Alaska, de Carolina del Norte y de Wisconsin. Un par de álbumes de recortes. Loo abría y cerraba las manos, notando la tirantez de los guantes en la piel, y tratando de recordarlo todo.

—Esta es la que más que gusta.

Mabel Ridge le enseñó una vieja foto, doblada por un lado, y Loo se inclinó para verla. Ahí estaba su madre, a los once o doce años. Cubierta de algas de pies a cabeza, como algo que el mar acabara de dejar en la orilla, como la criatura de la Laguna Negra. Tenía los ojos en blanco y las manos proyectadas como garras hacia la cámara.

—¿Puedo quedármela?

—No —dijo Mabel Ridge.

Loo sujetó la foto con más fuerza.

—Es mi madre.

—En su testamento me dejó a mí todas sus posesiones. Su ropa y sus cuadernos y sus fotos —dijo Mabel Ridge—. ¿Por qué crees tú que lo hizo?

—No lo sé —dijo Loo.

—Porque yo era *su madre*. Su familia —dijo Mabel Ridge—. No *él*.

Loo pensó en los recortes que tenían ellos en las paredes de su cuarto de baño. El cuidado con que Hawley los retiraba y los volvía a colocar tras cada mudanza.

—¿Eso fue lo que dijiste el día que estuvimos aquí? —preguntó.

Mabel juntó las palmas de las manos.

—Tu padre quería que te viera, pero yo no estaba preparada. No estaba segura de que alguna vez llegase a estarlo.

Loo cerró los guantes en un puño.

—Pensé que me odiabas.

—Ah, cariño —dijo Mabel Ridge, recuperando la foto—. No te odio. Nunca te he odiado. A quien odio es a tu padre.

Lo dijo sin emoción, como enunciando un hecho universal. Y ya estaba. Loo no

quería oír más. Se quitó los guantes de su madre y los dejó sobre la mesa. Se puso en pie.

—Necesito que alguien me lleve a casa.

La anciana se restregó las azules manos en el delantal de hule. Se ajustó las gafas.

—Llevo años sin conducir. Pero puedes coger el Firebird.

Tapó la caja tras guardar la foto y se dio la vuelta para volver a dejarla en el armario, y mientras lo hacía, Loo agarró los guantes y se los metió en el bolsillo.

Mabel Ridge no le preguntó si sabía conducir. Se limitó a darle las llaves del herrumbroso Pontiac, como si tal cosa, y la acompañó por el camino de acceso, le dijo adiós y cerró la puerta del coche. Luego dio unos golpes en la ventanilla. Cuando Loo la bajó, le hizo entrega de un pequeño álbum de fotos encuadernado en piel negra.

—Esto puedes quedártelo —dijo—. Pero el Pontiac quiero que me lo devuelvas. No hace falta que sea enseguida, pero no tardes mucho. Y entonces hablaremos otro poco.

—Vale —dijo Loo.

Se quedó mirando a la anciana mientras esta subía penosamente la escalera del porche y entraba en la casa. Seguía habiendo luz en todas las ventanas.

El Firebird tenía pinta de haber estado toda la vida sobre dos bloques de cemento, pero arrancó rápidamente, para sorpresa de Loo. Pisó el acelerador para salir marcha atrás y el pedal se ladeó un poco. El asiento casi tocaba el suelo, el motor carraspeaba y el freno estaba flojo: tuvo que pisar el pedal hasta el fondo para que hiciera efecto. Loo agarró el volante y tomó aire. *Puedes hacerlo*, pensó, y enseguida metió la marcha y el coche echó a andar por la calle vacía, apenas a veinte kilómetros por hora, pero a ella le latía el corazón como si estuviera compitiendo en una carrera.

La única vez que había tenido un volante en las manos había sido con Hawley, en un aparcamiento vacío. Él había prometido seguir enseñándole, pero la chica no tenía permiso de conducir. Afortunadamente, las calles estaban desiertas, y los pocos coches con que se cruzó parecían ir tan despacio como el Pontiac —borrachos cruzando los dedos para que no los pararan—. A pocas bocacalles de su casa, Loo detuvo el automóvil junto a la acera y apagó el motor. Le temblaban las manos.

Hojeó el álbum que acababa de darle Mabel Ridge, esperando ver de nuevo el rostro de su madre, pero en vez de fotos solo había la necrológica y unos cuantos recortes de periódicos, amarillentos por el paso del tiempo. En uno de los recortes decía que habían tardado días en encontrar el cuerpo de su madre. Que habían dragado el lago con una red. Que en el funeral habían puesto *Bye Bye Blackbird*. Que era la canción favorita de su madre, al parecer.

Cuando terminó de leer, cerró el álbum y lo deslizó bajo el asiento del conductor. Bajó del coche y cerró la puerta. Echó a andar hacia su casa pensando en la foto que

había tenido entre los dedos, su madre cubierta de algas y arena, como un monstruo de una antigua película en blanco y negro de serie B. En la cocina de Mabel Ridge, en el diminuto espejo del fregadero, sacudiéndose bichos del pelo, con barro en la cara, no pudo haber sido muy diferente el aspecto de Loo.

Al llegar a la esquina vio la camioneta de su padre aparcada delante de la casa. Se detuvo un momento, calibrando sus posibilidades de entrar si ser vista. Luego subió la escalera frontal. Metió la llave en la cerradura. En lugar de activar los interruptores, dejó la linterna encendida y maniobró entre las sombras de sillas y mesas, para luego subir a la planta alta. Cuando pasó por delante del dormitorio de Hawley, supo que él estaba ahí, detrás de la puerta, esperando.

Despierto. De eso estaba segura. Hawley nunca dormía mucho, y cuando estaba dormido, Loo notaba la diferencia en la casa: un espeso silencio. Ahora crujió la tarima de su cuarto, lo que quería decir que estaba levantado y con las botas puestas. Había salido a buscarla. Durante horas, quizá.

Giró el pomo de la puerta y una avalancha de luz ocupó el pasillo. Loo se cubrió los ojos para no ver la cara de enfado de su padre. Era como si se hubiera abierto una compuerta y por ella se le hubiera vaciado la vida del rostro. Tenía peor aspecto que cuando se pasaba la noche sin dormir, ahí sentado, mirando las cosas de su madre.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Loo.

Hawley estaba temblando, igual que ese día de la feria campestre en que Loo se perdió y él apartaba a los guardas, irreconocible, cuando aún no la había visto esperando junto al carrusel. Loo apagó la linterna. Se preparó para la bronca. Pero, en vez de gritos, lo que oyó fue el familiar clic de un revólver al abrirse, y el susurro de las balas al deslizarse del tambor y su tintineo en la palma del padre.

—Pues buenas noches —dijo él.

—Buenas noches.

Le salió un susurro de voz. Se quedó esperando, a ver si sucedía algo más, pero Hawley dio un paso atrás, se metió en su cuarto y cerró la puerta, llevándose la luz. Fuera había pájaros cantando y dentro estaba tan oscuro como en Dogtown. Loo siguió la pared con los dedos. Y luego ya estaba en su cuarto con su propia cama y su propia puerta que cerrar.

Se arrojó sobre el colchón. Lentamente, se desató las botas, se arrancó los calcetines mojados. Su ropa olía a sudor y humo y al aire penetrante del bosque. Se sacó del bolsillo los guantes de su madre. Se los puso en ambas manos y se tapó los ojos con los dedos. El encaje negro difuminaba su visión, como si hubiera abierto los ojos debajo del agua.

Estaba casi dormida cuando oyó que su padre volvía a salir al pasillo. Recorrió la alfombra en ambos sentidos, varias veces, y luego se detuvo ante la puerta de Loo. Le

habló a la madera, con la voz colándose por el agujero de la cerradura.

—¿Estás bien? —dijo otra vez.

—Sí —dijo Loo.

—Entonces me da igual dónde hayas estado.

—Lo siento —dijo ella.

—No empieces a decir lo siento —le dijo su padre—, si no quieres pasarte el resto de la vida diciéndolo.

—Pero sí que lo siento —dijo ella.

—No lo sientas —dijo él.

Durante unos minutos solo se oyó su respiración ante la puerta, y Loo empezó a preguntarse si no habría bebido. Luego lo oyó rascar una cerilla, y el humo del cigarrillo se filtró por las rendijas. Lo oyó bajar las escaleras. Se abrió y se cerró la puerta del cuarto de baño. Allí se pasaría el resto de la noche. Loo lo sabía tan bien como se sabía su propio cuerpo. Y ahora sabía otra cosa, algo más que las fotos viejas y los trozos de papel y las palabras fantasmales de su padre. Sabía que su madre se había lanzado al agua desde el espigón. Que era lo suficientemente fuerte como para nadar en el canal de atraque. Que usaba guantes y que se revolcaba en las algas y que tenía su propio padre. Que se había criado en una casa llena de colores. Y que había vivido toda una vida antes de conocer a Sam Hawley.

BALA NÚMERO TRES

Jove y Hawley fueron en coche de Portland a Seattle, y luego tomaron el ferry de Mukilteo hasta la isla de Whidbey. Era la primera vez de Hawley en el Noroeste y le sorprendió lo diferente que le parecía el aire, la bruma que se le pegaba a la piel, los abetos y las montañas cerniéndose al borde del canal. Jove metió el coche directamente en el barco, y juntos compraron sendos cafés en la cantina y miraron la descomunal mole blanca del monte Rainier alzándose en la distancia.

Jove apoyó los brazos en la borda y dijo:

—Fíjate en el surtidor.

—¿Es una ballena?

—Gris, me parece.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Tiene dos espiráculos.

Jove se pasaba el vaso de una mano a otra, con la punta de los dedos. Hawley retiró la tapa de plástico de su café, bebió un poco y se quemó la lengua.

—¿Cómo de grandes pueden ser?

—Unos quince metros.

Esperaron ambos en silencio. Hawley nunca había visto una ballena. Mantuvo la mirada en el punto que Jove le acababa de indicar, con una extraña emoción en el hueco del estómago. Trató de imaginar el cuerpo de la ballena, oculto bajo las olas; que solo con la cola y las aletas pudiera levantar semejante peso; la piel gruesa, como una corteza, y una boca gigantesca debajo, abriéndose para tragar. Pasaron los minutos. La criatura no emergió, y Hawley comprendió que la ballena era otra de las cosas de esta vida que iba a perderse.

—¿Crees que el tipo ese, Talbot, está al corriente de nuestra venida? —preguntó.

Jove negó con la cabeza.

—Ni por asomo.

Cogió un mapa y se lo pasó a Hawley para que viese el camino que los llevaría al extremo norte de la isla, donde se suponía que estaba refugiado Talbot. Era un sicario, igual que ellos, pero se había largado con una mercancía que tendría que haber

entregado. Ahora les tocaba a ellos recuperarla. Siempre que pillaran desprevenido a Talbot, sería fácil. Recoger lo robado y llevárselo de vuelta a Ed King, el antiguo amigo carcelario de Jove. Si todo iba bien, King había prometido que habría otros encargos. Y Hawley y Jove necesitaban dinero, los dos.

—¿Cómo está tu mano?

—Bien.

—Tendrías que usar más la izquierda.

Hawley arrojó al océano la tapa de su café y luego dispuso sus nudillos hinchados en torno al vaso de papel, percibiendo el calor. La noche anterior, Jove había bebido demasiado en el bar del hotel y un par de motoristas lo hicieron caer de su taburete y trataron de robarle la cartera. No se habían dado cuenta de que Hawley estaba con él, a pesar de que llevaban instalados uno al lado del otro desde hacía horas. Hawley llevaba toda la mañana pensando en el asunto: en qué placer le habían proporcionado esos puñetazos, qué satisfacción el crujido del hueso, la sangre en el suelo del bar; y también reflexionó sobre el hecho de haber permanecido tan ensimismado, llevando a todo el mundo a creer que estaba ahí solo bebiendo.

Antes de que terminaran el café, el capitán anunció que estaban tocando tierra, y volvieron los dos a meterse en el Chevrolet. Habían robado el coche en Portland y era más bien pequeño —Hawley tuvo que retrasar del todo el asiento para que le cupieran las piernas—. Los operarios del barco los guiaron para salir del ferry y entrar en la isla. Dejaron atrás Useless Bay y tomaron la carretera de Freeland, cruzando por el parque estatal. La casa que buscaban estaba en una reserva, muy en lo alto de un terraplén que se cernía sobre el agua. Se metieron por un camino de gravilla sin señalizar y se adentraron kilómetro y medio en el bosque, hasta llegar a una puerta de madera de poca altura. Hawley se bajó del coche y levantó el cierre de sogas y luego volvió a ponerlo en su sitio cuando Jove hubo pasado. Aparcaron, obstruyendo la entrada, e hicieron el resto del camino a pie.

Hawley se había traído el rifle de su padre. Siempre se sentía más a gusto con un rifle, estando en un bosque. Le traía a la mente la caza, la escucha atenta y la sensación de estar preparado. Jove tomó un revólver del 45 y se lo metió en la parte trasera del pantalón. Caminaron otros quinientos metros por la pista y luego Jove dijo que podían cortar por el bosque. Dejaron atrás una agrupación de cedros, con los troncos estriados y acampanados donde tocaban el suelo, luego llegaron a un barranco sombreado, rebosante de helechos de un verde brillante. Hawley se detuvo un momento, con aquellas escaleras de hojas a la altura de la rodilla. Los helechos eran gruesos y frondosos, y Hawley se sintió inundado por la misma sensación de algo inminente que había sentido antes, durante el trayecto en barco, esperando a la ballena. Luego oyó que Jove lo llamaba y agarró con más fuerza el rifle y continuó entre los árboles.

A sus veintinueve años, Hawley seguía con la sensación de no estar donde debería estar. Se había pasado los últimos años bebiendo y yendo de un sitio a otro, con ligues de una sola noche, efectuando recuperaciones como esta, dando un golpe de vez en cuando, jugando a las cartas siempre que se encontraba con una partida en marcha, y perdiendo, perdiendo, perdiendo. La mala suerte duraba ya tanto que se sentía marcado, como si le hubieran puesto un borrón en la frente. Seguía esperando que ocurriera algo, que entrara en acción una fuerza exterior y lo cambiara todo, llevándolo en otra dirección, otorgándole una vida más normal. Pero no: habían sido años de soledad, y ahora aquí estaba, otra vez con Jove.

El sitio de Talbot se alzaba en un claro, en lo alto de un cerro, sobre el mar. La vista era espectacular, comparada con la casa, que no era mucho más que una vieja choza de playa. La madera se había puesto blanca, por las condiciones climatológicas, y los peldaños de la escalera frontal aparecían hundidos, como empapados de agua. Había una chimenea medio derruida de la que salía una nubecilla de humo. Junto a la casa estaba aparcado un pickup tipo Monster de color cereza, muy alto, con ruedas dobles y sitio para seis personas en la cabina.

Una mujer abrió la puerta y salió al porche. Andaba por la cincuentena, tenía los pómulos altos y un pelo gris, muy espeso, cuyos rizos se le arremolinaban en torno a la cara. Llevaba ropa de hombre, una camisa de franela sobre una camiseta sin mangas y un cinturón indio de abalorios sujetando los vaqueros. Hawley se dio cuenta enseguida de que le pasaba algo en los ojos. El izquierdo aparecía lechoso y se le iba a un lado, y el derecho era de color violeta y miraba de frente, claro y penetrante.

—¿Eres la mujer de Talbot? —le preguntó Jove.

Ella asintió.

—Está pescando —dijo, y entonces se dio cuenta de que iban armados. Apenas había separado los labios al hablar, y ahora se le cerraron del todo. Se metió en la casa y trató de dar un portazo, pero Hawley llegó antes de que lo hiciera y empujó la puerta. La mujer se dio con el filo en la nariz y se tambaleó y empezó a correrle la sangre por los labios y la barbilla.

—Venimos de parte de Ed King —dijo Jove—. ¿Sabes quién es Ed King?

Ella permaneció doblada hacia delante, con la manga de la camisa contra la cara. Asintió con la cabeza.

—Talbot lo tiene decepcionado.

—A mí también me tiene decepcionada —balbuceó ella.

—O sea que no es un buen marido —dijo Jove, y se metió en la casa dejándola a ella junto a la puerta.

La mujer levantó la cabeza. El ojo lechoso experimentó un tirón nervioso en dirección a Hawley, que seguía sujetando la puerta. Se apartó de la entrada y lo dejó

pasar.

Una vez dentro, se sintió como un gigante en una casa de muñecas. La casa era de una sola planta, de techo bajo, con los muebles levantándose apenas del suelo. Había una chimenea encendida, leña en una cesta, un sofá muy raído y dos sillas, un secreter y una mesa plegable en una esquina.

—Ya sabes por qué estamos aquí —dijo Jove—. ¿No sería mejor que nos lo dieras, y así nos dejamos de problemas?

La mujer de Talbot no contestó. Siguió con la manga apretada contra la cara. Pasó junto a ambos hombres armados para meterse en la cocina, abrió el refrigerador y sacó una bolsa de guisantes y se la aplicó en la cara. Con la otra mano cogió una tetera. La llenó de agua en el fregadero y la puso sobre el fogón y encendió el fuego. La nariz ya estaba hinchándosele, tenía la barbilla manchada de sangre.

—No tardará en volver. Podéis preguntarle a él dónde está eso.

Hawley sabía por experiencia que este tipo de recuperaciones seguía normalmente una de estas dos pautas: los afectados luchaban por quedarse con lo que tenían, o se asustaban, y en tal caso trataban de negociar o se venían abajo y lloraban. Pero la mujer de Talbot estaba sacando un mantel y unos platos. Extendió el mantel sobre la desvencijada mesa plegable y puso cuchillos y tenedores y cucharas, como si aquellos hombres fueran dos invitados a cenar.

Jove se acomodó en una silla junto a la mesa, pero Hawley permaneció en la puerta. Cuando la mujer volvió a la cocina, ambos hombres intercambiaron una mirada y luego las armas. Jove vigilaba a la mujer con el rifle, y Hawley desapareció con el 45 en la mano para registrar la casa.

Miró primero en el cuarto de baño. Dentro había una bañera sin cortina, un inodoro y un lavabo de porcelana rosa, con un vaso de plástico manchado y dos cepillos de dientes en el borde. Las toallas estaban húmedas. En el inodoro corría el agua. Hawley abrió los cajones del tocador y vació su contenido en el suelo de baldosas. Bolas de algodón, tiritas, maquinillas de afeitar, un secador de pelo. Abrió el botiquín e hizo estrellarse en el lavabo los frascos de píldoras y potingues.

Luego repasó el dormitorio. Miró debajo del deteriorado colchón y luego la emprendió con el joyero, volcándolo sobre las mantas. Nada más que unos viejos collares turquesa, unos brazaletes de plata hueca y unos pendientes pintados. Rebuscó en la cómoda, arrojando las prendas al suelo en su búsqueda, echando abajo un estante de novelas de misterio de una vieja estantería, dando la vuelta a los zapatos.

Cuando hubo mirado en todos los sitios que se le ocurrieron, Hawley cruzó el vestíbulo. Había otra puerta, cerrada a cal y canto. Junto a ella había un marco con una foto de un esqueleto, con una guadaña en una mano y una balanza en la otra. Tanto la guadaña como la balanza estaban hechas de trozos de hueso —vértebras y omoplato—. En el paspartú de la foto se leía, escrito a mano: «Santa Maria della

Concezione dei Cappuccini, Roma». Hawley esperó un momento, escuchando. Luego tiró del pomo de la puerta, la abrió y se lanzó dentro. Lo recibió un desmoronamiento de cajas de cartón cayendo desde lo alto, haciéndole perder el equilibrio.

—¿Qué puñetas está pasando ahí? —gritó Jove desde el cuarto de estar.

—Ha abierto el armario —se oyó decir a la mujer.

Y eso es lo que era: un armario tan abarrotado de cosas, que se había venido abajo al meterse Hawley en su interior. Ahora estaba rodeado de una montaña de zapatos viejos, rollos de papel de envolver y correo sin abrir, una herrumbrosa caja de herramientas, algo parecido a una vetusta aspiradora, trozos de una silla rota, un viejo collar de perro, un montón de mantas mexicanas, cajas volcadas, llenas de fotografías amarillentas y de carpetas con papeles. Harían falta unas cuantas semanas para revisar todo aquello.

Hawley echó un vistazo a los papeles. Había impresos de Hacienda, un montón de cartas manuscritas y unos cuantos desnudos a lápiz y tinta que parecían de la mujer de Talbot. En los dibujos estaba más joven, con el pelo aún brillante, con el cuerpo bien formado, con un tímido resplandor en los ojos violeta. Los trazos seguían la curva de su espalda y de sus hombros, sus brazos y sus pechos. Hawley puso los papeles en el suelo y se apartó. Dejó todo donde había caído y volvió al cuarto de estar.

Jove había acercado la mesa plegable al sofá. La mujer de Talbot, con el cuello rígido, ocupaba la silla de enfrente. Sostenía en una mano la bolsa de guisantes congelados y en la otra un puñado de clínex manchados de sangre, e iba aplicándose una y otros alternativamente a la cara. Había una taza vacía con una bolsa de té delante de Jove y otra taza delante de la mujer. Hawley ocupó el otro asiento.

—Creía que te estabas peleando con un oso ahí dentro —dijo Jove.

—Más o menos —dijo Hawley.

—Llevo mucho tiempo queriendo poner orden —dijo la mujer de Talbot—, pero no hay otro sitio donde guardar las cosas.

Se pasó los guisantes por el puente nasal.

Hawley, pensando en los desnudos, se preguntó si los habría dibujado Talbot. Si quizá hubiera sido así como se conocieron. Si ella habría sido modelo, y hubiera ocurrido entre ambos algo muy fuerte y muy importante, lo suficiente para que se quedara con Talbot a sufrir con él todos los apuros que vendrían a continuación.

Jove echó un vistazo a su alrededor.

—Esto es un buen escondrijo.

—Era de mi padre —dijo la mujer de Talbot. Su ojo lechoso se desvió hacia la ventana. Al contacto con la luz se puso más nublado aún, como si le hubieran pasado una cortinilla por el iris.

—Es como estar en el fin del mundo —dijo Jove—. Estaríais convencidos de que

nadie os encontraría nunca, seguro.

Los tres permanecieron ahí sentados durante un rato, Jove tamborileando con los dedos en su taza y la mujer de Talbot alternando entre los guisantes y los clínex con sangre. Hawley tenía sed, pero no quería pedirle nada a la mujer. Luego Jove dejó de tamborilear y Hawley supo que iba a soltar su discurso.

—¿Sabes cómo nos llaman? —dijo Jove—. Los Recogedores. Eso es lo que hacemos. Recogemos cosas. Y si no conseguimos lo que queremos, recogemos alguna otra cosa. Algo que te pese. Algo que te importe. —Se limpió los dedos en el mantel y volvió a recostarse en el sofá—. Te dejaremos sin tu marido si no nos da lo que queremos.

Lo que acababa de decir Jove era definitivo, y la habitación, que ya había quedado cargada con la llegada de ambos hombres, se hizo más angosta. Eso era algo que se le daba bien a Jove: estrujar un sitio hasta privarlo casi por completo de aire.

—Él no quiso enfadar a nadie —dijo la mujer.

—Pues lo hizo —dijo Jove.

La mujer de Talbot se apartó los guisantes congelados de la cara. La piel de debajo estaba enrojecida, con un moratón que le iba del puente nasal al lagrimal del ojo nublado. Algo chocó contra la ventana, un ruidito, un pájaro pequeño o una abeja gigante. Todos se volvieron a mirar, pero allí no había nada, solo nubes y el agua rizada del mar e hileras de abetos y pinos. La mujer de Talbot dejó los guisantes y los clínex. La nariz se le había puesto el doble de lo que era cuando abrió la puerta. Empezó a desabrocharse los puños de la camisa de franela y a arremangarse. Lo hizo lentamente, como si fuera a ponerse a limpiar la casa.

La tetera silbó en el fogón. La mujer de Talbot fue a la cocina y Hawley la siguió. Permaneció en el umbral con la pistola y observó cómo apagaba el fuego, pero con la cabeza puesta en los dibujos del armario. Su belleza seguía ahí, detrás de la nariz hinchada, instalada en las arrugas en torno a los ojos, las laderas de su cintura y sus hombros.

Ella lo miró.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Hawley.

La mujer de Talbot le volvió la espalda para coger una taza de la alacena.

—¿Quieres té tú también? —preguntó, sin ningún matiz en la voz—. El café que hay es instantáneo.

Hawley vio una botella de whisky en el estante más alto. Se le pasó por la cabeza pedírsela.

—Vale con el té.

La mujer utilizó un agarrador para coger la tetera y llenarle la taza a Hawley. Añadió una bolsa de té de la caja que había en la encimera.

—¿Leche y azúcar?

—Ya soy yo lo suficientemente dulce.

Era lo que siempre les decía a las camareras, y ya le salía automáticamente, pero las palabras quedaron suspendidas entre ambos, fuera de sitio. Ella carraspeó de un modo que podría haber pasado por una risa y le tendió la taza a Hawley. Era blanca, con una foto estampada a un lado, de las que venden en los centros comerciales. La foto era de Talbot y ella, abrazados. El hombre era más viejo, diez o quince años, con unas patillas espesas y gruesas que le llegaban casi hasta la barbilla. Tenía pinta de granjero amish.

La mujer pilló a Hawley examinando el lado de la taza. Ella debía de llevar años sin mirarla de cerca. Pero la miró ahora. Luego dijo:

—Me la regaló por San Valentín.

—Ah —dijo Hawley. Le resultó raro, pero ya no le apetecía seguir bebiendo de ese recipiente. Lo que hizo fue llevárselo al cuarto de estar y ponérselo delante a Jove, sobre la mesa. Señaló la foto.

Jove acercó la cabeza, pero sin llegar a levantarse del sofá.

—No pienso zurrarle a un viejo —dijo Hawley.

—Todavía no le estamos zurrando a nadie.

—Me limito a advertírtelo.

El inodoro seguía sonando en el cuarto de baño. A Hawley se le pasó por la cabeza ir a arreglarlo. Deseaba que Talbot llegase cuanto antes, para acabar de una vez con este asunto. Se le empezaron a humedecer las palmas de las manos, solo de pensar en lo que quizá tendría que hacer. Tenía un dolor en el estómago y otro en la espalda a la altura de las costillas. Se puso ahí la mano. Se tocó la cicatriz. Se arrepintió de no haber pedido el whisky.

La mujer de Talbot volvió con la tetera en la mano, con el brazo sumido hasta el codo en un agarrador acolchado.

—Os pongo más.

Jove levantó su taza. La etiqueta de la bolsita de té se había pegado a la porcelana. La mujer de Talbot empezó a servir. El agua salió a chorro y luego se derramó por todas partes, sobre la mesa, la jarra, el suelo, el sofá, la mano y el brazo y la cara y el pelo de Jove, y Jove gritaba.

La mujer de Talbot arrojó la tetera a la cabeza de Hawley. Él se agachó, mientras ella corría hacia la puerta, y la agarró por la cintura. Ella le arañó los brazos, pero él la sujetó con fuerza contra su cuerpo. Por un momento, lo único que sintió fue que la mujer se debatía en su costado.

—Qué estupidez has hecho —dijo Hawley.

Le llevó el brazo a la espalda y se lo retorció hasta hacerle doblar las rodillas. Apartó la mesa plegable y utilizó su propio cinturón para atarla a una silla. Mientras,

Jove gemía sin parar, cubriéndose la cara con las manos. De su ropa empapada emanaba vapor. Hawley se le acercó y trató de incorporarlo y sintió el calor en las manos y luego notó que la piel de Jove resbalaba y quedaba suelta bajo sus dedos.

—¡Joder, joder, joder!

Jove puso la mano en el sitio en que acababa de tocar Hawley, donde la piel se resquebrajaba en burbujas. Hawley le proporcionó apoyo para llegar al cuarto de baño. Una vez dentro, abrió del todo el grifo del agua fría y ayudó a su amigo a meterse en la bañera. Jove cayó contra la cerámica con un quejido. El agua subió rápidamente de nivel, inflando los pantalones y la camisa de Jove alrededor de su flaca estructura.

—Creo que voy a desmayarme —dijo.

Se le estaba estirando mucho la cara y se le abrían ampollas hirvientes en las mejillas. Hawley agarró una toalla y la empapó de agua fría. Se la colocó a Jove en el cuello.

—No sé qué hacer —dijo—. Dime qué hago.

La mano de Jove salió del agua. Se aferró a la manga de Hawley.

—Mieeeeeerda.

Se oyeron pasos en el porche. Un tintineo de llaves. El giro de la cerradura, seguido de un arrastrar de botas, el crujido de los goznes, el ruido de algo pesado que se deja caer al suelo. Y luego la voz del viejo llegó desde la entrada.

—¿Maureen?

No se había oído ningún coche. Talbot debía de haber llegado en barco, para luego subir a pie desde la playa. Hawley sacó el 45. Había muy pocos metros entre el cuarto de baño y la entrada, pero antes de que pudiera moverse, la mujer empezó a dar gritos.

—¡Han venido a buscar eso! —chilló—. ¡Vete de aquí!

Se oyó primero el golpe de la puerta al cerrarse y luego unos pasos corriendo por el porche. Hawley salió a toda velocidad del cuarto de baño, dobló la esquina y tropezó con una enorme nevera de plástico que ahora estaba en mitad de la entrada. Para cuando logró incorporarse y abrir otra vez la puerta y salir dando tumbos al exterior, Talbot ya estaba a pocos pasos del bosque.

Hawley llegó a atisbar un rifle en el preciso momento en que el hombre desaparecía entre los árboles. No le dio tiempo a recorrer la pradera, porque Talbot ya estaba a cubierto y empezaba a disparar en serio. Hawley volvió a meterse a toda prisa en la casa, contando los tiros, que no le acertaban, y cuando pararon calculó que Talbot llevaba un rifle con cargador de cinco balas. Cerró de un portazo y echó el pestillo. Talbot no tardaría más de un minuto en volver a cargar el rifle, menos si tenía cargadores ya preparados. El viejo no había dado muestras de tener muy buena puntería, pero no podía saberse de qué sería capaz si le daba ocasión de recuperarse.

Por un momento, Hawley permaneció en la entrada, respirando con esfuerzo, preguntándose qué otra cosa podía salir mal. Levantó la tapa de la nevera de plástico. Dentro había dos salmones: un coho, todavía plateado, con puntos azul oscuro en el lomo, y un chinook de buen tamaño, de diez o doce kilos. Los peces lo miraban con sus ojos redondos y planos y fijos.

Trasladó la nevera al cuarto de estar y la colocó al lado de la mujer de Talbot. Antes se había puesto nerviosa, pero ahora sonreía como si hubiese ganado algún concurso. A Hawley le vinieron ganas de abofetearla, pero no lo hizo. Se acercó a la ventana y miró. La linde del bosque estaba demasiado cerca para su gusto. La mujer de Talbot ya no trataba de liberarse. Permanecía ahí sentada, sonriente, con la sangre brotándole de la nariz hinchada y metiéndosele en la boca.

—Supongo que lo quieres.

—Supones bien.

—¿Y te quiere él a ti?

Ella volvió el rostro hacia la ventana, su ojo nublado captó la luz. Asintió con la cabeza.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Pues ahora vamos a averiguarlo —dijo Hawley, porque el resto del encargo dependía de ello. Si Talbot volvía a por su mujer, conseguirían lo que habían venido a buscar, y si no volvía, lo único que sacarían en limpio sería un par de salmones muertos. El grifo de la bañera seguía abierto, y se oían los quejidos de Jove. Un trozo de piel se le había quedado pegado a Hawley en el pulgar, como el pétalo de una flor, y se lo quitó frotándose en la cortina.

La chimenea estaba apagándose, los troncos quemados desprendían pequeñas llamaradas. A Hawley le parecía que en aquella habitación hacía un calor insoportable, el sol de mediodía resaltaba la alfombra. Los pescados estaban recién capturados, pero olían. Hawley seguía con el 45 en la mano, junto a la ventana, al acecho de Talbot. Una sombra se movió entre los árboles en la linde del bosque y luego desapareció.

—Desátame —le dijo la mujer.

—Ni pensarlo.

—Te puedo dar algo de beber —dijo ella—. Algo fuerte.

Hawley recordó el whisky que había visto en la cocina. Luego se lo quitó de la cabeza y miró a la mujer de Talbot. Lo había calado solo con mirarlo, cinco minutos, con el ojo bueno.

—Mi marido hizo voto de dejarlo —dijo—, el día de nuestra boda.

—¿Por qué tenéis una botella ahí, entonces?

—No he dicho que lo dejara.

El cinturón que Hawley había utilizado para atarla le estaba cortando las muñecas. Se veían las marcas. La mujer inclinó la cabeza a un lado y se limpió la nariz en el hombro. Hasta con sangre en la nariz era un encanto. La ropa de hombre la hacía parecer dura y ajada, pero también emanaba blandura.

—Me escribió una carta —dijo—. Una carta maravillosa. Al leerla me sentí tan feliz que lloré. Creo que nunca he sido tan feliz.

—Pero rompió su promesa.

Puso en él su ojo violeta.

—El amor no va de cumplir promesas. Va de conocer a alguien mejor que nadie. Yo soy la única que lo conoce. Yo soy la única que lo conocerá.

La mujer parecía convencida, pero Hawley detectó el abuso bajo sus palabras. Pensó en el whisky de la alacena y todo lo que representaba: las debilidades y las mentiras. Se preguntó qué ocurriría si ahora se marchara llevándose a la mujer de Talbot, si juntos dejaran tirados al marido y a Jove y todo lo demás. Había por lo menos veinte años y un mundo de diferencias entre ellos, pero la mujer de Talbot llevaba dentro, en lo profundo, algo que a Hawley no le importaría pasarse el resto de la vida tratando de descubrir. Se acercó un paso a la silla. Se inclinó hacia delante para tocar el cinturón y entonces fue cuando el primer disparo de rifle entró por la ventana.

Le dio a Hawley en el hombro, el dolor lo perforó como un taladro al rojo, la bala se retorció en su interior, desgarrándolo, y luego fue a salir por el otro lado, por el aire, hasta aplastarse contra el marco de la fotografía del esqueleto que colgaba junto a la puerta. Una segunda bala llegó desviada y pegó contra la pared y luego otra rompió el cristal y le dejó una marca en el cuello a la mujer de Talbot.

Hawley tenía el brazo izquierdo inutilizado y soltó el 45, giró sobre sí mismo y se dejó caer al suelo, encogido. Si había contado bien, Talbot tenía otras dos balas antes de verse obligado a recargar. Hawley esperó a que se rompiera otro cristal de ventana y luego cogió de un tirón una servilleta de la mesa de la cocina y se presionó el hombro con ella. Le dolía una barbaridad, pero en peores se había visto.

Los disparos cesaron. El único ruido procedía de la mujer de Talbot, aún atada a la silla y resollando. Hawley, arrastrándose, se acercó a ella para soltarle el cinturón. Tan pronto como la liberó, los dedos de la mujer se hundieron en su propia garganta como tratando de estrangularse. Hawley le apartó la mano —había mucha sangre—. Recogió el 45 y se arrastraron juntos hasta la cocina. Cuando llegaron al linóleo, la mujer ya tenía la cara blanca y la camisa de color rojo oscuro. La colocó de espaldas contra la cajonera. Hawley le mostró la pistola.

—¿Le has hecho alguna seña? —preguntó.

—No —logró decir ella.

Hawley cogió un agarrador de la encimera y lo enjuagó en el fregadero y lo

utilizó para aplicar presión en el cuello de la mujer.

—Vas a decirle que lo deje. Vas a hacer que venga a la casa para que podamos hablar.

—Nunca ha sido de mucho hablar.

—Bueno, pues habla tú —dijo Hawley.

Ambos oyeron que había alguien delante de la puerta, sacudiendo el picaporte sin poder abrir, porque el pestillo lo impedía, y luego les llegó la voz del viejo.

—¿Maureen?

—Está aquí —contestó Hawley—. Está herida.

—Joder —dijo Talbot.

—No entres por esa puerta —dijo Hawley.

—Si le haces daño a mi mujer te mato —dijo Talbot.

—Eres tú quien le ha pegado un tiro —dijo Hawley.

—¡Maureen!

Talbot estaba ya gritando.

—Doug —dijo la mujer de Talbot—, estoy bien. Deja de gritar.

—Pero está sangrando —dijo Hawley—. Está sangrando mucho.

Y sí, sangraba mucho. El agarrador estaba empapado, poniéndose del mismo color que la camisa.

—Solo queremos lo que hemos venido a buscar —dijo Hawley—. No queremos hacer daño a nadie. Dime dónde está y la puedes llevar al hospital.

Callaron todos. El único ruido era el que hacía la cisterna, que seguía repicando a través de la puerta del cuarto de baño. Hawley empezó a temer que Talbot se hubiera alejado para venir por otro camino. Luego oyó un golpe contra la madera, como un puñetazo.

—Está en el armario —dijo Talbot.

—Muy bien —dijo Hawley—. Eso está muy bien. Tu mujer va a venir conmigo para comprobarlo, o sea que no intentes nada. ¿De acuerdo?

Talbot no contestó.

—Doug —dijo la mujer.

—De acuerdo —dijo Talbot—. De acuerdo.

—¿Puedes andar? —le preguntó Hawley a la mujer.

Ella asintió con la cabeza, luego guiñó un ojo. Su ojo nublado iba de un lado para otro, hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda, pero su ojo violeta permanecía fijo en Hawley.

—Vamos a la entrada —le gritó este a Talbot, y luego lo hicieron, moviéndose despacio, ella presionándose la garganta con el agarrador y él detrás con la pistola, dejando dos rastros de sangre.

Cuando llegaron al armario, la mujer de Talbot se deslizó por la pared hasta

quedar sentada. En el suelo seguían todas las porquerías que anteriormente se le habían venido encima a Hawley, montañas de ropa y cajas y todos los dibujos.

—¿Dónde está? —preguntó Hawley.

La mujer de Talbot negó con la cabeza.

—¡Dime dónde está! —aulló Hawley—. Ahora mismo.

—En el vestido. —La voz de Talbot llegó a través de la puerta—. En el vestido de novia.

Hawley miró a la mujer.

—Está al fondo. —Cerró los ojos—. Detrás de todo lo demás.

Hawley se cambió la pistola a la mano mala. Los tendones le ardieron con el peso. Tenía la mano cubierta de sangre y el metal resbalaba. Con la derecha empezó a sacar cosas del armario, toda una vida de recuerdos. Abrigos y álbumes de fotos y platos, una colección de viejos discos de 78 revoluciones, flores de seda, guata para colcha devorada por las polillas, tenazas y bombillas y tiesas chaquetas de cuero. Le dolía mucho el hombro mientras iba arrojándolo todo al suelo, tanteando en la oscuridad según profundizaba, agarrando las cajas y apartándolas de una patada, con el olor de la naftalina impregnándolo todo, hasta que por fin sus dedos rozaron una forma blanda cubierta de plástico, luego el crujido de la crinolina contra la pared del fondo del armario. Hawley localizó la percha y sacó la bolsa con el vestido. Era difícil de manejar y pesada, como un cuerpo inerte, el plástico se había puesto amarillo y estaba roto por las costuras.

La colgó a la luz de la entrada y bajó la cremallera. El vestido parecía una cosa de los años cincuenta, con las mangas de encaje y la falda de tul. Estaba relleno de papel y cartón, para darle la forma de una mujer. Una novia fantasmal y sin cabeza.

—Estaba más delgada entonces —dijo la mujer de Talbot.

Hawley no sabía por dónde empezar. Ya había manchado el vestido de sangre, un chafarrinón rojo en el corpiño.

—¿Dónde lo ha metido?

—Mira a ver en el bolso —dijo ella.

Había un bolso con cordón, de seda pálida, colgando del cuello de la percha. Hawley lo desprendió y metió la mano dentro. Sacó un trozo de encaje. Había unos cuantos pasadores en el fondo, pero nada más.

La mujer de Talbot alargó la mano y Hawley le pasó el velo. No se lo puso, se limitó a extender el encaje sobre su regazo y repasar los bordes con los dedos. Hawley estaba a la escucha de Talbot, a la escucha de Jove. Pero lo único que oía era el ruido de la cisterna.

—¿Qué otro sitio?

—Hay un bolsillo —dijo—. Ahí fue donde metió la carta, la que te he dicho antes. La llevaba encima camino del altar.

Hawley agarró la falda, apartó el tul, y entonces notó el bolsillo, oculto en el lado izquierdo, justo donde la cadera de la novia se curvaba desde la cintura. Metió los dedos y encontró lo que habían venido a buscar, ahí, bajo los pliegues, frío y duro y a la espera.

El reloj no era tan grande como él había supuesto, pero le pesó en mitad de la palma, un objeto precioso de otro siglo. Pasó el pulgar por la corona y por el ciervo grabado en la tapa antes de accionar el resorte y abrir la tapa, dejando al descubierto una esfera de números luminosos y cuatro discos más pequeños, incluido un cronómetro de cuenta atrás, un calendario de día y mes y una ventana con las fases de la luna. Hawley volvió a presionar la corona y la tapa de oro se dividió en dos partes. Eso era lo que le habían dicho que comprobara: el planisferio celeste rotatorio con cientos de estrellitas y constelaciones —diamantes amarillos y zafiros de un azul muy brillante y muy oscuro—. Hawley le dio cuerda al reloj y se lo llevó al oído. Los engranajes entraron en conexión. El corazón de la máquina empezó a latir.

—¿Estaba ahí? —le preguntó la mujer.

—Sí.

Hawley cerró la tapa. Se metió la pieza en el bolsillo delantero.

—Y ahora esto es lo que vamos a hacer —dijo—. Voy a buscar a mi amigo y nos vamos a marchar. Luego, que tu marido te lleve al hospital.

—Bien —dijo ella. Pero Hawley se dio cuenta de que no le creía.

—Lo siento por el vestido —dijo él.

—Lo único que quiero es echarme un rato.

—No creo que sea buena idea.

Hawley temía que se desangrase.

—¡Talbot! —gritó—. ¿Sigues ahí?

—Sí —contestó el anciano.

—Ahí va tu mujer.

La mujer intentó ponerse en pie, pero volvió a caerse al suelo.

Hawley se agachó a su lado.

—Agárrate a mí.

Y se incorporaron ambos, él con la mano buena en torno a la cintura de ella, con el revólver en la mala. Estaban pisando los dibujos. La mujer tenía sujeto el velo con una mano y con la otra mantenía el agarrador contra la garganta. Hawley la llevó medio auestas por el pasillo, con el dolor circulándole por el hombro, resbalándose ambos en la madera.

Ella se puso a balbucear algo, tan cerca del oído de Hawley que este percibió su aliento.

—¿Quieres algo? —le preguntó Hawley.

—La carta —dijo ella. Lo dijo en una voz tan baja que podría haber sido un

secreto, podría haber sido el nombre de alguien a quien amaba.

—¿Maureen? —llamó Talbot, pero ella estaba demasiado débil para decir nada más, demasiado débil para andar, demasiado débil, comprendió Hawley, para llegar al hospital.

—Ahora voy a abrir la puerta —dijo Hawley—, y tú vas a hacerte cargo de ella y la vas a meter en tu pickup y la vas a llevar al médico.

Puso la mano en el pomo.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La voz de Talbot sonaba como procedente del ojo de la cerradura. Lo suficientemente cerca como para disparar a bocajarro. Hawley se situó detrás de la mujer. Volvió a asir la pistola con la mano buena, luego quitó el pestillo.

Talbot tenía el mismo aspecto que en la taza de café: como si fuera de otro tiempo; como ese reloj que podía haberle pertenecido cuando acababan de fabricarlo. Llevaba un chaquetón de pescador, con toda clase de bolsillos y cremalleras extras. Pero tenía el pelo revuelto y gris y de rizos espesos, y las patillas le bajaban por los lados de la cara hasta casi tocarse en la barbilla. Era igual de alto y fuerte que Hawley, a pesar de su edad. Uno de esos tipos duros a quienes se les espesaban los músculos con los años.

A Talbot se le salieron los ojos de las órbitas al ver a su mujer cubierta de sangre. Hawley temió que le diera un ataque al corazón, pero lo que hizo fue lanzarse hacia delante y coger a la mujer en sus brazos y ponerse a sacudirla. A sacudirla como si estuviera ahogándose, como tratando de que expulsara un hueso atravesado en la garganta, hasta que cayó el agarrador y quedó expuesta una herida abierta, y un chorro de sangre empezó a salpicar el suelo. El anciano seguía teniendo su rifle. Sus manos sujetaban el cañón con tanta fuerza como sostenían a la mujer.

—Dame el rifle.

—Si muere mi mujer, te mato —dijo Talbot—. Te encontraré donde quiera que te escondas y te arrancaré las tripas.

Hawley se agachó despacio y tomó del suelo el agarrador con la mano mala, sin dejar de apuntar a Talbot con el 45. Le dolían los dedos, pero puso el paño al alcance de Talbot, que lo cambió por el rifle sin decir una palabra más, y enseguida colocó el recuadro de tela muy acolchada contra el cuello de su mujer. Esta tenía peor aspecto que antes; a cada instante que pasaba, el ojo violeta se le ponía más parecido al ojo nublado, sin enfoque y descentrado. Y entonces tosió un chorro de sangre contra el chaquetón de Talbot.

Juntos lograron llevar a la mujer por la hierba hasta el pickup. Talbot abrió de un golpe las gigantescas puertas rojas del vehículo. Hawley levantó a la mujer y Talbot, tras encaramarse al interior, la acostó en el asiento trasero, luego dio una rápida

media vuelta y empezó a revolver en la parte de delante. Hawley mantuvo abierta la puerta durante un momento más, y observó que la mujer tenía la nariz hinchada y que su ojo nublado escrutaba el cielo más allá de los hombros de él. Seguía con el velo en la mano.

—Quiere la carta esa que le escribiste —dijo Hawley—. La que había en el vestido.

—No está —dijo Talbot—. La tiré.

—Pues cuéntale lo que decía. Cuéntaselo mientras conduces —dijo Hawley, y les cerró la puerta con violencia.

Talbot pisó el acelerador y salió disparado, escupiendo gravilla y polvo, y fue solo entonces cuando Hawley se acordó del coche robado que había dejado obstruyendo el camino. Esperó. Esperó otro poco. Luego oyó el impacto y el crujido del metal y el ruido del monstruoso vehículo de Talbot echando abajo la cancela.

En el interior de la casa, la alfombra estaba empapada. Hawley recorrió el vestíbulo y luego abrió la puerta del cuarto de baño. Jove estaba donde lo había dejado, la bañera llena hasta los bordes, con el agua saliéndose e inundando el suelo de baldosas. Jove daba la impresión de estar durmiendo. Tenía la nuca apoyada en el labio de la porcelana y la cara cubierta de diminutas ampollas.

Hawley cerró el grifo. Luego se acercó al inodoro, levantó la tapa de la cisterna, metió la mano en el agua oxidada e hizo que dejara de correr. Se atenuó el agudo chirrido de las cañerías y luego se hizo el silencio. Hawley fue a la cocina, pisoteando la alfombra mojada con las botas, cogió el whisky de la alacena y bebió a morro, hasta que los nervios empezaron a calmársele. Luego volvió al cuarto de baño, se miró el hombro, se limpió la herida con agua oxigenada y la cubrió con vendas y esparadrapo. Encontró un frasco de Percocet caducado y se tomó dos pastillas, bajándolas con whisky. Luego sacudió a Jove.

El hombre abrió los ojos. Cogió las pastillas de la mano de Hawley y se las echó al colete.

—¿Lo tienes?

—Sí —dijo Hawley.

—Déjame verlo.

Hawley sacó el reloj de bolsillo. Apretó la corona y le enseñó a Jove la carta celeste oculta. Jove pestañeó y miró más de cerca. Sacó un brazo del agua fría y toqueteó los diamantes con un dedo rojo y quemado.

—Es difícil creer que valga tanto.

Entre los dos cogieron el rifle de Talbot y sus propias armas y el whisky y echaron a andar por el camino de acceso. Jove iba cojeando, con ropa seca que había cogido del armario, y Hawley trataba de no mover el hombro, envuelto en una chaqueta de lana para ocultar la sangre.

Al llegar a la cancela, vieron que estaba como Hawley había supuesto: Talbot la había echado abajo con su camioneta, dejando tirado en una zanja el cochecito en que ellos habían venido. Tenía un lateral hundido y el eje torcido.

—Creo que voy a necesitar otro Percocet —dijo Jove.

Hawley le pasó el frasco. Luego abrió una de las puertas rotas y se puso a buscar el mapa que los había traído hasta allí. Cuando volvió a cerrar la puerta, lo que quedaba de las ventanas se cuarteó y cayó al suelo hecho añicos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jove.

—El barco —dijo Hawley.

Regresaron precipitadamente a la casa y luego cortaron por los árboles y el barranco, abriéndose paso por otra espesura de helechos de color verde brillante. A Hawley le pesaban las piernas. Se le estaba haciendo difícil recobrar el aliento. Encontró un sendero y lo siguieron hasta el agua. Había una escalera y luego una vieja rampa de aluminio que llevaba a la playa. La rampa era empinada y traqueteó mientras la bajaban. Jove fue delante, empujando la nevera con el salmón, para que se deslizara por la rampa, como un enorme cubito de hielo. Bajó muy deprisa y volcó al llegar al final de la rampa, arrojando los peces a la arena de la playa. Hawley iba un poco mareado y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer él también. Forzó el hombro y fue como si un cuchillo le atravesara la espalda.

En la playa, toda la orilla estaba llena de restos; montones de ramas y maderos y unas raíces enormes y retorcidas que se habían pasado años en agua salada. Pinos caídos recubrían la base de los acantilados, como gigantescos huesos blanqueados de bestias míticas. Hawley fue saltando de tronco en tronco hasta localizar la embarcación de Talbot, que era un bote inflable con motor fueraborda. Apenas cabían en él dos personas, pero tendría que valer.

Jove recogió los peces de donde habían caído en la arena, los lavó en el agua y los volvió a meter con todo esmero en la nevera, mientras Hawley daba cuenta del whisky restante. Entre eso y el Percocet, el dolor se le hacía más llevadero, siempre que no se moviera mucho. Hawley miró hacia la parte de arriba de los acantilados y le dijo a Jove que se diera prisa. Si su mujer había muerto, Talbot no tardaría mucho en volver, y podría cargárselos a ambos desde lo alto del acantilado si tenía un rifle con el alcance suficiente.

Hawley se metió la mano en el bolsillo. El reloj se había calentado por el contacto con su cuerpo y le pesó en la palma. Miró más atentamente el grabado del ciervo. El animal iba corriendo. Tenía una flecha en un costado y un cuerno roto. Hawley se llevó el reloj al oído. Seguía funcionando con la cuerda que le había dado antes. Una pulsación en una vieja tumba. Oyó ajustarse un engranaje y el reloj se puso a repicar.

Daba algo más que la hora. El reloj estaba tocando una canción. Tierna y melancólica, con el timbre de una caja musical de manivela, como si una orquesta en

miniatura hecha de diminutas campanillas hubiera estado esperando este preciso momento para regalarle a él los oídos. Eso hizo que Hawley recordara lo que Jove había dicho en el bar, antes de que los motoristas lo tiraran del taburete y trataran de robarle la cartera. *Complicaciones*. Así se llamaban. Características de estos relojes de bolsillo únicos que iban más allá de dar la hora: generar música o cartografiar las estrellas o facilitar información de las mareas o meteorológica. Cuantas más complicaciones, más caro el reloj. Se suponía que el que tenía ahora en sus manos estaba valorado en once millones de dólares.

—Debussy —dijo Jove.

—¿Cómo? —dijo Hawley.

—La música que reproduce el reloj.

Hawley volvió a pasar el dedo por encima del ciervo.

—Ni se te ocurra.

—No se me ocurre —dijo Hawley.

—Bien —dijo Jove—. Porque King enviaría a alguien aún peor que nosotros a recuperarlo.

Cojeando, cargó la nevera en la lancha.

—Para que lo tengas en cuenta —dijo—. No sé nadar.

—¿No te habías criado en el río Hudson?

—Allí no hay quien nade. Está contaminado.

—Bueno —dijo Hawley—, pues yo tampoco sé nadar.

Juntos deslizaron la lancha sobre el amasijo de piedras oscuras, hacia el agua. Hizo un ruido tremendo, como si se estuviera rajando el fondo. Colocaron las armas en la proa y luego se subió Jove y Hawley empujó con el brazo bueno hasta situar la lancha en flotación. Cuando alcanzaron la suficiente profundidad, se aupó a la popa y bajó el motor. Luego agarró el tirador y tiró de él repetidamente, con una corriente de fuego bajándole por el costado a cada intento, hasta que el motor se puso en marcha, con un ruido de metal y carburante que retumbó contra los acantilados. Las hélices empezaron a girar y enseguida estuvieron en movimiento, alejándose de la playa. Hawley trató de poner distancia con la orilla y luego viró a la derecha, preguntándose hasta dónde alcanzaría la propiedad, imaginando que Talbot los perseguía a todo lo largo.

Una sucesión de olas procedentes del canal les llegó por estribor y los hizo balancearse. Jove se agarró a la borda con sus manos llenas de ampollas.

—¿No dijiste que tu padre era pescador?

—Lo era —dijo Hawley.

—Entonces ¿por qué puñetas no te enseñó a nadar?

—Porque él tampoco sabía.

—Joder, ¿es que ya no queda nadie que sepa hacer su trabajo?

Hawley no le contó a Jove el verdadero motivo de que su padre no aprendiera a nadar. Fue porque quería ahogarse rápidamente en caso de que su barco se fuera a pique por causa de una tormenta. Así no podría debatirse y sufrir durante horas en el océano.

La lancha entró en la estela de un portacontenedores, la proa se levantó y cayó con fuerza. Hawley mantenía la mirada en el monte Rainier. La nieve resaltaba la forma de la montaña como una manta cubriendo un cuerpo. Hawley enfiló la embarcación directamente contra las olas. Estaba otra vez mareado, y no sabía si era por el whisky o por las medicinas o por la bala que lo había atravesado.

En la distancia cruzaban transbordadores, dejando una enorme huella de espuma blanca al pasar por el puerto, y por fin el peso del encargo empezó a quitársele de encima a Hawley. Echó la vista atrás y miró el acantilado. Parecía lejos. Lo suficientemente lejos como para que Talbot no pudiera acertarles con el rifle, aunque estuviera ahí arriba apuntándoles. Aunque hubiera muerto su mujer. No había ninguna posibilidad de que el anciano lograra el tiro.

Acababa de pensar eso cuando algo pasó silbando a menos de diez metros y levantó el agua al impactar. Hawley se agachó de inmediato, pensando que era Talbot, a fin de cuentas. Luego la lancha empezó a cabecear y Jove hizo un ruido con la parte más profunda de la garganta, como si fuera a vomitar. Hawley miró en busca de sangre, pero Jove no había recibido ningún tiro. Estaba mirando a babor, a una zona plana que se iba haciendo cada vez mayor entre las olas. Y por ese espacio abierto surgió la ballena —alzándose como una tajada de perdición, oscura y rugosa, a tres metros de la lancha—. La criatura se deslizó a lo largo del casco en todo su tamaño, cinco veces la longitud de la embarcación, de proa a popa, con el morro cubierto de percebes y parásitos.

Era una ballena gris como las que Jove había localizado aquella mañana desde el ferry. Quince metros de grasa y músculo y una piel de color cielo tormentoso. Con todas sus fuerzas, Hawley se apoyó en la caña del timón, y la lancha se apartó en un viraje. Pero la ballena giró hacia ellos, con la gigantesca boca más abierta aún, como un agujero negro que fuera a tragarse el océano entero.

Hawley buscó la nevera a tientas. Jove dio un grito y sujetó el asa con su deteriorada mano, pero Hawley lo apartó y arrojó los salmones por la borda, como una ofrenda, y las pieles plateadas chocaron contra el agua, como abofeteándola, antes de hundirse por su propio peso muerto.

La criatura no se distrajo. Ignoró los peces y pasó por debajo de la lancha, tropezando con el casco. Ambos hombres cayeron de espaldas. El motor, inundado de agua, petardeó por un momento y acabó parándose. Hawley se agarró a la borda, tratando de mantener el equilibrio. Se arrastró a popa y jaló el tirador, pero el motor se negó a arrancar. Sin potencia, la pequeña embarcación se bamboleaba. Las olas

rompían por encima de la proa.

El agua en derredor se alzó en círculos amplios y luego empezó a girar como si la estuviera absorbiendo un desagüe. Se oyó un rumor sordo, un rumor profundo, y la ballena volvió a emerger, desplazando violentamente el aire y lanzando chorros de agua salobre, como una fuente, contra ambos hombres. La criatura planeó sobre la superficie, una mole de roca llena de cicatrices e implacable, con el morro como el tajamar de un galeón hundido. Y luego volvió a sacudir la lancha, casi volcándola, y otra acometida de agua fría corrió entre las piernas de Hawley.

Jove se puso de rodillas para achicar el agua que había entrado por todas partes. Hawley echó mano de la pistola. Luego se incorporó, apuntó como pudo y apretó el gatillo. Los disparos reverberaron en los acantilados, ruidosos como fuegos artificiales. Durante un momento Hawley pudo sentir cómo salía cada bala de la recámara, cómo surcaba el aire, cómo penetraba en la oscura piel de la ballena y perforaba la carne, perdía velocidad y acababa deteniéndose, clavada en algún rincón oscuro del cuerpo del leviatán, muestra que allí perduraría hasta el fin de los días.

Apretó el gatillo una y otra vez, hasta que se acabaron las balas y no quedó más que el ruido del océano y el clic en el tambor vacío. La sangre daba color al agua. Otro chorro se alzó muy por encima de sus cabezas y les llovió encima con un bramido. Hawley observó los espiráculos del dorso del animal, inflándose de aire. Se cerraron herméticamente, como dos párpados sobre un solo ojo, y la ballena se sumergió bajo las olas.

Jove, agarrado al achicador, respiraba con dificultad.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé —dijo Hawley.

Esperaron. La embarcación dio un bandazo.

Un tono distante les llegó desde lo alto de los acantilados. Un golpe de aire, un susurro. Hawley dio media vuelta, tratando de localizar el sonido, luego vio el perfil del dorso de la ballena en la distancia. No dijo nada, se limitó a señalar, y ambos observaron mientras el animal se sumergía: el alargado y oscuro plano de su espalda deslizándose entre las olas, y luego la inclinación hacia delante y luego la cola, llena de cicatrices, alzándose a mucha altura en el aire como un par de manos haciendo señas antes de desaparecer bajo la superficie.

—Qué cosa tan tremenda —dijo Jove. Tenía manchas de agua salada en la cara, las quemaduras como sombras talladas en la piel. Asió de nuevo el achicador y se puso a recoger y tirar, recoger y tirar, devolviendo el océano al océano.

—Voy a dejar todo esto —dijo Hawley.

Le hizo bien decirlo, aunque no fuera verdad. Se desprendió de la chaqueta y observó el orificio del hombro. Las vendas que había utilizado estaban mojadas y cubiertas de sangre, pero no se habían soltado. Todavía no. Miró el motor. Trató de

ponerlo en marcha de nuevo. Comprobó los respiraderos, puso punto muerto, puso el estárter, esperó una señal. Agarró el tirador con todos los dedos de la mano y jaló. Escuchó atentamente la reacción. Volvió a jalar. Y el motor recuperó la vida.

FIREBIRD

El despacho del director Gunderson olía a pescado y a sandía. El tufo llegaba de su viejo escritorio gris, como si el mueble estuviera hecho con trozos de maderos flotantes traídos de la playa y sus cajones estuvieran llenos de bacalao de un día; el caramelo que estaba comiéndose, en cambio, generaba una nube sintética, frutal, que se formaba en el centro de la habitación. Se pasó el caramelo de un lado al otro de la boca, de un carrillo al otro. Le ofreció a Loo el cuenco de los caramelos.

—Estamos aquí para hablar de tu futuro —dijo.

Loo empezó a abrir el envoltorio de celofán de uno de aquellos caramelos cuadrados, pero no terminó de desenvolverlo. Lo mantuvo apretado contra la palma de la mano hasta notar que el azúcar empezaba a fundirse y el caramelo se ablandaba por los bordes. Trató de respirar por la boca en vez de por la nariz.

—Qué pasa con mi futuro.

—La universidad. —El director Gunderson se aclaró la garganta—. ¿O quizá una escuela de comercio?

—Todavía no he terminado el instituto.

El director Gunderson volvió a colocar el cuenco de caramelos en su mesa.

—Donde sacas mejores notas es en Ciencias. Pero has faltado a las cuatro últimas clases, y si no recuperas lo atrasado, no te graduarás.

—Estaba enferma.

Loo no tenía la menor intención de volver a Biología. Cada vez que se acercaba a la puerta del laboratorio le empezaban a sudar las manos y terminaba escondiéndose en la biblioteca. Rompiéndole el dedo a Marshall Hicks se había sentido muy poderosa, pero besarse con él la había dejado muy floja y vulnerable por dentro. No pasar apuros le parecía ahora más importante que sacar un sobresaliente.

El director Gunderson cambió de sitio unos papeles para hacerle ver que no la creía.

—La profesora quiere suspenderte. Pero la he convencido de que te deje escribir un trabajo para compensar. Con una condición.

—¿Qué condición?

—Que trabajes. Conmigo. En el Sawtooth. Con tal de que controles tu temperamento —dijo el director Gunderson—, puedes empezar el sábado a las cuatro.

A Loo se le pasaron por la cabeza no menos de otras cien cosas que preferiría hacer antes.

—Tendré que pedirle permiso a mi padre.

Gunderson soltó una blanda burbuja de aire.

—Ya lo sabe.

—¿Cómo?

—Fue idea suya, en realidad.

Loo apretó con más fuerza el caramelo que tenía en la mano. Sabía que Hawley estaba enfadado con ella por haberse escapado y por haberse ido a Dogtown. Pero no había esperado nada parecido.

El director Gunderson abrió un cajón y sacó un delantal limpio y plegado. Lo puso sobre la mesa y lo empujó para acercárselo a Loo, e inmediatamente quedó claro que ahí estaba el origen del olor a pescado. En ese mismo momento, Loo supo que nada podría eliminar el aroma de las escamas y las tripas. El hedor parecía estampado directamente en el tejido.

—Tu madre siempre fue muy temeraria con su vida. Espero que tú no lo seas.

Loo miró a aquel hombre de mediana edad, medio calvo, sentado detrás de su mesa de despacho. Era difícil creer que Lily y el director Gunderson hubieran respirado alguna vez el mismo aire.

Al volver a casa, Loo intentó por todos los medios que su padre cambiara de idea. Discutió e hizo promesas y se metió en su cuarto pegando un portazo, pero Hawley no dio su brazo a torcer.

—Si ya tienes edad para irte de fiesta por ahí, también tienes edad para trabajar —dijo—. Y también te quiero aquí, en los marjales, todos los fines de semana, ayudándome a traer las almejas.

Loo hundió ambas manos en los bolsillos delanteros. Se preguntó qué pensaría Hawley si hubiera sabido que tenía ahí escondidos los guantes de su madre.

Se sintió muy superior con ese secreto que su padre no conocía. Se encontró saboreando los detalles, deslizándose el encaje por los dedos, y repasando el álbum que Mabel Ridge le había regalado bien entrada la noche. Pegados a las páginas había recortes sobre la muerte de Lily. Una breve nota tomada de un informe policial sobre una mujer desaparecida. Varios artículos sobre la búsqueda del cuerpo en el lago por parte del Servicio Forestal. Otros sobre el hallazgo del cadáver. Una estampita con una cita del Libro de la Sabiduría. Luego la necrológica de Lily en el periódico de Olympus. Un accidente, dijeron todos. Un terrible, trágico accidente. Loo se pasó la noche leyendo aquellas páginas, una tras otra, hasta que las frases empezaron a

flotarle en la cabeza como la letra de una canción. *Joven madre, chapuzón matinal, red de arrastre, búsqueda y rescate, deja un esposo amante y una niña pequeña.*

Hawley se había ido poniendo más nervioso desde la noche en que desapareció Loo. Daba vueltas por la casa, comprobando los cierres, luego se metía en la camioneta y se esfumaba durante horas. Incluso olía distinto, su sudor había adquirido un matiz más agrio, el mal olor impregnaba totalmente la cesta de la ropa sucia. Llevaba a Loo al instituto. Y limpiaba sus armas con más encarnizamiento que nunca. Parecía percibir que algo había cambiado, pero la chica no quiso decirle nada de Mabel Ridge por el momento, de manera que le mantuvo oculto el libro, así como los guantes que ahora toqueteaba con los dedos en los bolsillos.

—Ya sé —dijo Loo—. Me estás dando una lección.

—Valerte por ti misma no es una lección. Es una realidad.

—Tú no trabajas para nadie. No tienes un verdadero empleo.

Hawley cogió de la mesa el apestoso delantal y se lo arrojó.

—Eres tú —dijo—. Tú eres mi empleo.

En el Sawtooth, Loo se pasaba el tiempo limpiando y poniendo las mesas, atendiendo a cada ding-dong de los jefes, sosteniendo platos con el borde de la mano, el hueco del brazo, el hombro, llenando y volviendo a llenar vasos de agua, poniéndose un delantal de hule de cuerpo entero para lavar los platos, subiendo hielo de la bodega; y en el exterior, en el muelle, ayudando a los capitanes borrachos a amarrar las motoras. Aprendió a limpiar las esquinas de las fuentes antes de cogerlas, y a llevarlas por los bordes; aprendió a lavar los vasos de vino con agua muy caliente, en vez de con jabón; aprendió a no preguntarle al chef si podía preparar algo especial, a no ser que el hombre se hubiera fumado un porro durante la última hora; aprendió a no cargar ningún plato más cuando llevaba bullabesa, para no correr el riesgo de tirársela encima a algún cliente; aprendió a esquivar pellizcos en el trasero y roces «accidentales» en el pecho, a ignorar las miradas lujuriosas y borrachas y a rechazar con una sonrisa las propuestas de hombres con edad suficiente para ser abuelos suyos; aprendió a sofrenar el odio que le corría por las venas y los deseos de estamparles en la cara a los clientes los platos llenos de comida, de acorralar a las camareras contra la pared, de agarrar al segundo chef, que acababa de pellizcarle un pezón —«es una broma, es una broma»—, y machacarle la mano con la puerta de la cámara frigorífica hasta rebanarle los dedos.

El Sawtooth era propiedad de la familia Gunderson entera, incluido el director Gunderson, cuyo padre había traspasado el establecimiento a sus seis hijos. Hawley suministraba las almejas y los mejillones, pero el pescado y las langostas y los cangrejos que se servían eran cosa de los hermanos Gunderson, que descargaban sus

capturas en la puerta trasera y allí mismo remataban a porrazos todas las piezas que aún seguían vivas. Luego cada cual se iba a casa con su familia. Pero el director Gunderson no tenía familia. Su mujer lo había dejado por un instructor de Excursiones al Aire Libre, de modo que era él quien se encargaba del Sawtooth, abriendo el restaurante todas las mañanas y volviendo luego del instituto para el turno de noche. Los fines de semana se sentaba en un reservado esquinero y bebía café y ponía al día la contabilidad.

De las propinas a los ayudantes de mesa y de barra se ocupaban los camareros principales. Al final de la noche, cuando lograban convencer a los últimos clientes de que se marchasen a casa, y el director Gunderson activaba los pagos por tarjeta, y todos los empleados de cara al público y de cocina se sentaban agotados en el bar, cubiertos de comida y de olor a comida, las uñas incrustadas de aceite y grasa, fumando y bebiendo demasiado para luego irse en coche, Loo esperaba que las camareras contaran su dinero y se pusieran de acuerdo en cuánto iban a darle a ella. Se suponía que era el diez por ciento. Más, si las había ayudado mucho aquel día. Normalmente, a Loo le daban lo que le correspondía. Salvo cuando le tocaba trabajar a Mary Titus.

La viuda de pescador seguía tan bajita e infantil como el día en que llenó de sangre la bañera de Loo, pero con el rostro arrugado propio de una mujer de mediana edad, con el cuerpo pringado de aceite de pachulí y cubierto de abalorios hippies, con una falda hippie en torno a la cintura y una camiseta de tirantes sin sujetador y los mismos pelos oscuros asomándole de los sobacos. El día en que Loo empezó a trabajar de ayudante de mesa, Mary Titus fue directamente al director Gunderson y volvió con un puñado de tenedores en la mano.

—A él lo tienes engañado, pero a mí no —le dijo a Loo.

Luego fue a la cafetera, donde estaban reunidas todas las demás camareras, y les enseñó los puntos de sutura que tenía en la nuca.

—Mary dice que intentaste matarla —dijo Agnes, la camarera más alta, cuando Loo acababa de reponerle la cesta del pan. Llevaba teñida de rosa la parte alta de la cabeza y de naranja los laterales. Un perno metálico le perforaba el labio inferior.

—Fue un accidente —dijo Loo.

Agnes se comió una gamba de su *surf & turf* de marisco con carne. Olía a vaselina y a disolvente de pintura.

—Lo mismo me dijo mi novio. Y ahora estoy preñada otra vez.

—¿Es niño o niña? —le preguntó Loo.

Agnes chasqueó el perno metálico del labio contra los dientes.

—Ninguna de las dos cosas —dijo.

Loo siguió plegando servilletas. Lo hacía con la cabeza gacha mientras Agnes se comía la mitad de la comida que iba a servir y Mary Titus bajaba en picado como una

urraca, apoderándose de todas las propinas que la gente dejaba en las mesas. Al final de la jornada, el director Gunderson ajustaba cuentas con todos, y Loo salía del Sawtooth con un fajo de billetes en el bolsillo. Su propio dinero. Eso le hacía olvidar la peste del delantal, el aceite de freír que no lograba quitarse del pelo y lo cansada que quedaba al terminar su turno. Incluso estaba a punto de hacerle olvidar que aquel trabajo había sido idea de su padre.

Una vez en su casa, Loo vaciaba sus ganancias encima de la cama: un mar de billetes de cinco y de un dólar que a continuación contaba y recontaba y, una vez agrupados todos, escondía en un sobre de papel manila, dentro del cajón de su ropa interior; hasta una mañana, durante el desayuno, cuando Hawley le lanzó el sobre al regazo.

—Vas a tener que mejorar en lo de esconder cosas. Los cajones de arriba son el primer sitio en que se le ocurre a uno buscar.

—¿Crees que van a entrar a robarnos?

Hawley se puso las botas de goma que utilizaba para ir a recoger almejas. Luego sacó el 45 de la panera y se lo encajó en el pantalón por la parte de atrás.

—No hoy.

Loo recuperó el sobre con idea de sellar el dinero en una bolsa de plástico y esconderlo detrás del aislamiento, en el altillo. Luego, cuando Hawley ya había cogido sus bártulos y se había marchado en la camioneta a buscar nécoras en Ipswich, sacó del sobre un billete de veinte, para gasolina, se puso las zapatillas y se hizo quince manzanas al trote hasta donde había aparcado el Firebird.

Loo no se lo había devuelto a Mabel Ridge, a pesar de que esa hubiera sido su intención las primeras veces que se subió al Firebird. Al día siguiente de la fiesta se acercó a Dogtown, luego pasó de largo por la casa de Mabel Ridge y tomó la 127 —una carretera con muchas curvas que abrazaba la orilla rocosa desde Olympus hasta Beverly—, yendo cada vez más deprisa, hasta que se le hizo un nudo en la garganta, con el pecho lleno de miedo a que la pillaran, ahí sentada al volante.

Ahora abrió con la llave y puso el motor en marcha. Necesitaba tiempo para pensar. Tras llenar el depósito, giró a la izquierda y siguió hasta el extremo más alejado de Olympus, donde la carretera pasaba de asfalto a tierra y luego a arena y piedras, hasta terminar sencillamente en un laberinto de arbustos espinosos y zarzamoras.

Loo aparcó y subió hasta la playa. Las olas rugían y se estrellaban contra la orilla y lanzaban al aire unos torrentes de espuma blanca que acababan aterrizando, con estrépito, en los charcos que dejaba la marea. Se arremangó los pantalones hasta los muslos y escaló una roca inclinada que el liquen hacía resbaladiza. Cuanto más se aventuraba, más fiero se volvía el océano. Desde allí se veían las corrientes y los remolinos y las olas luchando contra la resaca. Escogió una piedra, lisa y porosa, con

pintas de mica que centelleaban al sol, la enganchó con el pulgar y la lanzó para que fuera brincando sobre la superficie hasta verse absorbida por el océano.

Una cosa era esconder un sobre con dinero y otra muy distinta era esconder un coche. Si no se le ocurría un buen sitio donde poner a buen recaudo el Firebird, tendría que devolvérselo a Mabel Ridge. Pero la idea de quedarse sin la libertad que le inundaba el cuerpo cada vez que se ponía al volante hacía que le entrasen ganas de atropellar al primero que se le pusiera por delante.

Loo se cubrió la cara con las manos. Compuso una máscara, como le había enseñado su padre, dejó fuera al mundo y escuchó. Una y otra vez las olas llegaban con un estallido y enseguida se retiraban, succionando y tanteando la orilla. Sonaba igual que los árboles atrapados en una tormenta. Igual que un animal lentamente hecho cuartos. Loo separó los dedos, esperando que se le aclarara la vista. Que se le aclarara el camino a seguir. Pero lo que vio fueron salpicaduras. Algo se agitaba en el agua, a diez o quince metros de la orilla.

Al principio Loo pensó que era un pecio. Luego una cabeza asomó a la superficie. Por el túnel de sus dedos Loo identificó la cara, la que solo conocía del cuarto de baño y de los recortes de periódicos que revisaba todas las noches. Con la de veces que había imaginado la muerte de Lily, ahora la tenía delante. Pelo negro suelto sobre el agua. Ojos más verdes que el mar. Una mano emergió de lo profundo y le hizo una seña.

Loo descompuso la máscara, pero la figura del agua seguía ahí. Una voltereta en el torbellino. La corriente tiró del cuerpo hacia abajo, y con un estrépito de espuma escupió un revoltijo de piernas y brazos a la superficie. Solo que ahora ya no era su madre.

Era Marshall Hicks.

—¿Estás bien? —le gritó Loo desde arriba.

Marshall tosió y se atragantó y soltó agua por la boca, con la ropa pegada a la piel, sal brotándole de la nariz, los zapatos abriendo un surco mientras salía del agua arrastrándose como podía. El chico le respondió sacudiendo la cabeza antes de derrumbarse sobre una montaña de algas. De bruces en las hojas gomosas.

Loo oteó el horizonte y luego bajó hasta donde se debatía el chico.

—¿Te has caído de un barco? —le preguntó, aunque Marshall no iba vestido como para pescar. Iba vestido como para ir a la iglesia. La camisa abrochada hasta el cuello. Los zapatos de cuero con las lazadas bien hechas. Una corbata en torno al cuello, como un trozo de soga.

Se dio la vuelta y alzó la cabeza para mirar a Loo. Le tocó un pie. Dijo:

—Tienes sucias las rodillas.

Sí que tenía sucias las rodillas, pero no era más que arena que se le había pegado a la piel al arrodillarse en la playa mojada. Los ojos de Marshall subieron desde esos

dos círculos oscuros hasta la piel blanca de sus muslos. Por un momento pareció que seguía debajo del agua, aún zarandeado por el rugido de la espuma y el agua salada. Luego las manos de Loo bajaron a limpiar las rodillas, y la arena salpicó la cara de Marshall como azúcar.

Mientras lo ayudaba a subir a la playa, Loo recordó el sabor a cerveza de sus labios, la sensación de tenerlo abrazado contra ella en la oscuridad de Dogtown. No le había dirigido la palabra desde la fiesta del bosque. Pero lo había visto en la cafetería, y una vez en la escalera, y las varias veces en que espió por la ventana la clase de Biología, preguntándose cómo era posible que aquel chico le hubiera hecho sentir miedo de nuevo. Ahora lo instaló en el Firebird, preguntándose si se acordaría del beso, pero lo único que parecía interesarle a Marshall era la petición de su madre. Estaba sentado en el embarcadero, dibujando en su cuaderno, cuando vino una ola suelta y se llevó el portapapeles al mar.

—¿Te has tirado a buscarlo?

—No parecía haber mucha profundidad, pero cuando he entrado ya no he podido salir.

Había un trozo de alga marrón atrapado en el cinturón de Marshall. Su camisa de cuello con botones estaba tan empapada que se había vuelto traslúcida, y el color de la piel se mostraba por donde la tela tocaba los codos.

Loo enganchó el volante con los dedos. Era la primera vez que llevaba un pasajero en el Firebird, y eso lo cambiaba todo, magnificando la aventura, el tacto del embrague, el agarre de las ruedas.

Miró los zapatos de cordones que llevaba el chico.

—Ni siquiera te has descalzado.

—No tenía copia —dijo Marshall—. Todos los nombres que habíamos reunido hasta ahora. Y se suponía que yo tenía que estar yendo de puerta en puerta. —Se miró los pantalones—. Te estoy mojando el asiento.

Había una especie de retención en el rostro de Marshall. Tenía los ojos inyectados en sangre y borrosos, y un abanico de arrugas entre las cejas, como si se hubiera pasado los dos últimos meses envejeciendo diez años.

—No me lles a mi casa —dijo.

—Muy bien —dijo Loo, pero sin saber a qué otro sitio llevarlo. Y lo que hizo fue llevárselo a la suya.

Loo hirvió agua para el café y le dio a Marshall una toalla y ropa de su padre. No le quedaba bien, y cuando salió del cuarto de baño, con sus empapadas pertenencias en la mano, parecía un niño pequeño, con esas mangas demasiado largas, con las clavículas expuestas. Loo vio que uno de los calcetines que le había prestado tenía un

agujero en el dedo gordo.

—¿Quién es la mujer que tenéis en las paredes? —preguntó Marshall.

—Mi madre —dijo Loo, y se arrepintió de inmediato.

Se había apiadado de Marshall allá en la playa, pero ahora no le parecía adecuado tenerlo andando por la casa con ropa de su padre. No sabía muy bien por qué se lo había traído. Lo miraba todo de demasiado cerca, dejando con los huesos al aire la vida de Loo. Sus ojos se posaban en cada objeto con una curiosidad ansiosa: la silla, la librería, la foto de la pared..., percibiendo todo lo que había en la habitación menos la incomodidad de Loo.

—Qué alfombra tan bonita.

—Nunca hemos tenido otra.

Marshall se agachó a acariciar la cabeza del oso.

—Parece cabreado.

—Mi padre dice que es nuestro perro guardián.

Cuando vivían en la carretera, durmiendo en la camioneta, Hawley solía envolverla en la piel como en una manta, y Loo se despertaba con los ojos de cristal mirándola.

El chico dio un paso atrás, como si la mención de Hawley pudiera hacer que el oso cobrara vida. Luego pareció recuperarse y se metió en la cocina y se sentó a la mesa de madera, en el sitio que habitualmente ocupaba Loo, como un cliente en espera de ser atendido. Y la chica estaba acostumbrada a atender clientes, de modo que le sirvió café y luego cogió la ropa de Marshall y la arrojó al interior de la secadora. Se sentó en el sitio de Hawley. Notaba los ojos del chico observándola, y le empezó en la nuca una sensación de hormigueo, como si acabaran de extraer su cuerpo del frío, de la arena mojada, y lo hubieran puesto al resplandor del sol.

—Te pareces a tu madre.

—Solo cuando soy buena.

Marshall tardó un momento en darse cuenta de que no lo decía de broma. Luego añadió:

—Tienes que ser buena todo el tiempo.

Loo hizo girar su taza sobre la mesa, en torno a la marca de su padre.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó Marshall.

—No —dijo Loo—. Pero no hables de ella.

—Muy bien —dijo Marshall.

Pero Loo notó que ya no podía quitarse de la cabeza a aquella mujer de pelo oscuro y ojos verdes, ni el cuarto de baño con sus trozos de papel y sus fotos y sus botones viejos y sus flores secas. Echó un vistazo a los zapatos de Marshall, que había puesto a secar en el alféizar de la ventana.

—¿Siempre vas a la playa con zapatos de cordón?

—Mi madre me obliga a llevar corbata cuando vamos de campaña electoral. Yo visito las casas de los republicanos y ella visita las casas de los demócratas.

Había un cuenco de moluscos en el centro de la mesa de la cocina. Mejillones y lapas zapatilla y unas pequeñas conchas que Loo había ido juntando a lo largo de los años. Marshall eligió una lapa zapatilla y se puso a darle vueltas con los dedos: la concha forrada de púrpura, el interior espeso como la nata.

—No puedes ni imaginártelo —dijo Marshall—. La gente ni se molesta en ser amable. Te cierran la puerta en las narices.

—Como yo.

—Como tú —dijo Marshall—. Como todo el mundo. Yo preferiría estar dibujando, o en el mar, pero es importante para mi madre.

Loo apretó la taza entre los dedos. No le caía bien Mary Titus, pero le despertaba la curiosidad, igual que se la despertaban las demás madres. En la calle, en la playa o en el supermercado, las miraba cambiar pañales, limpiar bocas, peinar pelos, atar zapatos, poner crema solar, evitar peleas y aguantar rabietas, unas veces recurriendo a besos y abrazos y otras diciendo palabrotas o pegándoles a los niños o ignorándolos por completo. Incluso en su descuido, esas mujeres parecían muy fuertes.

—¿Qué va a hacer cuando se entere de que has perdido las firmas?

—No sé.

Marshall volvió a poner la concha en el cuenco.

—Cuando yo era pequeño íbamos con mi padrastro a protestar. Pero cuando él se marchó, a mi madre dejó de importarle todo. Agarró una auténtica depresión. Hubo una época en que ella misma se internó en una institución. Tuve que vivir con mi tía. Luego empezó *Héroes de las ballenas* en la tele, y mi madre se enfadó tanto que se le pasó todo. Empezó a trabajar en la petición. Dijo que quería dejar su propia marca en el mundo.

—¿Y tu verdadero padre?

—¿Qué pasa con mi verdadero padre?

—Tu madre me contó que era pescador.

—Yo era muy pequeño cuando murió —dijo Marshall.

—¿Te acuerdas de él?

—Claro —dijo Marshall, echando un vistazo al cuarto de baño—. Pero conocerlos no siempre mejora las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que quisiera familia. Bueno, sí, quería a mi madre. Pero como más lo recuerdo es poniendo excusas para abandonarnos.

Los ojos de Marshall bajaron, como flotando, hasta la carta estelar de Loo, que estaba debajo del cuenco de azúcar, haciendo de posavasos.

—¿Eso es un planisferio?

Loo asintió.

El chico cogió la rueda, y Loo vio cómo hacía girar el disco para corregir el día y el mes. Aún recordaba la primera vez que lo utilizó ella, mirando una lluvia de meteoros desde el balcón de un hotel de carretera. La carta en sus manos. Una orquesta de luz, el desierto, sobre su cabeza. Unos meteoros eran finos trazos blancos disparados por la negrura, otros eran brasas gigantescas, centelleantes, que caían en línea recta hasta el horizonte. Recordó haber experimentado una abrumadora sensación de ajuste. Como si tener en las manos una cosa que había pertenecido a su madre le permitiera penetrar en el tiempo. *Algo está haciendo que esto ocurra*, pensó. *El mundo entero está vivo y se mueve y yo estaba destinada a hacer exactamente esto.*

Marshall alzó el planisferio a la altura de la ventana. Pinchacitos de sol resplandecieron a través del plástico y en la mesa de la cocina. Loo tocó el brazo del chico, dejando la mano por un momento en el tejido de la camisa de su padre, una prenda azul marino que llevaba años lavando sin prestarle atención, y que ahora se le antojaba del mismo color que los ojos de Marshall. Había un hilo suelto colgando de la manga, y Loo alargó la mano para cogerlo, pensando *Esto está bien, esto está bien*, para luego tirar de él hasta quedárselo en los dedos, separado de la camisa.

Marshall se le acercó más. Loo sintió su aliento en la mejilla. Vio que separaba los labios. Luego sus ojos se fijaron en algo situado a su espalda, y se detuvo. Levantó la mano cuya manga ella acababa de tironear y señaló la encimera de la cocina, donde descansaba un Magnum 357, entre la panera y una fuente de fruta.

Dijo:

—¿Es de verdad?

—Ah —dijo Loo—. Sí. ¿Quieres verlo?

Se acercó a la encimera y cogió el revólver. Comprobó que no estaba cargado y se lo puso delante a Marshall. El chico se quedó mirando el 357 por un momento, luego lo cogió, sopesando el metal en las manos.

—Pesa.

—Siempre pesan.

Marshall se volvió a mirarla.

—¿Es tuyo?

Ella negó con la cabeza.

—Yo uso un rifle.

Cruzó el cuarto de estar y abrió el armario de la esquina y sacó el M14. Manteniéndolo apuntado hacia el suelo, volvió junto a Marshall y lo puso con mucho cuidado encima de la mesa. La madera resplandecía por los años de pulimento, el cargador colgaba suelto. Loo pasó los dedos por un lado del arma.

—Lo que hay grabado en el cañón es el nombre de mi abuelo. Lo usó en la

guerra. Las marcas del costado son los hombres que mató.

Le mostró las quince muescas talladas cerca de la empuñadura. Loo había crecido con armas en la cocina, armas en el cuarto de baño, armas en el coche, pero esta era especial. Cuando su padre lo enarbolaba, el rifle se convertía prácticamente en una extensión de su persona. Era el arma más antigua de su colección, la que llevó durante un tiempo pasado del que prefería no hablar. El rifle era el objeto más impresionante de la casa, lo mejor que Loo podía ofrecer.

—¿Quieres probarlo?

—Nunca he pegado un tiro —dijo Marshall—. Las únicas armas que he usado alguna vez son las que había en el barco de mi padrastro, para reducir la velocidad de los balleneros. Y no eran más que bombas fétidas y bloqueadores de hélices.

El rifle se extendía sobre la mesa, entre los dos. Loo vio al chico mirar el rifle.

—Te puedo enseñar —dijo.

Marshall pasó los dedos por las muescas mortales, igual que acababa de pasarlos por la lapa zapatilla. Luego apartó la mano.

—No sé.

—Venga.

Loo regresó al armario, se metió unos cargadores y una caja de municiones en el bolsillo de los shorts y se encaminó a la puerta. Marshall siguió junto a la mesa. Pero cuando ella se detuvo en la entrada y se dio media vuelta para mirarlo, él se apartó de la mesa y la siguió, como si Loo hubiera sido un imán que lo alejaba de la sensatez.

Loo le dio a Marshall unas botas de su padre y ambos se pusieron en marcha hacia el barranco de detrás de la casa. La luz se filtraba entre las hojas, creando un estrato de verde tras otro. Cuando se adentraron cincuenta metros se hizo más oscuro y bajó la temperatura. Loo condujo a Marshall por una pendiente muy inclinada, hacia el ruido de agua moviéndose, hasta que llegaron a la hondonada que Hawley utilizaba para sus prácticas de tiro.

—Toma.

Loo le pasó el rifle a Marshall. Luego se sacó la caja de municiones del bolsillo y empezó a llenar uno de los cargadores. Marshall sostenía el rifle como si esperara que se disparase en cualquier momento, a pesar de tener el seguro puesto y de no estar cargado.

—¿Qué pasa?

Al chico se le ruborizó el cuello.

—¿Tienes miedo?

—No —dijo él.

Loo hizo una pausa en la carga, con una bala en la palma de la mano. No le dijo nada en respuesta, solo hizo el gesto de que le devolviera el rifle. Marshall se lo pasó, con ansiedad en el rostro. Loo se preguntó si no habría cometido un error trayéndolo

aquí, pero el peine ya estaba cargado. Levantado el seguro. La empuñadura del rifle alzada y bien apretada contra su hombro. La mira estaba ahí para guiarla cuando inclinó la cabeza ligeramente, levantó el cañón un centímetro, tomó aire y expulsó la mitad. Apretó el gatillo.

Y vino la detonación.

El ruido fue tan fuerte que le sacó todo de la cabeza a Loo, como una goma de borrar, dejándola limpia de ideas. Durante un breve momento no fue más que una persona aquí y ahora, y no había pasado y no había futuro, solo este momento único en que su vida se abrió de golpe, y se encontró despierta y viva y real. Luego el estampido empezó a desvanecerse hasta quedar en eco, y volvió a ser la de siempre, la memoria del anterior momento convertida en un olor a pólvora en el aire, como una cerilla que arde un instante y se apaga rápidamente.

Loo señaló la marca que había dejado en la distancia, la corteza estallada de la base musgosa de un árbol y dispersada por el suelo del bosque.

—La cosa consiste en dar en el mismo sitio.

Puso las manos en los hombros de Marshall y permaneció detrás de él, ajustándole el cuerpo como a una marioneta: las piernas, las caderas, los hombros, los dedos. Empujó hasta dejar bien alojada la madera en el hueco del brazo de Marshall.

—Te pegará un golpe —dijo—. La mayor parte de la fuerza sale con la bala, pero la que queda repercute en tu cuerpo.

—Energía cinética —dijo Marshall.

—¿Lo ves? Vas a hacerlo muy bien.

Marshall se mantuvo perfectamente inmóvil mientras ella inclinaba la cabeza hacia él hasta casi tocar el cañón.

—Mira —dijo la chica, y le ladeó la cabeza para situarla junto a la de ella. Loo olió su pelo, húmedo, de tierra, como la hierba cuando ha llovido.

—La bala no se desplaza en línea recta —dijo Loo—. Va perdiendo altura. Así que tienes que disparar un poquito más arriba. Estás temblando —dijo—. Deja de temblar.

—Lo siento.

—Es el instinto. Tienes miedo de lo que va a pasar. Pero eso es lo mejor.

Lo rodeó con sus brazos.

—Respira —le dijo.

Oyó que Marshall respiraba profundamente, y también ella abrió los pulmones y compartió el aire con él. Entre las mirillas metálicas estaba la marca que ya había hecho ella. Deslizó la mano por el guardamonte, luego apretó por encima del dedo roto del chico. El mundo entero estaba esperando.

—Ahora —dijo Loo.

BALA NÚMERO CUATRO

La cafetería estaba justo al lado de la autopista, tal como Jove le había prometido. En el aparcamiento se veía un letrero luminoso con el nombre y con el dibujo de un cerdo enorme y peludo, con colmillos, comiéndose una porción de tarta de fresa. Era un sitio a la antigua usanza: una cafetería de estación de ferrocarril, reservados en un lado y una larga barra con el borde cromado, una puerta con campanilla y un gran reloj de neón instalado cerca del techo. Había una camarera de servicio y un cocinero al otro lado del pasaplatos, friendo beicon y saliendo de vez en cuando a ocuparse de la caja registradora. Era entre la hora de desayunar y la de comer, y el sitio estaba casi vacío, solo Hawley y un par de camioneros bebiendo café en uno de los reservados esquineros, tomándose su tiempo antes de volver a la carretera.

Hawley ocupó un lugar en la barra y pidió unos huevos. Acababa de terminar una serie de encargos en Florida —dos que salieron bien y uno de Gainesville que salió mal— y ahora iba de regreso a la Costa Este en un coche robado. Había llegado hasta Carolina del Norte, pero el calor del sol aún le hacía sudar. Una vez que terminara este favor a Jove, Hawley no tenía ningún otro plan, pero su instinto le decía que prosiguiera hacia el norte, quizá hasta la propia Nueva Escocia. No había estado allí nunca, pero había visto fotos. Últimamente le había dado por soñar con aguas frías y orillas rocosas.

Por fin iba a conocer a Ed King, el amigo que Jove había hecho en la cárcel, años antes. King llevaba desde que salió ocupándose de la seguridad de unos cuantos gánsteres de primera fila, y también haciéndoles recados, recogiendo mercancía. Como tapadera poseía un gimnasio de boxeo y además amañaba peleas de vez en cuando, sacándoles partido a los guantes que él también había utilizado en tiempos. King tenía la reputación de pegarles tan fuerte a sus rivales en la cabeza que les trasladaba los nervios al lado opuesto del cerebro. Quienes se enfrentaban a él tenían que volver a aprenderlo todo: a andar, a hablar, a reconocer a sus mujeres. Al final mató a un individuo en un bar y lo metieron en la cárcel por homicidio. Ahí fue donde conoció a Jove. Hawley nunca había estado en prisión, pero sabía que quienes cumplían condena juntos eran como soldados en el ejército: quedaban vinculados de

por vida, incluso cuando no se caían especialmente bien.

Jove estaba ahora otra vez en la cárcel, cumpliendo dos años por posesión de un arma de fuego robada. Lo habían pillado justo después de entregar el reloj de Talbot, por saltarse un semáforo en el centro de Seattle. Fue culpa de Jove, por no haber tenido cuidado, pero Hawley se sentía mal al respecto. Así que cuando recibió por medio del abogado de Jove un mensaje en que este le indicaba dónde encontrar la llave de una caja de seguridad y le pedía que hiciera la entrega en aquella cafetería, Hawley contestó con una postal diciendo que se ocuparía del asunto. Era una apuesta fuerte, casi todos los ahorros de Jove, en un combate que organizaba Ed King. Suficiente para hacerse por fin con ese barco en el Hudson, si salía bien, y saldría bien —era cosa segura—. Jove animaba a Hawley a que pusiera dinero él también, pero Hawley solo apostaba en juegos de los de tener las cartas en la mano.

El cocinero puso los huevos y la tostada en el pasaplatos. La camarera recogió el plato y se lo situó delante a Hawley. Le dio cubiertos y una servilleta y le trajo una jarra y la llenó de café.

—¿Quiere usted leche y azúcar? —preguntó.

—Ya soy yo lo suficientemente dulce.

Hawley recordó haberle dicho exactamente las mismas palabras a la mujer de Talbot y, antes de darse cuenta, empezó a pensar en el ojo lechoso. Seguía lamentándolo por ella, y de vez en cuando seguía preocupándole que Talbot anduviera en su busca. Pero ya había pasado casi un año, y había dejado de volver la cabeza por si alguien lo seguía.

Habría querido que las cosas fueran distintas tras el encargo de Whidbey, después de que la ballena los dejara en paz y consiguieran poner en marcha el motor y regresar a Seattle. Pero una vez amarrada la embarcación al muelle y entregado el reloj y cobrado lo que les correspondía, se separaron en la estación del tren y Hawley compró billete como estaba previsto y siguió hasta Oklahoma para el nuevo encargo. Era más fácil recaer en lo ya conocido que tratar de cambiar, aun siendo consciente de que las cosas ya no iban bien. Por la noche tenía sueños extraños, y Maureen Talbot se inmiscuía en sus pensamientos, manteniendo en suspenso una jarra de metal sobre su taza de café y preguntándole si quería leche y azúcar.

—Lo tomo solo.

La camarera le dejó la jarra y reanudó la limpieza de las mesas, y Hawley atacó los huevos. Esperaba que King llegase pronto. Quería ponerse de nuevo en camino y ya eran casi las once de la mañana. El reloj de neón resplandecía como un faro, el minuterero recorría los números con suavidad.

Se abrió la puerta, haciendo sonar la campanilla, y entró una chica en la cafetería. Tenía veintitantos años, el pelo oscuro y la cintura estrecha y unas caderas que casi la obligaron a ponerse de lado para entrar por la puerta. Llevaba un vestido negro y

tacones y guantes que le subían hasta la muñeca y un sombrerito con un retazo de velo negro que le caía sobre los ojos. Cruzó la cafetería, meneando una cadera, luego la otra, y enseguida dispuso esas mismas caderas al borde de un taburete, frente a la barra, justo al lado de Hawley.

La chica se quitó los guantes, se desprendió del sombrero y lo colocó al lado del bolso. Su pelo era un verdadero revoltijo; cualquiera habría dicho que acababa de levantarse de la cama. Hawley tuvo que clavar los ojos en su plato para dejar de imaginarlo: ese pelo largo desparramado sobre una almohada y la espalda desnuda y ese par de caderas de melocotón tendidas de costado bajo una blanca sábana limpia.

La camarera estaba fuera fumando. El cocinero asomó la cabeza por el pasaplatos y le preguntó a la chica qué quería comer. Ella pidió una hamburguesa y un vaso de agua y el cocinero le dijo que enseguida. Mientras esperaba, la chica repasó el menú y luego se quitó los zapatos de tacón y empezó a dar vueltas y más vueltas sobre el taburete. Hawley trató de no mirar, pero no pudo evitarlo. A cada giro las rodillas de la chica estaban a punto de rozarlo, hasta que al final las levantó un poco y acabó dándole.

—Lo siento —dijo, sin dar la menor impresión de sentirlo. Y no dejó de girar.

—Vas a perderte el almuerzo.

—Todavía no me lo han traído —dijo la chica, y empezó a girar en sentido opuesto. Se empujaba con los dedos de los pies y giraba en círculos, con la suavidad de un carrusel.

—Me encantan estos taburetes —dijo—. Me encanta que no puedan moverse de sitio.

Nunca lo había pensado antes, pero Hawley tuvo que admitir que había algo agradable en aquellos taburetes de color rojo brillante, atornillados al suelo y dispuestos en fila ante el borde cromado de la barra.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Ah —dijo la chica—. No, no voy a ninguna parte.

—¿Vives aquí, entonces?

—No —dijo ella—. Sigue adivinando.

—No se me dan muy bien las adivinanzas.

Hawley cambió de sitio la mochila en que llevaba todas sus cosas y la cartera más pequeña con el dinero de Jove dentro, colocándolos en el suelo, entre su taburete y la barra. Bebió un sorbo de café y comió un poco de los huevos. En la cafetería había espejos rinconeros, uno sobre el pasaplatos y otro a cada extremo, para que la camarera no perdiese de vista las mesas cuando estaba de espaldas. Casi todas las cafeterías tenían instalado el mismo sistema. Por eso le gustaban para comer. Por eso y porque se podía sentar él solo ante la barra sin que a nadie le llamase la atención.

El cocinero trajo la hamburguesa y el agua de la chica, y ella dejó de dar vueltas.

El cocinero era un hombre mayor, con arrugas que le subían por la frente. Llevaba un mandil y una redecilla, a pesar de no tener pelo alguno. Tras colocar delante de la chica la mostaza y el ketchup, regresó a su cocina. Pasado un minuto, asomó la cabeza por el pasaplato y le preguntó a la chica si estaba todo bien y la chica le dijo que más que bien, que estupendo. Comía con mucho cuidado, cortando la hamburguesa en cuatro y masticando los trozos por separado, con sorbitos de agua entre uno y otro.

—Se supone que esta noche hay una lluvia de meteoritos —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Hawley. Agarró su taza, pero no bebió—. Una vez vi una, en Wyoming.

—¿Eran las gemínidas?

—No sé cómo se llamarían. Eran estrellas errantes.

—Las lluvias de meteoritos se denominan según su radiante. La constelación desde la que caen. Pero no son estrellas, son fragmentos que dejan los cometas en su órbita alrededor del Sol. Basura espacial.

Echó sal en una de sus patatas fritas y se la comió. Luego echó sal en otra y se la comió también. Estuvo con el salero en la mano mientras se comía el plato entero, patata tras patata.

—Las de hoy se llaman perseidas, porque parecen proceder de Perseo. El que mató a la Gorgona. El héroe.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo oí por la radio —dijo la chica—. Y además tengo esto.

Levantó el pie y le enseñó una salpicadura de estrellitas tatuadas en torno al tobillo.

Este tipo de conversaciones solía hacer que Hawley se sintiese arrinconado, pero la chica le había despertado la curiosidad. Pensó en las estrellas, en cómo se las fueron tatuando en la piel de la pierna. Pensó en alzar esa pierna y apoyársela en el hombro y besar aquellas estrellas. Y pensó en los meteoritos que había visto allá en el oeste. Para ser basura, brillaban magníficamente.

La camarera regresó de su pausa para fumar y cogió la cafetera y la llevó a donde estaban los camioneros y les llenó las jarras. Luego empezó a limpiar la barra.

—¿Tenéis batidos? —le preguntó la chica.

—Sí, claro —dijo la camarera.

La chica sonrió de oreja a oreja.

—Ponme uno, si no es mucha molestia.

—Harry —llamó la camarera—. Un batido.

El rostro del viejo cocinero asomó por el pasaplato.

—¿De qué?

—De chocolate —dijo la chica.

—Hecho —dijo el cocinero, y volvió a desaparecer.

—¿Has terminado? —le preguntó la camarera a Hawley.

Había terminado, pero quería ver cómo se bebía el batido aquella chica.

—Un poco más de café, por favor.

La camarera le retiró el plato y le llenó la taza hasta el borde. Todos oyeron el ruido que hacía la batidora y enseguida el cocinero colocó un recipiente de metal y un vaso pequeño en el pasaplatos y la camarera se los puso delante a la chica, junto con una pajita con el papel sin quitar. Luego la camarera se fue al otro lado de la cafetería y empezó a limpiar un rimero de menús de plástico.

La chica vertió parte del batido en el vaso. Abrió la pajita y la introdujo en el recipiente de metal, empezó a beber y le acercó el vaso a Hawley.

—No, gracias —dijo él.

—Los batidos hay que compartirlos —dijo ella—. Es obligatorio.

—Muy bien —dijo Hawley.

No se acordaba de la última vez que se había tomado un helado. El batido estaba frío y se le deslizó hasta el fondo de la garganta, un trago grande y cremoso.

—Te doy otra oportunidad —dijo la chica.

—Ya te he dicho que no se me dan bien las adivinanzas.

—Bueno, pues te lo digo.

Dio un buen sorbo, con las mejillas hundidas, los labios ceñidos a la pajita. Luego separó la mano de la helada taza de metal, se inclinó hacia Hawley y le tocó el codo con los dedos escarchados.

—Voy a atracar este sitio.

Lo primero que hizo Hawley fue comprobar los espejos de los rincones, luego el de encima del pasaplatos. La camarera seguía limpiando los menús, los camioneros seguían dando voces en su esquina, el cocinero no estaba a la vista. Luego bajó la vista para asegurarse de que la mochila y la cartera de Jove estaban a salvo entre su taburete y la barra. Luego se dio la vuelta y captó el aliento más reciente de la chica, revestido de leche y helado.

—Estás de broma.

La chica rio y le soltó el brazo y Hawley bebió un poco más del vaso, paladeando el sirope de chocolate. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Te lo has creído —dijo ella.

—No.

—Sí que te lo has creído.

Los camioneros se levantaron todos al mismo tiempo y se acercaron a la caja a pagar sus consumiciones. Pidieron pagar cada uno lo suyo, de modo que la camarera tardó bastante en cobrarles. Contó las vueltas mientras ellos le daban sus propinas. Luego los camioneros se pusieron bien las gorras y se despidieron unos de otros y

pasaron por el cuarto de baño y salieron de la cafetería y se subieron a sus cabinas y pusieron en marcha sus semirremolques y sus dieciocho ruedas y los sacaron del aparcamiento. Durante todo ese tiempo Hawley estuvo ruborizado y la chica, sonriente.

—Es el mejor batido que he probado nunca —dijo ella—. Creo que voy a pedir otro.

—Tenemos de fresa —dijo la camarera.

—Fantástico —dijo la chica.

El camarero volvió a poner en marcha la batidora. La camarera miró de arriba abajo a la chica.

—¿Vienes de una fiesta, o algo? —le preguntó.

—No —dijo la chica—. De un entierro.

—Perdón —dijo la camarera.

—No importa —dijo la chica—. En realidad, no lo conocía de nada.

El cocinero terminó el batido e hizo sonar la campana. La camarera recogió el vaso y el recipiente metálico del pasaplatos y los puso delante de la chica, esta vez con dos pajitas. Luego juntó los dispensadores de azúcar de las mesas y empezó a rellenarlos en una esquina.

La chica retiró el envoltorio de las dos pajitas. Metió una en el recipiente metálico, otra en el vaso. Trasvasó parte del batido y se acercó a Hawley.

—Deja —dijo él—. No puedo más.

—Ya te he dicho que es una regla. —Bebió un sorbo—. Fresas de verdad. No esperaba que fuesen fresas de verdad.

Luego apoyó la cabeza en la barra y cerró los ojos. Llevaba los labios pintados y se le habían borrado por el centro, al comerse la hamburguesa y chupar de la pajita, pero los bordes seguían brillantes.

—¿Quién era el muerto? —le preguntó Hawley.

—Mi padre. —Siguió con la cabeza en la barra y los ojos cerrados—. No supe a dónde ir después del entierro. Era esto o un bar.

—¿Te vendría bien beber algo?

—Sí —dijo la chica—. Y no. Llevo un año sobria. Para mí no hay más que batidos.

Hawley apartó su bolsa, para que hubiera más espacio entre ellos. Pudo notar bajo el pie la botella de whisky que llevaba dentro.

—¿No viste nunca a tu padre?

—Se marchó cuando yo era pequeña. Pero me mandaba telegramas cantados por mi cumpleaños. Nunca se olvidaba. Mi madre se enfadaba muchísimo. Me dio por pensar que con él me habría entendido mejor. Llegué a escaparme varias veces, a ver si lo encontraba. Y ahora tengo su máquina. Una quitanieves enorme, con su pala y

sus luces de emergencia y todo.

Hawley no supo qué decir. Su padre había muerto de un ataque al corazón cuando él tenía quince años. Desde entonces había campado por sus respetos, y ahora tenía la misma edad que su padre cuando él nació. Treinta. No era ni viejo ni joven, exactamente, pero ya se le había ido media vida, por lo menos.

Hawley bebió un buen sorbo del vaso. La chica tenía razón: el cocinero había utilizado fresas de verdad. Notó las semillas, en la parte de atrás de la lengua, fuertes y frescas y llenas de sabor. Era como si hubiese entrado en un jardín y, apartando las arañas, hubiese encontrado una fresa perfecta, intacta y madurada por el sol.

—Una quitanieves podría estar bien para darte a la fuga —dijo—, si al final decides atracar este sitio.

La chica abrió los ojos. Por un momento, Hawley pensó que iba a gritar, pero lo que hizo fue reírse. Era como una niña pequeña riéndose. Levantó la cabeza de la barra y se secó los ojos y volvió a ponerle la mano en el codo. Esta vez tenía los dedos calientes.

—Gracias —dijo.

Y Hawley supo que había dicho lo justo. Era agradable saberlo. Pronto se bajarían de esos taburetes y no volverían a verse, pero ahora permanecían en un silencio que solo los abarcaba a ambos, tomándose sus batidos. Luego sonó la campanilla de la puerta y Ed King entró en la cafetería.

Venía con un traje de mucho brillo, azul oscuro. Llevaba el pelo casi al cero y tenía una nariz que le colgaba de la cara, como una puerta desvencijada. Era más viejo que Hawley, casi de la edad de Jove. Pero seguía moviéndose como un boxeador.

—¿Eres Sam Hawley?

—Exacto.

King se acercó a él y se situó a su lado, ante la barra. Se dieron la mano y Hawley percibió la fuerza que tenía aquel hombre. King no apartaba la vista de la chica, se le notaba un tic en el rabillo del ojo.

—Ya has comido, al parecer.

Hawley pensó que si los presentaba podría averiguar cómo se llamaba la chica. Pero no quería que ella conociese a Ed King. No quería que viese con qué gente alternaba, ni que se enterase de las cosas malas que había hecho. Hawley recogió la mochila y la cartera de Jove y le indicó a la camarera que se pasaban a uno de los reservados.

—Ha sido un placer hablar contigo —dijo la chica.

—Igualmente —dijo Hawley.

Ocuparon un reservado esquinero. Hawley se sentó de espaldas a la chica, para no caer en la tentación de mirarla. Se concentró en la nariz rota de King. Comprobó los

espejos, dio un toquecito al dinero con el pie, bebió un sorbo de agua para quitarse el sabor a dulce de la garganta. La camarera se acercó con un menú.

—¿Alguna especialidad de la casa? —preguntó King.

—El cerdo. Asamos uno cada dos días. Y la tarta. Las tenemos de ocho tipos.

Ed King pidió unas carnitas de cerdo y una taza de café y un trozo de tarta.

—¿De cuál quieres? —le preguntó la camarera.

—Tráeme la que esté recién hecha.

—Todas están recién hechas.

—Pues tráemelas todas.

Cuando se marchó la camarera, Ed King le cogió el saquito a Hawley y lo colocó a su lado en el asiento del reservado. Lo abrió y metió la mano, moviéndola como para probar la temperatura de una bañera.

—¿Está todo?

—Lo que me dijo Jove.

King cerró la bolsa. La camarera volvió con el cuenco de cerdo guisado y el café. Trajo una servilleta y una cucharilla y una cuchara sopera y leche y azúcar y lo dejó todo sobre la mesa. King volcó el azucarero en el café. Era un frasco de cristal, con caño metálico en el centro, y el azúcar cayó de golpe.

—¿Cómo está Jove?

—Está bien —dijo Hawley—. Muriéndose de ganas de salir.

King dejó el azucarero y bebió un sorbo de café. A Hawley le dio dentera solo con mirarlo.

—Ojalá Jove pudiera asistir al combate.

—Quizá pueda —dijo Hawley.

—La sala de día, en esa cárcel, solo está abierta hasta las seis. Y apagan las luces a las diez. Yo me tiré dieciocho meses allí, en otro tiempo.

King empezó con el cerdo. Cada pocos bocados miraba por encima del hombro de Hawley. Este se dio cuenta de que miraba a la chica, y pensó que debería haber elegido el otro lado de la mesa.

Repasaron las posibilidades que tenía Jove de que le dieran la condicional, y luego King se puso a hablar de la pelea, contando que él mismo había entrenado a uno de los púgiles y que el otro le debía dinero. Hawley asentía con la cabeza, pero todo él estaba pendiente de cualquier ruido que hiciera la chica. Oyó los últimos sorbos de la paja al llegar al fondo del batido. El clic del bolso al abrirse. El ruido de la cuenta cuando la camarera la arrastró sobre el mostrador para acercársela a la chica. El ring de la caja registradora y el chasquido del cajón del dinero al abrirse. Un roce cuando la chica volvió a deslizar los pies en los zapatos de tacón. Y luego el ligero ping de un alfiler al caer, y Hawley supo que estaba volviendo a prenderse el sombrerito negro a la cabeza y que a continuación se marcharía.

La camarera se acercó al reservado trayendo una gigantesca fuente con ocho trozos de tarta. Había de arándano azul, de cereza, de piña, de melocotón, de lima con huevo, de pacana, budín de chocolate y crema de plátano. Cada trozo venía con su penacho de nata encima.

—Ahí lo tenéis —dijo, añadiendo un tenedor y otra servilleta.

Pero Ed King no miraba las tartas. Tenía los ojos puestos en el otro lado de la cafetería, y se le había disparado el tic.

—Oye —llamó—. ¿No acabo de verte en el entierro de Gus?

Hawley se volvió a mirar. La chica estaba a punto de marcharse, ya con la puerta abierta y el sombrerito colocado en lo alto de la cabeza como un pequeño animal. Hawley sintió un hueco en el estómago, una emoción mezclada con miedo, cuando ella soltó el picaporte y la puerta de cristal volvió a cerrarse. Pestañeó dos veces antes de contestar.

—Soy hija de Gus.

—Lo sabía —dijo King—. He estado todo este tiempo tratando de situarte. Pero no llevabas el sombrero.

La chica se acercó a la mesa.

—Vaya montón de tartas —dijo.

—Tómame un trozo con nosotros —dijo King.

La chica permaneció un momento de pie, decidiéndose. Miró a Hawley y sonrió.

—Muy bien.

Hawley le hizo sitio y ella se sentó a su lado en el reservado, con el bolso en el regazo. Estaba muy cerca, con las caderas extendidas sobre el asiento. King pidió más tenedores y la camarera trajo dos. Luego salió a fumar otro cigarrillo. Hawley ya había quedado lleno con los batidos, pero la chica separó la punta de la crema de banana con el tenedor.

—Siento mucho lo de Gus —dijo King.

—Qué le vamos a hacer —dijo la chica. Miró a Hawley—. ¿Cómo es que os conocéis, vosotros dos?

—Este tarado trabaja para mí de vez en cuando.

—¿Sí? —La chica lamió el borde del tenedor—. ¿Eres de por aquí o es de Phoenix de donde conocías a mi padre?

—Nos conocimos en Nueva York —dijo King—. Es una historia divertida, pero no creo que te apetezca oírla.

—Puedes contármela —dijo ella.

—Muy bien, te la cuento. Pero necesito algo de beber. Esta historia siempre la cuento mientras bebo, me sale mejor así. —Se rascó la nariz—. Conocí a Gus ganando una triple en Aqueduct. Luego me ayudó en un par de encargos. Era muy bajito y siempre andaba corto de pasta, porque se pasaba el tiempo en el hipódromo.

Me caía bien porque era el que más aguantaba bebiendo, y nunca se quejó de serlo. Es curioso que no dijera nada de tener una hija. Y mira que eres bonita. Tendría que haber estado orgulloso de una hija como tú.

»Cuando estaba borracho era como si fuera otro, y hacía cosas demenciales por dinero. Si alguien le decía: “A que no le pegas un puñetazo al tío ese”, iba al portero del local y le pegaba. O si le decíamos: “A que no lanzas al aire la cartera”, le entregaba las tarjetas de crédito a cualquier desconocido. Arrojaba toda su ropa por un balcón, o tiraba las llaves a una alcantarilla, y todo el mundo se echaba a reír, y él decía: “Esto le va a encantar a Gus el Abstemio”. Luego lo veía al día siguiente, con la cara machacada, tratando de cancelar las tarjetas, o a cuatro patas delante de una alcantarilla del borde de una carretera, con un gancho atado a un cordel, diciendo: “Esto es culpa de Gus el Borracho”.

»Hace unos meses, siendo Gus el Abstemio, me pidió un préstamo para saldar una deuda. Y yo le di el dinero, pero Gus el Borracho lo puso todo a un caballo, y perdió. Cuando fui a cobrarle, Gus el Abstemio se echó a llorar y yo me lo imaginé inclinado sobre la alcantarilla, pescando sus llaves, de modo que le di más tiempo. Y ¿sabes lo que hizo Gus el Borracho? Se metió en mi gimnasio aquella misma noche y reventó la caja fuerte y se llevó mi reserva para la semana. Cogió el coche y se fue a Atlantic City a gastarse hasta el último centavo, y luego se murió de repente allí mismo, debiéndome dinero a mí, debiéndole dinero a todo el mundo. Así fue como nos conocimos.

La chica dejó el tenedor.

—No tenías que haberle contado eso —dijo Hawley.

—Ya está hecho —dijo King—. Ahora ya lo sabe todo de su padre.

Los rellenos de las tartas estaban empezando a juntarse, mezclando sus colores en la fuente. Hawley pudo notar el calor que desprendía la chica en ese momento.

—¿Por qué has ido al entierro? —preguntó ella.

—Porque me debía cinco mil dólares.

—No es tanto —dijo Hawley, pero sabiendo que no era por el dinero. Lo que le fastidiaba a King era que el otro lo hubiese dejado tirado.

—Es mucho.

La chica arrugó la nariz.

—No dispongo de esa cantidad. Tampoco sé si todo eso es verdad.

King pinchó un trozo de tarta con el tenedor. Se lo llevó a la boca.

—Créelo.

A Hawley empezó a dolerle el balazo de la espalda, el primero que le dieron, en las Adirondack, y fue sentir el dolor y ponerse a hacer inventario: el rifle M14 de su padre y la munición extra en la mochila que tenía a los pies, un Smith & Wesson cargado metido entre el cinturón y la camisa. Su cuerpo estaba dispuesto, tensos

todos los músculos.

La chica se deslizó por el asiento para salir del reservado. Había sacado los guantes del bolso y los tenía sujetos entre los dedos. Estaba alterada, pero aún pensaba que le bastaría con marcharse, sin más problema.

—Gracias por la tarta.

Con la rapidez del rayo, King proyectó uno de sus brazos de boxeador y la agarró por la cintura. Hawley dio un salto al verlo.

—Suéltame.

La chica se debatió. Buscó con los ojos a la camarera.

—Siéntate —dijo King.

La chica separó los dedos y los guantes cayeron lentamente sobre la mesa, como flotando. Dejó de resistirse y King aflojó la presa, pero no la soltó. El sombrerito negro se había desprendido; Hawley vio brillar los ojos de la chica bajo el velo. Ella hizo como que iba a sentarse de nuevo, pero se inclinó hacia delante y clavó los dientes en la muñeca de King.

El hombre pegó un grito y abrió los dedos. La chica, de inmediato, recuperó sus guantes y corrió hacia la puerta. King quiso salir del reservado para ir tras ella, pero Hawley se puso en pie y le cerró el paso.

—Déjala irse.

—¡Hija de puta!

Los dientes de la chica habían penetrado en la carne, y King estaba manchando de sangre su muy holgado traje. Hawley oyó que los pasos de la chica se alejaban, y luego sonó la campanilla de encima de la puerta.

—No te hace falta ese dinero —dijo Hawley.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—Sí tiene.

Su intención no había sido decirlo así, pero así lo dijo. Y al decirlo, Hawley supo que era verdad. Era un conocimiento diferente de los anteriores, cuando su cuerpo sintió que las balas venían por él. Fue más bien como la lluvia de estrellas que le había contado a la chica, un rastro de roca fría que de pronto arde para existir. Había abierto algo, una posibilidad, y la entrada estaba ahí, en ese estrecho pasillo de espacio que tenía delante, entre los reservados y la barra y una hilera de taburetes giratorios.

A Ed King le temblaba el ojo y tenía muy dilatados los caños de la nariz rota. Se echó hacia atrás y enseguida su puño se proyectó hacia delante, tan rápidamente como cuando agarró el brazo de la chica. Pero Hawley estaba esperándolo, y se apartó lo justo para que King fallara el golpe y se derrumbara sobre la mesa. Los platos se hicieron añicos contra el suelo y las tartas salieron disparadas en todas direcciones.

El cocinero asomó la cabeza por el pasaplatos:

—¿Qué demonios está pasando ahí?

Con ello distrajo a Hawley lo suficiente como para que le atinara el siguiente puñetazo de King, un impacto fuerte en el pecho y luego otro muy rápido en la mandíbula, y antes de darse cuenta ya estaba en el suelo de la cafetería. King, con el saquito de Jove, pasaba por encima de él, y Hawley alargó el brazo y agarró al tipo por la pierna y lo hizo caer y logró ponerse encima y enseguida empezó a pegarle con todas sus fuerzas.

Era para eso para lo que estaba hecho.

El cuerpo de Hawley identificó todas las variaciones, como recorriendo un camino muy conocido: la adrenalina, el calor de los hombros al actuar, el desplazamiento del peso, la repercusión en la piel y en el pelo, los golpes en las costillas, el dolor al respirar, la sensación familiar de sus nudillos al chocar, y todo le pareció delicioso, algo que fluía con extremada suavidad, aire oscuro procedente de una caverna muy profunda. Agarró el Smith & Wesson que llevaba en la espalda y le metió el cañón en la boca a King.

El cocinero salió de la cocina con una escopeta en las manos. No se había quitado la redecilla del pelo.

—¡Ya basta! —gritó—. ¡Suelta eso!

Hawley retiró lentamente el revólver de entre los dientes de King. Había estado tan cerca de matar que le temblaban los dedos. No era eso lo que tenía previsto y ahora se apartaba del borde del precipicio, con el corazón latiéndole y la sangre rugiéndole en las manos, incluso cuando las levantó por encima de la cabeza. El cocinero salió de detrás de la barra, sin dejar de apuntar con la escopeta, y retrocedió hasta la puerta. Abrió una rendija.

—¡Barbara! ¡Entra!

La camarera volvió, oliendo a tabaco. Se le pusieron los ojos como platos cuando vio la que se había armado.

—¡Joder! —dijo.

—Llama a la policía —dijo el cocinero.

—No tienes por qué —dijo Hawley—. No hay ningún herido.

—Ibas a matar a ese tío —dijo el cocinero.

Hizo que Hawley le entregara el revólver. Luego envió a la camarera al teléfono público que había junto a los servicios, para llamar a la policía. La mujer no tenía suelto y tuvo que cogerlo de la caja registradora.

Hawley se puso en pie, con astillas de dolor yéndole de los nudillos a las muñecas. A sus pies, King emitió un quejido y se puso de lado. Había trozos de tarta por todas partes. El traje de King tenía manchas de melocotón y piña y arándanos y nata. Su nariz de puerta desvencijada se torcía ahora hacia el otro lado. Hawley no

apartó la mirada del cocinero. Le dolían los nervios. Dio un paso en dirección a la mochila.

La camarera colgó el teléfono.

—Ya vienen —dijo, y fue a colocarse detrás de la barra. El cocinero permaneció en el espacio entre la barra y las mesas, con la escopeta levantada.

—No quiero líos —dijo Hawley—, pero voy a marcharme ahora mismo. Voy a moverme muy despacio. No molestaré a nadie.

—Tú te quedas aquí a hablar con la policía —dijo el cocinero.

—Lo siento —dijo Hawley—, no puedo hacer eso.

Verificó los espejos, echó un rápido vistazo al aparcamiento. Luego se agachó a recoger la mochila y la cartera con el dinero de Jove, y dio un paso en dirección al viejo.

—Quédate donde estás —dijo el cocinero.

—Voy a pasar por tu lado —dijo Hawley—, y me marchó. No volverás a verme. Lo único que quiero es salir por esa puerta.

Se desplazó por el espacio entre la barra y las mesas. Desde la cocina le llegó un olor a quemado. El reloj de neón titilaba sobre su cabeza, con la luz reflejándose en los bordes cromados. Había tanto silencio, que se oía el zumbido de la electricidad que impulsaba las manecillas de reloj, barriendo la fina línea negra que indicaba los números.

El cocinero no bajó la escopeta, pero se retiró a uno de los reservados y dejó pasar a Hawley. Enseguida fue como si Hawley hubiera entrado en un sueño. Como si todo esto ya lo hubiera hecho en otra vida, y supo que el cocinero lo iba a dejar irse porque ya lo había dejado irse otra vez, mucho antes. Hawley nunca había estado tan seguro, nunca había tenido tan claro lo que iba a suceder a continuación. Buscó el picaporte con la mano. Sonó la campanilla cuando abrió la puerta. Sintió que el sol calentaba la acera, en el exterior, el olor de la gasolina, los tubos de escape de la autopista, y por debajo de todo oyó un zumbido. Había un bosquecillo de pinos detrás de la cafetería, el acceso a un bosque denso que subía por una cresta rocosa y luego se extendía por los montes en la distancia. No se había fijado en los árboles al llegar, pero ahora las agujas que peinaban el viento parecían estar susurrándole cosas directamente a él. Y luego oyó otra cosa. Hawley se volvió un centímetro, lo justo para ver cómo se le venía encima el puño de King.

El golpe fue de los que habían dado fama a King, uno de esos que quebraban la mente en dos. Hawley sintió que partes de sí mismo se distanciaban entre sí. Separando al hombre que era del hombre que podría ser. *He estado a punto*, pensó. *Casi lo había conseguido*. Y luego hubo una explosión de ruido centelleante, y el mundo se cerró ante él como si estuviera cayendo de espaldas en el agua, quedando fuera de su alcance, allá lejos, la luz de la superficie, y luego la oscuridad se lo llevó

todo por delante, extinguendo lo demás.

Al volver en sí, Hawley se encontró en el interior de la cafetería, en la entrada. La puerta de cristal había quedado hecha pedazos al derrumbarse él encima. Se movió un poco y notó que le caían del pecho los fragmentos brillantes. Le martilleaba la cabeza y le brotaba sangre de un oído. Un poco más atrás de donde él se encontraba, King le gritaba al cocinero. Hawley no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Alzó la vista para mirar el resplandeciente cielo azul a través de la puerta rota. Se había levantado viento y las nubes pasaban rápidamente.

Hawley trató de ponerse en pie. Le dio vueltas la cabeza, de modo que se concentró en los asientos cercanos a la barra: los taburetes rojos fijados al suelo e inmóviles. Al otro lado, junto a la caja registradora, King y el cocinero se disputaban la escopeta. El anciano trató de apartar al boxeador, pero King se agachó rápidamente y le dio un puñetazo en el estómago. La escopeta se disparó y la bala abrió un agujero en una ventana, haciendo que cayeran más fragmentos de cristal sobre las mesas y también que un rescaño fuese a hincarse en el muslo de Hawley cuando este se dio la vuelta.

La camarera dio un grito y se dejó caer detrás de la barra. Con una mano, King le arrebató la escopeta al anciano, para luego blandirla en el aire y darle con el cañón en la sien. A Hawley le ardía la pierna. Presionó la herida con los dedos. Era un perdigonazo, pero sangraba malamente. Oía los sollozos de la camarera. El anciano se quejaba en el suelo. Se le había caído la redecilla. King se apoyó en la barra, respirando pesadamente, con el traje cubierto de sangre y de ocho tartas diferentes, moviendo la lengua en el interior de la boca como si hubiese comido algo muy agrio. Le dio la vuelta a la escopeta y accionó la palanca. El cartucho vacío saltó de la recámara, fue a parar al suelo y rodó por la cafetería en dirección a Hawley.

Luces rojas y azules inundaron las ventanas. Luego empezó a sonar una sirena en el exterior. King soltó una palabrota y se agazapó tras uno de los reservados. Hawley se puso a cuatro patas, con la cabeza dándole vueltas todavía y haciendo crujir los cristales rotos bajo las manos. El coche que había robado en Carolina del Sur estaba en la otra punta del aparcamiento: no había la menor posibilidad de llegar hasta él esquivando a la policía. A pesar de ello, trató de escurrirse, arrastrando la mochila y la cartera.

Un camión se detuvo delante de la entrada, con las luces de emergencia puestas y la sirena sonando y una gigantesca pala quitanieves conectada a la parte delantera. Se abrió la puerta del conductor y la chica bajó de un salto. Estaba descalza, pero aún llevaba el mismo vestido negro y el sombrerito prendido en la coronilla. Corrió hacia Hawley y lo agarró por las axilas y lo aupó.

—¡Levántate, estúpido! —le dijo.

Hawley tuvo que apoyarse en ella para llegar al camión. Ella lo apuntalaba con su

potente cadera. Cubrieron la distancia a toda prisa y se metieron en el vehículo. Hawley miró hacia la cafetería y vio a King apuntando a las ruedas desde la ventana.

—Te va a dar en las ruedas.

—Llevan cadenas —dijo la chica.

El tiro pegó en la cabina, pero no penetró en el metal. La chica metió primera y la quitanieves salió del aparcamiento raspando el suelo. Hawley volvió la cabeza para ver que King corría en su persecución, aunque enseguida tropezó y la escopeta se le cayó de las manos y rebotó en la calzada. La cafetería y su cerdo gigante se perdieron en la distancia. La chica desconectó la sirena. En dos volantazos se metió en la autopista y redujo la marcha. Dos coches de policía pasaron a toda velocidad en dirección opuesta, con las luces en funcionamiento.

—Creía que te habías ido —dijo Hawley.

—Estaba esperando que salieras. Luego he visto cómo te arreaba el tipo ese. Te has quedado como muerto.

—Eso mismo he pensado yo, que estaba muerto.

A Hawley se le estaba hinchando la cara por minutos. Observó las manos de la chica agarradas al volante, su pie descalzo circundado de estrellas pisando el acelerador.

—¿Por qué me has esperado?

—No sé.

Los ojos de la chica verificaron el espejo retrovisor, luego los laterales, antes de posarse de nuevo en él.

—Estás sangrando.

—Me ha pegado un tiro —dijo Hawley.

—¿Te duele?

Puso el intermitente y se pasó al carril derecho y tomó por la primera salida. Al dejar la autopista entraron en un barrio de las afueras, con escuelas e iglesias y supermercados, calles normales y casas y familias normales. La chica viró a la derecha y luego se paró bajo un arce y aparcó.

—Déjame ver.

Hawley quitó la mano y un chorro de sangre le impregnó el pantalón.

—Tienes que ir a un hospital.

—No puedo.

—No seas ridículo.

La chica echó mano del cinturón de Hawley. Tiró fuerte de la hebilla, haciéndole levantar las caderas. Liberó el cuero de las tirillas, luego envolvió el cinturón en torno a la pierna y lo apretó sobre la herida. La chica no abultaba ni la mitad que él, pero tenía una fuerza tremenda en las manos, y Hawley sintió que se mareaba solo por el contacto de sus dedos en el muslo. Le estuvo mirando la nuca mientras ella se

afanaba con el cinturón, observó el modo en que el pelo confluía en esa zona. Percibió que el aliento seguía oliéndole a fresas.

La chica terminó con las manos cubiertas de sangre de Hawley. Se las limpió en la falda, dejando rayas en el vestido negro. Luego se recostó en su asiento y lo miró con intensidad a los ojos.

—¿Qué hay en esas bolsas? —preguntó.

Hawley sintió que estaba a punto de devolver.

—No —dijo.

Antes de que él pudiera evitarlo, la chica ya había abierto la mochila y estaba recorriendo con sus manos la vida de Hawley. Sacó ropa, el cepillo de dientes y el periódico que había estado leyendo antes. Luego encontró el rifle de su padre y la munición.

—Tengo permiso de armas.

—No lo dudo.

Volvió a meter la mano en la mochila y rodeó con los dedos un frasco de regaliz negro. Desenroscó la tapa y sacó un rollo de billetes. Billetes de cien, muy apretados, sujetos con gomas. Abrió otro frasco y encontró lo mismo. Durante todo ese tiempo no se le alteró la expresión, como si estuviera acostumbrada a ver esa cantidad de dinero todos los días. Luego volvió a meter los billetes y cerró los frascos y los devolvió a la mochila. Soltó un suspiro mientras cerraba la cremallera. Se había guardado un trozo de regaliz, y ahora se lo metió en la boca como un espagueti negro.

—Siempre me ha gustado el regaliz.

Hawley sintió que se le iba toda la fuerza. Debió de notársele algo en la cara, porque ella alargó el brazo y lo tocó debajo de la barbilla, buscándole el pulso. Le dio unos golpecitos en el cuello y luego presionó, y la vuelta a empezar que Hawley había estado buscando se abrió ante él. La chica la había localizado con la punta de los dedos, un hilo de vida hasta entonces oculto bajo la piel de Hawley.

La miró contar en voz baja.

Aflojó la presión.

Fuera había árboles y aceras y vallas. Dentro, el motor hacía tictac. La chica pasó la mano por encima del hombro de Hawley, cogió el cinturón de seguridad y se lo colocó. Ella también se puso el suyo. Giró el arranque. El camión retumbó y dio unas sacudidas.

—Ahora te voy a llevar al hospital. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Hawley.

La chica tenía los ojos verdes, con partículas doradas. Trató de concentrarse para no olvidarlo.

Ella accionó el interruptor de las luces. Destellos de color rayaron a todo lo largo las ventanillas. Verificó los espejos y puso el vehículo en marcha.

—Ahora hay que ponerse de acuerdo —dijo ella.

—¿Ponerse de acuerdo en qué? —preguntó Hawley.

—En qué clase de accidente has tenido. Para el hospital. Puede que te estén buscando, o sea que más vale que crucemos la frontera estatal.

Su mano bajó a la palanca y cambió dos veces de velocidad. Recorrieron unas cuantas manzanas en silencio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Hawley.

—No sé si debería decírtelo. Seguro que eres un delincuente.

—Ya —dijo Hawley—, y ahora tú también lo eres.

—Muy bien.

Se aclaró la garganta.

—Me llamo Lily.

—Lily —dijo Hawley, haciendo rodar la palabra en su boca—. Lily.

—La misma —dijo ella.

Luego puso la sirena y todos los coches se apartaron, incluso los semáforos rojos se hicieron verdes.

VELETAS

Todos los domingos, Loo recogía a Marshall con el Firebird. Le gustaba esperar, aparcada en la calle, sabiendo que él estaba ahí, dentro de la casa blanca de la esquina, peinándose, atándose los cordones de los zapatos, lavándose los dientes. Era como si el mundo pendiera de algo enorme, algo secreto y sorprendente, mientras ella se tomaba su café Dunkin' Donuts en vaso de plástico.

Después de la graduación, ambos habían convencido a sus padres de que necesitaban un año de pausa antes de empezar en la universidad. Marshall porque pensaba hacerse voluntario de Greenpeace, y Loo porque había adelantado un curso y solo tenía dieciséis años. Hawley quedó más que agradecido por el retraso, y fue tal el orgullo que sintió al ver desfilar a Loo por la tarima, con su birrete y su toga, que le tomó una foto y la añadió a la pared del cuarto de baño, pegándola al lado de las fotografías de su mujer. Con ayuda del director Gunderson, Loo había solicitado un periodo de prácticas en el Museo de Ciencias de Boston, para empezar en enero. Mientras, seguía de camarera, y Marshall recogía firmas para la petición de su madre, y los restantes meses del verano se extendían ante ellos con toda clase de posibilidades.

Se abrió la puerta de la calle y salió Marshall con su camisa y su corbata. Tras él iba su madre, envuelta en su mandil del Sawtooth. Loo le había pedido al director Gunderson que sus horarios de trabajo no coincidieran nunca. Esta semana, Mary Titus tenía turno de mediodía, y Loo había trabajado anoche hasta las doce, acarreando bandejas y cubiteras. Agnes estaba ya de seis meses y necesitaba más ayuda. Había empezado a ponerse grandes camisas hawaianas de segunda mano y a descansar los pies en la cámara frigorífica, así que era Loo quien atendía algunas de sus mesas. A cambio, Agnes le enseñaba a Loo cómo aplicarse delineador de ojos líquido, juntas ambas ante el espejo del cuarto de baño del Sawtooth, con los codos pegados al cuerpo para mayor firmeza de las manos. Era también así como el padre de Loo le había enseñado a sostener un arma.

—Estás muy guapa —dijo Agnes, haciendo rebrillar el perno que tenía en el labio.

Las líneas negras hacían que los ojos de Loo tuvieran un aspecto muy diferente, aunque la chica no estaba convencida de que fuese bonito. Era más bien como encontrarse con una desconocida que le había robado la cara. La desconocida les plantaba cara a los chefs, bromeaba con más soltura con los clientes y trabajaba más de lo que Loo habría trabajado nunca: el frenesí de las aglomeraciones de fin de semana, que se arremolinaban como mariposas, ella lo bailaba, pasaba por en medio, lo guiaba hasta el fin de la noche. Por la mañana estaba cansada hasta los huesos, y solo el café y la perspectiva de ver a Marshall la mantenían despierta.

Desde el coche vio que Mary Titus le pasaba a su hijo una pila de folletos mientras le decía algo con expresión de estar apremiándolo, y luego le daba un beso en la mejilla y cerraba la puerta. El chico bajó la escalinata a todo correr, con sus zapatos de cordón repiqueteando en el suelo, el cuaderno de dibujo escondido bajo el portapapeles, con el rostro convirtiéndose en sonrisa, poquito a poco, según se acercaba al Firebird. Siempre que llegaba hasta Loo miraba hacia atrás, para comprobar que su madre no lo estaba vigilando desde la casa, y luego se abría la puerta del coche y se cerraba la puerta del coche y ambos chicos quedaban sellados en su interior.

Loo le tendió a Marshall el café que había comprado para él:

—¿Has traído el plano?

El chico se sacó del bolsillo de la chaqueta un papel doblado.

—¿La guía de teléfonos?

Loo indicó el asiento trasero con la cabeza. Marshall agarró el directorio y hojeó las finas páginas blancas. Habían ido tachando los nombres según los reclutaban, imprimiendo las direcciones que estaban más cerca unas de otras, calle por calle. Fue idea de Loo rehacer la petición perdida. Marshall había precisado los detalles, calculando las horas, los kilómetros que habría caminado, las puertas abiertas, los posibles nombres. Juntos falsificaron las firmas. Ahora era como un trabajo para el laboratorio de Biología, aportando cada uno lo suyo.

Se acercaron a Dogtown, poniendo especial cuidado en circular por calles laterales, para no pasar por delante de la casa de Mabel Ridge. Loo todavía no estaba preparada para volver. Le había contado a Marshall lo de su abuela, pero omitiendo ciertos detalles relativos al coche (prestado) y a los guantes de encaje (robados). A Marshall le habían parecido muy sexis, los guantes, cuando se le estiraron sobre los dedos al asir el volante, y ella no quiso decirle que habían pertenecido a su madre.

Habían hecho del bosque su sitio habitual. Un sitio en el que existían menos posibilidades de encontrarse con algún conocido del instituto; un sitio donde podían estar solos, juntos, sin tener la sensación de que lo estaban haciendo adrede; un sitio en el que siempre había algo que ver y que señalar: nidos de pájaros o setas gigantes, diques de castores o macizos de helechos salvajes; un sitio que llenaba los espacios

vacíos con los sonidos del bosque; un sitio con la dosis suficiente de historia peligrosa para permitirles creer que estaban asumiendo un riesgo cada vez que se adentraban por el sendero y los árboles se cerraban tras ellos.

Hicieron el recorrido de los peñascos de Babson, desde VERDAD hasta VALOR, pasando por LEALTAD, hasta el Púlpito de Peter, que era uno de los bloques erráticos más grandes —con una parte superior muy ancha y muy plana y con los lados muy escarpados—, un gigantesco, imperfecto y resbaladizo trozo de glaciación de roca. No había más que un modo de subir, una estrecha grieta lateral y un diminuto saliente por los que tenían que trepar, ayudándose mutuamente. Una vez en lo alto, ya no eran visibles desde el sendero. Una isla de piedra flotando sobre las hojas. Loo extendió la manta y almorzaron con lo que ella había traído: sándwiches de queso, una bolsa de pretzels, unas Coca-Colas, un paquete de galletas Oreo y una manzana que frotó contra sus vaqueros para limpiarla y que luego partió en trozos con la navaja.

Después de almorzar sacaron el plano y la guía de teléfonos y empezaron a añadir nombres a la petición. Marshall cantaba las calles y Loo recorría las páginas con los dedos hasta encontrar una coincidencia.

—Muchas gracias por su apoyo, señora Paula Hayden.

—A usted también se lo agradecen los bacalaos, John Pane.

—¿Los oye usted, Robert L. Kendrick?

—Glup, glup, señorita Beam. Glup, glup.

Marshall anotaba las direcciones con su letra inclinada, y luego se turnaban falsificando firmas, primero con la mano izquierda, luego con la derecha —garrapatos sinuosos, líneas seguidas y curvas cuidadosas—, hasta que se les acalabraban los dedos.

—Vamos a descansar un rato —dijo Marshall—. Aquí. Te he traído una cosa.

Se sacó del bolsillo de la chaqueta un libro repleto de fotografías y cartas del sistema solar. En la contracubierta venía una cita de Carl Sagan: «En algún sitio algo increíble espera ser descubierto».

—Guau —dijo Loo—. Gracias.

—He pensado que iría muy bien con tu planisferio.

Marshall se inclinó hacia delante y fue pasando páginas hasta llegar a Neptuno, un remolino azul de hidrógeno, helio y hielo.

—Mira esto. —Recorrió el círculo con el dedo, siguiendo la órbita del planeta—. Un año de Neptuno son ciento sesenta y cinco nuestros.

—Es difícil concebirlo —dijo Loo—. El tiempo moviéndose de un modo tan distinto.

Marshall volvió la página.

—Esto se llama perihelio. Es el punto más cercano al Sol en la órbita de un

cuerpo. Para Neptuno, son cuatro mil cuatrocientos cincuenta y tres millones de kilómetros.

Loo tocó un punto de la trayectoria del planeta.

—Parece como si se cruzara con Plutón.

—Cada doscientos cuarenta y ocho años —dijo Marshall—. De hecho, Plutón está más cerca del sol. Lo que pasa es que se mueven en planos orbitales distintos, de modo que no pueden encontrarse.

—Qué romántico.

—Sí —dijo Marshall—. Pues eso, que he pensado que te gustaría el libro.

—Me gusta —dijo ella.

Y le gustaba. Había capítulos sobre los agujeros negros y el big bang y los asteroides y los cometas y los satélites y los centauros y las lunas. Al dorso había un gráfico con la masa y la constante gravitacional de cada planeta, además de una ecuación para calcular lo que pesaría uno en otros lugares del universo. Loo cogió un folio y aplicó la aritmética, mientras Marshall sacaba su bloc de dibujo.

En Júpiter, Loo pesaría 128,6 kilos, pero en Plutón solo serían 3,6. En Mercurio pesaría unos respetables 20,5 kilos, pero si se aventuraba hasta una enana blanca su peso se proyectaría hasta los 70,7 millones de kilos. Cambiando de sitio cambiaba uno de importancia. Loo estiró las piernas. Le dolían los músculos de tanto servir mesas. El contacto del cuerpo con la piedra era duro, pero también cálido, por el sol. Se recostó. Cerró los ojos. Pudo ser un minuto. Pudo ser una hora.

Al despertar tenía el cuerpo tieso, con el lomo del libro pesándole en la mejilla. Oía el movimiento de los folletos, el rasguño del bolígrafo en el papel. Marshall seguía dibujando, pero con una mano apoyada en la parte baja de la espalda de Loo. Cuando ella lo miró, el chico quitó la mano.

—Temía que te dices la vuelta y te cayeses —dijo.

—¿Qué dibujas?

Le mostró el bloc. Una nave espacial cubría la página de lado a lado. En la parte de abajo había orificios de autodeslizamiento expulsando humo, en el costado se veían dos herrumbrosos motores de propulsión por combustión, sujetos con cinchas metálicas, y también había un parabrisas en forma de burbuja y una veleta que señalaba el norte, el oeste, el sur y el este.

—Cuánto me gustaría dibujar así —dijo Loo.

—Mi madre piensa que pierdo el tiempo.

Marshall tenía firmemente agarrada la pluma entre el pulgar y el índice, y la tinta le manchaba la piel. Loo observó el modo en que sus manos conectaban una línea recta con otra, un simple movimiento de vaivén, hasta que cambió la fórmula, cuando el chico dobló los nudillos, fluidos y sinuosos.

—Está tratando de conseguirme un puesto en *Héroes de las ballenas*. Ahora

siguen la migración de las ballenas jorobadas, y acaban de filmar un episodio en el banco de Stellwagen. Aún no lo han emitido, pero se trajeron un montón de ecologistas de la localidad y a mi madre le hicieron una entrevista telefónica sobre su petición. Ella cree que, si mi padrastro me incluye en el programa, su petición tendrá más publicidad.

—¿Quieres salir en la tele?

—La verdad es que no —dijo Marshall—. Mi padrastro es un estúpido.

—Y ¿por qué se casó con él tu madre?

—Dijo que no quería seguir estando sola. —Marshall se limpió la nariz—. ¿Tu padre no ha tenido nunca novias?

—No.

—A lo mejor sí que las ha tenido y tú no lo sabes.

Loo pasó revista a todas las mujeres que se habían acercado a su padre a lo largo de los años —camareras y profesoras y bibliotecarias y cajeras— y recordó el modo en que Hawley las mantenía a distancia.

—No lo creo.

Marshall la miró a ella y luego volvió a poner los ojos en el bloc de dibujo. Cogió la goma y borró algo de la página.

—A lo mejor es por eso por lo que tiene tantas armas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Está compensándose por algo.

—No sabes de qué estás hablando.

—Mi padre hacía lo mismo. Solo que lo suyo eran los peces, en vez de las armas. Siempre estaba por ahí, con su barco. Luego se ahogó en los Bancos, porque salió con tormenta, cuando no debería haber salido. Mi madre dice que era por el pescado. Pero el tío hacía lo que le venía en gana. Nos echaron del piso y mi madre se pasó un año entero con tranquilizantes. Nunca tuvo en cuenta cómo nos afectaría a nosotros.

Arreció el viento, y los folletos que Marshall tendría que estar repartiendo empezaron a desparramarse por el borde de la roca. Loo y Marshall los miraron caer, el papel haciendo espirales hasta el suelo; luego Marshall agarró los que quedaban y se puso en pie. Tomó impulso como para lanzar una bola de béisbol y los arrojó todos fuera de la roca. Los folletos se dispersaron en el aire, levantando el vuelo con el viento. Unos cayeron en la hierba, otros quedaron colgando de las ramas de un arce y otros recorrieron Dogtown en su vuelo, hasta acabar hechos pedacitos por los pájaros y las ardillas rayadas y las ardillas normales y las marmotas, para servir de relleno en madrigueras y nidos.

Marshall respiraba con esfuerzo, su cuerpo ocultaba el sol.

—Termina el dibujo —le dijo Loo.

—No me queda papel.

Loo volvió a apoyar la cabeza en sus brazos cruzados. Se subió la camiseta para dejar al descubierto la parte baja de la espalda. El espacio situado justo por encima del cinturón de los vaqueros. El sitio en que había estado la mano de Marshall.

—Puedes dibujar en mí —dijo, y luego cerró los ojos. No quería ver la cara de él si le decía que no.

Una bandada de gansos pasó sobre sus cabezas. Oyeron sus graznidos.

—¿Qué quieres que te dibuje? —preguntó él.

—¿Qué tal Neptuno? —dijo ella.

Ahora tenía todos los músculos del cuerpo en situación de alerta. Un frío se le extendió por la piel. Loo comprendió que eso era lo que llevaba pensando desde el momento en que ella se despertó y él apartó la mano. Había estado buscando un motivo para que el chico volviera a tocarla.

La pluma era como una aguja que le recorriera la piel. Marshall empezó por el centro de la espina dorsal, vacilante al principio, luego con más presión, deslizándose cuidadosamente sobre cada vértebra. Los trazos subieron por la espalda y luego empezaron a desplegarse, primero en una dirección y luego en otra. Dibujó Neptuno y Saturno y luego los demás planetas. Empujó hacia arriba una manga para añadir un racimo de estrellas, luego abrió el cuello de la camiseta para dibujar un asteroide. Loo notó su peso en las piernas cuando se apoyó brevemente en ellas para adelantar la posición, y a continuación la pluma empezó a trazar el lado de las costillas.

—Aguenta la respiración por un segundo —dijo Marshall.

Loo apoyó la frente contra la roca. Había motas de mica y de cuarzo incrustadas en la piedra, captando el sol. Se quedó mirando directamente esos diminutos puntos de luz, hasta notar que el cuerpo empezaba a aflojarse bajo la pluma. Una perturbadora sensación de vértigo le inundó la mente, igual que le pasaba cuando se tendía en su tejadillo por la noche y permanecía demasiado tiempo mirando las estrellas, con el cuerpo subiendo en espiral hacia las profundidades de un cielo aterciopelado, hasta que ya no había arriba ni abajo y ella dejaba de ser un único ser insignificante, para trocarse en la Tierra entera, lanzada por el espacio adelante, dejando atrás cometas y meteoros y bloques de hielo que al fracturarse dejaban una estela de cristales en la oscuridad. Luego esta percepción empezó a escapársele y recayó en sí misma, hasta no ser más que una chica tendida sobre un pedazo de roca con una pluma ejerciendo presión sobre sus costillas.

Y luego también la pluma desapareció.

Marshall se volvió a poner de rodillas. Le colocó una mano a cada lado de la cintura, con las puntas de los dedos debajo de la camiseta y las palmas en el borde de los vaqueros. Se inclinó y se puso a soplar, para secar la tinta. El aire le salió en una corriente fresca y directa, a lo largo de la espina dorsal y luego trazando círculos sobre la piel, hasta repasar todos los trazos. Loo sintió la proximidad de sus labios, y

cómo se juntaban para besar la base de su columna.

—He terminado —dijo Marshall. Luego le bajó la camiseta hasta cubrir el dibujo.

Para cuando salieron del bosque el cielo ya estaba oscureciéndose. Loo sacó el Firebird del aparcamiento y lo llevó lentamente por el borde de Dogtown. Tenía los labios hinchados y las mejillas irritadas por la barba de un día que llevaba Marshall. Hasta entonces, Loo había creído saberlo todo de él, de manera que le sorprendió que tuviera esa barba, o que su cuerpo encontrara tantos modos de cubrir el de ella. Todo lo que hizo en la roca fue ponerse boca arriba, con el calor de su beso todavía en la espalda, y lo demás vino después. Ahora estaban sentados juntos en el coche, sonrientes, como si los hubieran pillado haciendo algo de lo que no se arrepentían y que les encantaría repetir.

Marshall no le había quitado las manos de encima. Mientras bajaban de la roca, mientras cruzaban el bosque, siguió tocándole el brazo, la muñeca, el cuello, la cintura, y luego pidiéndole perdón, y luego volviendo a tocarla. Ahora tenía la mano encajada bajo la pierna de Loo, presionando con el pulgar la costura exterior de los vaqueros.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —dijo Marshall—. Tu verdadero nombre, quiero decir.

—Louise.

—¿De verdad?

—Fue mi padre quien empezó a llamarme Loo. Creo que le habría gustado que fuese un chico.

—Qué va. Loo es bonito.

—Si tú lo dices.

Marshall bajó la ventanilla de su lado y en un instante había sacado la mitad del cuerpo fuera, con los pies en el asiento, las nalgas en el marco, el cuerpo pegado a la estructura metálica del coche. Dio con los nudillos en el parabrisas. El coche siguió adelante y él se puso a gritar el nombre de Loo.

—¡Looooooooooooooooooooo!

Aplastó la nariz contra el cristal, con la camisa ondeando tras él como una bandera. Luego volvió al interior, con el pelo revuelto, la cara roja, y le puso en el cuello a Loo sus fríos dedos.

—Estás loco.

—Qué guapa eres.

—No soy guapa —dijo Loo, aunque le resultara muy emocionante oírsele decir.

Marshall volvió a meterse la camisa en los pantalones. Rehízo la corbata y se la ajustó mejor al cuello. Y luego su mano volvió a deslizarse a hurtadillas por el

asiento, tamborileando en el cinturón de Loo, merodeando en torno a la cadera. Loo no se había sentido nunca tan feliz. Y entonces miró por el retrovisor y vio las luces.

El coche patrulla llevaba siguiéndolos una manzana, quizá dos. No tenía puesta la sirena, pero sí las luces rojas y azules. Loo redujo la marcha y se apartó a la derecha, esperando que el conductor la pasara, pero el vehículo policial se mantuvo cerca y, cuando la chica hizo alto en el arcén, aparcó detrás del Firebird, invadiendo el interior con sus luces intensas.

Loo bajó la ventanilla de su lado y luego situó las manos en el volante a las diez y diez. Por el espejo interior vio salir al policía y moverse con precaución a lo largo del Firebird, comprobando el asiento trasero con una linterna, con la mano en la funda de la pistola.

—Permiso y papeles del coche.

Ya estaba junto a la ventanilla, mirándolos a ambos. Loo se inclinó hacia un lado para abrir la guantera, con la esperanza de que hubiera algo dentro, y lo que había era una bolsa de plástico con cremallera, sucia y rota.

—Me he olvidado el permiso en casa —dijo, presentando los papeles. El policía los miró y luego alumbró directamente los ojos de la chica con su linterna.

—¿Has bebido?

—No, señor —dijo Loo.

—Solo estábamos haciendo el tonto —dijo Marshall.

—No estoy hablando contigo —dijo el hombre.

Loo pensó que tal vez podría llorar un poco, que quizá los dejara ir si lloraba.

El policía les dijo que no se movieran y volvió al coche patrulla. Loo se mordió con fuerza la cara interna de la mejilla, pero en vez de llorar lo que obtuvo fue un sabor a herrumbre.

—Pero ¿tienes permiso de conducir? —le preguntó Marshall.

—No.

—A lo mejor no pasa nada. A lo mejor se contenta con advertirnos.

Permanecieron ahí sentados en silencio, mientras se desvanecía la proximidad que acababa de crearse entre ellos. Marshall ya no tocaba a Loo. Estaba con el cuerpo pegado a la puerta del pasajero, con los dedos en la manilla. Loo tenía los ojos puestos en el espejo retrovisor. Pasados unos minutos, vio que el policía regresaba por un lado del coche, apuntando de nuevo con la linterna para comprobar la matrícula. Levantó la radio y dijo algo. Luego sacó la pistola de la funda y encañonó a Loo.

—Sal del vehículo.

En todos los años de su vida —con las armas que Hawley llevaba y tenía escondidas por la casa, las Derringers y los 48 y los 35 y los rifles—, nadie había apuntado a Loo con una pistola. Le subió la bilis a la garganta. Era como si la

hubieran encerrado en una noria de un parque de atracciones que nunca dejara de dar vueltas. La Glock del policía estaba cargada. Imaginó el estampido que produciría cuando el hombre apretara el gatillo. La velocidad de las balas. Abrió la puerta y salió del coche.

—Tú —le dijo el policía a Marshall— pon las manos en el salpicadero y déjalas ahí. Y tú —le dijo a Loo— pon las manos en el capó.

Se dio la vuelta y apoyó las manos en el coche. Era como estar viendo una película, como si aquello le estuviera ocurriendo a otro, hasta que el policía guardó la pistola en la funda y empezó a recorrerle el cuerpo con las manos, tocándole la espalda, los lados de los pechos, ambas piernas. Luego le agarró una mano y se la retorció por detrás, hasta que la chica oyó el clic de las esposas al cerrarse en torno a sus muñecas.

—No estoy borracha —dijo, temblándole la voz.

—Puede que no —dijo el hombre—, pero este coche es robado.

Le cogió la otra mano y ahí estaba: una delincuente conducida al coche patrulla. Sentó a Loo detrás y cerró de un portazo. Loo vio por la rejilla metálica cómo sacaba a Marshall del Firebird y lo sometía al mismo proceso, palpándolo primero y poniéndole las esposas después. El policía introdujo a Marshall en el asiento trasero, junto a Loo, y se instaló ante el volante. Desconectó las luces de aviso y se pusieron en marcha, dejando el Firebird aparcado al borde del camino.

—Ha cometido usted un error —dijo Loo—. Ese coche es de mi abuela. Ella sabe que lo tengo yo.

—Entonces ¿por qué ha denunciado el robo?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama tu abuela?

—Mabel Ridge.

—Los papeles del coche están a nombre de Lily Ridge.

Loo tragó saliva con dificultad.

—Esa es mi madre.

—Pues entonces ella podrá aclararlo todo.

—Mi madre está muerta.

—Seguro.

El policía dio su localización por la radio. La respuesta llegó confusa, llena de estática, como de alguien que estuviera lanzando gemidos delante de un ventilador.

—No pasa nada —dijo Marshall—. No es la primera vez que me detienen.

—¿No? —le preguntó Loo.

—Por protestar. Con mi madre. Abordamos un arrastrero y cortamos las redes.

El policía puso los ojos en blanco.

—Mi madre está *muerta* —dijo Loo.

El policía subió el volumen de la radio.

Una vez en las dependencias policiales, el teniente de servicio trató de llamar a Mabel Ridge, pero el teléfono no hizo más que sonar sin que nadie respondiera. Mientras, los funcionarios separaron a los chicos, sometieron a Loo a una prueba de alcoholemia y la encerraron en un cuarto pequeño y estrecho, sin ventanas, que olía a sándwich italiano grasiento, con una banqueta y una mesa plegable desportillada y una malla de alambre cubriendo la mirilla de la puerta. Las paredes tenían manchas de humedad por todas partes, y había un respiradero en el techo con un chicle viejo pegado en una esquina. Loo comprendió que la policía estaba tratando de amedrentarla. Lo comprendió, pero el sitio era muy deprimente, y por mucho que intentó evitarlo, resultó que sí estaba asustada, como querían que estuviese.

Hawley llegó sin aliento, como si hubiera venido corriendo desde su casa. Loo se había preparado para oírlo gritar, pero su padre ni siquiera la miró. Se sentó en el banco y colocó unos papeles encima de la mesa. Pidió algo para escribir y el funcionario que lo había atendido al llegar le ofreció un bolígrafo y Hawley le dio las gracias. Luego el funcionario salió al pasillo un momento y quedaron a solas.

—Papá —dijo Loo.

—No digas nada —dijo Hawley.

El policía que acababa de arrestarla entró en la habitación y colocó una cuña debajo de la puerta para que no se cerrara. Se sentó a la mesa, haciendo rechinar el pulido cuero de la cartuchera en que llevaba enfundada la Glock con que había apuntado a Loo.

—Soy el agente Temple. —Él y Hawley se dieron la mano—. ¿Nos conocemos?

—No creo —dijo Hawley.

—El novio dice que él no sabía que el coche fuese robado.

—Mi hija no tiene novio —dijo Hawley.

—Lo que usted diga —dijo el hombre—. El chico tiene antecedentes. Pero era su hija quien conducía. Puede que sea el momento de que haga usted venir a un abogado.

—Muy bien —dijo Hawley.

Pero la cosa no estaba muy bien. Nunca estaría muy bien.

Loo puso la mano en el brazo de su padre.

—¿Nos permite un minuto?

El oficial asintió, luego ajustó la cuña con el pie, para que sujetara mejor la puerta.

—Se cierra por fuera. Llamen si resbala la cuña.

Nada más salir el agente Temple, Hawley se puso en pie y quitó la cuña y se la

metió en el bolsillo. La puerta se cerró lentamente. La cerradura hizo clic. Hawley retiró la tapa del bolígrafo. Estaba sudando, con manchas oscuras en las axilas y una franja en el centro de la camiseta.

—Con todo lo que yo te he enseñado.

—Lo siento.

—Se supone que tendrías que pensar las cosas antes de hacerlas. Se supone que eres lista.

Sujetó el impreso con los dedos abiertos y empezó a anotar la dirección, el teléfono, el nombre de Loo.

—Puede que sea culpa mía. Puede que te haya protegido demasiado —dijo—. Este mundo es un asco, y más te vale encontrar el modo de ser tú también un asco si vas a vivir en él. Pero también tienes que ser lista.

—No he robado el coche —dijo ella.

Hawley siguió escribiendo.

—Te he dicho que no abras la puñetera boca.

De modo que no la abrió. No dijo nada mientras su padre terminaba de cumplimentar el impreso y luego le enseñaba su permiso de conducir al policía. No dijo nada mientras le registraban la bolsa —vaciando la cartera, la calderilla, los pañuelos, los tampones sobre una mesa de plástico muy deteriorada—. Y no dijo nada cuando volvió el agente Temple informando de que por fin había conseguido comunicar con Mabel Ridge y que la anciana no iba a poner ninguna denuncia, solo quería que le devolviesen el coche, de manera que podían irse en cuanto pagaran la multa por el paseo ilegal de Loo y prometieran matricularla en una autoescuela.

Hawley se levantó de un brinco y estrechó la mano del oficial. Le agradeció su ayuda. Pidió perdón por las molestias. Hizo que también Loo pidiera perdón, y Loo los odió a ambos, a su padre y al policía, ahí plantado con una sonrisa tonta mientras las palabras salían de su boca.

Buscó a Marshall cuando salían. No lo localizó por ninguna parte, pero en la antesala vio a su madre. Mary Titus los miró pasar desde su asiento. La primera expresión que cruzó su rostro fue de sorpresa, y en ese instante Loo percibió un atisbo de la mujer que antaño había sido, antes de que muriera su primer marido y de que la abandonara el segundo. Antes de que la desahuciaran o la internaran. Incluso antes de ser Mary Titus. Cuando era una chica como Loo, haciendo lo que no debía en el momento inadecuado, avergonzada y arrepentida, pero también resplandeciente de emoción. Y luego los ojos de la mujer se amusgaron y Loo pasó a ser un clavo más en el ataúd de su vida.

—¡Eh! —les gritó.

Aún llevaba el delantal del Sawtooth en torno a la cintura. Debía de haber acudido directamente desde el restaurante, lo cual quería decir que el director

Gunderson estaba al corriente del arresto de Loo, y lo mismo Agnes, y todos los chefs, y hasta los ayudantes de camarero, seguramente. A Loo se le pusieron rojas las mejillas. Trató de pasar de largo, pero Hawley se detuvo ante Mary Titus.

—Quiero una disculpa —dijo la viuda—. Y un cheque de doscientos dólares.

—Han retirado los cargos —le dijo Hawley—. Quedan libres los dos.

—La disculpa es por haber implicado a mi hijo en un delito. Y el dinero es para mi santuario.

Mary Titus olía igual que Loo al final de su turno: a ración grasienta de pescado con patatas fritas. Echó mano del bolso y sacó uno de sus folletos. Se lo tendió a Hawley. Él lo miró un segundo y se lo devolvió.

—A la gente le da igual el futuro —dijo Hawley—. Y, estando como están las cosas, los pescadores tienen que ganarse la vida. Deberías olvidarte de este asunto. Lo único que consigues es ganarte enemigos.

—Alguien tiene que salvar el mundo en vez de destruirlo. —Mary Titus contrajo en arrugas su ya diminuto rostro—. Un día, cuando ya no queden peces en el Atlántico Norte, y estéis todos comiendo atún de una lata caducada, te acordarás de esta conversación.

Loo trató de hacer como si no pasara nada malo, estirando la boca hasta montar una sonrisa para la gente que esperaba en la zona de ingreso, un vagabundo esposado a su asiento rinconero, y el sargento recepcionista mirándolos desde detrás de su cristal a prueba de balas. Era solo cuestión de tiempo que Hawley perdiese los estribos.

—Papá —dijo—. Vámonos de aquí.

Luego se dio media vuelta y se dirigió a la salida. Pero antes de que pudiera apartarse, Mary Titus la agarró por el faldón de la camisa. La viuda lo hizo con rapidez y eficacia: levantó la tela con su diminuto puño, dejando al descubierto el sistema solar dibujado en la piel de Loo, sus costillas ribeteadas de asteroides, la base de su espina dorsal con Mercurio y Venus circundándola.

—Se diría que mi hijo ha estado pintarrajeando a tu hija. Quizá eso sí te interese, Sam Hawley.

Hawley se quedó mirando la rociadura de estrellas en la piel de Loo. El cometa cuya cola desaparecía bajo la hebilla del cinturón. Y la arruga que Loo había estado esperando le recorrió la cara en un temblor. La chica se colocó la camisa en su sitio de un tirón. Empujó a la viuda para desembarazarse de ella. Mary Titus tropezó y cayó contra la máquina expendedora.

Y entonces fue cuando Marshall salió del cuarto de baño.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Se miraron unos a otros. Luego Hawley agarró al chico y lo estampó contra la pared. Marshall se golpeó con fuerza contra el borde de la fuente de agua y quedó

hecho un montón en el suelo. Mary Titus gritó, y los policías acudieron corriendo desde detrás de sus mostradores y los separaron y al final sacaron más juegos de impresos que todos se vieron obligados a rellenar. Pasaron cuarenta minutos antes de que los soltaran, y en ese momento Hawley ya se había calmado y se había vuelto a encerrar en su concha, tras pedir perdón por perder el control, abonar una multa por alterar el orden e incluso pagarle los doscientos dólares a Mary Titus. Agarró a Loo de la mano, se la llevó a la camioneta, abrió la puerta del pasajero y la subió de un empujón, como había hecho el agente Temple unas horas antes.

—¿Puedo hablar ya?

Hawley no le contestó hasta haber rodeado la camioneta para instalarse en el asiento del conductor. Cerró la puerta y se aferró al volante.

—No puedo creer que esa mierda de tío te haya puesto las manos encima.

—No es ninguna mierda de tío.

—Le dijo a la policía que habías robado el coche. Lo habría mantenido, y tú habrías terminado en la cárcel.

Eso a Loo no le importaba. Lo único que le importaba era que su padre le había metido el miedo en el cuerpo a Marshall y que el chico ya no volvería a gritar su nombre ni a pintarle el universo a lo largo de la espalda.

—No... —empezó.

Pero Hawley la interrumpió:

—Aunque seas menor de edad, un hurto de mayor cuantía te habría tenido a la sombra un mínimo de dos años. Y no has puesto ningún cuidado. Por el amor de Dios, con la cantidad de gente que hay en el mundo, ¿has tenido que ir a robarle precisamente a Mabel Ridge?

—¡Yo no he robado ningún coche! —gritó Loo—. Y además ni siquiera es de ella. Es de mamá.

Las luces de la comisaría se filtraron por el parabrisas de la camioneta, proyectando un resplandor azulado sobre el rostro de Hawley. Este miró a su hija por primera vez.

—¿Estás segura?

—Los papeles están a su nombre.

A su padre se le tensaron los músculos de los hombros. Volvió la cabeza y observó el edificio, los demás coches, la valla.

—¿Está aquí?

—No —dijo Loo—. Se quedó en la 127.

Hawley puso en marcha el motor. Pisó el embrague y metió primera.

—Enséñame dónde —dijo.

Loo lo condujo por las calles laterales. Su padre puso las luces largas, la camioneta avanzaba por el camino lleno de curvas. Los que venían en sentido

contrario le tocaban la bocina, pero Hawley mantuvo los faros a toda potencia, conduciendo con el trasero al borde del asiento.

—Seguro que ya hemos pasado junto al coche —dijo la chica.

—¿Qué coche es?

—Un Firebird.

—Firebird.

Hawley desvió la vista por un momento. Movi6 la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nunca se me ocurri6 que tu madre pudiera tener un Pontiac.

Cuando llegaron a la Explotaci6n Agrícola Beverly, Hawley aparc6 en el arcén. Al resplandor de las luces interiores, Loo vi6 que se mordía los labios. Entr6 una mariposa nocturna por la ventanilla y se puso a embestir contra el salpicadero, el techo, el resplandor del dial de la radio.

—No est6 —dijo Loo.

Hawley sigui6 con los ojos a la polilla y luego la aplast6 contra el parabrisas de un manotazo. Se limpi6 los restos en los vaqueros. Luego puso el intermitente y dio media vuelta con la camioneta. Fue metiendo marchas mientras pisaba el acelerador.

—SÍ est6 —dijo.

Era m6s de medianoche y no había ning6n otro vehículo por las calles. Todos los semáforos habían pasado del rojo a un ámbar intermitente. Hawley tom6 por una bocacalle. Dejaron atr6s una unidad de almacenamiento de cierre autom6tico, un garaje con varias grúas aparcadas delante, una tienda de neumáticos y un patio lleno de vehículos, rodeado por una valla metálica con refuerzo de alambre de púas. Hawley se metió por el lateral, adentrándose en las oscuras sombras, lejos del alumbrado que inundaba la vía pública. Apag6 la camioneta. El motor se detuvo con un hipo.

—¿D6nde estamos? —pregunt6 Loo.

—En el dep6sito de vehículos confiscados.

Hawley se baj6 de la camioneta y se puso a rebuscar en la trasera. Sac6 una vara de metal, larga y fina, un destornillador y un juego de cizallas del armario de las herramientas. Luego abri6 el compartimento lateral y cogió su rifle de largo alcance, un silenciador y una mira. Cerr6 con llave el compartimento y a continuaci6n se intern6 en el bosque. Loo permaneci6 un minuto en el asiento del pasajero, observando el sitio por donde él había desaparecido.

—Mierda —dijo—. Mierda. Mierda. Mierda.

Apoy6 la mano con los dedos abiertos contra el salpicadero y lo agarr6 con fuerza, como si hubiera podido arrancarlo ella sola. Luego se baj6 de la camioneta.

Su padre solo estaba a unos pocos metros, quizá diez, de la parte exterior de la valla. Se había echado el rifle a la cara. Le había puesto el silenciador. Baj6 el arma y

se la pasó a Loo.

—¿Está ahí?

Loo colocó el ojo ante la mira. Por la cruceta vio unos treinta vehículos detrás de la valla. La mayoría mostraban algún tipo de golpe, parabrisas reventados y traseras hundidas. A un viejo Chevrolet le faltaba el capó completo y tenía el motor al aire. Pero al otro lado del aparcamiento había un BMW negro resplandeciente, una camioneta con llantas nuevas, un pequeño coche deportivo con una capota hecha a medida que le cubría ajustadamente la carrocería, y detrás... el Firebird de su madre.

—En la esquina.

Hawley recuperó el rifle y utilizó la mirilla.

—Qué cosa —dijo. Y luego se quedó quieto, sin más, mirando el coche, con los labios crispados.

—Muy bien —dijo Loo—. Ya lo has visto.

Lentamente, su padre empezó a desplazar el cañón del arma hacia la izquierda, como siguiendo algo.

—¿Qué buscas? —le preguntó Loo.

—Cámaras.

—¿Cámaras?

—Ahí —dijo Hawley, y le pegó un tiro a la primera, una pequeña caja de vigilancia situada junto a la puerta delantera.

Primero quedó colgando y luego reventó en pedazos, reducida a cables y plástico suelto. Hawley reorientó el cuerpo, alineó el rifle con el hombro y volvió a apretar el gatillo. El arma le sacudió el brazo, y otra cámara, situada en el tejado del garaje, se vino abajo. Luego otra, montada junto a la puerta trasera. Cada disparo dejaba atrás una bocanada ahogada de aire desplazado, procedente del silenciador, que Loo sentía en el pecho, como una explosión submarina.

—¿Qué estás haciendo?

—Es un sistema Guard Rail —dijo Hawley—. Vienen en juegos de cuatro.

El rifle se estremeció de nuevo y Loo vio un chispazo cuando la cámara final, montada en lo alto de la valla, fue a caer directamente encima del pequeño coche deportivo. La caja negra rebotó en el capó y se estrelló en el asfalto.

Hawley bajó el rifle. Puso el seguro, aflojó la correa de lona y se colgó el arma al hombro. Recogió los casquillos del suelo y se los metió en el bolsillo, luego agarró las cizallas y se acercó rápidamente a la valla. Loo le fue detrás, apartando matorrales y tropezando en las vides. Cuando llegó a la valla, su padre ya había empezado a cortarla.

—Vámonos —dijo la chica—. Vámonos antes de que venga alguien.

—¿Crees tú que me pondría a cortar la valla si aquí hubiera alguien? —dijo Hawley.

A continuación levantó la tela metálica como la puerta de un tipi. Una vez en el otro lado, mantuvo la valla en alto para que pasase ella, y Loo entró gateando.

Cruzaron el aparcamiento, expuestos a la luz de los focos. Loo no apartaba la vista de las ventanas apagadas del taller de chapa, pendiente de que se encendiera de pronto alguna, de que sonara una alarma, pero todo permanecía en silencio.

Hawley fue directamente al Firebird, luego lo rodeó observando las abolladuras y los rasponazos de la carrocería, y pasó el dedo por la marca que había en el hueco de la rueda delantera izquierda. Cuando llegó al lado del conductor permaneció un momento parado, con la mano apoyada en el techo. Luego dejó el rifle y sacó la larga vara metálica que se había traído de la camioneta, y la cuña que se había echado al bolsillo tras recogerla del suelo en la comisaría. Hundió la cuña en el borde de la puerta, abriendo un hueco por el que introdujo la vara, y en menos de un minuto tenía abierto el coche. Utilizando el destornillador aflojó la tapa del acceso situado debajo del volante. Puso el coche en punto muerto, sacó sus alicates y empezó a pelar cables. Trenzó dos de color rojo. Y luego utilizó un cable negro para tocar donde estaba expuesto el cobre. Hubo un chispazo, y luego otro, y enseguida el motor cobró vida y empezó a ronronear.

—¿No habría sido más fácil buscar la llave?

—Hay una alarma en el edificio. Además —dijo Hawley, mirando hacia atrás—, esto es lo más divertido de todo.

Loo se volvió en dirección al garaje. En la esquina de una ventana había una pegatina de un servicio de seguridad. En el interior había una lucecita roja pestañeando con regularidad. Cuando volvió a mirar a Hawley, él ya estaba examinando la cancela que cerraba el terreno. Cargó el rifle y apuntó al centro del candado. El zumbido del silenciador penetró el aire de la noche, seguido por el impacto sordo del cerrojo al abrirse. Hawley quitó de la valla lo que quedaba del mecanismo. Luego se agachó a recoger el casquillo del suelo.

Ya tenía la mirada puesta más allá de la valla metálica, más allá de donde los árboles ocultaban el camino y más allá del camino hasta la rotonda y luego el puente. Por un momento, todo dio la impresión de estar relacionado: la sombra de Hawley que se alargaba desde la cancela y la carretera, más allá de los límites de Olympus y hasta otro lugar en el tiempo, cuando Loo tenía seis o siete años y Hawley la despertó en plena noche. La envolvió en la piel del oso y la llevó de la habitación del motel hasta una ranchera nuevecita, con paneles de madera en los costados. Loo recordaba bien la ranchera porque se parecía mucho al coche familiar de una de sus series favoritas de la tele. «Ahora es nuestra», le dijo su padre. Y ella se puso muy contenta y quería que todo el mundo los viese utilizándola, los profesores del colegio que acababa de abandonar y los chicos que le habían dado la lata en el recreo, todo lo cual hizo que se enfadara mucho cuando Hawley paró en un desguace unos días después y

cambió la ranchera por un pickup. Lo único que le levantó el ánimo fue mirar cómo metían la ranchera en la trituradora y cómo reventaban las ventanillas en el aire como lentejuelas, mientras el metal se comprimía en pliegues hasta quedar del tamaño de una maleta.

Hawley abrió la cancela del depósito de vehículos confiscados. Luego volvió al Firebird y le pasó la mano por el techo.

—Tenemos que robar los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Si solo falta el Firebird, la policía sospechará de ti. Pero si faltan más coches pensarán que ha entrado alguien a robar. Un profesional —añadió.

Loo vio cómo se colgaba el rifle y comprendió, en un parpadeo, que su padre era exactamente eso: un profesional. Todas esas armas en la casa. Todas esas cicatrices en su cuerpo. Todas esas precauciones que tomaba. Era por eso.

Se guardó en el bolsillo, junto con los demás, el casquillo que hasta ahora había tenido en la mano. Loo oyó el tintineo que producían al chocar entre ellos. Hawley recorrió el terreno con la mirada. Luego se acercó al coche deportivo cubierto. Soltó la cobertura del parachoques y las ruedas y luego la retiró por completo. Debajo había un cupé azul cielo. La carrocería era toda curvas, con unos tapacubos deslumbrantes. Hawley utilizó la cuña para crear una ranura en la puerta y luego la vara metálica para quitar el cierre. Enseguida sacó el destornillador y los alicates y se los tendió a Loo.

—Te toca a ti —dijo.

Le fue dando indicaciones a Loo mientras ella trabajaba. «Aprieta más.» «Da la vuelta ahí.» «Pela solo las puntas.» Abrió la guantera, sacó una carpeta y la arrojó al asiento del pasajero.

—Los documentos —dijo—. Es lo más fácil de alterar. Lo puedes hacer en un ordenador, o incluso en una fotocopidora. Solo tienes que adaptarlos y hacerlos coincidir con el permiso de conducir que lleves. La bofia solo comprueba los nombres y los números. Y tienes que llevar siempre contigo un juego extra de placas de matrícula. Después están los números de identificación en el motor y a la izquierda del volante, pero de eso solo tienes que preocuparte si conservas un coche durante un par de días. Y nunca debes alargar la cosa. Cogerlo y dejarlo. Así se funciona.

—¿Por qué me dices esto ahora? —preguntó Loo.

—Para que la próxima vez sepas cómo hacerlo.

Loo trenzó los filamentos de cobre. Quedó con el cable negro y los cables rojos en la mano. Miró a Hawley.

—Adelante —dijo él.

Loo juntó los cables. Hubo un pequeño chispazo que le dio calambre en los dedos.

—Otra vez —dijo Hawley.

Loo frotó los cables con fuerza, como para prender una cerilla. El motor dio un chasquido y se puso en funcionamiento y se encendió el tablero de mandos y sonó la radio. Tenía puesta una emisora de canciones antiguas, a volumen muy alto. Un cantante melódico de los cincuenta hablando de amor. Loo apagó el sintonizador de un manotazo.

—¿Ahora qué?

Hawley lanzó las armas y las herramientas al maletero del Firebird. Se metió en el coche y echó hacia atrás el asiento del conductor hasta topar con el asiento trasero. El motor resonaba. Hawley tocó el volante, tocó la palanca de cambios, tocó el dial de la radio. Luego dio la impresión de recuperar la compostura. Miró a Loo y bajó la ventanilla.

—Sígueme —le dijo.

Los faros brotaron del morro del Pontiac como una criatura despertando de un profundo sueño. Luego las ruedas lo sacaron del espacio de aparcamiento y Hawley cambió de marcha y condujo el vehículo hacia la puerta. El Firebird quedó fuera de los focos y penetró en la oscura carretera. Las ruedas chirriaron al tomar la curva.

Loo tiró de la puerta del cupé para cerrarla y permaneció ahí sentada un momento, respirando los asientos de cuero. El volante era lustroso y suave, una sola pieza de caoba pulida. El espejo retrovisor era del mismo color ámbar, como la brújula de encima del salpicadero, con la aguja flotante y quieta. Loo apretó el volante hasta que le empezaron a doler los nudillos. El Firebird de su madre era una porquería, pero este coche olía a dinero. ¿Se tiraría más tiempo en la cárcel si este coche costaba sesenta mil dólares? ¿Setenta mil? Se le resbaló el pie del embrague. El motor dio un brinco y murió. Loo pisó el freno.

Hacía solo unas pocas horas estaba tendida sobre una roca glacial mientras le dibujaban el universo en la espalda. Aún sentía los planetas bajo la ropa. Los cometas de la espalda la habían alzado de su propio cuerpo, proyectándola hacia una forma nueva y diferente de ser en el mundo. Y ahí tenía otra. A menos de un kilómetro, carretera arriba, había dos destellos rojos. Los pilotos del Firebird, pestañeando. Como una pulsación. Como un par de ojos.

Y, por consiguiente, hizo lo que acababan de enseñarle. Situó las manos debajo del salpicadero. Unió los cables. Ya habría tiempo, más tarde, para preocuparse, para tener miedo. Ahora lo único que existía era su pie en el pedal. El latido del motor. El volante en sus manos. La brújula dando vueltas en uno y otro sentido. Y su cuerpo cubierto de estrellas.

BALA NÚMERO CINCO

Mabel Ridge tendría que haber estado en el tren de las diez. Pero el tren de las diez ya había llegado y ya se había ido, y también el de las once y cuarto, de manera que Hawley y Lily comieron algo en la acera de enfrente y volvieron para el de las doce y media. Lily salió del coche y estuvo balanceándose hacia atrás y hacia delante sobre los pies en el aparcamiento mientras pasaba a toda prisa la gente, arrastrando las maletas. Hawley, apoyado en el volante, la miraba esperar. De vez en cuando comprobaba la hora en el reloj del salpicadero. 12.40. 12.45. 12.51. Pasaron los minutos y se puso a llover, pero Lily permaneció ahí fuera, con el pelo poniéndosele cada vez más oscuro. Cuando el andén se vació por fin y el tren abandonó la estación, volvió a meterse en la camioneta y cerró de un portazo.

—Podemos esperar al próximo —dijo Hawley—. Voy a buscar más café.

—No —dijo Lily—. Volvamos al bosque.

Hawley se sintió aliviado al salir del aparcamiento. Tenía su importancia conocer a la madre de Lily, pero desde el principio le pareció que no sería una persona fácil. Lily se ponía muy nerviosa cada vez que hablaba con ella por teléfono, y tardaba días en abrir las cartas que recibía de Mabel Ridge. Hawley puso el intermitente y entró en la autopista, luego tomó la salida 19 y siguió en dirección al bosque. Arreció la lluvia. Incluso poniendo los limpiaparabrisas al máximo tuvo que aminorar la velocidad para ver la carretera.

Lily sacó el tabaco y lio un cigarrillo, lamiendo el papel y pellizcando y retorciendo las puntas. Accionó la rueda de su Zippo, luego puso las botas en el salpicadero y bajó la ventanilla una rendija. Sacudió la ceniza por ese pequeño hueco de aire, mientras la lluvia salpicaba ambos lados del cristal. La brasa del cigarrillo ardía y se apagaba en cada pausa inhalatoria. A Hawley nunca le había gustado el olor del tabaco, pero ahora el tabaco era de Lily, y cada vez que aspiraba ella, él lo hacía también.

—Eso te está matando —dijo.

—Sí —dijo Lily—, pero es lento.

Se habían pasado la mañana disparando con los rifles en un campo de tiro que

Hawley había montado en lo más profundo del bosque. Lily se mantuvo en silencio, bebiendo café caliente del termo mientras él disparaba su 387, sin tocar un arma más que cuando Hawley se la ponía en la mano. Él había pensado que un par de sesiones la desfogarían un poco, pero Lily disparaba a boleo y se cansó enseguida. Ahora ya cargaba y recargaba tan rápidamente como él, pero su puntería no había mejorado nada, a pesar de las muchas horas que Hawley había invertido en enseñarle. Se distraía con cualquier cosa, en lugar de concentrarse, y Hawley no sabía muy bien cómo quitarle esa costumbre.

Lily se había pasado la semana anterior adecentando el apartamento para la llegada de su madre. No quedó superficie sin frotar, ni ventana sin limpiar; había flores en los maceteros de la ventana; compró y colgó cortinas. Hawley se levantó una mañana a las tres y se encontró a Lily de rodillas en la bañera, raspando los azulejos con un cepillo de dientes.

—¿Tú crees que se va a fijar tanto? —le preguntó.

—En todo —contestó ella.

Bajaron por una bocacalle hasta un pequeño solar que había donde empezaba el sendero. El sitio estaba vacío y lleno de grava y de baches. Hawley aparcó junto a un grupo de pinos. El ruido de la lluvia se redujo cuando se metieron bajo el ramaje. Hawley apagó el motor. El tablero de mandos quedó oscurecido.

—Ahora mismo —dijo Lily—, me alegro mucho de que no tengas padres.

—Yo también —dijo Hawley.

Pero mentía. Durante los seis últimos meses había habido muchos momentos en que le habría encantado tener alguien a quien presentarle a Lily.

Estaba todo demasiado mojado como para ponerse a pegar tiros, de modo que se quedaron en el vehículo, escuchando la tormenta. De vez en cuando, las ramas del árbol bajaban hasta golpear el parabrisas. Hawley alargó el brazo y cogió a Lily de la mano. Siempre estaba cogiéndola de la mano. Se sentía más a gusto solo con cogerle los dedos.

—Tu madre no puede ser tan tremenda —dijo.

—No. Pero cuando la tengo al lado dejo de sentirme yo. Me siento la Antigua Yo.

—Un día de estos me gustaría conocer a la Antigua Yo.

—Créeme, no te gustaría.

La Antigua Yo de Lily se parecía mucho al Gus el Borracho de su padre. No se lo había contado a Hawley con mucho detalle, pero sí lo bastante para que él se hiciera una idea. Intoxicación etílica. Conducir bajo el efecto de las drogas. Quemar todos los puentes con los amigos. No pudo terminar en la facultad. La despidieron del trabajo. Mientras se iba haciendo mayor estuvo en el convencimiento de que en su

pueblo no había nadie que pudiera comparársele, pero a fin de cuentas resultó que allí tampoco la querían cerca, le explicó Lily. No, al menos, siendo la Antigua Yo.

Mabel Ridge había hecho lo posible por ayudarla. Llevó a Lily al hospital a que le bombearan el estómago. Le pagó a su hija una clínica de rehabilitación. En vista de que la cosa no funcionaba, trató de internarla en un hospital psiquiátrico. Y en vista de que tampoco valía de nada, hizo que detuvieran a su hija. Al final retiró la denuncia, y Lily se apuntó a Alcohólicos Anónimos. Pero nada entre ellas volvió a ser lo mismo.

Al principio le resultó difícil estar con alguien que no bebía. Sobre todo por los muchos años que llevaba Hawley recurriendo al whisky para entrar en calor. Pero al renunciar se dio cuenta de que beber era más bien un hábito que una necesidad, un hábito que estaba dispuesto a eliminar por Lily. Ella era mejor compañía que cualquier botella. Y deseaba con todas sus fuerzas no defraudarla.

—Quizá tenga que ir a una reunión esta noche —dijo Lily.

—Voy contigo —dijo Hawley—. Si quieres.

Lily estornudó en lugar de contestarle. Y volvió a estornudar. Y otra vez. Había advertido a Hawley de estos ataques cuando empezaron a estar juntos. Le dijo que eran como hipo, pero por la nariz. En ocasiones estornudaba veinte o treinta veces seguidas antes de que se le pasara. Era algo que la hacía sentirse a disgusto, pero a Hawley no le importaba. Cuando terminaba, tenía manchas en la cara y los ojos llorosos. Era lo más parecido a llorar que había visto nunca en ella.

Hawley giró la llave del arranque y el tablero de mandos se iluminó. Las rejillas de ventilación irradiaron calor. El aire les impactó en la cara. Lily sacó un clínex del bolsillo y se sonó.

—¿Cuándo es el próximo tren? —preguntó.

—A las tres.

Lily se bajó la cremallera del chaquetón, se lo sacudió de los hombros y se encaramó al regazo de Hawley. Olía a humo y a agrio y a frío. Tenía la piel húmeda y mechones de pelo cayéndole sobre las orejas. Hawley se desabrochó la chaqueta, atrajo a Lily hacia él y la envolvió dentro. Notó que los finos brazos de la chica se movían por su espalda. Tenía la esperanza de que Mabel Ridge no viniera nunca. Podían pasarse la tarde entera así, en el coche, enredados entre sí y escuchando la lluvia.

—A veces me entran ganas de matarla.

—Seguro que fallabas el tiro.

Lily apoyó el rostro en el cuello de él. Sintió las pestañas en la barbilla.

—Dime lo peor que hayas hecho en tu vida.

—Casarme contigo —dijo Hawley.

—Muy gracioso.

Había sido como caer de cabeza en la vida de otro.

Después de que Lily arrastrara a Hawley hasta la quitanieves, después de que cruzaran la frontera estatal, después de haber mentido ella en la clínica de Carolina del Sur diciendo que se le había disparado accidentalmente la escopeta favorita de su padre en el entierro, gesticulando con la estampita de Gus y santiguándose y gritando padrenuestros y avemarías al médico de la localidad, hasta que aceptó no informar a la policía, y después de que parchearan a Hawley, pararon en otra cafetería, en la que servían pastel en vez de tarta, y compartieron otro batido, y se enamoraron. Fue así de fácil. Estuvieron hablando hasta que cerró el local. Pagaron y le dejaron propina a la camarera. Luego alquilaron una habitación en el motel de enfrente.

Lily lo había cogido de la mano en el aparcamiento. Eso se le fijó en el recuerdo más que el sexo de aquella noche: cómo se quedó mirando los dedos de Lily entrelazados con los suyos, sin acabar de creerse que su suerte hubiera podido cambiar tanto.

Pasaron una semana juntos en ese motel. Leyendo el periódico por la mañana, encargando comida de fuera, compartiendo historias, jugando a las cartas y haciendo el amor hasta fatigarse lo suficiente para dormir. Lily le cambiaba las vendas y le limpiaba la herida de la pierna, y cuando se ponía el sol, Hawley se acercaba cojeando hasta la piscina y la miraba nadar entre las luces azules en ropa interior. Lily tenía unas piernas largas y potentes, se le notaban los músculos de la espalda, su cara era un borrón cuando la asomaba para respirar entre brazadas.

Cuando terminaba con la natación, Lily salía del agua en un movimiento fluido, luego se le acercaba chorreando sobre el suelo de cemento. Él le tendía una toalla y la envolvía en ella y sentía el frío de su cuerpo a través del tejido.

—¿Qué haces aquí conmigo? —preguntó Hawley.

Ella le apretó los labios fríos contra la piel.

—Entrar en calor —le dijo.

Al cabo de una semana siguieron en coche hacia el norte, hasta llegar a Maryland, donde sacaron una licencia y fueron con ella al ayuntamiento. Hawley con una camisa nueva y Lily con su vestido del entierro, con margaritas recogidas de la carretera ensartadas en el velo del sombrerito negro.

Aquí estaban, ahora, recién casados, cada uno con las manos en el pantalón del otro. La lluvia tamborileando en el techo del automóvil. Los árboles meneándose con el viento. Los cuerpos tan juntos como para unirse en una sola persona. Lily tenía un modo de besar que dejaba sin aire a Hawley, para luego devolvérselo, por los pulmones abajo, como si hubiera tomado el control de su respiración. Él se sentía más fuerte con cada inhalación. Más inteligente. Se sentía todo lo que siempre había

querido ser y le constaba que no era.

El golpe en la ventanilla los sorprendió a ambos. Lily recuperó su asiento a toda prisa y se abrochó la camisa. Hawley se cubrió el regazo con la chaqueta. El cristal estaba empañado y no se veía el exterior. Hawley utilizó los dedos para eliminar la condensación. Fuera, bajo la lluvia, había un adolescente, un chico de unos quince años. Hawley bajó un dedo la ventanilla y el chico se inclinó hacia delante, asomando los dedos por el borde, haciendo que cayeran gotas de agua en el interior del coche.

—¿Habéis visto un perro?

—¿Qué clase de perro? —le preguntó Hawley.

—Una mil leches —dijo el chico—. Pero parece una labradora.

—No la hemos visto —dijo Lily.

—Mi padre me va a matar —dijo el chico—. La he sacado a dar un paseo y se ha soltado de la correa.

En la caja metálica con cierre, atornillada a la trasera de la camioneta de Hawley, había dos rifles de largo alcance con mirilla telescópica, una pistola SIG Sauer, una colección de Derringers que le tenía reservados a Lily, para darle una sorpresa, el M14 de su padre, munición para todas las armas y un juego de dianas. Hawley observó los ojos del chico, pero no daba la impresión de traerse nada entre manos. La lluvia caía sin parar y el chico seguía con los dedos en la ventanilla.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Lily.

—Pues sí —dijo el chico, y se le iluminó la cara.

Hawley no quería salir del vehículo. Pero Lily ya se había echado la chaqueta sobre los hombros y atado las botas. Antes de darse cuenta Hawley, ya estaba la puerta abierta y ya había salido la chica. Hawley bajó la mano para buscar debajo del asiento, donde guardaba su Colt. Se lo metió en el bolsillo y salió de la camioneta, bajo la lluvia.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al chico.

—Charlie.

—Y ¿cómo se llama la perra?

—También se llama *Charley*, pero con y griega —dijo el chico.

—¿El perro se llama *Charley* por ti, o tú por el perro? —le preguntó Hawley.

—Ya se llamaba así cuando la acogimos.

—Curioso.

—Sí —dijo Charlie.

Era un chico flaco. Vestía unos vaqueros desgarrados, unas zapatillas moradas, un abrigo de cuero que le quedaba grande y una sudadera debajo, con la capucha subida, por la lluvia, brillante y húmeda. Llevaba la correa del perro enrollada firmemente en torno a la palma de la mano, con el collar vacío colgándole de la muñeca como un brazalete sobredimensionado.

Lily volvió a abrir la puerta de la camioneta y sacó un paraguas de debajo del asiento del pasajero. El paraguas era del banco en que Hawley tenía sus cajas de seguridad. Lily apretó el botón del mango y el paraguas cobró vida, ampliando dos veces su envergadura, desplegando enseguida sus brazos mecánicos. La red de nailon se estiró del todo y Lily quedó bajo la protección de su bóveda amarillo brillante, con el logo del banco alrededor: un panal hecho con billetes de dólar. TU DINERO ESTÁ A SALVO CON NOSOTROS, CARIÑO.

—¿En qué dirección fue la perra? —preguntó Lily.

—Hacia allí —dijo Charlie, señalando a los árboles.

—Sigue tú el sendero —dijo Hawley— y nosotros te cubrimos los flancos.

El chico dudó.

—¿Quieres encontrar a la mil leches esa, o no?

—Sí —dijo Charlie. Y se puso a gritar el nombre de la perra mientras corría hacia los árboles.

—Me parece que lo has asustado —dijo Lily.

Hawley se agachó un poco para meterse bajo el paraguas. Bajo la bóveda, la lluvia sonaba a estática.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Echando una mano —dijo Lily—. ¿Y si la perra fuera nuestra?

—¿Quieres tener un perro?

—No —dijo Lily—. Pero me encantaría que alguien nos ayudase si perdiéramos nuestro perro.

Hawley le quitó el paraguas y lo levantó, para no tener que estar agachado. En torno a ellos jarreaba la lluvia, y los ojos de Lily parecían más verdes que nunca.

—Dame la pistola —dijo Lily.

Hawley llevaba sin hacer ningún encargo desde que se casaron. Vivían de un dinero que tenía guardado. Suficiente para que no tuviera que meterse de nuevo en faena durante por lo menos un año. Así y todo, siempre llevaba un arma a mano. Era la primera vez que tenía algo que perder, y era curioso el modo en que ello cambiaba su modo de ver las cosas, cómo lo impulsaba a imaginar que seguiría vivo al día siguiente, a la semana siguiente, al año siguiente. Ahora se ponía el cinturón de seguridad. Se cepillaba los dientes. A veces se sentía tan profundamente dentro de su nueva vida, que sus bordes daban la impresión de estar aflojándose. Luego lo pillaba Lily recayendo en alguno de sus viejos hábitos —comprobando una y otra vez los cerrojos o mirando hacia atrás en la calle por si los seguía alguien—, y los años que había pasado en soledad se levantaban sólidamente a su alrededor, resonando en la oscuridad como sangre brotando de un pinchazo.

Se sacó el Colt del bolsillo interior y se lo pasó a Lily. Ella verificó el tambor y se guardó el revólver en el abrigo.

—Vamos a buscar a la perra.

Fueron en direcciones distintas, tomando cada uno por una ramificación del camino por donde había desaparecido el chico. Hawley se alegró de que Lily llevara el paraguas. Ello le permitía seguir la bóveda amarilla subiendo y bajando entre las ramas. Luego el bosque se espesó y la perdió de vista.

El aire olía a musgo y setas, a cosas que cobran vida gracias al humus. A su alrededor, las ramas desprendían gotas y chorros de agua al moverse. Seguía lloviendo intensamente y Hawley estaba empapado hasta por encima de las rodillas. Oía la voz de Lily gritando «*Charley, Charley*». Las espinas le pinchaban las manos. Le entraba agua por el cuello del abrigo.

La perra, si era lista, andaría buscando abrigo, no paseando por el bosque. Aquí no había donde protegerse de la lluvia, no en kilómetros a la redonda. Salvo la camioneta. Ahí es donde iría Hawley si fuese un perro.

Por el momento, revisó atentamente los matorrales de delante, por si se movía algo entre ellos. Luego dio media vuelta y echó a andar de regreso al aparcamiento. Tenía la esperanza de acertar, de que la perra estuviese acurrucada debajo del motor. Se imaginaba una labradora color chocolate, gorda y jadeando en el barro. Con un poco de habilidad, convencería a la perra de que viniera arrastrándose a lamerle la mano, y luego la llevaría por el sendero y le demostraría a Lily que era un hombre capaz de encontrar cosas.

Cuando llegó al aparcamiento, a quien encontró en cuclillas junto a la camioneta no fue a la perra, sino a Charlie. Al principio pensó que el chico habría tenido la misma idea que él y que estaba buscando a la perra debajo del vehículo. Pero luego vio que una de las ventanillas traseras estaba reventada y que la puerta del conductor estaba abierta. Charlie no levantó la vista. La lluvia caía a chorros en torno a ambos, sacudiendo los árboles y cubriendo el ruido de los pasos de Hawley cuando salió del bosque y se situó detrás del chico.

—Tendrías que haberte metido en el coche y haber cerrado la puerta antes de arrancar los cables —dijo—. Ahora ya no conseguirás ponerlo en marcha.

El chico se asustó tantísimo que Hawley estuvo a punto de no pegarle. Pero luego lo hizo. Varios puñetazos fuertes en el estómago y luego un par de ellos en la cara, por si acaso. Sintió que la barbilla del chico se quebraba bajo sus nudillos. Vio un diente volar hasta el suelo. El chico sollozaba. Trató de huir a cuatro patas y Hawley se lo acercó a rastras y le pegó dos patadas en las costillas.

Una cosa era levantarse un coche y otra haberlos engañado con una historia lacrimógena de perra perdida. Fue la perra la que lo convenció, y fue en la perra en quien pensaba mientras golpeaba al chico: *Charley*, la perra, por ahí perdida bajo la lluvia, aterrada y dispuesta a enroscarse en el suelo y morir, y sin nadie buscándola, porque no existía.

Hawley había alzado la pierna para aplicar otra patada cuando oyó el disparo. La bala le rozó la pantorrilla, arrancándole un trozo de carne, y luego siguió su camino hasta impactar directamente en la rueda delantera. Hawley tropezó y cayó, y al dar con el suelo vio el aire salir del neumático, vio hundirse la goma negra lentamente en torno al orificio y luego desplomarse sobre sí misma, mientras la camioneta se inclinaba lateralmente sobre el eje hasta tocar el barro.

Lily salió del bosque, empuñando el Colt como Hawley le había enseñado a hacerlo, con los brazos juntos y los dedos entrelazados, tensando los músculos y empujando para mantener la mano firme. Se detuvo a tres metros, pero no bajó el arma.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me has dado a mí.

—Lo siento —dijo ella—. Lo siento mucho.

Hawley se subió la pernera. La bala le había atravesado la pantorrilla, le faltaba una tajada de carne en línea recta.

—Yo estoy bien —dijo—. Pero creo que has matado a la rueda.

Lily bajó el arma. Se limpió la cara con la manga del abrigo. Luego dio la impresión de estar más calmada y también más pálida. Entre ambos caía una catarata de lluvia y Hawley empezó a experimentar una descarga de dolor, una quemazón, como si le estuvieran abrasando la pierna. Se agachó y ejerció presión sobre la herida, para que dejase de sangrar, mientras Lily iba corriendo a la trasera de la camioneta y abría la tapa y sacaba el botiquín de primeros auxilios. Se arrodilló en el barro, enrolló el pantalón de Hawley, le lavó la pierna con alcohol y empezó a vendar la herida.

—Tiene mala pinta.

—Ha sido un accidente.

—Se me ha caído el paraguas.

—Ya iremos luego a buscarlo.

Lily anudó el vendaje y se puso en pie. Luego giró el cuerpo y se apoyó en el vehículo. Por un momento, Hawley se acordó de la cafetería. Entonces sí que encontró las palabras adecuadas, pero ahora no tenía ninguna. Y cuando ella alzó la cara supo que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado con Charlie?

Hawley giró sobre sí mismo, para escrutar los límites del bosque. No había señal del chico. Lo único que había dejado atrás era el diente, un trozo de blancura brillando en el barro. Hawley se agachó sobre su pierna buena. Luego vio que algo destellaba y miró debajo de la camioneta, para descubrir que Charlie, el chico, estaba donde tendría que haber estado *Charley*, la perra, hecho una bola, con sus zapatillas moradas, un poco más allá del eje trasero.

—Sal de ahí —le dijo Hawley.

—¡Déjame en paz! —chilló el muchacho.

—Mi mujer solo quería que no siguiéramos peleando —dijo Hawley—. No pretendía herir a nadie. Y ahora lo siente. ¿Verdad que lo sientes, cariño?

—Sí —dijo Lily, forzando la voz.

—¿Estás herido? —preguntó Hawley.

—¿Qué? —dijo el chico.

—Que si te ha alcanzado alguna bala.

—No creo.

Lily se puso de rodillas y metió la cabeza debajo de la carrocería.

—¿Es verdad que te llamas Charlie?

—Sí —dijo el chico.

—Mira, Charlie —dijo Lily—, te prometo que no va a pasarte nada. Él no va a hacerte daño, y yo no voy a pegarte un tiro, y nadie va a llamar a la policía. ¿De acuerdo?

Charlie se lo pensó por un momento y luego salió arrastrándose sobre el estómago, como Hawley había imaginado que haría la perra. Pero una vez ante ellos no dio la impresión de estarles agradecido. Ni siquiera parecía asustado: solo flaco y hambriento y cansado. Tenía los vaqueros empapados, el abrigo de cuero cubierto de porquería. Le sangraban la nariz y la boca, tenía un corte junto al ojo y había empezado a hinchársele el labio inferior. Mantenía la palma de la mano contra la barbilla, como sujetándosela con los dedos.

—Déjame ver.

Lily le examinó la cara. Cuando le tocó la barbilla el chico lanzó un grito, y ella le chistó, como para espantarlo una pesadilla.

—Tenemos que llevarte al hospital.

Se sacó un clínex del bolsillo y se lo ofreció.

—¿Sabes cambiar una rueda, Charlie?

El chico se aplicó el clínex a la nariz y negó con la cabeza.

—Bueno, pues ahora vas a aprender.

Lily fue a la trasera de la camioneta y empezó a liberar la rueda de repuesto.

Hawley dio un paso para acercarse a la plataforma. A Lily le temblaba el cuerpo, pero apartó a su marido cuando él la tocó.

—¿Qué estás haciendo?

—Acabas de pegarle a un chico, Hawley. —Sacó la llave de ruedas.

—Iba a robarnos la camioneta.

—Puede reconocernos. Tiene nuestro número de matrícula.

—No sabe lo que está haciendo. Yo, cuando tenía su edad, me dedicaba a robar gasolineras y a dormir en un coche distinto cada noche.

Hawley le quitó la llave de ruedas de la mano. Un golpe de viento les lanzó una ráfaga de lluvia. Lily se cubrió los ojos. Cuando retiró los dedos tenía la cara pálida y chorreando agua. Le hizo un gesto de negación a Hawley y se lio un cigarrillo. Quiso accionar el encendedor, pero el papel estaba demasiado húmedo para prenderse. Lily arrojó el cigarrillo al barro.

—Necesito un minuto —dijo. Y se apartó de Hawley para meterse en el bosque.

Hawley la miró marcharse. Luego tiró de la rueda y se la llevó al chico.

Charlie se apartó.

—Le he prometido a ella que no volvería a pegarte —dijo—. Pero me encantaría hacerlo. Así que más vale que obedezcas.

—Me duele al hablar —balbuceó Charlie.

—Pues no hables.

Hawley tiró la llave al suelo, junto a la rueda.

—Ve a buscar piedras. Grandes. Encájalas detrás de las ruedas. Yo evitaré que la camioneta se suelte del gato.

El chico fue cojeando hasta el límite del bosque. Se agarró un costado.

—Me duele al respirar.

—Pues tampoco respire.

Charlie recogió dos piedras grandes del barro y las ajustó a las ruedas traseras con el pie. Hawley quitó el tapacubos, luego utilizó la llave para retirar los cuatro primeros tornillos y se los metió en el bolsillo. Ajustó el gato bajo el bastidor y empezó a girar la manivela.

—Yo creía que había que levantar el coche antes —dijo Charlie.

—Sacar los tornillos con el coche en el aire puede hacerlo caer. Hay que dejar un tornillo, para que no se separe la rueda. Es más rápido.

—¿Eres mecánico, o algo así?

—Algo así.

Hawley apoyó todo su peso en la manivela hasta dejar la camioneta suspendida en el aire. Extrajo el último tornillo y liberó el neumático muerto. Pudo oír cómo rodaba la bala en su interior al colocar la rueda bajo la camioneta, detrás del gato.

El chico miró primero a la rueda y luego a Hawley.

—Si el coche se cae, esto impedirá que lo haga del todo, y así podrás sacar el gato de debajo del bastidor.

—Cierto.

Hawley pensó que el chico no tenía ni idea de cómo robar un vehículo. Un Ford debería ser fácil. Hawley aún recordaba el modelo y la marca del primero que robó —un Buick Skylark—: solo tenía quince años cuando lo puso en marcha juntando los cables, y había conducido aquel tosco cacharro con la palanca de cambio pegajosa nada menos que hasta Tennessee.

—¿De dónde sacaste la correa? —preguntó. Seguía fastidiándole lo del perro.

—Ah —dijo el chico—. Mi padre atropelló a *Charley* en la autopista, hace un año.

—¿Lo del lloriqueo te funciona?

—Casi siempre —dijo Charlie—. Con las chicas.

La tormenta amainaba, la lluvia se trocaba en niebla. Hawley trató de limpiarse la grasa de los dedos.

—Dame la de repuesto.

El chico le acercó el neumático haciéndolo rodar. Hawley centró la rueda en el cubo, se sacó los tornillos del bolsillo y los apretó con los dedos.

—Siento lo de la camioneta —dijo Charlie—. Solo quería salir de aquí.

Hawley se inclinó hacia atrás apoyándose en los talones. Cogió la rueda vacía e introdujo un dedo en el orificio de la bala. La goma estaba blanda en torno al agujero, pero dura en el resto. Se había roto una uña al apretar los tornillos. Se metió el dedo en la boca y sabía a grasa y a sangre y a tierra.

—Bueno —dijo Hawley—. De eso creo que sé algo.

Hubo un destello amarillo entre los árboles y Lily surgió del bosque con el paraguas. Tenía cara de resignación, la misma que ponía mientras se enfundaba los guantes de goma y sacaba la lejía.

—¿Está enfadada contigo, o algo?

—Tú no le digas nada del perro —dijo Hawley.

Lily cruzó el aparcamiento, con el paraguas flotándole sobre la cabeza como una idea. Cuando llegó a la camioneta ya había cesado la lluvia. Alargó el brazo con la mano abierta, para comprobar el aire, luego apretó el botón del mango y los brazos del paraguas se retrajeron, plegándolo.

—¿Listo?

—Casi —dijo Hawley.

—Tengo que hablar con Charlie.

El chico parecía tenerle más miedo a Lily que a Hawley. Se levantó del suelo a desgana, amusgando un poco los ojos. Juntos, se apartaron unos pasos de la camioneta, hasta donde Hawley no podía oírlos. Lily habló y Charlie asintió. Luego, la chica le puso algo en la mano.

Hawley bajó el gato y la camioneta se asentó sobre la rueda de repuesto con un suspiro. Apretó los tornillos con la llave. Cuando acabó, Lily y el chico ya habían dejado de hablar. Cargaron el equipo en la trasera y se metieron todos en la camioneta. Hawley tardó un par de minutos en reconectar los cables que el chico había arrancado.

—Estos son de la radio, no del arranque —dijo.

El chico se instaló en el asiento trasero, junto a un montón de cristales rotos.

Seguía con una mano en la barbilla, y con la otra se sujetaba las costillas. Miró por encima del respaldo del asiento delantero para ver los cables.

—¿Cuáles tengo que usar?

—El rojo es la batería —dijo Hawley—, y este amarillo es el arranque. Luego necesitas el de puesta en marcha.

—No deberías enseñarle eso —dijo Lily.

—Lo va a hacer, nos pongamos como nos pongamos. Más vale que lo haga bien.

—¿Podemos parar en McDonald's? Estoy muerto de hambre —solicitó Charlie.

Hawley giró la llave y el motor se puso en marcha. El reloj del tablero de mandos se había reseteado y parpadeaba como una bomba a punto de estallar. 12.00. 12.00. 12.00.

—¿Sabe alguien la hora que es?

—Las tres y media —dijo el chico.

—Tu madre —le recordó Hawley a Lily.

Lily se sacó el Colt del bolsillo. Abrió el tambor y retiró las balas. Guardó la munición en la guantera y volvió a meter el Colt debajo del asiento.

—No hay McDonald's —dijo.

Cuando llegaron a la estación, Mabel Ridge estaba esperándolos, sentada en un banco junto a una gigantesca maleta con ruedas, ornada de una etiqueta con el nombre y un resplandeciente cordón color púrpura. Llevaba el pelo suelto y despeinado. Había agujas de coser, de diferentes tamaños y longitudes, ensartadas en el cuello de su jersey, como galones militares.

—Pequeña mía —dijo Mabel.

—Mamá —dijo Lily. Se abrazaron.

—Te presento a Samuel Hawley —dijo Lily—. Mi marido.

Mabel Ridge tomó la mano de Hawley. Tenía los dedos largos y apretaba con fuerza. Mientras aupaba la maleta a la trasera de la camioneta, se colocó en su sitio las gafas que llevaba subidas a la frente y los ojos se le fueron directamente a la herida de Hawley en la pierna. Hawley cambió de postura para que no se viera y la mujer alzó la barbilla con rapidez. Tenía los ojos verdes, como su hija. Su mirada hizo que Hawley se sintiera expuesto de par en par, hasta los huesos.

—¿Y este quién es? —preguntó Mabel, mirando por la ventanilla.

Lily abrió la puerta. Barrió en parte los cristales rotos del asiento.

—Este es Charlie. Lo llevamos al hospital.

La madre de Lily escrutó al chico y su rostro hinchado.

—¿Qué le ha pasado a Charlie?

—Ha perdido a su perra —dijo Hawley.

El chico exhaló un suspiro y acercó el cuerpo a la ventanilla rota. Mabel Ridge se sentó detrás, a su lado. Hawley se quitó el chaquetón y se lo ató a la cintura, para ocultar la sangre de sus pantalones.

—¿Por qué no estabais aquí cuando he llegado? —preguntó Mabel mientras salían del aparcamiento.

—Dijiste que llegabas en el tren de las diez —dijo Lily.

—Mi llegada siempre ha estado prevista a las tres —dijo Mabel—. Debiste de apuntarlo mal.

—No lo apunté.

Rodaron en silencio durante unos minutos y luego desembocaron en la autopista. Al aumentar la velocidad, el viento entraba a ráfagas en la camioneta. Las ruedas pisaron un charco del arcén y una ola recorrió el costado del vehículo.

—¿Por qué no subes la ventanilla? —preguntó Mabel Ridge.

—Está rota —dijo Lily.

Sus voces eran parecidas. Una musicalidad bajo las palabras que Hawley siempre había considerado exclusiva de Lily. Mientras discutían entre ellas, él las miraba y escuchaba a ambas. Su mujer parecía cambiada por la presencia de la otra. Disminuida, en cierto modo. Ello lo llevó a preguntarse qué clase de recuerdos estaría combatiendo Lily. Y le provocó impulsos protectores, aun sabiendo que Mabel Ridge había salvado a Lily de hundirse en el abismo.

Tomó la salida siguiente. El viento del interior del vehículo se redujo al aminorar la marcha y parar luego en un semáforo. Debían de estar a unos veinte minutos del hospital. Hawley no apartaba la vista del reloj del salpicadero, deseando que pasara el tiempo, pero los números parpadeaban 12.00, 12.00, como un disco rayado, prolongando el momento, hasta que Hawley empezó a tener la sensación de estar atrapados, los cuatro, allí en el coche, para siempre.

—Bueno. —Mabel Ridge se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo—. No me han contado gran cosa de ti, Samuel Hawley.

—A mí de ti sí que me han contado.

—Estoy segura.

Mabel colocó un codo en el reposacabezas de Lily y el otro en el de Hawley.

—Recordadme cómo os conocisteis.

—En una cafetería —dijo Lily.

—¿De veras?

—Ya te lo había dicho.

—Se me habrá olvidado —dijo Mabel Ridge—. Como a ti se te olvidó invitarme a la boda.

Hawley se las había tenido con unas cuantas tipas duras a lo largo de los años, pero esas eran como eran por las dificultades de la vida. Mabel era otra cosa. Tenía la

dureza incrustada en el fundamento mismo, y la proyectaba contra los demás, como un petrolero embistiendo contra una flota de barquillas. Hawley tuvo que pensar en el padre de Lily. Por lo que él sabía, Gus era un auténtico zángano, pero tuvo que echarle sus buenos cojones para hacerle el amor a una mujer como Mabel Ridge.

—Mamá —dijo Lily.

—Tenía derecho a asistir. Tengo derecho a saber de tu vida. ¿No crees que tengo derecho?

—¿Qué es lo que te gustaría saber? —dijo Hawley, tratando de ser cordial.

Mabel Ridge se inclinó hacia delante.

—Lily no me ha dicho de dónde eres.

—Me crie en la zona de Galveston Bay. —Al ver que parpadeaba, añadió—: Texas.

—Y ¿a qué te dedicas?

—Es mecánico —dijo Charlie.

Hawley miró al chico por el retrovisor.

—Estoy buscando un nuevo trabajo.

—Mal asunto.

Mabel situó los dedos en torno al reposacabezas del conductor, cerca del cuello de Hawley.

—Bueno —dijo—, para algo valdrás, supongo.

—Se le da muy bien pegarle a la gente —dijo Charlie, y luego se enjugó la nariz con la manga de su chaqueta de cuero.

Eso dejó callada a Mabel Ridge durante un rato. Hawley vio cómo se cocinaba a fuego lento según iba poniendo orden en los detalles. Mientras, en el asiento del pasajero, Lily parecía empequeñecerse, deslizarse hacia abajo, según su madre se cernía sobre ambos. Si seguía así, iba a acabar en el guardabarros. Hawley comprendió que estaban en apuros, pero no se le ocurría qué hacer al respecto. No llevaba con ellos ni quince minutos, y Mabel Ridge iba a pasar una semana en su casa.

Cuando llegaron al hospital, el silencio había alcanzado en el interior de la camioneta su propio peso y su propia sustancia. Hawley se situó ante la entrada de urgencias y aparcó. Lo único que quería era salir del vehículo.

—Mejor lo llevo yo —dijo.

Lily le tocó la pierna derecha para indicarle con un pellizco que no tardara mucho.

—Adiós, Charlie. Recuerda lo que te he dicho.

Charlie asintió y luego frunció el entrecejo como si ya estuviera intentando acordarse de las palabras de Lily, y sin apartar los dedos de la mandíbula hinchada. Tras pelearse un poco con la manilla, abrió la puerta y salió, arrastrando unos cuantos

fragmentos de cristal que repicaron como campanillas al caer en el asfalto.

—Encantada de conocerte —dijo Mabel Ridge, pero no había encanto alguno en su sonrisa.

El hospital era un edificio bajo, de ladrillo, con rampas para silla de ruedas a ambos lados. Al pasar por las puertas correderas, Hawley vio media docena de personas esperando en sillas metálicas y un televisor en un rincón, emitiendo un telediaro, pero sin sonido. El recinto olía a moqueta vieja, a pesar de que el suelo fuese de baldosas. Todos juntos en un rincón, había una señora de mediana edad con el brazo en cabestrillo; un anciano con un niño llorando en brazos, y una mujer china dando palmaditas en la espalda a su hijo, que vomitaba en un cubo situado en el regazo de su madre. Apartado de los demás había un sintecho, con todas sus cosas amontonadas alrededor y un envase de hamburguesa en el regazo. En una cabina de cristal, una enfermera revolvía papeles.

—¿Qué digo? —preguntó Charlie.

—Diles solamente que has tenido una pelea en el colegio —dijo Hawley.

El chico se acercó al mostrador y habló con la enfermera. A Hawley se le pasó por la cabeza escaquearse, pero recordó que Mabel Ridge estaba en la camioneta, sonsacándole información a su hija, seguramente, y decidió esperar a que admitieran al chico. Se dejó caer en uno de los asientos libres, cerca del sintecho, y contuvo la respiración para defenderse de su olor rancio y húmedo. Dentro del envase de hamburguesas había una oreja, colocada sobre un pañuelo de papel.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Hawley.

—Ah —dijo el sintecho—, la oreja no es mía. Es de un amigo. Se la estoy guardando.

—¿Está en el hospital?

—Todavía no —dijo el hombre.

La oreja era solamente media oreja: el lóbulo y un trozo del cartílago exterior. Un corte limpio, hecho seguramente con un cuchillo muy afilado. Apenas había sangre.

La enfermera le dio a Charlie una bolsa de hielo y un portapapeles y un bolígrafo. El chico le pasó a Hawley todo menos la bolsa de hielo, que se colocó con mucho cuidado contra la mandíbula inferior.

—Necesito que firmes esto.

—¿Qué es? —preguntó Hawley.

—Un permiso parental.

—Ni hablar.

—Si no lo firmas —dijo el chico—, llamarán a mi padre.

—Quizá fuera lo mejor.

—Créeme —dijo Charlie—, no es lo mejor.

Hawley levantó la vista y se encontró con la mirada del sintecho. Pensó en la

oreja metida en el envase de plástico, y en el tipo que andaba por ahí sin ella, y en este hombre esperando a su amigo, solo por si se presentaba.

—¿Qué te ha dicho mi mujer?

—Me ha dado cien dólares —dijo Charlie—. Y me ha dicho que callara la boca.

—¿Qué más? —insistió Hawley. Sabía que había algo más.

El chico hojeó los papeles. Luego los volvió a fijar en el portapapeles.

—Me ha dicho que dejara de robar coches y de hacer cosas malas. Si no quería terminar como tú.

Ahí estaba la cosa.

Hawley firmó el documento.

Al cabo de un rato la enfermera llamó a Charlie y este se metió con ella tras la partición de cristal. Hawley fue al servicio y cogió toallas de papel y se volvió a limpiar la pierna. Parecía más una herida de navaja que de bala, por lo limpio del corte en la piel, pero la sangre había empapado por completo el vendaje y había bajado hasta las botas, cambiando el color de los cordones. Necesitaba que le cosiesen la herida. Y antibiótico. Cuando volvieran a casa la cosería él mismo, o utilizaría Super Glue para pegar la piel (ese truco se lo había enseñado Jove). Por ahora, lo que hizo fue quitarse el cinturón y envolver la herida en toallas de papel y utilizar el cinturón como sujeción y al final bajarse de nuevo la pernera.

Cuando salió del servicio vio que Lily estaba hablando con la enfermera.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella.

—No tardará mucho más —dijo Hawley.

—Estamos ahí fuera esperando.

Lo que fuese que Mabel Ridge le hubiera dicho en la camioneta había hecho su efecto. Lily lo miraba pestañeando, con cansancio y tensión en los ojos, que a continuación abrió del todo.

—Tienes las botas perdidas de sangre.

Me va a dejar, pensó Hawley. *Puede que no sea hoy, pero algún día*. Hawley no podía ocultar su Antiguo Yo, ni desintoxicarse de él, ni eliminarlo a fuerza de hablar en reuniones de adictos anónimos. Deshizo el nudo que le sostenía el chaquetón en torno a la cintura y dejó al descubierto las piernas. Miró de hito en hito a su mujer.

—¿Por qué no has dicho nada? —clamó Lily, y luego estornudó.

Fue un estornudo grande, un auténtico bocinazo, cuyo estallido se extendió por toda la sala de espera. Lily alzó las manos para cubrirse la cara, y luego volvió a estornudar, otra vez y otra y otra y otra. Se tambaleó, y Hawley la sujetó del brazo. Se le cubrió la cara de manchas, se le pusieron los ojos vidriosos, y siguió estornudando, una y otra vez, y todo el mundo, incluso el sintecho de la oreja, miraba a Hawley como echándole la culpa. Y él supuso que sí, que era culpa suya.

Sacó al exterior a su mujer, otra vez bajo la lluvia. La puerta automática se abrió

de par en par y luego se cerró tras ellos, dejando atrás el hospital.

—Ni siquiera me duele —dijo él.

—Parecía que ibas a matarlo —dijo Lily.

—No iba a matarlo —dijo Hawley.

—Pues lo parecía.

Estornudó de nuevo.

Hawley recordó el modo en que Lily había surgido del bosque, sosteniendo el revólver como es debido. Con los brazos cruzados y firmes. Con la mirada puesta en el blanco. Todas esas horas de prácticas en el bosque. De algo habían servido, a fin de cuentas.

—¿Me has dado apostá?

—Claro que sí —dijo ella.

Le brotaban de la nariz dos limpios torrentes, uno de cada fosa, bajándole por los labios y la barbilla, y seguía guapa. Hawley se quedó mirando su rostro descompuesto. Estaba asustada, tanto como él. No por Charlie ni por Mabel Ridge ni porque Hawley podía terminar en la cárcel; estaban asustados porque podía no salirles todo bien.

—Ha sido un tiro perfecto.

—Salvo por la rueda —dijo Lily.

—Sí —dijo Hawley—, la rueda.

Su mujer se apoyó en él, agarrada a la espalda de su camisa. Cálida mejilla contra el pecho, pelo rizado por la lluvia. Él puso los labios en su cuello y aspiró su piel.

Se sintió capaz de enfrentarse a mil Mabel Ridge, una detrás de otra.

Se dieron la vuelta y entraron de nuevo en el hospital. Hawley le dijo a la enfermera que se había hecho una raja en la pierna con el cortacésped. Al poco rato estaba tendido en uno de los bancos acolchados, con su mujer al lado agarrándole la mano y el médico cosiéndole la herida y poniéndole la antitetánica. Al terminar, Lily se inclinó para besar la hebra negra que le mantenía unida la piel.

—Esta cicatriz siempre será mía —dijo.

—Son todas tuyas —dijo Hawley—. De la primera a la última.

Eran más de las siete cuando por fin regresaron al aparcamiento del hospital. Hawley distinguió inmediatamente su vehículo. La camioneta estaba más iluminada que un bar. Mabel Ridge tenía todas las luces puestas, la superior y los faros delanteros. La radio estaba a todo volumen y las ventanillas, empañadas. Alcanzó a ver la silueta de Mabel Ridge y sus encorvados hombros, encaramada al asiento del conductor.

—¿Qué hace el chico este aquí? —dijo cuando Hawley abrió la puerta.

Lily se instaló en el asiento del pasajero:

—Hay que llevarlo.

Charlie tenía cintas adhesivas en las costillas y alambres en la mandíbula y una tablilla metálica cruzándole la nariz. Estaba muy atontado por la medicación, llevaba una bolsa llena de recetas, y se deslizó en el asiento trasero sin decir una palabra. Le habían dado el alta al mismo tiempo que a Hawley, y cuando le ofrecieron llevarlo se limitó a asentir con la cabeza.

—Habéis estado *horas* ahí dentro —dijo Mabel.

Lily alargó la mano y apagó la radio. No se disculpó.

—¿Por qué no te sientas detrás? —dijo Hawley.

—He estado a punto de largarme.

Mabel Ridge se agarró al volante con los dedos y se dejó caer del vehículo. Se instaló junto a Charlie y cerró de un portazo. Hawley puso el aire para desempañar las ventanillas.

—*Hi pamo tra ve* —dijo Charlie.

—¿Qué dice? —preguntó Mabel Ridge—. No le entiendo una sola palabra.

Salieron del aparcamiento. A poco tardar estuvieron en la autopista, con el viento entrando en fuertes ráfagas por la ventanilla rota. Hawley no hacía más que pensar en lo deprisa que parecían ir. Miró el reloj, pero seguía fijo en las 12.00. Siempre le pasaba lo mismo en los hospitales. Los días se hacían noches y las noches se hacían días.

—Quiero saber quién es este muchacho —gritó Mabel Ridge contra el viento.

Lily volvió la cabeza.

—Un amigo.

—¿A dónde lo lleváis?

—*I asa* —gritó Charlie.

—A su casa, quiere decir.

El chico les había dado una dirección, no lejos del bosque. Pero ahora, mirándolo por el retrovisor, Hawley se fijó en la correa de perro vacía que le asomaba del bolsillo y se preguntó si debían llevarlo a su casa, a fin de cuentas. Era probable que allí le esperaran otros problemas. Suficientes para impulsarlo a robar un coche bajo la lluvia sin tener idea de cómo hacerlo.

Hawley volvió la cabeza hacia el asiento trasero.

—Te podemos dejar donde quieras. Si sigues con la idea de marcharte de aquí, puedo pagarte el billete.

—No digas tonterías —dijo Mabel Ridge, alzando la voz—. Este chico está herido. Tiene que estar con su familia.

—Que sea él quien decida.

Charlie se apartó la bolsa de hielo de la cara. Estuvo un rato mirando por la ventanilla, viendo pasar las salidas. Luego se enderezó y captó la mirada de Hawley

en el retrovisor.

—¡En!

—¿Qué es eso? —Mabel estaba ya gritando.

—¡Tren!

Hawley puso el intermitente y se desvió dos carriles y a duras penas pudo tomar la rampa de salida. El viento se calmó al bajar la velocidad de la camioneta para tomar la rampa, y se les quedó tranquila la ropa, y también el pelo se les aquietó.

Mabel Ridge se inclinó hacia delante. Tiró de la manga a su hija.

—Lily —dijo—. Esto no voy a permitirlo.

Lily abrió un poco la ventanilla delantera.

—No es nada que te concierna.

—Sí lo es —dijo Mabel Ridge, agarrando con más fuerza la manga de su hija—. Hay armas en este vehículo. He encontrado una debajo del asiento, y balas en la guantera. No sé en qué lío estarás metida. Pero voy a sacarte.

—Tengo permiso de armas —dijo Hawley.

En ese momento Mabel ya estaba prácticamente en la parte de delante. Un poco más y estaría sentada entre los dos.

—No voy a permitir que vuelvas a tirar tu vida por la ventana. Hay que anular este matrimonio. Te vienes conmigo a casa, allí estarás a salvo.

—Está a salvo conmigo.

La mayor de las dos mujeres no le hizo caso.

—Si no nos deja irnos, llamaré a la policía.

—¡O! —dijo Charlie.

Lily se soltó el cinturón de seguridad. Se dio la vuelta, se puso de pecho contra el respaldo de su asiento y colocó la mano en el hombro de Mabel Ridge. Luego empujó a su madre hasta sentarla de nuevo en su sitio, al lado de Charlie.

—No vas a llamar a nadie.

El semáforo se puso verde. Hawley esperó a ver si Lily soltaba a su madre, y cuando vio que no lo hacía, rodeó con el brazo la cintura de su mujer, luego tomó una pronunciada curva a la izquierda y se metió en la estación de ferrocarril. Lily se acomodó de nuevo en su sitio, pero no apartó los ojos de Mabel Ridge, como desafiándola a moverse. Tan pronto como se detuvo la camioneta, Charlie se apeó y salió corriendo.

—Espera —le gritó Hawley. Abrió su puerta.

Charlie ya estaba a dos coches de distancia, pero se detuvo al ver que Hawley iba tras él.

—O e oques.

—No te voy a pegar. —Hawley sacó la cartera—. Te he prometido que te pagaría el billete. Puedes utilizarlo o guardarte el dinero para luego.

Le dio al chico otro poco de dinero, añadiéndolo al que ya le había dado Lily. Suficiente como para salir del estado.

Cuando se hubo metido los billetes en el bolsillo, Charlie tendió la mano. Se encogió de hombros y Hawley comprendió que le estaba diciendo adiós. La mano del chico era huesuda y delgada. Mientras se la estrechaba, Hawley se preguntó cuánto tiempo duraría en este mundo.

—*Gaias* —dijo Charlie.

—La mandíbula se te pondrá bien en un par de semanas. No gastes las medicinas demasiado deprisa. Parte las pastillas en dos, si te hace falta. Y búscate unas pajillas. Ayudan mucho. Puedes robar unas cuantas en algún bar, las guardan donde las servilletas y el ketchup.

Charlie asintió con la cabeza y apretó contra su pecho la bolsa llena de medicamentos. Empezó de nuevo a llover, y el chico se alejó otro paso sobre sus zapatillas moradas. En la distancia, un tren dejó oír su silbato. Ambos lo oyeron aproximarse. El chico parecía nervioso. Miró hacia el andén, luego a Hawley.

—Saldrás adelante. Puedes encontrar trabajo de cambiar ruedas.

—*I* —dijo Charlie. Luego se alejó cojeando hacia la estación.

Cuando Hawley volvió a la camioneta, se encontró a Lily sentada en el capó. Mabel Ridge había cogido las llaves y se había encerrado dentro del vehículo. Hawley recordó aquella misma mañana, cuando estuvo mirando a su mujer mientras ella esperaba en el andén.

—No sé por qué le pedí que viniera —dijo Lily.

—Te vas a calar hasta los huesos —dijo Hawley.

—Ya lo estoy.

Hawley rodeó la camioneta e introdujo la cabeza por la ventanilla rota.

—Mira —dijo—, quizá sea mejor que te marches.

Mabel Ridge se clavó más en su asiento.

—He venido a ver a mi hija.

—Has venido a verme a mí, y ya nos hemos visto.

Hawley alargó el brazo, quitó el seguro y abrió la puerta. Luego abrió la trasera de la camioneta y extrajo la gigantesca maleta y la dejó en el asfalto.

Por un momento, ambos permanecieron en su sitio, mirándose de hito en hito. Los ojos de la mujer estaban llenos de furia. A punto de embestir. Pero Hawley se las había visto en peores situaciones que con Mabel Ridge. La cogió del brazo.

—¡No te atrevas a tocarme! —gritó ella.

Se soltó bruscamente, pero Hawley sabía identificar el miedo cuando lo veía. Mabel se bajó de la camioneta. Luego asió con sus largos dedos el asa de la maleta.

—No sabes nada de mi hija —dijo.

—Sé lo suficiente —dijo Hawley—. Sé cómo no perderla.

Mabel Ridge le arrojó las llaves del coche a los pies y luego rodó la maleta hasta la parte de delante del vehículo y se plantó ante su hija.

—Te podrías haber casado con el chico de los Gunderson, que es estupendo. Él te habría tratado bien. Y te habrías quedado en casa, que es tu sitio.

—No es mi sitio —dijo Lily—. Nunca lo fue.

—Te equivocas.

Mabel Ridge dijo esto último con tanta convicción, que a Hawley le faltó poco para creérselo. Miró a Lily, pero su rostro era inescrutable. Su mujer se bajó del capó. Abrazó a su madre y la mantuvo apretada contra sí. Los dedos de Mabel soltaron el asa de la maleta y se situaron sobre la espalda de su hija, acariciándole el pelo. Luego Lily puso las manos en los hombros de su madre, como había hecho en el vehículo, y la apartó.

—Hay un tren con destino norte que sale a las nueve en punto.

Mabel Ridge volvió a asir la maleta.

—Te arrepentirás.

—Lo sé.

Hawley sacó el paraguas amarillo de debajo del asiento. Luego rodeó el vehículo con las llaves en la mano, y eso pareció impulsar a la madre de Lily a entrar en acción. En un rápido movimiento, dio media vuelta y echó a andar a buen paso hacia la estación de ferrocarril, arrastrando tras ella la maleta de ruedas.

El paraguas se desplegó como se había desplegado antes, el panel hecho de billetes de un dólar se abrió a la actividad económica, las varillas metálicas pusieron el logo en su sitio. Hawley se lo acercó a Lily, que estaba sentada en el guardabarros, observando la retirada de su madre.

—He mirado el horario antes de salir, esta mañana —dijo—. Ya sabía lo que iba a suceder, seguramente.

—Puedo alcanzarla —dijo Hawley—. Darle el paraguas, por lo menos.

—No —dijo Lily—. No es suyo. Es nuestro.

Permanecieron juntos bajo la bóveda amarilla mientras Mabel Ridge caminaba hacia las tinieblas. En un momento dado, la maleta se le quedó trabada entre dos coches aparcados muy cerca uno del otro, pero logró liberarla. Utilizó la entrada para discapacitados, zigzagueando por la rampa, con las ruedas de la maleta traqueteando contra el cemento. Una vez bajo la marquesina, se detuvo a sacudirse el agua del chaquetón. Había un foco en la entrada y pudieron verla claramente cuando se volvió a mirarlos.

Hawley sintió que su mujer se venía abajo. La atrajo hacia sí con un brazo. Luego bajó el paraguas, hasta que Mabel Ridge se perdió de vista, y quedaron de nuevo los dos a solas. El tejido acusaba el impacto de las gotas de lluvia, pero dentro de aquel pequeño cobijo el rostro de Lily estaba radiante. La besó. Al cabo de un momento,

ella le devolvió el beso, tirándole del pelo. Hambrienta.

—Te lo prometo —dijo—. No volveré a pegarte un tiro.

LA RED

Marshall Hicks se presentó en el Sawtooth a las ocho de la mañana, en el turno de desayuno de Loo, y pidió pastel de patata frito y el especial para amantes de la carne, sin carne: pan de maíz y relleno y puré de patatas. Pidió también un banana split.

—Te he estado esperando —dijo cuando Loo le trajo el pastel.

—¿Para qué?

—Para lo que haga falta.

Ya habían pasado dos semanas desde que los arrestaron en el Firebird. Loo no había dejado de pensar en Marshall ni un solo día, pero no lo había llamado, ni siquiera cuando encontró la petición de su madre en el asiento trasero del coche, arrugada y manchada de tierra. Ahora el portapapeles estaba debajo del colchón de Loo; cientos de firmas que no contaban para nada en este mundo.

—Tengo que hablar contigo —dijo Marshall—. ¿Puedes hacer una pausa, o lo que sea?

El chico daba la impresión de no haber dormido en días. Iba con camisa y corbata, pero tenía manchas de barro en las perneras del pantalón. Alargó el brazo como para coger de la mano a Loo, y a ella le habría gustado que se la cogiera, pero lo que hizo, en cambio, fue hundir ambos puños en los bolsillos del delantal. Notó ahí dentro la presencia de los billetes doblados, todas las propinas, y en la cabeza oyó la voz de Hawley. *Lo habría mantenido, y tú habrías terminado en la cárcel.* El cocinero hizo sonar la campana de recogida. Un grupo de viudas de pesca pedía que les volvieran a poner lo mismo. Joe Strand y Pauly Fisk desayunaban con sus hijos, y ahora hicieron gesto a Loo de que les trajera la cuenta. La chica dio la espalda a Marshall y su plato servido. Le vino muy bien esa excusa para apartarse de él. Los clientes de la barra ya estaban cuchicheando, y los demás lo miraban por encima de los titulares de sus periódicos: LA ADMINISTRACIÓN ESTABLECE NUEVAS LIMITACIONES A LAS CAPTURAS Y EL CAPITÁN TITUS GOLPEA DE NUEVO.

El episodio de *Héroes de las ballenas* rodado en Nueva Inglaterra se había emitido por fin. Loo lo puso con la esperanza de ver a Marshall, pero al único que vio

fue a su padrastro, el enjuto, exhippie, capitán del *Athena*, que soltó una fuerte parrafada salpicada de palabrotas, convenientemente sustituidas para el público con pitidos, y cuya barba le cubría medio torso. Flanqueado por una tripulación de chicas de pechera potente, el capitán Titus, junto al cadáver de una ballena varada, expuso la creciente escasez de bacalao. Luego dirigió la disección de la ballena, extrayendo el contenido del estómago y comparándolo con una gráfica en que se mostraba el derrumbamiento del ecosistema local. Afirmó a continuación que un santuario marino no solo insuflaría nuevo vigor a la población bacaladera del Atlántico Norte. También proporcionaría una vital reserva de alimentos para las ballenas jorobadas migratorias. Se puso en contacto con tres senadores, vía teléfono por satélite, solicitándoles una investigación sobre el exceso de pesca en los alrededores de los Bancos Amargos, luego acosó a una embarcación que estaba pescando bacalao al arrastre y se zambulló en el agua para cortarle la red con un cuchillo de combate, devolviendo al océano una montaña de rayas y platijas y algas y cangrejos. El episodio terminaba con el capitán y su equipo bajo el bombardeo de los cañones de agua de la flotilla de pescadores locales. Loo había reconocido muchas de aquellas caras rubicundas esa misma mañana, comiendo huevos con beicon en el Sawtooth.

Agnes hizo seña a Loo de que acudiera a la zona de la cafetera. La barriga le tensaba la camisa hawaiana. Se le había hinchado tanto el cuerpo que había tenido que quitarse los piercings. Parecía mucho más vieja sin el perno en el labio, a pesar del pelo rosa y el lápiz de ojos. Le hizo señas con un paquete de Sweet’N Low en la mano.

—El chico parece hambriento.

—Estoy tratando de quitármelo de encima.

—¿Está aquí por ti? —Agnes rompió el papel por la mitad—. Más te vale que no se entere su madre.

—Ya lo sabe —dijo Loo.

Agnes alzó las pintadas cejas.

—Mary dijo que lo arrestaron por tu culpa. Y que luego tu padre le pegó.

—Fue un malentendido.

—Muchos malentendidos parece que te ocurren.

Se frotó la barriga con la palma de la mano.

—No sé si lo sabes, pero los Gunderson quieren despedirla.

—¿Por el chico y yo?

—Por eso —dijo Agnes, señalando al otro lado del restaurante.

En el sector de Loo, Jeremy Strand y Pauly Fisk hijo permanecían de pie junto a la mesa de Marshall. Jeremy seguía oliendo a chucrut, y Pauly hijo seguía creyéndose que iba a ser una estrella del rock. Llevaban trabajando de pescadores desde que terminaron en el instituto, pero ahora, con la limitación de capturas, los patrones

habían prescindido de ellos y estaban viviendo en los sótanos de sus respectivas casas paternas. Los chicos hablaban en voz baja, y Marshall negaba. Luego Jeremy dio un golpe en el especial para amantes de la carne y se lo tiró encima a Marshall. Dos clientes habituales que había en la barra levantaron la vista de sus platos para fisgar. Otro dejó sobre la mesa el periódico y la taza de café. El resto de los clientes se quedaron mirando a Marshall Hicks mientras Jeremy y Pauly hijo salían por la puerta y se metían en los coches de sus padres y se marchaban.

Agnes le quitó de la mano a Loo el tique de Marshall.

—Yo le doy la cuenta —dijo—. Sé cómo hacer que los hombres desaparezcan.

Pero Marshall no se fue, a pesar de la comida en los muslos y de la desastrosa atención de Agnes. Se limpió en el servicio y regresó a su mesa. Aguantó las miradas aviesas de los pescadores hasta que se cansaron de mirarlo. Pidió una tostada francesa. No dejó ni una miguita. Y cuando aflojó la aglomeración del desayuno y concluyó el turno de Loo, la siguió a la calle.

—¿Qué quieres? —le preguntó Loo.

—Quiero que me invites a tu casa.

Ella hizo girar el dial del antirrobo de su bicicleta.

—Estoy demasiado cansada para hablar.

Marshall recorrió con la mirada todo el aparcamiento, como si temiera que hubiese alguien escondido detrás de un coche, dispuesto a lanzarse contra él.

—Siento haberte metido en apuros.

—No estoy en apuros —dijo Loo.

—¿No?

—Mi padre más bien se alegra de lo ocurrido.

—Cielos —dijo Marshall—. Creía que iba a matarme.

—Ah —dijo Loo—. No es de eso de lo que está contento. Tú no le gustas nada.

Marshall se sacudió de la corbata las migas del pastel de patata frito.

—Lo añadiré a la lista.

—¿Qué te han dicho Pauly y Jeremy?

—Querían dejarme totalmente convencido de que son unos cretinos.

Loo extrajo la bicicleta del bastidor de anclaje. Por un instante recordó la vieja bicicleta amarilla que le había comprado Hawley y que le robaron en los alrededores de Dogtown. Esta era negra y más robusta, con ruedas de grosor suficiente para recorrer senderos de montaña. Le constaba que podía subirse y salir de allí, pero no lo hizo.

—He visto *Héroes de las ballenas*. Estará contenta, tu madre.

—Cortaron los planos en que aparecía ella.

—Pero ha llamado la atención de todo el mundo.

—Mi padrastro se llevó todo el reconocimiento por el trabajo de mi madre. Pero

ella está tratando de sacar el máximo partido de la publicidad, antes de que el programa vuelva a la Antártida.

—O sea que vas a necesitar la petición.

—A quien necesito es a ti —dijo Marshall.

El sol de agosto caía a plomo, el calor se reflejaba en los techos de los automóviles. Era como mirar a través del borde en burbuja de un objetivo fotográfico, un círculo de vacío que va enfocándose. Nada, y luego algo. Los pantalones de Marshall estaban cubiertos de manchas, la corbata ladeada, el pelo tan lamentable como siempre. Olía a caramelo de arce azucarero.

—Mi padre está pescando —dijo Loo.

Marshall asió la bicicleta por el manillar.

—Eso es lo único que necesito saber.

Fueron en la misma bicicleta. Loo en el asiento y Marshall de pie, dando a los pedales, con el cuadro temblando cada vez que aminoraban la velocidad. Loo iba asida a su cintura con ambas manos. Con la punta de los pies en el tubo inferior. Deseando que no los viese nadie. Deseando que los viese todo el mundo.

Nada más entrar en casa de Loo, Marshall empezó a besarla. Agarrándola por los hombros, luego el pelo, luego los lados de la cara.

—Huelo a comida —dijo ella.

—Y yo.

Era diferente, bajo techo. Había sábanas, y Loo se sintió menos incómoda introduciéndose debajo de ellas en su cuarto a oscuras. Más dispuesta a probar. Se quitó las zapatillas. Se desabrochó el cinturón. Había sudor y tierra en el cuello de Marshall, que le arrancó la ropa como buscando algo que la chica le hubiera robado. Le producía la misma sensación. Parecía un extraño. Loo le subió la camisa y el cuello se le quedó enganchado en la barbilla y por un momento le faltó la cabeza y se sacudía como un pez en la red y ella le asió con fuerza los brazos y luego se quedó con la camisa en las manos y ya no había nada más que quitarle: solo quedaba la piel, muchísima piel.

Cuando terminaron, las almohadas y la manta estaban en el suelo. La sábana ajustable se había soltado por las esquinas, dejando al descubierto los botones ocultos del colchón y las etiquetas plásticas de advertencias de uso. Lo único que quedaba eran sus cuerpos resbaladizos y salados y un pico de manta que Loo se subió de los tobillos y se colocó sobre el pecho. Marshall permanecía tan quieto que tenía que estar dormido. O eso esperaba Loo, al menos, porque le daba miedo que la verdad se le derramase de la boca nada más separar los labios: que lo echaba de menos, aunque estuviera allí mismo en el cuarto.

La voz de Marshall, cuando sonó, le llegó ahogada por la almohada.

—Se te han borrado los planetas.

—Me he pasado días frotándolos.

Marshall se incorporó y recorrió con la mirada el cuarto de Loo, deteniéndose en cada mueble y en cada cosa de su escritorio. Un cuenco de conchas, una tira de tiques para jugar al Skee-Ball de la feria del condado, una pila de cómics, novelas y guías astronómicas, un montón de clínex arrugados de su último resfriado, unas pocas plumas de cormorán que se había encontrado y se había guardado, porque le gustaba su color negro iridiscente. Loo lo vio extrañarse de cada objeto. Era como si le estuviera midiendo la vida.

—Mi madre piensa que estás loca. Tú y tu padre.

Loo se aferró a la manta. Le habría gustado hacerle tragar esas palabras. Juntos habían volado al filo de algo, pero Marshall estaba logrando que el mundo volviese a ser algo corriente. Y lo que hizo fue besarlo, y conectaron por un momento. Él le tocó el hombro. Le recorrió la espalda con los dedos. Todos los sitios donde la había tocado con su pluma de dibujo. Una parte de ella se excitó. Una parte de ella deseó despegarse.

Marshall se apoderó de sus manos y se las colocó a ambos lados de la cabeza. La besó en el cuello. Luego se detuvo y apoyó la frente contra la suya y quedaron a la espera, respirándose. Estaba con ella, allí, en la habitación. Y de pronto no estaba. Apartó las palmas. Se arrastró hasta el borde de la cama y empezó a hurgar entre las mantas, buscando su ropa.

—No puedo seguir mintiendo.

—¿Con respecto a mí, o a la petición?

Marshall cogió sus calzoncillos y metió las piernas en ellos. Luego recogió los pantalones. Del bolsillo cayeron unas monedas que se desperdigaron por el suelo, rodando hasta las esquinas.

—Las dos —dijo él.

—Pues dile la verdad a tu madre.

—No creo que pueda —dijo Marshall—. Todo se complicó bastante en la comisaría. Ya me ha hecho prometerle que nunca volveré a verte.

—Mi padre solo intentaba protegerme.

—No fue tu padre. Fuiste tú —dijo Marshall—. La estampaste contra la máquina expendedora.

—Ella me levantó la camisa.

—Fuese lo que fuese. No puedes pegarle a mi madre. Es mi madre.

Loo miró al techo. Había una grieta en el cielo raso, directamente encima de la cama. Al ladear la cabeza a la derecha parecía un monstruo y al ladearla a la izquierda parecía un alien. Cuanto más hablaba Marshall, más sola se sentía, y cuanto más se esforzaba en no mirar la zona, más le llamaba la atención. Desplazó la cabeza hacia atrás y hacia delante. Alien. Monstruo. Monstruo. Alien. La imagen se negaba a

fijarse en una u otra forma. Sus recuerdos de su madre eran también así. A veces no sabía si eran reales o de Hawley, una invención forjada a partir de viejas fotos y retazos de historias o hechos que había leído en el álbum de Mabel Ridge.

—Tienes que prometerme que no le vas a volver a hacer daño —dijo Marshall.

Habría sido fácil decirle que sí. Pero Loo ya estaba acurrucándose en torno a los lugares de su interior que habían quedado expuestos. Recordó la ballena diseccionada en televisión por el padrastro de Marshall, el hígado y los intestinos gigantes, los pulmones y el corazón desparramados por la playa. Aquel hombre había abierto a aquella criatura y había expuesto sus entrañas al mundo.

Así hacía Marshall que se sintiera Loo. Destripada. Había momentos en que a duras penas lograba soportarlo. El chico quería besarla, a pesar de que le hubiera roto los huesos. A pesar, incluso, de que le hubiera machacado la cabeza a Mary Titus hasta hacerle derramar su sangre sobre el suelo del cuarto de baño.

—Tú por lo menos tienes madre.

Marshall volvió a sentarse en la cama.

—Ya sabes que mi padre murió ahogado —dijo—. Que se te mueran el padre o la madre no te convierte en nadie especial. Lo único que hace es entristecerte.

Loo quiso estar de acuerdo, pero ninguna de sus partes lo estaba. Tiró de la sábana para sacarla de debajo de Marshall.

—Primero se comen los ojos —dijo—. Los peces. Y las anguilas. Pero tu padre estaba en el océano, de modo que pudo ser un tiburón quien se lo comiera. Sería algo rápido, tratándose de un tiburón.

El chico pareció sorprenderse tanto que Loo no le contó lo otro que tenía en la cabeza, todos los hechos que había estado juntando, todos los pequeños detalles de que se había ido enterando por los recortes de prensa de Mabel Ridge: que habían tardado una semana en encontrar a su madre, que la policía tuvo que dragar el lago con una red. No dijo: «Piensa en eso. Piensa en tu madre en el fondo de un lago». No le mencionó la profundidad del lago: casi un kilómetro. No le dio la lista que había hecho de los distintos peces que habitan en ese lago en concreto, para averiguar qué clase de pez se habría comido a su madre.

—Lamento haber abierto la boca.

Marshall echó mano de su reloj. Se lo había quitado antes, cuando la hebilla se enganchó en el pelo de Loo. Ahora se colocó firmemente la correa en torno a la muñeca.

Loo permaneció tapada. No sabía cómo ponerse la ropa sin mostrarse ante Marshall, a pesar de que no hacía ni media hora que el chico le había explorado el cuerpo entero con la lengua.

—Creo que... —dijo Marshall, y luego no siguió.

Se levantó de la cama y se puso rápidamente los pantalones, de espaldas. Luego

vino el cinturón. Y luego se puso a buscar por el suelo, recogiendo las monedas que se le habían caído.

Le cruzaba la espalda un moratón muy marcado y oscuro, que empezaba a amarillear por los lados, de cuando Hawley lo había arrojado contra la pared en la comisaría. Y ahora, mientras se volvía a guardar las monedas en el bolsillo delantero, Loo se fijó en las marcas que el chico tenía en el antebrazo, del tamaño y la forma de las manos de su padre.

—Ojalá no me hubieras robado nunca los zapatos —dijo ella.

—Estaba muy colgado de ti.

A Loo le sabía a agua salada el fondo de la garganta.

—Eso no era ningún cuelgue.

—Te dolió, ¿verdad? —Marshall levantó su dedo retorcido—. Lo sé porque me hiciste esto.

Loo se sonrojó al recordar el modo en que había cedido el hueso bajo la piel. El placer que sintió mientras se rompía. Quería ser una buena persona, pero no estaba segura de llegar a serlo alguna vez.

—No sabes de qué hablas.

—Está bien. —Marshall se puso la camisa. Dio unos pasos hacia la puerta—. Pero que conste: no he venido aquí para romper contigo.

Ella se dio la vuelta. Miró el monstruo escondido en el techo.

—Loo.

Dijo su nombre como si fuera algo que ya hubiera dejado atrás. La chica sintió que el corazón se le retorció entre las paredes del pecho.

—Espera —dijo—. Espera un minuto.

Se envolvió en la sábana como en una toalla. Fue al cuarto de estar y abrió el baúl. Sacó la Beretta de seguro deslizante, una de las pistolas que había utilizado para sus prácticas en el bosque. Sacó el cargador y lo llenó. Comprobó que estaba puesto el seguro.

—Coge esto.

—No necesito una pistola.

—Por si acaso. Yo me ocuparé de que esos tipos no te anden jodiendo —dijo.

Luego dio un paso atrás, para evitar que pudiera devolverle nada. Y cuando vio que él seguía dudando, con los ojos puestos en el arma que tenía en las manos, añadió:

—Lo que no se intenta no se consigue.

Cuando el chico se marchó, Loo abrió el grifo, añadió sales y tomó un baño, tratando de limpiarse de la piel a Marshall. Metió la cabeza debajo del agua y se pasó los

dedos por el pelo. En el borde de la bañera había frascos del champú y del acondicionador de su madre, con las etiquetas tan arrugadas y borrosas que resultaba imposible distinguir la marca.

Cuando Loo era más niña y su padre y ella andaban por los caminos, viviendo en apartamentos provisionales, lo primero que hacía Hawley era sacar el champú y el acondicionador del equipaje y colocarlos en el borde de la bañera. Luego secaba los frascos con una toalla y los volvía a guardar cuando se disponían a marcharse. El gel pegajoso que había en el interior era de color rosado y olía a frutas del bosque. Loo miraba las botellas desde dentro del agua, para ver cuánto aguantaba sin respirar. Había mejorado con los años. Ahora podía permanecer con la cabeza debajo del agua cerca de dos minutos antes de que los pulmones empezaran a quemarle.

Loo oyó llegar a Hawley por la escalera de delante. Sacó la cabeza del agua, abrió y cerró los ojos para sacudirse las gotas de las pestañas. Su padre colocó un objeto pesado en el porche. Luego lo oyó entrar y abrir el arcón y empezar a extraer sus armas. Primero fueron el Colt y el rifle de largo alcance, pero al oír también el clic familiar del Remington y del Winchester fue cuando Loo se preguntó por qué quería tantas armas para ir de pesca.

—¿Loo?

—Estoy en la bañera —contestó ella.

Su padre se acercó a la puerta del cuarto de baño. Loo recordó la noche en que se había encerrado dentro con Mary Titus. La sangre en los azulejos. El mordisco en la palma de su mano.

—¿Todo bien ahí dentro?

Loo apretó el champú de su madre.

—Todo bien.

—No te vayas por el desagüe.

Lo oyó acercarse al arcón y cerrar la tapa. Luego salió y Loo oyó el ruido del candado nuevo al abrirse y el sonido sordo de la puerta del garaje al abrirse y cerrarse.

A Hawley y Loo les había costado horas hacer sitio para el Firebird en el garaje. Ahora el coche estaba recogido en el interior, entre el cortacésped y un haz de leña. El tiempo que Hawley invertía antes en el cuarto de baño, encerrado con las cosas de Lily, ahora lo dedicaba a retocar el Pontiac durante horas, aunque nunca más fuera a ver la luz del día. Mientras él trasteaba bajo la capota, Loo solía quedarse en el interior de la casa, con celos. Durante meses el coche le había pertenecido solo a ella, y no se había dado cuenta de hasta qué punto lo necesitaba: una forma de estar cerca de su madre que no incluía a Hawley y su eterno luto.

Los demás coches del depósito de vehículos confiscados —el cupé, el BMW, el todoterreno y el cinco puertas— los habían llevado a Ipswich y los habían

abandonado en un camino de tierra cerca del santuario de aves. Fue una noche muy larga, de idas y venidas. Cuando terminaron ya estaba amaneciendo y los petirrojos y los cardínidos ya parloteaban en los árboles. Hawley hizo una llamada telefónica y una hora después, cuando pasaron por el mismo sitio, después de desayunar, los coches robados habían desaparecido.

—Uno que me debía un favor —fue todo lo que le dijo su padre.

A partir de entonces se produjo un cambio en el humor de Hawley. No era exactamente que estuviese feliz; pero sí que estaba contento, como si aquel trabajillo hubiese resuelto algo. Una vez vaciaron el garaje y estucharon el Firebird en su interior, cogió el rifle de precisión que había utilizado, lo colocó encima de la mesa de la cocina y le mostró a su hija cómo eliminar el número de serie, igual que antes le había enseñado a empalmar los cables para dar vida a un motor.

Al otro lado de la puerta del cuarto de baño sonaba un teléfono. Loo esperó a ver si contestaba Hawley. Se temió que fuera Marshall y de pronto llegó a la conclusión de que era Marshall, sin duda alguna, así que agarró una toalla del toallero y salió como pudo del cuarto de baño y recorrió el cuarto de estar a toda prisa, goteando agua. Atrapó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga?

—Han vuelto a robar el coche de tu madre. Te lo digo para que lo sepas.

El tono de Mabel Ridge era tan displicente, tan indiferente a todos los problemas que su nieta había causado, que Loo no supo cómo responder. Desde que la arrestaron, hacía dos semanas, ya había decidido mandar a la anciana a freír espárragos. Pero ahora no le salían las palabras.

—Tú misma me diste las llaves —logró decir al fin—. Tú misma me dijiste que me llevara el coche.

—No para siempre. No que te lo quedaras.

Loo fue a la puerta delantera y la abrió, pero no había coches de la policía, ni nada fuera de lo corriente. Solo la nevera de plástico de Hawley colocada encima del felpudo. La arrastró al interior y levantó la tapa. Sobre un lecho de hielo había dos pescados de buen tamaño, con los ojos enloquecidos, con las manchas amarillas y marrones de la piel lanzando destellos.

—Bueno —dijo Mabel con un suspiro—, el caso es que ahora el coche de Lily se ha esfumado. La policía dice que seguramente no volverá a aparecer. Cortado en trozos y vendido por piezas. Si hubieras vuelto a visitarme, nada de esto habría ocurrido.

—No quería verte —dijo Loo.

Mabel se aclaró la garganta.

—Supongo que me consideras una vieja amargada. Supongo que te parezco odiosa. Pero tengo mis motivos para hacer lo que hago.

—¿Como lograr que me detuvieran, por ejemplo?

—Como decir la verdad.

Los peces de la nevera tenían las branquias muy abiertas. Franjas únicas tajadas en la piel moteada, y bajo cada par de labios carnosos les colgaba una especie de perilla parecida a un señuelo. Bacalaos del Atlántico. Loo los reconoció por los folletos que ahora repartían por todo Dogtown. Bajó la tapa y se sentó encima de la nevera.

—¿Has leído el álbum de recortes que te di? —le preguntó su abuela.

—No había fotos. Podrías haberme dado una, por lo menos.

Mabel Ridge soltó un suspiro grande y sonoro.

—Tu madre nadaba muy bien. Era capaz de nadar en mar abierto, desde la Punta hasta el puerto. Vienen a ser cinco millas.

—Eso ya me lo habías dicho.

—El día en que ocurrió, en el lago... Según todos los periódicos, hizo un tiempo perfecto. Sin oleaje. En uno de ellos ponía que el lago estaba como un espejo. Y el lago solo tiene dos kilómetros y medio de ancho. Tu madre nunca se habría ahogado en un *lago*.

Podría haber sido la propia voz de Loo. No ahora, sino dentro de veinte, de treinta años en el futuro. Sintió el roce de la toalla contra el hueco de la rodilla. Había agua en el suelo del cuarto de estar. No sabía si era de ella o de la nevera, pero estaba plantada en mitad de un charco.

—La mató él —dijo Mabel Ridge—. Tu padre. Lo sé. Y ahora también lo sabes tú.

Loo estampó el auricular contra la base. El aparato se desplazó a un lado y emitió un barrunto de timbrazo, como si alguien hubiese intentado llamar y hubiera colgado antes de establecer la conexión. Del pelo de Loo caían riachuelos de agua, fluyendo como desde grifos abiertos en sus hombros. Cogió el aparato y se lo acercó. Luego, lentamente, se puso de nuevo el auricular en el oído, escuchando el zumbido regular de la línea, queriendo y no queriendo saber lo que vendría a continuación.

Cuando levantó la mirada, Hawley estaba en el umbral de la cocina. Tan inmóvil que parecía un fantasma.

—¿Quién era? —preguntó.

—Nadie —dijo Loo.

Hawley tenía las manos llenas de grasa. Loo imaginó la capota del Pontiac levantada, su padre toqueteando todo ese metal frío, tocando el coche de su madre con tanto cuidado como desmontaba sus armas para limpiarlas luego. Ahora miró a Loo con el mismo tipo de cuidado, mientras ella volvía a colocar el auricular en la

base.

—He traído pescado para la cena. Solo hay que limpiarlo.

—Ya lo he visto —dijo Loo—. Tienen buena pinta.

Hawley se le acercó. Dio la impresión de ir a decirle algo más. Pero lo que hizo fue coger la nevera, manchando de grasa el asa de plástico.

—Veinte minutos —dijo.

Luego salió por la puerta.

Loo se ajustó la toalla y recorrió el cuarto de estar con pasos cuidadosos, dejando un rastro de pisadas en el suelo de madera. Cerró la puerta del cuarto de baño y echó el pestillo. Había estado abierta el tiempo suficiente para que se fuera todo el vapor. El espejo volvía a estar claro. Se quedó mirando su propio rostro.

Fuera, en el jardín, Loo sabía que su padre estaba abriendo los bacalaos. Estaría introduciéndoles el cuchillo bajo las costillas, como el capitán Titus había hecho con la ballena de la playa. Estaría extrayéndoles los intestinos y el estómago y el hígado —una mezcla de grises y rosas—, para arrojarlos a la hierba después. Luego tajaría las cabezas y enseguida se pondría a escamarlos. Las gaviotas siempre acudían a llevarse las entrañas, pero se dejaban las escamas, lanzando destellos en el camino de entrada al garaje, pequeños fragmentos de hueso iridiscente, hasta que empezaban a pudrirse y oler y Loo los limpiaba con la manguera.

El agua de la bañera se había enfriado, pero Loo volvió a meterse. Se quedó ahí dentro, temblando y pensando hasta que se le hincharon y arrugaron las yemas de los dedos. Luego hundió la cabeza y abrió los ojos. El champú y el acondicionador de su madre la miraban desde el borde, dos centinelas exhaustos. Loo se concentró en las formas distantes y borrosas de los frascos. Empezó a contar.

Mientras contaba, imaginó a su madre en el fondo del lago, con los peces arrancándole la carne de los huesos. Habría una calma total ahí abajo, y oscuridad, y silencio, con todo el peso del agua encima. No habría espacio para el aire: solo presión, empujando en los oídos y metiéndosele en la nariz, estrujándole los pulmones y dejándoselos planchados. Loo se mantuvo sumergida otro minuto, sintiéndose más viva que nunca, cargando fuertemente su peso contra el fondo de porcelana, hasta que oyó el puño de Hawley aporreando la puerta, y la espina dorsal se le curvó hacia arriba, y la chica emergió a la superficie, escupiendo agua, atragantándose, boqueando, haciendo subir con ella la mayor parte del agua, que se derramó por el suelo del cuarto de baño.

BALA NÚMERO SEIS

Las noches blancas de Alaska empiezan a finales de la primavera. Los días se van haciendo más largos, hasta que el sol solo permanece oculto cinco horas, luego cuatro, luego tres, poniendo en el cielo un gris inquietante, como de otro mundo. Al estirarse y alargarse los días, Hawley descubrió que no podía dormir. Nada parecía hacerle efecto: leche tibia, baños calientes, píldoras, ni siquiera el antifaz totalmente opaco que le había comprado Lily. Daba vueltas en la cama, agitado, y luego se ponía a deambular por la casa, y luego se ponía las botas y salía a dar un paseo.

Los caminos estaban desiertos y silenciosos, de un modo antinatural. Por un momento pensó en acercarse a Cook Inlet, pero lo que hizo fue ir más allá del colegio de enseñanza elemental y la carretera de Old Sterling. Era el primer verano que pasaban en Anchor Point y, en casi todos los aspectos, les estaba gustando. Las playas hacían que Lily se acordase de Olympus, y Hawley iba de pesca y recogía ostras, algo que no había vuelto a hacer desde los tiempos en que vivía su padre. Para vivir en Alaska no les hacía falta gran cosa, y Hawley había podido ir estirando lo que le quedaba de dinero, pero ahora la caja del banco estaba prácticamente vacía, y tenían una criatura en camino.

El padre de Hawley aplicaba una serie de reglas para vivir en la naturaleza. Todas se basaban en el número tres. Un hombre podía aguantar tres minutos sin aire. Tres horas sin cobijo. Tres días sin agua. Tres semanas sin comida. Y tres meses sin ver a otra persona antes de volverse loco. Hawley había aguantado más que eso, un par de veces, antes de conocer a Lily, escondido en los bosques tras efectuar un encargo, y aún recordaba el impacto de regresar a un lugar habitado, sentarse en una cafetería a tomarse un café mientras los demás charlaban a su alrededor. Quizá se hubiera pasado un poco, estando solo tanto tiempo. Siempre tardaba unos cuantos días en ser capaz de hablar como es debido con alguien. Y aún más tiempo en desprenderse de la noción que lo había obsesionado en el bosque: que el mundo se había vaciado de gente y él se había quedado detrás en ese vacío. Era la misma sensación que tenía recorriendo las calles durante el sol de medianoche.

Finalmente llegó al puente sobre el río Anchor. Permaneció allí con las manos en

los bolsillos, mirando la corriente y la nube de su respiración en el aire, pensando en su contacto con Jove del día anterior. Hawley andaba en busca de un encargo, y Jove sabía de uno para Cordova. Lo malo era que ello suponía trabajar para Ed King.

En principio, el contratado fue un piloto forestal, pero el hombre se quedó con el dinero que tenía que entregar, y King hizo que lo despacharan una hermosa mañana, mientras su novia preparaba unos crepes. La novia también murió. Hawley había leído algo sobre estas muertes en la prensa. Un verdadero desastre, el desayuno quemándose en el fogón y la chica caída delante del frigorífico, en un charco de sangre mezclada con leche. Pero también fue una suerte, porque ahora necesitaban otro encargado, y ese otro era Hawley.

—No puede haber ningún fallo más —dijo Jove—. Necesito a alguien en quien pueda confiar.

—King no va a querer que me ocupe yo.

Hawley aún recordaba al viejo boxeador corriendo tras la quitanieves de Lily, con el traje pringado de tartas.

—Me ha pedido que encuentre a alguien capaz de arreglar la cosa —dijo Jove—. Con no decirle que ese alguien eres tú...

El plan era un simple intercambio, dinero por transporte. Hawley solo estaría ausente unos días. Aún no se lo había dicho a Lily. No quería preocuparla. Llevaba sin trabajar en nada parecido desde antes de casarse. Pero estaba poniéndose muy nervioso por la inactividad, y necesitaban el dinero. Eso al menos fue lo que se dijo mientras dejaba el río a su espalda. Y lo que dijo cuando le comunicó a Jove que aceptaba el encargo.

La puerta no hizo el menor ruido cuando Hawley se deslizó en el interior de la cabaña. Se quitó las botas, colgó el chaquetón y pasó al dormitorio. Lily seguía durmiendo, con el pelo negro derramado sobre la almohada, con el edredón recogido bajo el combado vientre. El día perpetuo no le molestaba. Desde el momento mismo en que supieron que estaba preñada, había desarrollado una especial habilidad para quedarse dormida en cualquier parte, de día y de noche, en un coche o en un sofá, incluso mientras comían, apoyando la cabeza en un brazo y desapareciendo tranquilamente durante unos minutos, con la boca abierta.

Hawley se sentó al pie de la cama. Le alisó el pelo y le dio un beso en la nuca. Lily abrió los ojos, se los frotó y se puso a quitarse las adherencias de los labios con la uña. Era de las que babea al dormir.

—Tráeme mi cuaderno —dijo.

Hawley abrió el armario y rebuscó en su interior hasta encontrar el bolso de Lily. Dentro estaban la cartera y las llaves, un paquete de clínex, unas conchas de la playa y un cuadernito negro, con un elástico cruzado sobre la cubierta y un pequeño bolígrafo que encajaba dentro. Cogió el cuaderno y lo llevó a la cama. Lily lo asió

con un bostezo, lo abrió y se puso a dibujar. En los viejos tiempos se liaba un cigarrillo nada más despertarse, pero dejó de hacerlo en cuanto supo lo del embarazo. Sin nicotina estaba irritable, sobre todo por las mañanas. Había empezado un registro de sueños para apartar la mente del tabaco.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó él.

—Una bandada de pájaros. Había tantos que no se veía el cielo.

Lily cogió la mano de Hawley y se la colocó en el vientre. Hacía poco que el bebé había empezado a moverse. Cada vez que percibía aquel revoloteo profundo en su mujer, a Hawley le venía el impulso de meterse en la camioneta y hacer kilómetros.

—Creo que está durmiendo.

—Espera. —Lily pasó una página del cuaderno. Dibujó plumas y alas—. Siempre me despierto demasiado pronto —dijo.

¿Demasiado pronto para qué?, le habría gustado preguntar a Hawley, pero enseguida se dio cuenta de que era una estupidez sentir celos del bebé que había provocado aquellos sueños tan vívidos, y todas las demás cosas que estaban alterándoles la vida; las visitas al médico, los paquetes de pañales, la ropa diminuta, las estrías en la piel de Lily. Recordaba bien el día de marzo en que su mujer volvió de la consulta. Hawley estaba en la cocina, comiendo huevos revueltos, cuando le comunicó la noticia. Le habría dado un abrazo, pero lo único que se le ocurrió fue que se le iba a enfriar la comida.

—Ahora —dijo Lily—. ¿Lo has notado?

Algo se movió bajo los dedos de Hawley. Como una almeja hundiéndose profundamente en la arena compacta. Negó con la cabeza.

—Me lo he perdido.

El sol de mediodía acabó trocándose en una mañana auténtica, y tan pronto como lo hizo, Hawley cerró los ojos y empezó a quedarse dormido. Mientras caía en el sueño, se dio cuenta de que su mujer se levantaba y se vestía, enfundándose los pantalones de embarazada, encajando los pechos en un sujetador diseñado para la lactancia. Cuando Lily intentó espabilarlo, se dio la vuelta y gruñó.

Lily agitó las llaves del coche.

—Toca ecografía —dijo.

—¿Tengo que ir?

Lily dejó caer la mano para darse golpecitos en el vientre con los dedos, como ejercitando un músculo que acabara de tensársele.

—Supongo que no.

Dio media vuelta y salió de la habitación, y Hawley la oyó en la cocina, lavando los platos. Luego la oyó coger sus cosas y meterse en el coche y marcharse. Él inmediatamente abrió los ojos y echó mano del cuaderno que Lily había dejado en la cama. Los pájaros tenían cuellos de cisne, torcidos en ángulos extraños, y los picos

muy puntiagudos, y los talones muy desplegados.

Nada más quedarse embarazada, a Lily se le llenó la cabeza de monstruos, y, sin embargo, los sueños no parecían molestarle: perros de tres cabezas, toros con los ojos inyectados en sangre, manadas de caballos devoradores de hombres. Los dibujaba en su cuaderno de notas y a continuación desaparecían de su vida. Hawley, en cambio, cada vez que miraba a hurtadillas alguno de esos dibujos, tenía la sensación de estar leyendo su futuro.

Voy a decirle la verdad, pensó, en cuanto vuelva a casa.

Hawley le dijo que se iba de caza. Le comunicó que estaría fuera una noche, quizá más tiempo. Lily se estiró la trenza y no le contestó una sola palabra. Fue a la cocina y le empaquetó un almuerzo de bocadillos y refrescos y un termo de café. Mientras ella hacía eso, Hawley cogió su bolsa de viaje y repasó las cosas que tenía en el sótano. Eligió el Colt y el rifle largo de su padre y una pistola SIG Sauer. Luego se aprovisionó de munición. Hornady InterLocks, A-Square Dead-Toughs y Winchester Silvertips. Cuando volvió arriba, Lily estaba sentada en la escalera frontal, con la bolsa del almuerzo en las rodillas.

—No eres feliz —le dijo a su marido.

—Soy feliz —dijo Hawley.

Lily lo agarró por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí. Él inclinó la cabeza y aspiró su aroma. Se le pasó por la mente la idea de quedarse. Ella le introdujo las manos en los bolsillos traseros del pantalón, le apretó el trasero y lo soltó. Le tendió el chaquetón.

—Prométeme que me llamarás esta noche.

—Te lo prometo.

—¿Lo dices de verdad?

—He dicho que te llamaré.

Lily estuvo mirando a Hawley mientras cargaba su saco de dormir, su kit de cocina, la comida y la munición en la cabina de la camioneta. Luego cogió una piedra y se la tiró. Hawley se agachó, pero la piedra le impactó con fuerza —justo en la parte blanda de debajo de las costillas—. Se levantó la camisa y se tocó la marca que le había hecho Lily, roja brillante y muy visible.

—Más vale que vuelvas muy feliz —dijo Lily, y se metió en la casa y cerró la puerta.

Cuando llegó a Anchorage, Hawley acudió al banco y el director lo acompañó a las cámaras acorazadas donde estaban las cajas de seguridad. Allí lo esperaba su entrega.

Era una pequeña maleta de aluminio, con asa y ruedas. Descorrió las cremalleras laterales y miró el dinero. Los billetes olían a tinta fresca y a todas las emociones de su antigua vida. Por un momento pensó en coger la caja, ir a buscar a Lily y poner rumbo a México. Luego se acordó del piloto y su novia, y cerró la tapa, ajustó el asa y sacó la maleta del banco arrastrándola sobre las ruedas.

En Whittier tomó el ferry a Cordova. Para entonces ya estaba empezando a caer la tarde, pero aún brillaba el sol. El barco estaba lleno de trabajadores de plataformas petroleras, bebiendo y jugando a las cartas. Hawley se sentó en un reservado y abrió la bolsa del almuerzo que le había preparado Lily. Dentro había dos latas de ginger ale, un sándwich de rosbif en pan blanco, un sándwich de jamón y queso en pan de centeno veteadado, unos pepinillos envueltos en papel de aluminio y una nota que decía: «Es niña».

La nota venía en una hoja arrancada del libro de los sueños de Lily y estaba plegada en dos, de modo que *Es* quedaba a un lado y *niña* al otro. Hawley la abrió y cerró varias veces, como si su contenido fuera a cambiar por ese procedimiento, pero la escritura permaneció como estaba, indeleble. Volvió a meter los sándwiches y los pepinillos y el ginger ale en la bolsa. Luego fue a la cantina y pidió una cerveza. El ferry se metió en la estela de un crucero, y todos los hombres que había alrededor de Hawley se agarraron a sus asientos, protestando.

Era la primera vez que tomaba algo de alcohol en más de un año. Lily nunca le había pedido que no bebiese, pero no le pareció correcto hacerlo sin ella. Ahora, cada vez que pasaban por delante de un bar, su mujer decía: «Acabo de añadirte un año de vida». Y durante mucho tiempo la idea de aquellos años extras con Lily, guardados en alguna cámara secreta del futuro, bastaron para mantenerlo en marcha.

Para cuando llegaron a Cordova, Hawley se había pimplado cuatro cervezas y la mitad de una botella de whisky que le había cambiado a un trabajador petrolero por los pepinillos de Lily. Se llevó un café de la cantina antes de que cerraran y bajó torpemente la escalera y luego esperó en su camioneta a que los empleados del puerto dieran las indicaciones para sacar los vehículos del barco. Nada más salir de la rampa atravesó la ciudad en línea recta y llegó a la carretera de Copper River. Pasados el lago Eyak y la base militar, el camino era de gravilla y discurría por un bosque pantanoso, entre píceas y cicutas. La camioneta iba dando bandazos, levantando polvo. Faltaba poco para que fueran las nueve de la noche, pero seguía pareciendo media tarde.

Pasó junto a un alce y su cría que mordisqueaban la hierba en un estanque. Más adelante vio algo muerto en el camino. Un antílope o un ciervo, quizá. Estaba demasiado despedazado para reconocerlo. Había un águila joven desgarrando la barriga, dispersando las tripas por el camino. Hawley evitó el obstáculo, y el águila levantó el vuelo cuando lo hizo. Mirando por el retrovisor, vio que el ave trazaba un

círculo, con las alas desplegadas como dedos, para luego volver a tomar tierra y continuar con su almuerzo.

Siguió durante una hora sin cruzarse con ningún otro vehículo. Se durmió un par de veces al volante y se despertó cuando la camioneta estaba a punto de toparse con la vegetación de los lados. Bebió más café y se comió uno de los sándwiches de Lily, y luego llegó al puente en que terminaba el camino. Antes de cruzarlo, Hawley vio la señal de Childs Glacier. Viró a la izquierda y tomó por un estrecho camino de tierra, a lo largo de la orilla sur del río, hasta llegar a un aparcamiento. En él solo había un coche, a la sombra de los árboles, un viejo Chevrolet Silverado. Hawley aminoró la marcha de la camioneta y se detuvo a unas cuantas plazas de distancia. En el Silverado no había nadie, pero la trasera estaba cubierta de etiquetas adhesivas con letreros. LO LLAMAN TEMPORADA TURÍSTICA: ¿POR QUÉ NO PODEMOS CAZAR TURISTAS?; JESÚS ESTÁ A PUNTO DE LLEGAR: HAZ COMO QUE ESTÁS OCUPADO; ¿Y SI TODO CONSISTIERA EN BAILAR EL HOKEY POKEY Y DAR MEDIA VUELTA?

Hawley aparcó la camioneta. Localizó la botella de whisky debajo del asiento y bebió unos tragos a morro. Volvió a leer los letreros. Si salían mal las cosas y tenía que matar al dueño del Silverado para recuperar el paquete, podría hacer la entrega, cobrársela a Jove y quedarse con la maleta de aluminio. La idea se le fue afirmando en la mente con cada nuevo trago de whisky, hasta imaginarla en todos sus detalles, desde esos restos de un animal destrozado por algún oso, a quien nadie echaría de menos, hasta el momento en que Lily se echaría a reír mientras él volcaba el dinero sobre la cama.

Comprobó que sus armas estaban cargadas. Luego abrió la bolsa del almuerzo y sacó la nota. La había abierto y cerrado tantas veces en el ferry, que el pliegue se había ablandado, y el papel se partió en dos trozos, el que decía *Es* y el que decía *niña*. Hawley imaginó a Lily escribiendo esas palabras. Cogió la mitad que ponía *Es* y la metió en la bolsa. Luego se guardó en el bolsillo pectoral el trozo que decía *niña*. Enseguida salió del vehículo.

El aparcamiento estaba desierto, de modo que se acercó al sendero señalizado. Había varios carteles advirtiendo de la posible presencia de osos pardos, y otro avisando de los maremotos. Hawley dejó atrás la fila de árboles y bajó por una ladera muy inclinada. Desde allí se veía el glaciar, alzándose en la orilla opuesta.

Desde su traslado a Alaska había visto icebergs, pero esto era totalmente distinto. Aquí era donde *nacían* los icebergs. El glaciar era una gigantesca pared ondulada de hielo azul, de unos cien metros de altura y cinco kilómetros de recorrido, con el río Copper removiéndose en su base: una maravilla de gravedad, presión y tiempo. La frontal se desplazaba todos los días, poco a poco, a través de los montes, y acababa rompiéndose por el borde para desplomarse en el agua, provocando tsunamis

instantáneos. Hawley había leído que unos cuantos dementes intentaron hacer surf en esas olas gigantescas. Dos de ellos quedaron aplastados bajo un trozo de hielo. El Servicio Forestal acordonó el río hasta la desembocadura, pero los cuerpos no se encontraron.

En la playa había dos mujeres vestidas de excursionistas esperando algo. Tenían botas y mochilas, una tienda y bastones de andar —de los que se usan para subir por los montes—. Una de ellas tenía una cámara con zoom montada en un trípode, y la otra estaba ahí de pie, mirando el glaciar por unos prismáticos, con coletas en el pelo. A Hawley le pareció algo mayor para llevar coletas. De lejos la había tomado por una chica joven, pero al acercarse se dio cuenta de que tendría entre cuarenta y cincuenta años. Estaba fuerte, sin embargo. Hombros anchos y musculosos, brazos fibrosos. Piel curtida y morena. Daba la impresión de haber pasado toda su vida al aire libre. La otra mujer era joven, veinte años quizá, y llevaba el pelo rapado a lo militar y un cuervo tatuado en la nuca.

—¿Está usted aquí por las vistas? —preguntó la de las coletas.

—No —dijo Hawley.

—Supongo que viene por nosotras, entonces.

Ambas iban armadas. Hawley notó el abultamiento bajo la camiseta de la chica tatuada, donde se había metido una pistola entre los pantalones vaqueros y el cuerpo. Al lado del trípode había un rifle, y la mujer de más edad, la de las coletas, lo cogió y se lo colgó al hombro como si el arma hubiese sido fabricada para vivir precisamente allí.

A sus espaldas se oyó un trueno. Aire que se quiebra y se parte. Hawley notó el estampido en el pecho, el rumor de una tormenta al aproximarse. Miró hacia arriba y el cielo estaba despejado. Ni una sola nube, ni encima ni en la distancia.

—Llevamos una hora aquí —dijo la chica tatuada—. Ha habido alguna avalancha, pero el glaciar todavía no se ha derrumbado.

—Pronto lo hará —dijo la otra.

—Quiero hacer una foto —dijo la chica.

—La harás —dijo la mujer.

Colocó la mano en el tatuaje del cuervo y le frotó el cuello a la chica. Por el modo en que lo hizo, Hawley dedujo que eran amantes. Luego la chica apartó la mano de la otra con un movimiento de rechazo. Lo hizo como tratando de no hacerlo, igual que Hawley se había apartado de Lily cuando se despidieron.

Se palpó el Magnum que llevaba en el bolsillo; dijo:

—¿Steller?

—Eso es —dijo la mayor de las dos.

—Tengo tu dinero.

—Me encanta oír eso.

Hawley volvió a la camioneta y recogió la maleta. La arrastró por la gravilla, sobre las ruedas. Hacía mucho ruido, de modo que la agarró por el asa e hizo así el resto del trayecto hasta la playa. Soltó la maleta sobre unas rocas.

—Puedes contarlo si quieres —dijo.

—No te enfades si lo hago.

Steller dejó el rifle, dio un paso adelante y descorrió la cremallera de la maleta. La chica se mantuvo cerca de la tienda, sin apartar los ojos de Hawley ni soltar la pistola que tenía en la mano. Era guapa de cara, pero demasiado delgada. Tenía otro tatuaje, de un pájaro, entre el pulgar y el índice. Cuando se rascó la barbilla, pareció que el pájaro volaba.

De vez en cuando había nuevas detonaciones, como disparos de arma de fuego en la distancia, y Steller dejaba de contar el dinero y miraba la enorme repisa de hielo. Cada vez que lo hacía, Hawley la imitaba sin querer.

—Los tlingit lo llaman «trueno blanco» —dijo Steller.

—¿Al glaciar? —preguntó Hawley.

—No —dijo Steller—, al ruido que hace el glaciar al resquebrajarse.

Estaba acucillada a los pies de Hawley, hurgando en la maleta. Hawley miró su raya del pelo. Había una pequeña porción de la cabeza en que empezaba a quedarse calva. El cuero cabelludo estaba rojo por el sol y salpicado de manchas marrones. Hawley se imaginó apoyando allí el cañón de su arma. Trató de quitarse la idea de la mente, pero no lo consiguió durante todo el tiempo que ella tardó en contar el dinero.

Steller volvió a cerrar la maleta con la cremallera. Luego, tras extender el asa, trató de llevarla por la arena sobre las ruedas. El aluminio golpeó en las rocas y se quedó atascado entre dos peñascos grandes. Hawley se acordó de Mabel Ridge, con su gigantesca maleta de ruedas encajada entre dos coches, en la estación del tren.

Hawley ayudó a la mujer a liberar la maleta.

—¿Cómo es que te llamas Steller?

—Mi padre era científico. Me llamó así por Georg Steller. ¿Sabes a quién me refiero? El de las vacas marinas.

Hawley negó con la cabeza.

—El primer hombre blanco que pisó Alaska. Pero fue por las vacas marinas por lo que se hizo famoso. Descubrió las últimas que quedaban, antes de que se extinguieran.

—A este hombre le trae sin cuidado Steller —dijo la chica.

La de más edad le lanzó una mirada a la chica. Se estiró una coleta.

—Pues a lo mejor sí me interesa —dijo Hawley.

La chica seguía rascándose la barbilla, donde se le estaba poniendo roja la piel, con el pájaro tatuado abriendo y cerrando las alas.

—¿Podemos terminar con esto? Lo único que quiero es terminar de una vez con

esto.

Steller se le acercó y volvió a tocarle la nuca. Hawley supuso que la chica la rechazaría con un gesto. No quería que lo hiciese, pero sí lo hizo. Y esta vez algo surcó el rostro de Steller, como cuando la piel se tensa sobre una cicatriz.

—Pórtate bien —dijo Steller.

Luego se agachó para introducirse en la tienda. Cuando salió, llevaba en las manos un cajón de madera, cuadrado, del tamaño de un televisor pequeño. Lo puso en el suelo, quitó la tapa con las orejas de un martillo y empezó a extraer puñados de paja.

Dentro había un viejo cuenco de cerámica, color arena, con grabados en los lados. Figuras humanas y algún tipo de escritura. Había también ristas de anillos, trazando círculos hasta la base, mellas en los bordes y un agujero en el fondo. Parecía una maceta vieja y deteriorada.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Hawley.

—Una clepsidra —dijo Steller.

—Se supone que es un reloj.

—Es un reloj. —Pasó los dedos por los anillos—. Lo llenas de agua y según va bajando el nivel, sabes que ha transcurrido cierto tiempo. Como un reloj de arena —dijo.

Hawley cogió la clepsidra y le dio la vuelta. Pensó en todo ese dinero almacenado en la maleta de aluminio.

—Un cuenco —dijo.

—Una clepsidra —dijo Steller.

Él volvió a dejar el objeto en el suelo.

—¿Cómo sé que no es falso?

—Solo quedan siete parecidas —dijo Steller—. Las otras están en museos. Donde debería estar esta también.

—¿Cómo llegó a tus manos? —le preguntó Hawley.

—Más vale que no lo sepas.

Los cortes y formas laterales del cuenco debían de significar algo, por el modo en que se repetían. Había un resalte con aspecto de cruz doble, y otro que parecía una montaña volcada de costado. Hawley observó el interior del cuenco, pasó el dedo por los anillos. Le habría gustado saber qué tiempos se medirían con ese reloj. Horas. Semanas. Años. Vidas enteras, quizá.

Las dos mujeres permanecían a ambos lados de Hawley. Percibiendo su presencia, él imaginó dos cuencos llenos de agua. Uno para Steller, otro para la chica. El tiempo que habían dejado correr. Tocó la arcilla endurecida de la base del cacharro, luego introdujo el dedo en el orificio del fondo. El canal, profundo como la salida de una herida de bala, transmitía una sensación de frescura y suavidad. Cuando

retiró la mano, tenía los nudillos cubiertos de una fina capa de polvo.

—La próxima vez —dijo Steller—, a ver si mandan a alguien que sepa leer la escritura cuneiforme.

Volvió a tirarse de una de las coletas, y cuando lo hizo, Hawley se dio cuenta de que durante todo el tiempo que llevaban ahí, en la playa, la mujer era consciente de que él estaba pensando en cómo matarla.

—¡Está desmoronándose! —gritó la chica.

Todos miraron. Una espuma de hielo bajó por la repisa del glaciar y se desplomó en el río. Parecía una cascada de nieve. Por un momento, el polvo blanco dio la impresión de estar acumulando fuerza, y luego se ahiló. Unos treinta metros más arriba, en el interior de un oscuro pliegue de hielo azul, se puso en movimiento otra cascada, arqueándose en una línea centelleante. Luego también aquello cesó.

Hawley notó que el aire se enrarecía.

La chica había regresado a la cámara, en cuclillas ante el visor. Su mano hacía girar el objetivo en ambos sentidos, recorriendo el glaciar. Un último penacho de nieve cayó salpicando en el río, bajo un gigantesco saliente de hielo del tamaño de un edificio de tres plantas. La lluvia de fragmentos amainó, hasta detenerse, y el río, tras nivelarse, se calmó.

Hawley se mantenía atento, con las mujeres. Esperaban algo más.

—Qué bárbaro —dijo la chica.

Y luego el aire crujió y se partió en dos y rugió. La fachada del glaciar se venía abajo. Trozos de hielo, uno tras otro, y al final se desprendió un bloque enorme. Los tres quedaron inmóviles, plantados en el sitio, como por sortilegio. El tiempo se hizo más lento mientras el fragmento de hielo se iba desplazando, y cuando al fin se estrelló en el río, una ola subió por el costado del glaciar, y a continuación se desprendió todo el frente y empezó a deslizarse hacia abajo.

Era como si la tierra estuviera abatiéndose. Un rascacielos cayendo por un barranco. La visión dejó aturdido a Hawley, como si una parte de su persona se estuviera viniendo abajo con el hielo. Todo lo que esa prehistórica agua helada había visto, el transcurrir de los milenios, la formación de los continentes, y ahora... llegaba el final de su camino. Luego, cuando el bloque hizo impacto, el río estalló en un surtidor de marrones y blancos, proyectando columnas de agua a tanta altura que el aire se trocó en nubes de vapor que destellaban como el cristal, astillándose y centelleando y lanzándose directamente contra la playa.

Hawley dio un paso atrás y cayó encima del cajón de madera, arañándose las costillas. A todo lo largo de la orilla, el río se hundió, apartándose, como sumiéndose en un desagüe. Trozos de hielo flotante quedaron bajo la superficie, mientras el río se desplazaba y tomaba altura. Steller y la chica ya huían a todo correr, con la maleta de aluminio entre las dos y la cámara al hombro de la más joven. Hawley agarró la

clepsidra y las siguió. Las mujeres gritaban algo, pero el bramido del agua lo tapaba todo. Juntos treparon por las rocas, por la pendiente que llevaba a los vehículos. Hawley se torció un tobillo y volvió a caerse. Arriba, la chica ya estaba en el aparcamiento. Se dio media vuelta y tendió una mano. Steller dejó caer la maleta y se agarró a su compañera, y a continuación se les echó encima la ola.

La fuerza del agua empujó a Hawley hacia arriba. El impacto de ese tremendo frío antártico lo dejó sin aire en el pecho. Mientras luchaba por respirar, tuvo la sensación de que algo lo arrastraba a un plano superior, y a continuación perdió pie y empezó a girar en la espuma de blancura, con el cuerpo vuelto y con el peso del agua aplastándolo contra el fondo de roca, para luego tirar de él hacia atrás por los tobillos. Estaba respirando agua. Agua y tierra y sal. La clepsidra se llenaba cada vez más, era como un ancla que lo fijaba al sitio, y luego el río se la quitó de las manos.

Su único pensamiento era que no podía respirar. Luchó contra la corriente, pero no logró encontrar la superficie. Su padre siempre había tenido miedo de morir ahogado, de modo que nunca permitió a Hawley que se zambullera en el agua. Con ello pretendía proteger a su hijo, pero cuando otra ola de hielo chocó con él, Hawley comprendió que su padre le había fallado en eso. Y que él no quería ser un padre que fallase.

Su mano pasó por encima de algo sólido, un árbol caído en el río, y se agarró a las ramas y se mantuvo lo suficiente para sacar la cara del agua. Logró respirar, con mucho esfuerzo. A su alrededor todo era movimiento. Algo pesado le atrapó las piernas, tirando de él hacia abajo. Trató de desprenderse, sacudiendo las extremidades, hasta que vio un destello de nailon morado. Era la tienda de Steller.

La corriente lo había desplazado unos doscientos metros. La ola lo había atrapado, llevándolo hacia delante, y luego lo había arrastrado a lo largo de la orilla. La corriente iba aún agitada y cambiante, con trozos de nieve medio derretida flotando en la superficie. Hawley se aferró al árbol y lo utilizó para impulsarse hacia la orilla, con las piernas doliéndole de frío. La playa entera seguía inundada, pero vio que el agua se empezaba a retirar entre las rocas, recuperando su forma original. Hawley alcanzó las raíces del árbol caído, rompiéndose las uñas en la corteza húmeda, y con un empujón final consiguió emerger del río.

La playa estaba empapada, llena de charcos turbios, con el agua color herrumbre. Hawley se palpó las costillas. Estaban blandas. Tenía un corte profundo en una mejilla, por el golpe con las rocas. Había perdido la pistola y la cartera. Le temblaba el cuerpo entero, su ropa chorreaba agua. Se volvió a mirar el rostro alterado del glaciar, el agujero vacío que había dejado el hielo al desgajarse.

Le pesaba tanto el chaquetón que era como si llevase otra persona a cuestas. Tras desprenderse de las mangas con mucho esfuerzo, lo tiró al suelo. Se sacó la camisa por la cabeza, con sacudidas en los músculos, con carne de gallina. Cuando volvió a

ponerse la camisa sintió más frío que antes. Deslizó la mano en el bolsillo pectoral. Allí seguía la nota de Lily, pero la tinta se había corrido, y las letras habían triplicado su tamaño. *NIÑA*. Sostuvo el papel entre los dedos. Luego lo plegó cuidadosamente y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

Con las botas llenas de agua, fue tambaleándose hacia el aparcamiento. Cuando terminó de subir por la ladera vio a las dos mujeres, empapadas y chorreando como ratas. Seguían teniendo la maleta de aluminio. Estaban de pie junto al Silverado con el capó levantado, sacando mantas del maletero. Hawley echó un vistazo a su camioneta. Tenía la caja llena de agua.

—Te has salvado —dijo la chica.

—Eso parece —dijo Hawley.

—Los motores están encharcados.

Steller tenía una linterna, como colgándole de la mano. La chica le alargó una manta a Hawley.

—¿Has hecho la foto?

Se preguntó si habrían hecho el menor intento de localizarlo.

—No —dijo la chica.

—Nunca había visto caer un trozo tan grande —dijo Steller.

—Pensaba que íbamos a morir —dijo la chica, y se echó a reír.

También Steller rio. Ambas mujeres estaban muy agitadas y hablaban en un tono muy alto. Se habían agarrado mutuamente y eso había bastado para que no se las llevara el agua. Era algo de lo que hablarían durante muchos años. Y luego —cuando sus vidas estuvieran hechas y ya no se amaran— lo olvidarían.

Pero Hawley nunca olvidaría.

—¿Y la clepsidra? —preguntó Steller.

Hawley se miró las manos. Aún sentía el peso del cuenco arrastrándolo al fondo del río.

—No está.

—¿La has perdido? —dijo la chica.

—Creo que se ha roto —dijo Hawley. Recordó el tirón que le hizo soltar el cacharro, el ruido de algo fracturándose bajo las olas.

Steller echó a correr hacia la playa, pero se detuvo justo antes de empezar el descenso. Desde la parte alta de la ladera escudriñó la orilla. Hawley y la chica se situaron junto a ella, con mantas sobre los hombros, y los tres recorrieron en uno y otro sentido el borde del aparcamiento. La playa estaba cubierta de restos, ramas y montones de peces arrastrados por la ola. Una enorme bandada de pájaros —halcones y gaviotas y cuervos y estorninos— devoraba con ansia los salmones, separando trozos de carne y llevándose las capturas en las garras, mientras los peces se debatían, retorciéndose entre las rocas. Hawley vio a lo lejos lo que quedaba de la tienda, hecha

jirones, llevada por la corriente. Ni rastro de la clepsidra, sin embargo, ni del cajón.

—Puede que la devuelva la corriente —dijo la chica.

—¿Sabes lo que tuve que pasar para que esa cosa llegara a mis manos? —dijo Steller—. ¡Tenía más de tres mil años, me cago en la leche!

Hawley se vería obligado a devolver el dinero al banco de Anchorage. Y a llamar luego a Jove para decirle que el encargo había sido un fracaso. No habría ingresos extra, ni reencuentro feliz con Lily, solo un largo regreso a casa con el rabo entre las piernas. Su mano bajó al cinturón. No fue hasta percibir el hueco cuando recordó que la pistola se la había llevado el agua.

Dijo:

—Vais a tener que devolverme esa maleta.

Steller se situó un paso más cerca de la chica.

—Nosotras hemos entregado el reloj, como estaba previsto —dijo—. Hemos cumplido con nuestra parte.

—Es culpa tuya que se haya perdido —dijo la chica.

—Aquí lo único que cuenta es que no he recibido lo que venía a recoger.

—¿Crees que te vamos a devolver el dinero así, por las buenas? —le preguntó la chica.

Ellas no sabían que hubiera perdido la pistola. O quizá sí. La adrenalina y el agua helada le habían borrado la cabeza por completo. Incluso con la manta que acababa de darle la chica, estaba en riesgo de hipotermia. El cuerpo empezaba a descontrolarse, le temblaban los hombros, le castañeteaban los dientes. Pero no podía volver sin nada. Era el reloj o el dinero.

—Lo siento —dijo.

—Yo también lo siento —dijo Steller, y de debajo de la camisa sacó un revólver Ruger de cañón corto.

Era un arma de viejo. De alguien a quien ya no le importaba el aspecto de las cosas, que se conformaba con su utilidad. Hawley siempre había pensado que los Rugers parecían de juguete, pero eran unas armas muy potentes. Había visto Rugers que seguían disparando sin problemas tras haberles pasado un camión por encima.

—Te voy a dar cinco segundos para que te metas en tu camioneta y te largues de aquí —dijo Steller.

—No me vas a disparar —dijo Hawley.

—Un segundo —dijo Steller.

Levantó el percutor y el tambor se situó en su lugar. Hawley vio que había por lo menos dos proyectiles dentro.

—Para —dijo—. Espera un minuto.

—Dos segundos —dijo Steller.

Ahí estaba Hawley, embutido en ropa mojada, tratando de adivinar si la mujer iba

en serio. Parecía bastante seria, sí. Miró en derredor, en un intento de calcular las distancias que recorrer. No disponía de muchos recursos. El Silverado, su camioneta. Y la chica. Se estaba rascando como una loca, apoyada en el capó del coche. A Hawley le bastarían unos pasos para tenerla agarrada del cuello con ambas manos.

Retumbó el cielo y los tres percibieron que el glaciar se desplazaba. Steller no apartó la vista, pero Hawley se volvió a mirar el río. No había cascada de nieve, ni señales de agrietamiento en la superficie. Pero notó el cambio, algo compacto que se aflojaba en el interior, a mucha profundidad de la fachada de hielo, un lugar tan habituado a la presión que sus moléculas habían encogido y ahora había un temblor, una cueva llena de secretos a punto de abrir la boca para expulsar su contenido.

—Tres —dijo Steller.

—De acuerdo. —Levantó las manos. Se le cayó la manta de los hombros. Echó a andar hacia atrás, hacia su vehículo—. Me marcho.

Steller se apartó del Silverado y lo siguió.

—Mira tú primero —le dijo a la chica—. Seguro que tiene un rifle ahí dentro.

Hawley esperó mientras la chica se acercaba de prisa a la camioneta y abría la puerta del conductor. Mientras la veía buscar, calculó cuántas horas le quedaban para hacer la entrega. Una vez agotado el margen, King se pondría en contacto con Jove. Y Jove no tendría elección —era demasiado dinero—, no le quedaría más remedio que decirle que era Hawley quien había incumplido el encargo. A continuación, alguien se pondría en marcha hacia Anchor Point.

La chica sacó el fusil del salpicadero. Miró debajo del asiento y encontró el Colt.

—Creo que es todo —dijo.

—Cuatro —dijo Steller.

Hawley se subió a la camioneta. Permaneció ahí sentado, como un tonto, con la puerta abierta. El sol rozaba el horizonte, el cielo empezaba a ponerse gris. Dentro de una hora, el sol volvería a salir del todo y sería otra vez pleno día. Allá, en Anchor Point, Lily aún estaría durmiendo, seguramente. Pero no tardaría en despertar. Se pondría las zapatillas e iría a la cocina, a ver qué podía desayunar. Abriría el frigorífico. La luz le iluminaría el rostro. Y luego habría sangre mezclándose con la leche. Crepes quemándose en el fuego.

No podía marcharse sin el dinero. No podía correr el riesgo. Salió del vehículo y se plantó ante las dos mujeres.

—Mi mujer —dijo— va a dar a luz.

—Mierda —dijo la chica.

—Cinco —dijo Steller, y a continuación le disparó.

Al final fue su padre quien llegó. Hawley lo vio venir hacia él por el aparcamiento,

con las viejas botas de pescador que utilizaba para pescar con caña desde la orilla. Las botas le subían hasta el pecho y tenían tirantes. Cada vez que regresaba de la playa, el padre de Hawley se quitaba la goma como una segunda piel y arrojaba las botas al jardín —las piernas le olían a moho y a tripas de pescado, por mucho que se las lavara—. Luego las botas colgaban del tendedero, y el viento las llenaba, y parecían un fantasma bailando en el aire.

—¿Estás bien? —preguntó el padre de Hawley.

—Me han pegado un tiro —contestó Hawley. La voz le salió muy baja, sin fuerza, y no estaba seguro de que su padre lo hubiera oído.

—Mierda —dijo su padre—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Hawley no lo sabía seguro. Recordaba haberse despertado boca abajo en el suelo. El modo en que se le quedaron pegadas las piedrecillas en los párpados al levantar la cabeza. Algunas seguían ahí, adheridas a su piel como percebes. Notaba su presencia, pero no era capaz de levantar el brazo para sacudírselas.

Su padre puso en el suelo la nevera y la caña de pescar que llevaba y colocó varios dedos en el cuello de Hawley.

—¿Quién te ha dado el tiro?

—Una mujer.

Le faltaba por completo el aire. Tenía la impresión de estar moviendo los labios sin decir nada.

—Como de costumbre.

Su padre estaba levantándole la camisa.

—Has envuelto muy bien la herida.

Y entonces Hawley recordó. Las mujeres gritándose y lanzando lejos las armas que le habían quitado, el Silverado saliendo del aparcamiento a toda pastilla. Cómo se había arrastrado hasta la camioneta, cómo había encontrado una toalla y la había apelonado contra su cuerpo y cómo había llegado incluso a empezar a sujetarse el amasijo con esparadrapo. Pero luego se le hizo imposible respirar y se desmayó.

—De acuerdo —dijo su padre—. Espera. Vuelvo enseguida.

Mientras esperaba, Hawley observó la caña de pescar que traía su padre. No era la antigua Kilwell de cinco metros que siempre había usado. Esta era más delicada, unos tres metros. Y llevaba volante en vez de carrete. El sedal tampoco era del peso correcto. Todo ello hizo pensar a Hawley que ese hombre quizá no fuera su padre. Pero habían pasado más de quince años desde la última vez que se vieron, y era de suponer que una persona pudiese cambiar de aparejos de pesca. Y a continuación ahí estaba su padre, con un botiquín de primeros auxilios, y Hawley decidió que daba igual que fuera o no fuera su padre.

—¿Estaba limpia la toalla?

Hawley asintió.

—Vamos a dejar esa parte por ahora, entonces —dijo su padre.

Estaba extrayendo rollos de venda y gruesos apósitos de una caja color naranja brillante con una cruz roja en la tapa.

—Me temo que la bala te haya agujereado el pulmón. Por eso te cuesta tanto trabajo respirar.

Utilizó unas tijeras para cortar la espalda de la camisa de Hawley. Partió una bolsa de plástico en dos y luego le dio la vuelta a Hawley, quitó parte de lo que él se había colocado, limpió la herida de salida, la secó con vendas y empezó a pegarle el plástico a la espalda con esparadrapo. Pegó tres lados y dejó uno abierto. Hawley respiró de nuevo y de pronto los pulmones se pusieron en marcha y se le abrieron.

—Dios —dijo.

—¿Mejor? —le preguntó su padre.

—Sí.

Hawley, al soltar el aire, notó que el plástico se movía un poco.

—¿Con qué te ha disparado?

—Un Ruger.

—Ah —dijo su padre—. Llevo tiempo pensando en conseguirme uno.

Buscó en la caja y sacó un frasco de pimienta de cayena. Desenroscó la tapa.

—Te va a picar un poco —dijo.

Y luego alzó el borde de la toalla y volcó el frasco entero en la herida de Hawley. Inmediatamente volvió a colocar la toalla y apretó con fuerza. Hawley sintió que el ardor de la pimienta penetraba en su interior por el orificio. Notó su sabor en los pulmones. Cada movimiento era como si le hubieran arrojado un frigorífico encima.

—Joder —dijo Hawley.

—Ya casi estamos —dijo su padre.

Extrajo vendas de otros dos envoltorios y las apretó sobre la toalla. Luego sacó unos paquetes fríos de su nevera y los situó en torno al abdomen de Hawley.

—Sujétalo —dijo.

Y mientras Hawley lo hacía, sacó cinta adhesiva y envolvió todo el conjunto varias veces, incluyendo el pecho de Hawley, manteniéndolo apretado.

—Ahora deberías aguantar otros cuarenta minutos, más o menos, hasta que lleguemos al pueblo. A no ser que haya hemorragia interna.

—Necesito agua —dijo Hawley.

—Nada de agua —dijo su padre—. Has perdido demasiada sangre. Venga, agárrate a mi brazo, por aquí. Tengo que llevarte a mi coche.

Había tantas cosas que Hawley quería preguntarle. Por ahora, sin embargo, lo único que podía hacer era apoyarse en el anciano e intentar que el dolor no lo hiciera vomitar. Su padre olía a tabaco de mascar y al caucho de las botas de agua y a alguna otra cosa, en lo más profundo de su aliento: un leve atisbo de Ring Dings, unos

dulces de chocolate sintético envueltos en celofán que vendían en las gasolineras y que a Hawley le gustaban muchísimo de pequeño, sin decírselo a nadie. El día en que cumplió ocho años su padre lo sorprendió con una bandeja llena, ocho piezas con sendos fósforos clavados a modo de velas. Algo que nunca olvidó. La aparición de esos dulces sellados individualmente hizo que durante no menos de un mes Hawley estuviera convencido de que su padre le leía la mente.

—Mis armas —dijo Hawley, señalando a los arbustos.

Esperó que con eso bastara, y pareció bastar. Su padre, tras llevarlo auestas por todo el aparcamiento, hasta dejarlo apoyado contra el Jeep en que había venido, dio media vuelta y se puso a buscar entre los arbustos, y apenas si tardó un minuto en encontrar la escopeta y el Colt de Hawley. Volvió con ambas cosas en la mano y contempló el Colt por un momento y luego abrió la puerta trasera del Jeep y guardó las armas en el interior de un recipiente metálico atornillado al suelo.

—No es que no me fíe de ti —dijo—. Pero no.

Tras haber acomodado a Hawley en el asiento del pasajero, fue otra vez a buscar el botiquín de primeros auxilios. Esta vez Hawley se dio cuenta de que en realidad era una caja de herramientas de color naranja, hecha de plástico reforzado. La cruz roja de la tapa estaba pintada a mano, así como la frase HACEMOS ESTAS COSAS PARA QUE OTROS VIVAN. El padre de Hawley sacó una bolsa de plástico sellada, llena de piruletas. Desenvolvió una de color rosa y se la dio a Hawley.

—Está espolvoreada de fentanilo. Te aliviará el dolor.

Hawley se metió la piruleta en la boca. Sabía a cereza.

El vehículo era un viejo Jeep Wrangler con un agujero en el suelo del tamaño de una fuente de vajilla. Hawley iba viendo pasar la carretera por debajo mientras avanzaban. Esa imagen cambiante y borrosa le generó una sensación extraña, como si el tiempo transcurriera más deprisa y más despacio a la vez. Cuando pasaron por un tramo de gravilla muy densa, las piedras saltaban contra los bajos del Jeep y algunas se colaban por el agujero e iban rodando hasta los pies de Hawley.

Ya notaba el efecto del fentanilo: el frigorífico le iba pesando menos en el pecho. El cuerpo empezó a brillarle, como si estuvieran sumergiéndose en un charco de luz; cada vez que lamía la piruleta le aumentaba la sensación de calor y de brillo. Se la sacó de la boca.

—¿Dónde consigues esto? —preguntó.

—En Vietnam hacía evacuaciones por vía aérea. Las piruletas son estupendas para las heridas por arma de fuego.

—Yo creía que eras de infantería.

—No. Estaba en las fuerzas aéreas. Escuadrón 56.

—¿Cómo es posible que nunca me lo hayas contado? —dijo Hawley.

—Hijo —dijo su padre—, ni siquiera te conozco.

Y Hawley admitió que tenía razón. Su padre había muerto tan joven que Hawley nunca tuvo ocasión de averiguar cómo era. Había seguramente un montón de secretos que murieron con él. Cosas que nunca le hubiera contado a nadie. Pero había sido un buen padre. Le había enseñado a pescar y a desbullar ostras. Y tenía un modo tranquilo de fijarse en las cosas, como por ejemplo que a su hijo le encantaban los Ring Dings sin que el niño se lo dijera.

—Llevas tanto tiempo muerto que a veces me olvido —dijo Hawley.

Por un momento pensó que su padre iba a expulsarlo del Jeep. Pero el anciano apretó la mandíbula y se puso a mirar al frente. Pasaron por otro tramo de gravilla, y unas cuantas piedras se metieron por el agujero del suelo y le dieron a Hawley en las piernas.

—Menos mal que sigo pescando —dijo su padre—. Si no, no te habría encontrado.

Una vez terminada la piruleta, Hawley se recostó en su asiento, algo aturdido, con la sensación de ir flotando por encima del Jeep.

Tenía quince años cuando murió su padre. Lo que más recordaba era el miedo: miedo a estar solo, miedo a hablar con la gente. Se escapó de los servicios sociales y volvió a la vieja casa y rompió una ventana y entró por ella y metió en una bolsa el rifle de su padre y algo de munición. Iba con la idea de emprender la búsqueda de su madre, pero se quedó sin dinero antes de salir de Texas. Se le pasó por la cabeza vender el rifle, pero era lo único que tenía, de modo que se sirvió de él para asaltar una licorería. Sacó 752 dólares. Su primer golpe. Él solo.

Y ahora su padre estaba ahí otra vez. Era una posibilidad que nunca se le había pasado por la cabeza. El anciano iba inclinado sobre el volante, como a lomos de un caballo al que pudiera espolear para que fuese más deprisa. Hawley percibió el modo en que su padre había endurecido la expresión, y comprendió que seguramente acababa de decir otra inconveniencia.

—Lo siento —dijo.

Y tuvo la misma sensación de las otras veces en que lo había dicho, por cosas que lamentaba y que no lamentaba, al mismo tiempo, por todas las cosas que no había hecho.

Su padre no le contestó. Pero tras dejar atrás el puente siguiente, se aclaró la garganta.

—Esa que te ha pegado el tiro, ¿era tu mujer?

—No la había visto en mi vida.

—Y entonces ¿por qué ha intentado matarte?

Hawley se acordó de la clepsidra, del reloj hundiéndose en el río. El cuerpo seguía brillándole, pero las manos empezaban a temblarle y los dientes le dolían como si se los estuvieran perforando.

—No tienes muy buen aspecto.

El padre de Hawley echó un brazo atrás, hacia el asiento trasero, dejando la otra mano en el volante. El Jeep dio un bandazo y estuvo a punto de salirse de la carretera. Cogió una vieja manta mexicana cubierta de pelos de perro y se la lanzó a Hawley.

—Me temo que vas a tener una conmoción. Envuélvete en esto. Pero no te duermas.

La manta picaba. A Hawley le latía como un loco el corazón. Quería quitarse las bolsas de hielo, pero cada vez que tocaba el vendaje se le hundía más en la herida la pimienta de cayena. Hizo lo que pudo por envolverse en la manta. Cada movimiento provocaba una oleada de hormigueos procedente del costado: no dolor, sino un eco de dolor, como si lo estuviese oyendo desde muy lejos. Respiró profundamente y al soltar el aire notó el aleteo de la tira de plástico que llevaba pegada a la espalda.

—No tienes que contarme lo que ha pasado —dijo su padre—, pero algo sí tendrás que contarme.

—Estoy casado —dijo Hawley.

—¿Sigues queriéndola?

—Claro que sí.

—¿Crees tú que esa mujer irá a por ella?

Hawley comprendió que se refería a Steller.

—No —dijo—, pero alguien sí que podría hacerlo.

Nada más decir estas palabras, Hawley sintió que su verdad le llegaba hasta los huesos, como agua helada que llena una grieta. Sin dinero, sin nada: aun suponiendo que lograra apañárselas con King, tendrían que andarse con cuidado. Tendrían que huir.

—Está embarazada.

—Pues más vale que no te mueras, entonces.

Por delante tenían el mismo animal atropellado que había visto en su camino hacia el glaciar. Ahí seguía el águila, arrancando trozos de estómago con el pico. Por los alrededores sobrevolaban unas cuantas gaviotas y un par de charranes, esperando a que terminase el águila. Ante la proximidad del Jeep, las aves se dispersaron y huyeron entre graznidos de reproche mutuo. Luego el Jeep pasó por encima del cuerpo muerto y Hawley vio un destello de pellejo por el agujero del suelo.

Eso le hizo recordar a Hawley su travesía del desierto de Arizona, con la chica al volante —¿cómo se llamaba?— y el bebé sujeto junto a él en el asiento del vehículo. También entonces habían tropezado con animales atropellados. Fue como pasar junto a su propio cuerpo machacado. Y aquí estaba otra vez, con un tiro en el pecho, sangrando. Solo el paisaje había cambiado. Era como si estuviera repasando una anotación de su propia vida. Pero no era el mismo hombre de aquella vez en el desierto. Ahora tenía a alguien esperándolo, y no daba igual que muriese o no

muriese.

Era como si hubiesen pasado trescientos años desde el momento en que el río lo arrastró.

—Necesito un teléfono —dijo.

—Hay uno debajo del asiento —dijo su padre.

Hawley se inclinó hacia delante, doliéndole el costado, con la piel pegajosa de sudor. Tocó una correa de fieltro y sacó una cartera. Dentro había un teléfono de campaña, con cascos.

—¿Esto funciona?

—Dale a la manivela. La señal está cifrada. Puse SLNO.

—¿Qué es SLNO?

—Sin Ley Ni Orden.

—¿El fin del mundo, quieres decir?

—No —dijo el padre de Hawley—. Solo del gobierno.

Hawley cogió el receptor y se lo colocó en el regazo. Con la mano mejor hizo girar la manivela y empezó a marcar números. Había mucha estática, pero parecía funcionar. Hawley esperó la conexión. Debajo de las costillas, entre esparadrapos y vendas, se le veía el cardenal que le había hecho Lily el día anterior, cuando le tiró una piedra. Un puntito azul. Apretó la señal con el dedo y siguió apretando, pero no logró sentir nada.

—¿Dónde estás? ¿Estás herido?

Lily no gritaba, pero sonaba como si hubiese estado gritando desde hacía mucho, las palabras se le rompían por los bordes, deshilachándose. Hawley se alegró tanto de oír su voz que no dijo nada. Se limitó a mantener el receptor apretado contra la cara. El plástico olía como si lo hubiesen tenido en gasolina, como si fuera a incendiarse en cualquier momento.

—Estoy bien.

—Dijiste que llamarías. Y no has llamado.

—Ya te he dicho que estoy bien.

Lily estornudó. Y volvió a estornudar, una y otra vez.

—Escucha —dijo Hawley—. Mete todo en una bolsa y vete a Anchorage y busca un hotel cerca del aeropuerto. Espérame allí.

La línea iba perdiéndose ya, la voz de su mujer se debilitaba hasta convertirse en un hilillo.

—Lily —dijo él—. Lily.

—Estoy aquí —dijo ella.

—Aquí estamos —dijo el padre de Hawley.

A través de la nube de polvo que tenían delante, quedó a la vista el lago Eyak, y más allá Hawley pudo ver las afueras de Cordova. El Jeep cambió de marcha cuando la grava del camino se convirtió en asfalto, las ruedas se engancharon un momento para enseguida adaptarse a aquella nueva superficie de pronto tan lisa. En lugar de absorber piedras, el agujero del suelo parecía ahora empeñado en expulsarlas. Hawley estuvo observando cómo iban cayendo a la carretera, una detrás de otra, renunciando a la seguridad del hueco en que se habían amontonado. Y luego fue él quien sintió que el agujero lo absorbía, que le pesaban las piernas, que resbalaba del asiento. Su padre estaba diciendo algo. Hawley trató de prestarle atención, pero sabiendo que no lo lograría.

—Dile que vuelves a casa —dijo su padre—. Dile que la quieres.

Hawley aferró el receptor que contenía la voz de su mujer. Pensó en todas las cosas que su hija nunca sabría de él. Recuerdos futuros con inserciones de espacios en blanco. Tomó aire y notó que el plástico atrapaba la apertura que tenía en la espalda, taponándola. Se le llenaron los pulmones. El aire sabía a pimienta y sangre.

—Lily —dijo—. Me alegro. Me alegro de que sea niña.

FUEGOS ARTIFICIALES

Hiciera lo que hiciera, Loo no conseguía despegarse de la piel el recuerdo de Marshall Hicks. Todas las mañanas, al despertarse, estiraba los brazos e imaginaba sus manos enlazadas con las del chico. Recordaba las pequeñas cicatrices blancas de sus nudillos, el abultamiento en el dedo que ella le había roto. Cerraba los ojos y por un momento sentía su peso, su boca acercándosele, sus dedos en el pelo. Oía su voz, el susurro de un gemido bajo su aliento. Seguía haciendo eso una y otra vez, con la mente, hasta que los escalofríos le recorrían el cuerpo entero. Y luego oía a su padre en la entrada y aguardaba un momento más y al final abría los ojos y salía de la cama.

Hawley llamó a la puerta.

—Hay que irse.

Loo se vistió, luego bajó y fue al garaje a buscar los cubos y las cestas de alambre y la pala y el rastrillo. Su padre llenó de hielo una nevera portátil. En el parque se pusieron las botas, Hawley las altas de pescador y Loo unas viejas de agua. Recorrieron en silencio el bosque hasta llegar a la orilla abierta. El mar se había retirado por completo, la playa estaba mojada y con la huella de las olas y cubierta de diminutos agujeros de aire.

Hawley dejó los cubos en el suelo. Luego se adentró en la parte más compacta de la arena y dio un gran salto. Aterrizó pesadamente sobre ambos pies, y a su alrededor brotaron pequeños chorros de agua, como fuentes. Miró a Loo, con cara de esperar algo de ella, pero la chica hizo como que no se daba cuenta. Cogió su pala y se puso a cavar. A duras penas soportaba mirarlo a los ojos.

Ya había pasado una semana desde la llamada de Mabel Ridge, y Loo seguía procesando las palabras de su abuela. De noche, cuando Hawley se iba a la cama, repasaba el cuaderno de recortes sobre la muerte de su madre, en busca de respuestas. Tratando de hallar alguna relación. Loo había añadido páginas, pegando cosas de las que había hecho fotocopia tras encontrarlas en la biblioteca. Un mapa de Wisconsin, un croquis de sus caminos forestales, direcciones de las casas más cercanas y detalles del lago: la extensión de su orilla, la profundidad máxima, las coordenadas. Las diferentes especies de peces y sus hábitos alimenticios. Ninguno de estos hechos

llegaba a convencerla de lo que le había dicho su abuela. Lo único que conseguía era entristecerse aún más.

Hawley cavaba a su lado en la arena.

—¿Vas a ir esta noche a ver los fuegos artificiales del Día del Trabajo?

—No creo —dijo Loo.

—Podemos verlos juntos. Hacer un pícnic en la playa.

Su padre tenía un trozo de alga pegado a la barba. Loo se quedó mirando aquel trocito tan pequeño de verde.

Tu madre nunca se habría ahogado en un lago.

Hawley hizo fuerza en el rastrillo con un pie.

—Antes te asustabas mucho con los fuegos artificiales. Sobre todo con la traca final. Te escondías debajo de la piel de oso.

—No me acuerdo de eso.

Pero sí que se acordaba. El olor del pellejo. Sujetando las garras para mayor comodidad. El modo en que cada explosión le resonaba en lo más profundo del pecho, como si el corazón fuera a estallarle.

—Oye —le dijo su padre mientras echaban arena en la cesta de alambre—, me parecerá muy bien si prefieres ir con el chico ese.

Loo se dio la vuelta y carraspeó, para que su padre no le viera la cara. Su padre siempre daba la impresión de saber lo que estaba pensando. Últimamente le había dado por ir a comer al Sawtooth cada vez que ella estaba de turno. La chica percibía su presencia incluso durmiendo. Era como si existiese un lazo fuerte entre ambos. A veces se aflojaba un poco, y luego, como ahora, volvía a apretarse de un tirón.

—Hemos roto.

Hawley soltó el rastrillo, cogió la cesta y empezó a sacudirla para cribar el contenido, dejando al descubierto un racimo de pequeñas almejas blancas, del tamaño de un dólar de plata.

—O sea que es por eso por lo que estás enfurruñada.

Hawley se metió en el agua con la cesta, hasta las rodillas. Luego se inclinó hacia delante para limpiar de arena las almejas. Abrió la nevera portátil y empezó a trasladar la captura.

—Su padre está montándola en el pueblo.

—Padraastro —dijo Loo.

—Lo que sea. La cosa no va a terminar bien.

—Eso no es culpa de Marshall.

—No —dijo Hawley—, pero sí de su familia. Y el chico está pegado a su familia, como tú estás pegada a mí.

Cuando regresaron a casa había una caja grande de cartón en el porche. Hawley puso la nevera en el suelo y subió la escalera frontal. Comprobó la etiqueta. Se sacó la navaja del bolsillo y se la pasó a Loo.

El paquete venía a nombre de la chica. Por un breve instante, pensó que podía ser de Marshall, y el corazón le dio un brinco en el pecho. Luego se fijó en la cara que ponía su padre.

—Mi cumpleaños no es hasta la semana que viene.

—Tú abre la caja.

Dentro había un telescopio. Parecido al que la profesora de Biología utilizaba para las demostraciones. Un Schmidt-Cassegrain con montura ecuatorial. El telescopio no podía haber costado menos de dos mil dólares. Loo sospechó que el director Gunderson le habría echado una mano a su padre para elegir modelo.

—¿Qué se supone que voy a hacer con esto?

—Aprender cosas que yo ignoro —dijo Hawley.

Y eso fue lo que hizo.

Mientras su padre llevaba la captura al mercado, Loo dedicó la tarde a montar su nuevo telescopio y lo emplazó en el tejadillo, ante la ventana de su dormitorio. Sabía que ese regalo era un soborno, para que cambiara de humor, pero le daba igual. Tuvo la mente distraída durante varias horas. Leyó las instrucciones para alinearlos con el eje de la Tierra, modificando los diales hasta ajustarlos a la hora y el día correctos. Luego tiró de su planisferio y del libro sobre el sistema solar que le había regalado Marshall. En la contracubierta venía una tabla con las coordenadas de los planetas. Miró por el visor, pestañeando ante la luz del sol. Tenían que pasar horas antes de que hubiera la oscuridad suficiente para ver algo.

Loo volvió a entrar por la ventana en su dormitorio. Sacó del armario su único vestido. Se lo había puesto una vez, cuando su graduación, y lo había vuelto a meter en la funda de plástico. Ahora deshizo el cierre de la bolsa, luego subió la mano por dentro de la falda, más allá de la cremallera, y liberó el sobre que había prendido a la tela —su nuevo escondite, después de que Hawley encontrara su alijo de dinero en el ático—. Dentro de ese sobre estaba todo lo que no quería que viese su padre: los guantes de encaje negro, el libro de recortes sobre la muerte de su madre y el portapapeles con la petición de Marshall.

Sacó el portapapeles, luego lo unió al plano de la localidad y la guía de teléfonos que habían utilizado, bajó con todo a la cocina y empezó a copiar los nombres. Utilizó toda clase de herramientas para escribir: bolígrafos normales, bolígrafos de gel —pluma fuente, fino, ultrafino, grueso, azul, negro, rojo, morado, incluso verde—, para que las firmas parecieran diferentes y las curvas y trazos resultaran únicos. Ahora ya no se limitaba a sustituir los nombres perdidos. Ahora estaba creando un movimiento medioambiental. Loo había buscado en la biblioteca todo lo que

necesitaba para completar la petición. La descripción del santuario marino, los mapas, los criterios y, lo que era más importante, el apoyo de cinco mil miembros de la comunidad. Mientras iba copiando firmas pensaba en Marshall Hicks. Los Harry, las Jane, los Archibald y los Rocco la mantenían unida a él. Y tras haberse pasado una noche manipulando cables para arrancar coches, la falsificación se le antojaba un delito bastante fácil de asumir.

Estuvo escribiendo hasta que empezaron a dolerle los hombros. Estuvo escribiendo hasta que empezaron a arderle las manos. Estuvo escribiendo hasta que se le retesaban tanto los tendones de los dedos que tenía que hacer pausas para estirarlos, con las manos abiertas sobre la tabla de la mesa. Estaba copiando la dirección 756 East Main Street, Apartamento 5 —con 3.678 firmas falsificadas ya y 1.322 por falsificar— cuando llamaron a la puerta.

El hombre del porche tenía una cabellera gris que le barría los hombros y unos gruesos ojos color avellana. Una barbita de siete días le cubría el mentón. Llevaba una chaqueta de cuero marrón y pantalones vaqueros y botas de cowboy. Eran tan puntiagudas que le hacían muy pequeños los pies.

—Busco a Samuel Hawley.

Llevaba una mochila militar de color verde, muy asendereada. Era igual que la de su padre. La que guardaba en el armario, llena de armas y munición. El recién llegado dejó la suya en el suelo del porche. Loo oyó el choque de metal con metal.

—No está.

Dio un paso atrás.

—¿Eres su hija? —El hombre la miró de arriba abajo y meneó la cabeza—. Cielo santo.

Había algo malo en su rostro. Una maraña de cicatrices diminutas le recorría una mejilla, junto a manchas de un rojo más oscuro que el resto, como si hubiera nacido con un churrete de zumo bajándole por la mejilla y el cuello. En las manos tenía el mismo tipo de manchas, en las muñecas y los nudillos.

—Me llamo Jove. —Levantó una de sus manos llenas de cicatrices—. Soy un viejo amigo de tu padre.

—Yo me llamo Loo.

Jove le tomó una mano y la cubrió con la otra, de modo que la chica quedó aprisionada por un momento entre sus palmas. Tenía los dedos ásperos, pero cálidos.

—Eres una preciosidad, Loo —le dijo—. Pero tu padre es un hijo de perra.

El hombre resopló como si acabara de hacer un chiste.

Ella apartó la mano.

—Volverá pronto —dijo Loo—. En cualquier momento, supongo —añadió.

—Pues mira, lo esperaré —dijo Jove, y pasando al lado de Loo entró en la casa.

Vio algo en el deteriorado rostro de aquel hombre que le hizo pensar en las viudas

de pescadores llamando a la puerta de su padre. Una necesidad que parecía desesperada y peligrosa al mismo tiempo. Jove entró en el cuarto de estar con la mochila a cuestas. Luego soltó un pequeño grito gozoso y se puso de rodillas y abrazó la piel de oso.

—No me puedo creer que siga teniendo esto. —Le dio un golpecito en el hocico al oso—. La última vez que vi al muchacho este estaba extrayéndole una bala del hombro a tu padre.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Loo.

—No éramos más que unos críos haciendo trastadas —dijo Jove—. Metiéndonos en propiedades ajenas, ¿comprendes?, y un viejo piojoso nos hizo correr. Tardé una eternidad en sacar esa bala de entre las costillas. Y Hawley se pasó todo ese tiempo gritando el nombre de una chica, como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué chica?

—Imposible que me acuerde.

—¿Lily?

Jove le dio otra palmadita al oso.

—No, a Lily aún no la había conocido.

Loo sabía qué cicatriz era: el cráter de debajo del omoplato derecho de Hawley, florecido como la cabeza de una medusa. Escuchando los detalles de cómo se había grabado en la piel de su padre, se agachó y tocó al oso. Había caminado sobre esta alfombra toda su vida. Nunca se preguntó de dónde había salido. Nunca se le ocurrió preguntarlo.

—Seguramente no debería haberte contado lo del tiro.

Jove, tras recoger la mochila del suelo, se dirigió a la cocina.

—Siempre he hablado demasiado. Por eso nos entendemos tan bien, porque Hawley nunca dice una puñetera palabra.

Fue al frigorífico y lo abrió. Eligió una manzana, luego buscó un pequeño mondador del escurrer platos y enseguida fue cortando la fruta en rodajas, para llevárselas una por una a la boca con el propio cuchillo.

—Oye —dijo Loo—, que no estás en tu casa.

—Pronto lo estaré.

Jove puso los ojos en la mesa. La guía telefónica y el montón de lápices, plumas, rotuladores, bolígrafos. Se apoderó de uno de los papeles que Loo había utilizado para ensayar las firmas.

—No está mal —dijo. Puso el papel contra la luz—. ¿Falsificando cheques?

—Es para una petición.

Jove cogió el portapapeles. Leyó la declaración introductoria. Hojeó los folios.

—O sea que eres una especie de defensora del medio ambiente.

—Mi chico lo es.

—¡Tu chico! —dijo Jove—. ¡Pobre Hawley! ¿Le ha dado ya una buena paliza a tu chico?

Loo le quitó el portapapeles de las manos. Lo guardó en un cajón de la alacena, junto con la guía telefónica, los planos y las cosas de escribir.

—Daré por supuesto que sí —dijo Jove.

Loo se quedó mirándolo mientras terminaba con la manzana.

—¿De qué dices que conoces a mi padre?

—Trabajábamos juntos.

—Nunca me ha hablado de ti.

Loo miró la mochila. Jove la había mantenido al alcance de la mano desde que entró en la casa.

Jove captó su mirada. Se inclinó para descorrer la cremallera de delante.

—Acércate y echa un vistazo. Aquí dentro hay cosas estupendas.

Separó los laterales como quien abre un cadáver, apartando las costillas con las manos.

La mochila estaba llena de relojes. De los grandes, con potentes correas de cuero, de los que dan el mes y la fecha e indican la hora de París, Nueva York, Roma y Tokio..., impermeables, con el cristal lo suficientemente grueso como para bucear, esferas de oro y plata y platino, piezas de las que van pasando de generación en generación.

—Bonitos, ¿verdad?

Jove hundió los dedos en el montón y extrajo uno de ellos por la pulsera.

—Escucha.

Loo miró el interior de la mochila. Tantísimos guarismos mezclados, y ella en lo único que pensaba era en el reloj de Marshall enganchándose en el pelo, y en el modo en que el chico se lo ajustó firmemente a la muñeca mientras se iba.

—¿Eres una especie de viajante?

—Llamémoslo así. Trabajo sobre todo en antigüedades. Es mi especialidad, como quien dice —dijo Jove—. Los egipcios no tenían la misma noción del tiempo que nosotros. Para ellos, el día y la noche eran dos mundos diferentes. Doce horas de luz, doce horas de oscuridad. Usaban relojes de sol durante el día, y luego seguían el curso de las estrellas, empezando al anochecer y terminando cuando salía el sol. Tampoco contaban los segundos como nosotros. El tiempo era —movió los dedos ante los ojos de la chica— flexible. A veces una hora duraba sesenta minutos. Y otras veces cuarenta. ¿Usas reloj?

—No —dijo Loo.

Jove soltó un resoplido de desaprobación. Volvió a introducir la mano en la mochila.

—Los relojes tenían su importancia. Tu primer reloj era algo especial. Un

recordatorio de los días que te quedaban, haciéndote tictac en el brazo.

Extrajo un reloj de hombre, lo sostuvo por la esfera, con dos dedos, y dejó las correas colgando en el aire.

—Este es automático. No lleva pila, ni hay que darle cuerda. Los movimientos del brazo, el simple balanceo al andar, mantienen el mecanismo en marcha. Basta con que se lo pongas a alguien que esté vivo para que él también viva.

Cogió a Loo de la muñeca y le colocó el reloj. La correa era demasiado larga y el brazo, demasiado fino. Loo levantó la mano y la esfera resbaló.

—No funciona si te estás quieta.

Loo se levantó de la mesa y dio unos pasos en dirección al cuarto de estar. Tras pasar por la entrada y por delante del cuarto de baño, regresó a la cocina. Jove seguía ocupando la misma silla. Agarró de la mano a la chica y se llevó el reloj al oído. Frunció el ceño.

—¿Has balanceado los brazos?

—Sí.

Jove le sacudió la muñeca y volvió a escuchar.

—Maldita sea.

Loo se llevó el reloj al oído. No había pulsación. Pero desde fuera, por la ventana, llegó otro ruido. Un vehículo metiéndose en el camino de entrada. El ruido de la puerta de la camioneta al cerrarse, y luego las botas de Hawley subiendo la escalera frontal. Loo miró a Jove, luego a la piel de oso, luego otra vez a Jove. Loo oyó a su padre dejar las cosas en el suelo e introducir la llave en la cerradura.

Jove se llevó un dedo a los labios. Lo hizo a la sombra de la librería.

—¡Estoy en casa! —dijo Hawley.

Al otro lado del cuarto de estar, Loo vio que su padre se detenía. Primero la localizó en la cocina, la miró fijamente a los ojos y luego bajó la vista y se fijó en el gigantesco reloj que la chica llevaba en la muñeca.

Jove dio un brinco hacia delante para dejarse ver, riendo, pero no tuvo oportunidad de decir una sola palabra antes de que Hawley atravesara el cuarto de estar y se le abalanzara. Fueron ambos a dar contra las paredes, una pelea de gigantes en una casa de muñecas. Cayeron contra la librería y la derribaron con la lucha, mientras los libros se estampaban contra el suelo. Loo fue corriendo a enderezar la estantería. A sus pies, Hawley tenía a Jove inmovilizado y el cuchillo que este acababa de utilizar para comerse la manzana estaba clavado en su brazo.

—¡Soy yo, joder! —gritó Jove—. ¡Soy yo!

Hawley respiraba pesadamente.

—Jove.

—¿Has engordado cincuenta kilos? Quítateme de encima. No puedo respirar.

Jove trataba de apartar a Hawley empujándole en el pecho. Loo vio que su padre

se separaba penosamente del otro para caer de espaldas contra la pared. Tragó con dificultad y cerró los ojos.

—Con los favores que yo te he hecho, así es como me lo agradeces.

Jove se incorporó y se apretó la nariz con los dedos. Le manaba sangre de la fosa derecha.

—¿Ves a qué cosas me obligas?

Hawley abrió los ojos y miró el cuchillo que tenía clavado en el brazo. Aspiró aire entre los dientes. Luego agarró el mango y se sacó la hoja. A continuación brotó la sangre, rápidamente, y se derramó por la camisa. Presionó la herida y se volvió hacia su hija.

—Trae el botiquín.

Loo corrió al cuarto de baño y abrió a toda prisa el cajón de debajo del lavabo. Dentro estaba la caja naranja con la cruz roja en la tapa. Loo la agarró por el asa y casi chocó con Jove en la puerta. El hombre se presionaba la nariz con los dedos y tenía la cabeza echada hacia atrás.

—¿Tienes algo para cortar esto?

—Mira en el armario de las medicinas.

Pasó corriendo por su lado y se sentó en el suelo junto a su padre.

—Papá —dijo. Pero ahí se le detuvo la voz. Lamentó no haberle sonreído en la playa.

Hawley abrió la caja. Estaba abarrotada: paquetes de vendas, esparadrapo, tijeras, guantes de plástico, alcohol de frotar, frascos de medicinas, ampollas y agujas. Había un juego de instrumentos quirúrgicos y una grapadora. Había también un frasco de polvo astringente. Su padre lo cogió y dio unos golpecitos en la base para volcar un chorro de polvo amarillo sobre su brazo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Como media hora —dijo Loo—. ¿Te duele?

—¿Esto? —Hawley se encogió de hombros, como si la herida no fuese nada. Se quitó del brazo el polvo sobrante y luego le devolvió el frasco a Loo.

—¿Es amigo tuyo de verdad?

—Lo era.

Jove volvió del cuarto de baño con las fosas nasales rellenas de papel higiénico, una tirita en el puente de la nariz. Tenía una botella de agua oxigenada bajo el codo, como si fuera vino.

—Bueno —dijo—, nunca había visto un cuarto de baño como este.

Loo supuso que su padre agarraría a Jove y se lo llevaría al porche. Pero Hawley ignoró los comentarios de Jove y siguió sujetándose la venda sobre la herida. Jove colocó la botella de agua oxigenada en el suelo. Tras ponerse unos guantes de goma que sacó de la caja, observó la herida de Hawley. Para gran sorpresa de Loo, Hawley

le permitió hacerlo, extendiendo el brazo y refunfuñando. Jove buscó entre los suministros médicos y cogió la grapadora y unas vendas. Derramó agua oxigenada sobre el brazo de Hawley y todos la vieron burbujear y arder. Jove le guiñó un ojo a Loo.

—No te preocupes —dijo—. Soy médico.

Una vez parcheado Hawley, Jove ayudó a Loo a enderezar la librería y a colocar los libros en su sitio. Se tomó su tiempo, mirando los lomos y abriendo las cubiertas.

—Esta basura yo mismo podría mejorarla.

Hawley limpió un poco de sangre del suelo.

—¿Qué puñetas estás haciendo aquí, Jove?

—¿No puede uno visitar a un amigo?

Los ojos de Hawley repararon en la mochila.

—Vende relojes —dijo Loo.

—¿No te habías retirado?

—Me he retirado del retiro.

Jove colocó el último libro en la estantería. Luego dio una palmada y, como por arte de magia, se trocó de intruso en invitado.

—Bueno, ¿qué hay de cenar?

En la cocina, Loo limpió y desbarbó unos cuantos moluscos de los que habían recogido esa mañana, mientras Jove enjuagaba la lechuga y troceaba zanahorias y apio, mezclándolos, con clínex enrollados en dos pequeñas espirales e introducidos en la nariz, que se le había hinchado. Hawley permanecía recostado en la encimera, tocándose las grapas del brazo y bebiéndose una cerveza. Mientras tanto, Jove hablaba sin parar, con una voz que resonaba en el pequeño recinto, mencionando una retahíla de nombres que Loo jamás había oído. Había en él algo que se *parecía* a su padre, y ella, hasta ahora, no había conocido a nadie que se pareciera a Hawley.

—Rodríguez sigue en chirona, pero Thompson salió hará cosa de un año, lo vi en Detroit. Eaton pilota helicópteros en América del Sur. Stein se mudó a Memphis. Blago lo dejó todo y se metió a ganadero. En Vermont, creo. Cosa de cabras, creo. Y Frederick Nunn... ¿Te acuerdas de Nunn?

—Cómo no me voy a acordar.

—Pues murió.

Hawley bebió un trago de cerveza.

—Me lo dijo Parker. Que trabaja para Miller.

La olla que había en el fuego empezó a humear. El padre de Loo comprobó que todos los moluscos se hubieran abierto. Luego apagó el fuego.

—No sé cómo puedes mantenerte en contacto con toda esa gente.

Jove utilizó el cuchillo de la carne para cortar zanahorias y añadirlas a la ensalada.

—A base de tarjetas de Navidad —dijo, y le rebanó la cabeza a un manojo de brócoli.

Todo lo que Hawley hacía despacio, Jove lo hacía deprisa, incluso beber. Por cada botella que vaciaba Hawley, Jove vaciaba dos. Cuando Loo sirvió los mejillones, los hombres habían dado cuenta de un pack de seis. Y cuando terminaron de cenar ya había caído el segundo. Jove buscó en su bolsa y sacó unos papeles. Se los pasó a Hawley de lado a lado de la mesa.

—Ya sabes que la llevo buscando mucho tiempo. Bueno, pues la he encontrado. Y es perfecta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Hawley.

—*Pandora* —dijo Jove.

—Creí que sería *Casandra*.

—Eso fue antes de que saliera con una chica que se llamaba Casandra, y que se acostó con otro estando yo fuera. No quiero que piense que le he puesto su nombre a mi barco.

—¿Cómo iba a enterarse?

—Créeme —dijo Jove—, esa hija de perra encontraría el modo de enterarse.

El barco que Jove pensaba comprar era un balandro de doce metros con una galera muy presentable, con refrigeración y un foque. El diseño estaba inspirado en los viejos veleros de carga que originalmente acarreaban suministros por el Hudson, río arriba y río abajo. Su construcción tenía en cuenta los cambios en las corrientes, la necesidad de virar rápido para navegar por canales estrechos.

—No me puedo creer que por fin esté pasando —dijo Hawley.

—Solo me ha costado treinta años —dijo Jove—. Lo único que me falta es cerrar un viejo asunto. No quiero dejar cuentas pendientes.

Hawley sacó su petaca y empezó a liar un cigarrillo. Encajó el filtro y humedeció las puntas, luego encendió el Zippo contra la palma de la mano.

—Eso va a matarte —dijo Jove.

—Sí —dijo Hawley.

Loo se levantó de la mesa y empezó a recoger los platos, pero su padre la detuvo.

—Ya fregamos nosotros los platos —dijo—. Haz el favor de ir a buscar unas sábanas para el sofá.

No había mediado invitación, pero Hawley y Jove ya parecían comunicarse en un lenguaje abreviado que sorteaba la presencia de Loo. La chica se preguntó en qué podía basarse tanta intimidad. Cómo era posible que el hombre que acababa de acuchillar a su padre estuviera ahora amontonando platos en el fregadero.

Fue al piso de arriba y sacó una manta y una almohada del armario de su dormitorio. En el exterior de la ventana, el telescopio que le había comprado Hawley se alzaba a solas, apuntado al cielo. Loo levantó la ventana de guillotina y salió al

tejadillo. Aplicó el ojo a la lente. Allá arriba, las estrellas y los planetas atendían a sus menesteres. La Luna en cuarto creciente flotaba a solo 384.400 kilómetros de la Tierra. Allí, a oscuras, escuchando, Loo se sintió más cerca de ese pedazo de hielo y roca que de los hombres que conversaban en el piso de abajo, en un tono que apenas resultaba audible con el ruido del grifo.

—¿No me dijiste que Pax se ocuparía de los vehículos?

—Lo hizo. Te lo dije. Pax es un tío grande. Siempre a las claras. Pero luego me volvió a llamar, para un encargo aquí. Un intercambio grande, con mercancía de que nos hemos ocupado con anterioridad. El comprador acepta pagar la mitad ahora y luego un bono, si podemos comprobar la mercancía.

—No me interesa.

—Es mucho, Hawley. Estos relojes cubrirán el costo del barco. Pero el encargo de Pax bastará para retirarme de veras. Dejar el asunto sin volver la cabeza atrás. La solicitud lleva nuestros nombres, sin embargo, el tuyo y el mío. He tenido que consultarte, pues. La mitad es tuya, si la quieres.

Loo contuvo el aliento y se inclinó sobre el borde del tejado. Abajo, en la cocina, los hombres habían dejado de fregar los platos, pero los grifos seguían abiertos.

—Haz lo que quieras. Yo me quedo con la conciencia tranquila. Y te traigo lo tuyo por los coches.

—Ya te he dicho que no lo quiero.

—¿Tan bien te va?

—Tirando.

—El drama que tienes montado en el cuarto de baño dice lo contrario.

Loo oía el ruido de un estropajo metálico frotando una y otra vez una sartén de hierro.

—Es mi modo de recordar.

—Eso no es recordar. Eso es enterrarte vivo.

Hubo un ruido de platos. Sonaron a rotos.

—Ya he estado enterrado antes.

Un destello de luz recorrió las alturas, seguido de una explosión que sacudió el techo de la casa. Loo sintió el eco en sus pulmones. Se volvió a meter por la ventana y bajó corriendo las escaleras.

Hawley limpiaba la encimera y Jove estaba delante del fregadero, quitándose los guantes de goma que había usado antes para grapar el brazo de su padre.

—Eso parecía un trueno.

—Son los fuegos artificiales —dijo Loo—. Podemos verlos desde la playa si queréis.

Los hombres se quedaron mirándola, parpadeando.

—¿Dónde hay una manta? —preguntó Hawley.

Loo volvió a subir a su dormitorio y ellos cogieron una botella de whisky y unos vasos. Mientras recorrían el bosque iban oyendo el estampido de los cohetes. Luego el camino desembocó en la orilla y se toparon con un cielo resplandeciente de oro y plata, con largos rastros de humo colgando en el aire.

Loo extendió la manta. Ellos se quitaron el calzado. Jove limpió cuidadosamente sus botas de cowboy y las colocó juntas sobre una pila de algas marinas. Luego sirvió el whisky. Loo vio que su padre echaba la cabeza hacia atrás para beber.

—Caray, Hawley, ¿qué te ha pasado en el pie?

—Pisé una cosa.

—¿Qué? ¿Una horquilla?

Su padre estiró los dedos de los pies. El gordo y el meñique se movían, pero los interiores no. En la planta del pie tenía una telaraña de líneas rojas, por donde se había cortado y le habían cosido las rajas.

—Sigue en funcionamiento. Eso es lo que importa.

Jove se sirvió otro vaso y lo levantó por Loo.

—Brindo por que tu padre no tenga problemas.

Un estallido de estrellas blancas recorrió el puerto, y los tres alzaron el rostro hacia el cielo. Un momento después, cuando Loo bajó la vista, su padre había enterrado el atormentado pie en la fría y oscura arena.

—Nunca se me había ocurrido que fueras a establecerte de este modo.

—Las cosas cambian —dijo Hawley.

—Por supuesto que sí —dijo Jove—. Yo incluso me he hecho de la Asociación Cristiana de Jóvenes.

—No me lo creo —dijo Hawley.

—Palabrita de boy scout. Puedo demostrarlo.

Jove, tras hacer un saludo, empezó a desabrocharse la camisa. Y enseguida echó a correr hacia el océano. A toda velocidad, dando gritos, se sumergió de cabeza en las olas. Un minuto después volvió a la superficie, con los pies por delante, flotando.

—¿Quién es este individuo? —le preguntó Loo a su padre.

—Es un intermediario. Media en asuntos.

—¿Y tú has trabajado con él?

—Hace mucho tiempo.

—¡Tenéis que meteros! —les gritó Jove—. ¡Está muy buena!

—Es idiota —dijo Loo.

Hawley se puso en pie. Se cubrió la cabeza con la camiseta. La oscuridad no impidió que Loo viera las cicatrices. La piel era distinta en esas zonas. Arrugada y espectral. Y ahora Loo conocía la historia de uno de esos espectros. Imaginó las manos de Jove rebuscando en la espalda de su padre, encontrando la bala, extrayéndola... ¿con qué? ¿Con los dedos? ¿Con una navaja? ¿Con una cuchara?

Ninguna de las herramientas que se le ocurrieron parecía posible.

Se acercaron al borde del agua. Vino una ola y los salpicó hasta las rodillas.

—Está fría —dijo Loo.

—Un poco —dijo Hawley.

—Hay que moverse —dijo Jove.

—Hay tiburones por ahí, ¿sabes? —anunció Loo.

Jove dejó de chapotear.

—Te está tomando el pelo —dijo Hawley. Y a continuación se metió en el agua, hasta la cintura, sin detenerse, pero sin prisa tampoco, y luego se hundió bajo la superficie negra del océano y desapareció.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Jove, cuando Hawley emergió a su lado. Salpicó a su amigo en la cara—. ¿Desde cuándo sabes nadar?

—Fui a clase de natación con Loo, cuando era pequeña.

—Era el único adulto —dijo Loo.

Jove soltó una carcajada.

—Habría pagado por verlo.

Un nuevo resplandor se alzó desde la zona de lanzamiento, al otro lado del puerto. Estallidos azules, luego una esfera de cohetes sonoros se abrió, cubriendo el cielo, rizándose en espirales brillantes, iluminando las pequeñas olas del mar y los rostros de los hombres. Loo salió del agua y volvió a sentarse en la manta. Se frotó los pies uno con otro. Había pulgas de arena y le estaban picando las piernas.

Loo recordaba a su padre recogándole el pelo en un gorro de goma muy apretado, el olor a cloro que les dejaba en la piel la piscina climatizada. Antes de las clases se sentaban ambos en el borde, con los pies en el agua. Menuda armaban, con el pie estropeado de Hawley levantando olas, junto al de ella. Juntos habían aprendido a hacer burbujas. Las palabras de Hawley la habían animado a recorrer el trampolín en toda su longitud. Y ella había estado allí la primera vez que su padre hizo un largo de piscina sin flotador, nadando a lo perro. Loo recordaba que todos los demás niños le daban gritos de ánimo. Y recordó que cuando su padre la miró desde el otro lado, agarrado al borde de cemento, jadeando, su rostro no expresaba alegría alguna.

Seguía con el reloj en la muñeca, pero estaba demasiado oscuro para ver los números. Lo previsto era que los fuegos artificiales terminaran a las diez. Un gran final y luego todo el mundo a plegar las sillas de lona y a meterse en el atasco de regreso a casa. Esperó el estampido siguiente. Se demoraba muchísimo. Mientras miraba nadar a los hombres, recordó el álbum de recortes escondido en su armario. Tantos detalles, tantos números. Había creído que los hechos cambiarían las cosas. Pero su padre seguía siendo su padre.

Oía la impaciencia de la multitud, al otro lado del puerto, oía sus gritos y sus

sirenas neumáticas. Ascendió un fulgor. Y luego otro. Y luego otro y otro y otro. Vio cómo se entrelazaban los rastros de humo, y luego el estallido de los cohetes, las girándulas y los dragones y las hidras que se encendían y apagaban en una cortina de cañonazos. Jove gritaba y aplaudía. Parecía que las explosiones no iban a terminar nunca. Loo tuvo que contener el impulso casi irresistible de taparse los oídos. De meterse debajo de la manta. Se inclinó ante la oleada de ruidos enloquecedores, y vio la luz expandirse y reflejarse en la piel mojada de su padre, manchándole el cuerpo de rojos y naranjas, hasta dar la impresión de que se le había incendiado la espalda entera.

SIETE, OCHO, NUEVE

La primera vez que le pusieron a Loo en los brazos, en el hospital, Hawley no sintió nada en absoluto. Solo el miedo de que se le cayera o de hacerle daño o de sujetarle mal la cabeza. Era una cabeza tan blanda, con el cuello tan flojo, con ese pelo lanoso rozándole los dedos encallecidos. El bebé tenía rojeces y manchas en la piel, y sus extremidades no guardaban proporción. Hawley le tocó el brazo y notó los huesos bajo la carne regordeta. Unos huesos tan nuevos que parecían de plástico: plegables, fáciles de romper. Le vino el impulso de doblar el brazo de la criatura, para ver hasta dónde llegaba. Se la devolvió a Lily en cuanto pudo. Luego sacó la cámara y activó el flash. Sostuvo la Polaroid entre los dedos y ambos la vieron revelarse juntos, productos químicos mezclándose hasta adquirir la forma de su mujer y su hija.

—Mira esto —dijo Lily—. Es tu familia.

De Alaska se trasladaron a Wisconsin —lejos de una y otra costa— y se establecieron en el bosque nacional de Chequamegon-Nicolet, en una pequeña cabaña con un sendero que llevaba, por una arboleda de abetos balsámicos, hasta la orilla de un lago privado. Cada centímetro cuadrado de la casa estaba cubierto de cosas para la niña: mantas y juguetes y cunas y leche maternizada y pañales y una bañera especial y calcetinitos y ropita, móviles de corderos colgando del techo, durmientes laterales y mochilas portabebés y cochecitos y tacos multicolores y libros infantiles con las páginas de cartón y el olor de la crema para las escoceduras y a polvo de talco y a pañales mojados y calientes, empapados de pis, cuyo destino final era un recipiente a prueba de olores instalado en el cuarto de baño.

Al principio, Lily estaba demasiado cansada, demasiado concentrada en la niña, demasiado ocupada en dormirla y darle de comer y demasiado rebosante de hormonas, como para captar la indiferencia de Hawley ante su hija, pero cuando pasaron los meses y la niña creció y aprendió a darse la vuelta ella sola, y luego le salió el primer diente y luego ingirió su primer bocado de cereal de arroz, Lily empezó a suspirar cada vez que él alegaba una excusa para ausentarse de casa: cuando iba a dar un paseo, cuando había que cambiar un pañal y Hawley desaparecía de la habitación, cuando se hacía el dormido a las dos de la madrugada, la hora de dar

de mamar a la niña. Estos suspiros fueron aumentando de duración y de volumen y de tono, hasta el día del bautizo de la niña, cuando Lily introdujo unas cuantas cucharadas de puré en la boca de la bebé, y luego la bañó y la envolvió en un vestidito blanco con gorro, y luego se embutió ella como pudo en un viejo vestido sin mangas, y se cepilló el pelo y se pintó los labios y se plantó delante de la puerta, esperando, expectante, y Hawley dijo que él se iba a pescar.

Lily se cambió de cadera a la niña. Luego inhaló su mayor suspiro hasta el momento, un suspiro con el rugido y la potencia de una aspiradora, para luego expulsar un torrente de aire.

—Hoy no vas a pescar ningún pez —dijo—. Vas a subir a ponerte una puñetera camisa. Y luego nos vas a llevar a la puñetera iglesia a que bauticen a nuestra hija.

Hawley no sabía por qué le daba importancia al bautizo. Lily no era religiosa. Pero decía que recordaba sus misas de pequeña, y que eran buenos recuerdos y, por consiguiente, importantes. Arrodillarse, encender velas, rezar... Todo ello había hecho que Lily se sintiese segura y en conexión con el universo, de algún modo, y ellos ahora tenían que hacer lo mismo por su hija. Daba igual que creyeran o no creyeran en Dios.

—Ahora somos padres, y el bautismo es cosa del oficio —dijo Lily—. Es como una póliza de seguro.

—¿Seguro de qué?

—Por si acaso existen el cielo y el infierno. No quiero que nuestra hija se quede colgada en el purgatorio. Es como estar en una sala de espera y que nunca te llamen.

La ceremonia fue con ellos tres y el sacerdote, que hablaba inglés con acento francocanadiense. No trajeron padrinos, pero el cura conocía a Lily de las reuniones a que asistía en el sótano de la iglesia, de modo que se limitó a escribir dos veces sus nombres en el certificado de bautismo. Luego se echó sobre los hombros una túnica morada y se la ciñó a la cintura con un cordón dorado. Prendió incienso y dijo unas oraciones y le pidió a Lily que sostuviera a la niña en lo alto, sobre un cuenco. Vertió agua en la frente de la criatura y luego óleos.

La iglesia olía como la fría base de una roca. En todas las paredes había ventanas policromas que amortiguaban la luz, más que filtrarla. Hawley distinguió diversas figuras y símbolos en los paneles de color. Crucifijos y corderos, una cabeza cortada sobre una bandeja, un corazón con siete espadas cruzándose en el centro y un hombre saliendo de una cueva, pisando esqueletos.

—Padre —dijo el sacerdote—, en el alba misma de la creación Tu Espíritu flotaba sobre las aguas, trocándolas en manantial de santidad. Por mediación del Espíritu Santo, otorga al agua de esta pila la gracia de Tu Hijo. Tú creaste al hombre a Tu imagen y semejanza. Libéralo de todo pecado en un nuevo nacimiento a la inocencia, por el agua y el Espíritu Santo. Que todos los enterrados con Cristo en la muerte del

bautismo se levanten también con Él a la vida nueva.

El sacerdote le pidió a Hawley que cogiera a la niña, y Lily se la pasó. Sobre ambos, desde las vidrieras, cayó una luz roja y anaranjada. Ello hizo que Hawley recordara las luces de emergencia de la quitanieves que utilizó Lily para rescatarlo, titilando sobre su cuerpo mientras él se arrastraba por el suelo de la cafetería, rasguñándose las palmas de las manos con los cristales rotos. La niña tuvo un escalofrío cuando el sacerdote volvió a echarle agua en la cara. Luego cubrió de puré de guisantes la camisa limpia de Hawley.

Se pasó el resto de la ceremonia al fondo de la iglesia, repantigado en un banco, en camiseta, tras haber hecho una bola con la camisa que Lily le había pedido que se pusiera, para tirarla a la basura. El sacerdote, después de despedirse, se metió detrás del altar, y entonces Lily recorrió el pasillo, con el cochecito a rastras, el vestido descolocado, el gorrito de la niña sujeto a la muñeca.

—Ya podías haber echado una mano.

—Perdona —dijo Hawley, pero lo cierto era que le había venido muy bien la excusa para quedarse a un lado, ahí sentado, mirando cómo los colores cambiaban el techo. Señalando al hombre que pisaba esqueletos, preguntó:

—¿Y ese quién se supone que es?

Lily se cambió de cadera a la niña. Se dio la vuelta y levantó la cabeza para mirar el ventanal que tenían detrás.

—Lázaro. O la resurrección, quizá. Parece Jesucristo levantándose de entre los muertos.

—Y ahora nuestra hija tiene que levantarse con él a la vida nueva —bufó Hawley—. ¿De verdad te crees toda esa mierda?

Su mujer apretó los labios fuertemente. Le quitó las llaves de la mano y marchó hasta el aparcamiento y ocupó el asiento del conductor. No dijo una sola palabra más durante la vuelta a casa. Él se pasó el viaje tratando de que se le ocurriera algún modo de contentarla, pero el llanto de la niña le impedía pensar. Cuando llegaron a la cabaña, Lily detuvo la camioneta, pero no apagó el motor.

—Coge a Louise —dijo—. Cógela y sal de aquí.

—¿Dónde vas? —le preguntó Hawley.

—Necesito conducir. Necesito conducir hasta que deje de necesitarlo —dijo Lily—. Estoy harta de hacer de madre. Y estoy harta de hacer de esposa.

Hawley soltó las correas de la sillita. Sacó a la niña y dio un portazo. La niña lloraba ahora en oleadas, una tras otra, hasta hacer que a su padre le temblaran las manos.

—¿Qué quieres que haga con ella?

—Ya se te ocurrirá algo —dijo Lily, y se marchó con la camioneta.

La niña no parecía estar mojada. Hawley llegó a la conclusión de que tenía

hambre, y la llevó en la sillita hasta la cocina. Buscó en la bolsa de los pañales y encontró un biberón vacío, además del certificado de bautismo, doblado en dos y metido en el bolsillo lateral con cremallera. Arrojó el certificado al cuarto de estar, luego sacó un paquete de leche en polvo y la mezcló con agua. Sacudió el biberón hasta que el líquido hizo espuma. Luego lo puso en un cazo con agua y encendió el fuego de la cocina. Louise seguía aullando. Hawley iba y venía del cazo con agua al asientito del coche. La niña se ponía a dar patadas cada vez que se le acercaba.

—No eres tú la única que no está contenta.

El biberón tardó una eternidad en calentarse. Había visto que Lily probaba la temperatura con la muñeca, pero, dadas las cicatrices que él tenía en esa zona, lo que hizo fue echarse unas gotas del biberón a la lengua. La leche apenas tenía sabor. Había supuesto que estaría dulce, pero era más bien como yogur natural. Agria, con un toque de trigo.

Una vez calentada la leche, Hawley apagó el fuego y le llevó el biberón a su hija. Inclinandose hacia delante, trató de meterle la tetina en la boca, pero era demasiado grande. La niña seguía gritando, con la cara roja, con los labios cerrados. Probó la tetina, pero seguían cayéndole las lágrimas, y luego unas gotas de leche le llegaron a la garganta, y se atragantó. La niña empezó a toser, abriendo mucho los ojos. Luego se puso a llorar otra vez, más fuerte que antes.

Hawley dejó el biberón y fue a la puerta y la abrió y se quedó delante de la casa, buscando a Lily. Había esperado que estuviese aparcada un poco más abajo, pendiente. Pero no se la veía por ninguna parte.

Volvió al interior y abrió las trabas del asiento. Colocó una mano en la nuca de la niña y la levantó. Se la acercó al pecho. Ella se debatía, chillando, y se le notaba caliente el cuerpo. Hawley se sentó en el sofá y se acostó a la bebé en las rodillas. Volvió a intentarlo con el biberón, pero no lo tomaba. Trajo un potito del frigorífico e intentó meterle una cucharada en la boca, pero la niña lo escupió al suelo. Inclino la cabeza para oler el pañal, pero parecía limpio. La niña alargó una mano y le cogió una oreja. Tenía las uñas afiladas. Se le enredaron los deditos en un mechón de su padre y lo arrancó, y se quedó sosteniendo las hebras como un ramo de flores marchitas.

—Te crees muy fuerte, ¿verdad?

Colocó a la bebé sobre el estómago. Luego la volvió a poner boca arriba. Subió y bajó las piernas como un caballito de feria. Se la echó primero a un hombro, luego al otro. Paseó por la habitación. Se tendió en el suelo con ella. La meció con el brazo doblado. Trató de meterle el dedo en la boca. Nada sirvió, nada impidió que la niña siguiese gritando.

Al llegar a ese punto, Hawley ya estaba desesperado. Volvió a la puerta de la calle, esta vez con la bebé en brazos, y la abrió. Fuera estaba oscureciendo, y él se

quedó ahí mirando la oscuridad, como si pudiera hacer aparecer a Lily desde lo alto del cielo nocturno, desde las estrellas y la luna propicia a que se junten las mujeres. Pero no había rastro de ella.

Hawley cerró la puerta y bajó al sótano, con la niña llorando. Debajo de una caja metálica de la estantería de su mesa de trabajo encontró la llave donde la tenía escondida, detrás de la caldera, buscó en el interior y sacó una botella.

Por las noches, Hawley seguía soñando con la clepsidra, en cómo se fue llenando de agua hasta soltársele de las manos. Se despertaba con el mismo espanto que sintió cuando el glaciar se vino abajo y el hielo azul se desprendió. Lo único que lo calmaba era echar un trago. Así que empezó a esconder botellas por la casa, esperando que Lily no las encontrara nunca. Tras el lío que armó en Alaska, Jove había hecho lo posible por cubrirle las espaldas, pero King había acabado por darse cuenta. Ahora eran ambos, él y Jove, quienes estaban en la línea de fuego por culpa de todo ese dinero perdido.

Hawley subió del sótano con la botella y se llenó un vaso. Se echó el whisky al coleteo de un solo trago y suspiró profundamente. Los sollozos de la niña se suavizaron y sus ojos parecieron enfocarse por un momento. Hawley examinó su cara manchada. Luego se sirvió otro poco, mojó el meñique en el vaso y lo introdujo en la boca abierta de la niña. Esta dejó de llorar instantáneamente. Empezó a chuparle el dedo, mirándolo fijamente a la cara. Levantó la diminuta mano, se prendió a la mano de su padre, sin apartar la mirada de él, y fue sorbiendo el whisky del dedo.

La habitación vibró con el silencio que la niña acababa de dejar atrás. Hawley tomó aire. Volvió a tomar aire. Luego se derrumbó en una silla de la cocina. Dejó el whisky al alcance de la mano. Cuando la niña se agitaba, volvía a meter el meñique en el vaso. Nada más sentir el dedo en la boca, la niña se ponía otra vez en acción, con la lengua contra la uña de su padre. Mamaba con una fuerza enorme. Una oscura necesidad animal.

Cuando oyó entrar por la puerta a Lily, agarró el vaso que tenía lleno y se lo bebió de un golpe, y luego, rápidamente, tiró la botella al cubo de la basura. Su hija le pesaba en los brazos, profundamente dormida. Le había dejado el dedo en la boca durante más de una hora, no fuera a ser que se despertase y se pusiera otra vez a llorar. La niña tenía una expresión de tranquilidad en el rostro, y Hawley consideró que se había ganado a pulso esa tranquilidad, como si hubiera conseguido que todo lo que tanto los agobiaba a ambos desapareciera.

Rebañó con el meñique lo que quedaba en el vaso y volvió a meterle el dedo en la boca a la bebé. La niña respiró un momento y enseguida entraron en acción los reflejos y sus labios se cerraron en torno al dedo. Era el primer secreto que compartían.

Lily apareció frente al cuarto de estar con los zapatos en la mano. Tenía el rostro

cansado, el maquillaje corrido, el pelo suelto sobre los hombros. Hizo un alto en el umbral, mirando a Hawley y la niña.

—Hueles a tabaco —dijo él.

—He comprado un paquete. Pero no sabe tan bien como lo recordaba.

—¿Dónde has estado?

—En una reunión de la iglesia. Luego he dado otra vuelta con el coche y luego me he tomado un helado.

—¿Me has traído uno?

—No.

—Ha estado dando gritos toda la noche —dijo él—. Lo menos que podías haber hecho era traerme un helado.

Lily se acercó a la mesa, cogió el vaso y se lo llevó a la nariz.

—No es lo que piensas —dijo Hawley.

—Pues dime qué es.

No supo qué responder. Lo único que sabía era que el whisky había funcionado. Y ahora el orgullo que sentía por haber solucionado el problema con su hija empezó a desvanecerse.

—Tienes que dejarlo si quieres ser padre. No puedes seguir viviendo como un delincuente.

—¿Es eso lo que te han dicho en la reunión?

—Este grupo está lleno de gente del Medio Oeste, de Wisconsin Dells. Un cura y una bibliotecaria y una profesora de ballet y un tipo que hace anuncios para la radio. No les he podido contar el verdadero motivo de que nos hayamos venido aquí a vivir. No puedo hablar de nuestra vida real, de que tú desapareces y vuelves casi muerto, con un tiro en el cuerpo que te han pegado en algún territorio salvaje. Sé que fue duro, pero yo luego te cuidé, ¿recuerdas? Y ahora la cuido a ella. Y estoy tan cansada que a veces ni me acuerdo de quién soy.

Se sentó a la mesa. Se inclinó a oler el pelo de Loo.

—Esto es lo que yo hago cuando necesito un trago.

Lily cogió el vaso y se acercó a la encimera. Abrió el grifo, lavó el vaso con una esponja y lo puso en la rejilla.

—Lamentas lo ocurrido —dijo Hawley—. Te arrepientes de haber vuelto a la cafetería a buscarme. De haberte casado conmigo.

Lily cerró el grifo.

—A ti te encanta ser el malo. Pero nuestra historia, Hawley, no va solamente de ti. Se secó las manos en un paño de cocina y volvió a sentarse junto a él.

—Te voy a decir lo que he contado esta noche en la reunión. Lo que he podido contar —dijo, enjugándose los labios—. Cuando te fuiste a Alaska para ese trabajo, y no llamaste y no volviste a casa, pensé que me habías abandonado. Pensé que no

querías hijos y que no volverías nunca. De modo que fui a un bar. Fui a dos bares. Pero nadie me servía nada, al verme embarazada. Estaba esperando a que abrieran la licorería cuando me llamaste desde la camioneta de ese hombre. —Asió de la mano a Hawley—. Tú te crees que estás solo. Que eres lo peor de lo peor. Pero no.

Hawley negó con la cabeza. No había palabras que pudiera pronunciar sin atragantarse.

—Sigue —dijo Lily.

Él se inclinó sobre la niña. Hundió el rostro en su pelo suave y moreno. Olía a azahar y a dulce, a mantequilla recién batida.

—Creía que no iba a dejar nunca de llorar.

—Pues sí lo ha hecho.

—No vuelvas a marcharte así.

Trató de pasarle la bebé a Lily, pero ella no la recibió.

—Estás asustado —dijo Lily—. Y yo también.

Miraron dormir a su hija. Luego Lily se apoyó en el hombro de Hawley y cerró los ojos. Él también se estaba durmiendo. Sacó el dedo de la boca de la niña y luego la levantó con mucho cuidado para llevarla al cuarto de estar y colocarla en su cunita. La niña tuvo un sobresalto y él se quedó inmóvil, aterrado. Luego ella se puso las manos sobre la cabecita y volvió la cara hacia la pared. Hawley la tapó con una manta. Enseguida recogió el certificado de bautismo que antes había tirado al suelo.

—Louise es un nombre de vieja.

—¿Se te ocurre otro?

Hawley miró a su hija. Seguía dormida, con la boca abierta en un mohín perfecto, con las diminutas manos cerradas en diminutos puños apretados.

—Lou.

—Eso es de hombre.

—Pues hagámoslo más bonito —dijo Hawley—. Cambiemos la u por una o.

—Loo —dijo Lily—. Me gusta.

Hawley se sentó en el sofá y cogió de la mano a Lily. Justo encima de la alianza tenía un callo muy pequeño, una zona de dermis endurecida por la presión del anillo. Daba la impresión de haber estado ahí siempre, pero Hawley sabía que no, que hubo un tiempo en que no estaba.

—¿Sigues queriendo hacer de madre?

—No creo que tenga elección.

—¿Y de esposa?

Lily se pasó los dedos por el pelo. Suspiró, pero fue un suspiro ligero, sin apenas rastro de enfado. Hawley se tendió y la atrajo a su lado. Juntaron los cuerpos en el sofá. Lily encajó la cabeza bajo el mentón de él, y Hawley le acarició la nuca, notando los huesos, percibiendo las piezas redondeadas de la espina dorsal, las piezas

que, enlazadas, mantenían junta a su mujer.

—¿No estás enfadado por lo del helado? —le preguntó Lily.

Hawley le asió la cara con ambas manos y le besó la frente, y los ojos y luego los labios, lentamente, lleno de agradecimiento, rebosándole los cientos de maneras en que deseaba tocarla.

A la mañana siguiente, Hawley se despertó con los ruidos de la niña. Aún no lloraba, pero estaba preparándose para llorar. Él tenía una pierna fuera del sofá, trabada en el lío de ropas que había en el suelo. Lily estaba desnuda y acurrucada contra él, piel contra piel, calentándole el pecho con el aliento, con los brazos en torno a su cintura, apretados, una manta ligera sobre ambos. Hawley cerró los ojos y esperó. Y los llantos volvieron a empezar. Se despegó de su mujer. Se puso los vaqueros y se inclinó sobre la cunita. La bebé llevaba un pijama distinto. Lily tenía que haberse ocupado de ella durante la noche. La habría cambiado, le habría dado de comer, la habría vuelto a acostar mientras él dormía.

—Alborotadora.

La niña lo miró y movió los brazos.

—Sí, tú.

La cogió y fue con ella a la cocina. Encontró el biberón de antes y volvió a calentarlo en el fogón. Esta vez, Loo se agarró nada más notar la tetina cerca de la boca. Con la manita tocaba un lado del plástico, doblando y estirando los dedos. Cuando ya se había tomado la mitad de la leche, empezó a pesarle otra vez en los brazos a su padre, moviendo mucho los ojos.

Lily entró en la cocina, cubierta solo con la manta. Quizá se sorprendiera al ver a Hawley dando el biberón a la niña, pero no lo manifestó.

—¿Qué hora es?

—Las seis, más o menos.

—Vamos a la playa.

—¿Ahora?

—Ahora mismo —dijo—. El Día de los Caídos no es hasta el próximo fin de semana, y la mayor parte de las casetas de verano deben de estar cerradas aún. Me gusta ir cuando no hay nadie. Es como si el lago entero fuese de nuestra propiedad.

Cogieron unas toallas y los bañadores de donde estaban secándose en el cuarto de baño. Lily metió en la bolsa de los pañales todo lo que podía hacerles falta, y Hawley llenó una nevera de cosas para beber y sándwiches y bolsas de patatas fritas y manzanas y dos trozos de la tarta de melocotón que había hecho Lily el día anterior. Decidieron ir a pie, en vista de lo bueno que hacía. Ataron a la niña al cochecito y Lily iba empujándolo y Hawley llevaba la nevera, camino adelante, a través del

bosque, hasta la orilla del lago.

Era temprano y la playa estaba aún vacía. La arena conservaba el calor y la mucha humedad que había en el aire era más propia de un día de agosto que de fines de mayo. En el embarcadero que se adentraba en el agua había amarrada una canoa de aluminio, sin remos. Alguien había hecho una hoguera la noche anterior, junto al bosque. Se veía una pila de troncos quemados, negros, en el centro de un círculo de piedras. Se habían dejado una tumbona con el asiento de tela trenzada. Lily la ocupó de inmediato. Enterró los pies en la arena y se recostó y cerró los ojos.

—Esta silla es mía —dijo.

Hawley desató a Loo del carrito. Ayudó a Lily a ponerle protector solar a la niña y luego Lily le colocó un sombrero en la cabecita y fue con ella al agua. La niña llevaba un pequeño bañador de lunares. Le gustaba inclinarse hacia delante y dar golpes en la superficie del agua, en los puntos en que destellaba el sol. Lily llevaba un bañador de cuerpo entero con los tirantes atados en el cuello. Le daba apuro ponerse en bañador delante de la gente, le daba apuro el modo en que su cuerpo había cambiado desde que tuvo a la niña, pero Hawley la encontraba estupenda.

—¿Está fría? —le preguntó él.

Lily negó con la cabeza, pero Hawley notó los escalofríos que le recorrían la espalda. Nunca admitía que el agua estuviese fría, por helada que estuviese. Hacía más de un mes que había empezado a llevar a la bebé al lago. Loo protestaba un poco al principio, pero acabó acostumbrándose al frío. Hawley se tendió sobre su manta y se colocó las manos bajo la nuca. Le llegaba el ruido del viento entre las hojas. Sintió el calor del sol mañanero en la piel. Volvió la cabeza y vio a Lily agachándose en el agua con la niña en brazos, mojándola. Era un juego que se habían inventado las dos. Lily silbaba en tono bajo y luego más alto, según se hundían más. La bebé daba unos grititos y se agarraba más fuerte al cuello de Lily.

Hawley se levantó de la manta y fue hasta el embarcadero. Estuvo un rato observando las planchas de madera que se adentraban en el lago, la canoa cuyos movimientos retenía la amarra y la propia agua, que se extendía suavemente ante él como un cristal. Lily se volvió a mirarlo desde el bajío, con olitas partiendo en círculos en torno a su cintura, con la niña todavía en brazos. Hawley la saludó. La mano en la frente y dos dedos rectos. Luego fue al final del embarcadero y se sentó en el borde y metió los pies en el agua.

Estaba helada. Miró más allá de la superficie, más allá de los bancos de peces y piscardos, hasta el fondo del lago, donde deambulaban sombras entre oscuros bucles de vieja vegetación. Hawley apoyó las manos en el borde del embarcadero y deslizó el resto del cuerpo hasta tocar el fondo con los pies, cerca de la canoa metálica. Se agarró a la línea de flotación del embarcadero y movió las piernas, practicando diversos movimientos. Lily había empezado a enseñarle.

—Estás mejorando —le dijo.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo ella—. Ahora mira.

Y soltó a la niña.

Loo se hundió en el agua. Lily dio un paso atrás y la bebé nadó hacia ella. Luego su madre volvió a cogerla en brazos. Loo no daba la menor señal de susto. Pedaleando, cayéndole agua de las pestañas, se recorría los labios con la lengua.

—No puedo creer que hayas hecho lo que acabas de hacer.

—Todos nacemos sabiendo nadar —dijo—. Solo que luego se nos olvida.

Lily llevaba enseñándole a nadar desde que se mudaron al lago. Las primeras veces se ponía tan nervioso que lo más que conseguía la profesora era que se mojase los pies. Pero al final logró que se metiese hasta el pecho, explicándole que cuanto más aire tuviese en los pulmones, mejor flotaría. Luego se situaba a su lado, donde hacía pie, y estiraba los brazos y le decía que se tendiese. Hawley era dos veces ella, pero lo sostenía como a un niño pequeño, como ahora sostenía a la hija. Hawley no había progresado mucho, pero ya podía aguantar la respiración debajo del agua y estaba empezando a flotar por sí solo.

Lily hizo nadar a la niña varias veces más y luego salió con ella del agua. La envolvió en una toalla y se envolvió ella en otra, y luego le cambió el pañal, y Hawley estuvo observándola mientras le ponía más protector solar en las piernas y en los brazos. Se sentó en la tumbona y le dio un biberón. Luego recorrió la playa con ella en brazos, en uno y otro sentido, y al final la sentó en el cochecito y bajó la sombrilla para protegerla del sol, y Hawley vio que la niña dormía. Lily se tendió junto al cochecito, en la manta, y tardó poco en dormirse ella también.

Hawley las miró desde la punta del embarcadero. Cuando Lily apoyó la cabeza en la manta, se dio la vuelta y trató de flotar, agarrándose al borde con una mano. Desde lo alto se colaba la luz entre los abetos, moteando el agua. Hawley respiró profundamente y sintió que su cuerpo se elevaba más sobre la superficie. Luego soltó el aire y empezó a hundirse, lo suficiente para que el agua le rodeara la cara y se le metiera por ambos oídos. Ya no oía los árboles. El único sonido procedía de su interior: su propio corazón, sus pulmones al entrarles aire, y los diminutos ruidos de sus pies y sus manos al agitar el agua, magnificados cuando las olas les pasaban por encima y el movimiento de la corriente rompía contra su cuerpo, deslizándose, y luego se reconstruía al otro lado para seguir adelante, dejando atrás todo, suave pero firmemente en la misma dirección, más allá del embarcadero y de los peces y de las piedras del fondo.

Y luego Hawley oyó que alguien lo llamaba. En el eco del agua. Una voz estaba diciendo su nombre una y otra vez, y era la de Lily.

Hawley recuperó la vertical en el agua. Buscó el fondo con los pies, pero se había

alejado demasiado. Se le metió agua por la nariz y lo hizo toser y percibió un sabor cálido a algas y óxido. Su mano buscó el embarcadero. Una vez agarrado, se estabilizó. Miró a la orilla.

Había un hombre sentado en la tumbona. Descansando en una de sus rodillas había una pistola con silenciador. En la otra rodilla, acunada en el brazo, tenía a Loo. El hombre llevaba unos vaqueros oscuros metidos en las botas, una camisa de franela y una chaqueta de pescador. Los bolsillos de la chaqueta rebosaban munición. No menos de quince cargadores llenos. Parecía un viejo motero. Pelo hirsuto, rizado, y patillas hasta el mentón. Se le veía delgado bajo la chaqueta de pescador. Tenía la piel muy estirada en los pómulos, pero Hawley lo reconoció de inmediato.

Talbot dijo:

—Me ha costado mucho tiempo encontrarte.

Lo único que se le pasó por la cabeza a Hawley era que no llevaba pistola. ¿Cómo había podido venirse a la playa sin pistola? Observó que el anciano se deslizaba la suya por la pierna, hacia arriba y hacia abajo. En lo alto se movían las hojas y las sombras jugueteaban sobre la tumbona y el rostro de la niña dormida. A un par de pasos, Lily estaba arrodillada a la japonesa sobre la manta, con su bañador verde. Tenía los hombros tensos y las palmas de las manos apoyadas en la arena, hacia delante, como si se las hubieran clavado; y no apartaba los ojos de Loo ni por un instante.

—Voy a disfrutar de todo esto un minuto —dijo Talbot—. Voy a quedarme aquí sentado, asimilando la escena.

Se balanceó en la tumbona, y esta avanzaba un poco por la arena a cada balanceo, hasta crear dos surcos en torno a las patas de aluminio. La bebé dormía en sus brazos.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Hawley, aunque ya lo sabía.

Talbot se rascó la rodilla con la culata de la pistola, y Hawley avanzó unos centímetros, sin asomar mucho del agua, tanteando en busca del fondo. Ahí lo tenía, blando y descompuesto, bajo los pies. Se plantó firmemente en el fango e irguió la postura. Buscó los ojos de Lily, pero ella solo miraba a Loo. Vio que movía los labios, musitando una y otra vez las mismas palabras: «Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor».

Talbot desplazó las botas en la arena. Por un momento pareció concentrarse en ello, con la mandíbula apretada. Luego se detuvo y miró al sol, amusgando los ojos. Se enjugó la frente con el dorso de la mano que no sujetaba a la niña.

—¿Tenéis algún refresco ahí? —preguntó, señalando la nevera. Se había dirigido a Lily, pero ella no le contestó.

—Ya te lo alcanzo yo —dijo Hawley.

Talbot levantó la pistola. La mantuvo apuntada hacia Hawley, pero volvió la cabeza hacia Lily, que seguía de rodillas, con las manos abiertas sobre la arena.

—Llevo semanas observándoos. Os he visto vivir vuestra vida. He dormido en el coche y os he observado y me habéis hecho notar la falta de una mujer que me sirva algo frío cuando me apetece —dijo Talbot—. Ya puedes mover las manos.

Lily hincó los dedos en la arena y se echó lentamente hacia atrás, sobre los talones, subiendo las palmas hasta las rodillas. Pestañeó como si acabara de salir de un trance. La nevera estaba entre la manta y la tumbona de Talbot. Lily se acercó andando sobre las rodillas, levantó la tapa y sacó un refresco de naranja, lo abrió y se lo alargó a Talbot.

Talbot bebió un buen trago.

—Hacía años que no me bebía un refresco de naranja.

Bebió de nuevo y algo de líquido se derramó sobre el rostro de la criatura. Loo se despertó, se apartó la manta de elefantes en que estaba envuelta y empezó a revolverse.

Tenía que haber una segunda pistola. Eso era lo que esperaba Hawley. Que Talbot se hubiera traído una segunda arma, e incluso una tercera. Observó al anciano mientras se bebía el refresco. Dio un paso adelante. Luego otro. Los dedos del pie se le hundían en el limo del lago. Se dio cuenta de que el llanto de Loo estaba poniendo muy nervioso a Talbot. Lloraba así cuando tenía hambre.

—Es una niña pequeña —dijo Hawley—. No le ha hecho daño a nadie.

—¿Crees tú que Maureen le había hecho daño a alguien? —resopló Talbot—. Y mira lo que le pasó. Por un jodido reloj.

—Fuiste tú quien le pegó el tiro.

Talbot mantuvo la mirada en Hawley, pero desplazó el cañón de la pistola para que apuntase a la niña. Lily empezó a incorporarse sobre las rodillas, como si entre la pistola y ella hubiese un cable que la moviese.

—Para —dijo Hawley. Levantó los brazos por encima de la superficie del agua. Avanzó otro paso hacia la orilla—. Tienes razón. Y estás en tu derecho presentándote aquí. No te lo haré difícil. Pero tienes que dejarlas ir a las dos.

Esperó a ver qué hacía Talbot a continuación. No quería moverse mientras el anciano no estuviera dispuesto a entrar en acción. Pero Talbot se recostó en la tumbona y bebió otro poco de refresco de naranja.

—Se llama Louise —dijo Lily—. La bautizamos ayer mismo. La llamamos Loo.

Talbot no dijo nada en respuesta, pero Hawley se dio cuenta de que estaba escuchando. Dejó la lata en el suelo y apoyó la palma de la mano en la rodilla, secándose la condensación en los vaqueros.

—Hoy ha nadado por primera vez, justo antes de que llegaras.

Mientras hablaba, Lily, con las manos en alto, se iba aproximando a Talbot y la niña, muy poco a poco.

—Duerme muy bien por las noches, y ya ha empezado a comer de verdad. Cereal

de arroz. Plátanos triturados. La semana pasada le salió el primer diente. Y se ríe. Si le das un beso en la mano, se ríe.

Lily se inclinó hacia delante y le sonrió a la niña, que lloró con menos fuerza y luego paró del todo, al reconocer a su madre. Talbot observaba, con el rabillo del ojo, sin mirarlas de veras, pero mirando. Lily asió la mano de la niña y agachó la cabeza —acercándose tanto a la pistola que a Hawley se le revolvió el estómago— y puso los labios en los diminutos nudillos de Loo, emitiendo un muá muy sonoro y exagerado.

La niña abrió mucho los ojos y también la boca, de pronto, para emitir un pequeño sonido, tan perfecto y tan claro, que fue como el ruido prefabricado de un bebé riéndose. Y a continuación Loo alargó la mano por iniciativa propia, como una reina, para que su madre se la besara otra vez.

Talbot parecía a disgusto. Se pasó la niña a la otra rodilla, como si su madre hubiera sido una extraña de las que dan la lata en la cola del supermercado.

—Sal del agua —le dijo a Hawley—. Mantén las manos donde yo las vea.

Hawley salió muy despacio del lago, maquinando modos de arrebatarle la pistola a Talbot y salvarse todos. Era inevitable que Lily o la niña recibiesen un tiro. Calculó la distancia, evaluando vías de escape. Los árboles estaban demasiado lejos. Aun en el supuesto de que consiguiera apartar a Lily de Talbot, el anciano tendría tiempo de disparar contra los tres antes de que alcanzaran el bosque. Los ojos de Hawley recorrieron el embarcadero hasta detenerse en la canoa metálica. Y luego recordó que no tenía remos. Se detuvo delante de la manta, chorreando. Vino un poco de viento y la piel se le enfrió.

Los árboles inclinaron sus ramas.

—Elige una —dijo Talbot—. Dejaré viva a una de ellas.

Las palabras de Talbot los unieron a todos con enorme fuerza. Hawley pudo percibir cada temblor y cada pensamiento de Lily, petrificada de miedo sobre la manta, y cada respiración de la niña que calentaba el regazo de Talbot, cada cambio de posición del dedo de Talbot en el gatillo.

Pero Hawley estaba hecho para decisiones así. Y no dudó.

—Mi mujer —dijo—. Elijo a mi mujer.

Por primera vez, los ojos de Lily se apartaron de la niña. Miró a Hawley como si este acabara de quitarse una máscara.

—No —dijo—. No.

Pero Talbot pareció aceptar. Se deslizó hacia delante hasta quedar sentado en el borde de la tumbona. Haciendo saltar a Loo con la rodilla, señaló con la pistola a Lily.

—Dile que no llame a la policía.

Hawley dijo:

—No llames a la policía.

—Si lo hace, volveré a buscarla y me ocuparé de ella también.

—Eres un asco de persona —dijo Lily.

—Dile que se vaya ya —dijo Talbot—. O se le acabó la oportunidad.

No había tiempo que perder. No podía dar lugar a que el anciano cambiase de idea. Hawley agarró a su mujer del brazo y la levantó de la manta de un tirón. Cuando ella se debatió, le dio una bofetada y la empujó hacia el camino. Y cuando Lily se revolvió y se puso a empujarlo, la golpeó con más fuerza aún. Con el puño. Ella se tambaleó y cayó al suelo. Desde allí lo miró.

—Lárgate de aquí de una puta vez —le dijo Hawley.

Solo entonces pareció comprender. Hawley no tuvo que pegarle de nuevo. Se puso en pie y echó a correr por la playa hasta internarse en el bosque, camino de su casa y de las armas de Hawley. Corriendo sin parar, podía ir y volver en quince minutos. Al llegar a lo alto de la cuesta miró por encima del hombro. Hawley trató de que se le ocurriera algún modo de pedirle perdón a Talbot, pero todo lo que pudo hacer fue tocarse la frente, como llevándose la mano al ala de un sombrero inexistente. Su mujer dio la impresión de encontrarse mal por un momento, pero luego frunció la nariz y se dio media vuelta, y se perdió de vista.

Hawley volvió a la manta y se plantó frente a Talbot.

—¿Ahora qué?

El anciano señaló la nevera.

—¿Tienes ahí algo de comer?

—Sándwiches y tarta.

—¿Jamón y queso?

—Nada de inventos raros.

Talbot emitió un gruñido de aprobación. Hizo que Hawley le acercase la nevera y la abrió. Trasladó a la niña del hueco del brazo al regazo, para poder mantener la pistola contra su estómago mientras rebuscaba en el interior. Sacó unos sándwiches envueltos en papel de plata y celofán y también el táper de la tarta. En ningún momento apartó los ojos de Hawley, buscando al tacto y arrojando las cosas de la nevera a la manta. Le dijo a Hawley que le quitara el celofán a uno de los sándwiches y Hawley lo desenvolvió y se lo entregó. Cuando el anciano dio el primer bocado, la mostaza rebosó del pan y fue a caer en la chaqueta de pescador. No pareció darse cuenta.

—Llevé a Maureen a la clínica de Oak Harbor —dijo Talbot—. La bala era de mi arma, y pensaron que había sido alguna pelea doméstica. La policía me encerró, o sea que no pude estar junto a ella mientras moría. Luego encontraron tu vehículo, y sangre tuya en la casa. Y me soltaron. Pero al verme libre habría preferido que no me hubieran soltado. —Talbot echó otro trago de su refresco—. Alcánzame la tarta.

Hawley abrió el táper de plástico. Encontró uno de los tenedores que había envuelto antes de salir. Se imaginó clavándole las púas en el cuello a Talbot. El anciano le quitó el tenedor y se comió la masa y los melocotones con lentitud, muy cansado, como dando cuenta del último plato de un almuerzo pantagruélico que llevara varios días tratando de terminar. Como si la tarta fuera un postre dulce que no necesitaba, o no le apetecía, que se sentía obligado a comerse.

—Llevábamos mucho tiempo juntos —dijo Talbot—. Yo no sabía ni respirar sin ella. En cada sitio que miraba había algo de ella y estuve a punto de volverme loco pensando en ella y repasándolo todo en la cabeza, para ver en qué me había equivocado. Y el vestido ese. El puñetero traje de novia. Fui con él al acantilado, una noche, y lo tiré. Estuve a punto de tirarme yo también.

Talbot dejó el tenedor en el táper y puso este en el suelo.

—Tú eres aún muy joven y no tienes idea de nada —dijo—. Pero vendrá el día en que Dios recuerde todo lo que has hecho y te someta a juicio y te enseñe un montón de cosas que nunca quisiste aprender.

—Fue un encargo —dijo Hawley. Pero ya estaba acordándose de la mujer de Talbot, y el modo en que se le puso turbio el ojo violeta mientras se agarraba al velo de novia.

Talbot bebió un poco de refresco de naranja.

—Ya sabes que no soy el único que anda buscándote.

En la punta del embarcadero, la canoa tensó la amarra al máximo y luego recuperó la posición, chocando contra la gastada madera.

—Me han dicho que metiste la pata a fondo, en Alaska.

—Algo así.

—Tienes suerte de que te haya encontrado yo primero —dijo Talbot—. King no te habría dado a elegir.

Hawley no supo qué contestarle. Tenía la cabeza ocupada en contar los minutos, porque cada segundo hacía que Lily estuviera más cerca de las armas. Trató de desplazarse, muy poco a poco, esperando que Talbot estuviera tan embebido en su charla que no se diera cuenta. El anciano derramó en el suelo el resto de la lata de refresco. El líquido hizo espuma y oscureció el color de la arena. Talbot lo miraba.

—¿Sabes a dónde fuimos de luna de miel?

—No —dijo Hawley.

—A Roma —dijo Talbot—. Pero Maureen no quería visitar los sitios turísticos normales, el Vaticano o el Coliseo. Quiso ir a una capilla hecha con huesos humanos. La cosa más siniestra que he visto en mi vida. Pero a Maureen le encantó. En alguna zona había motivos decorativos hechos con trozos de huesos. Maureen dijo que la belleza del sitio estaba precisamente en esos motivos. Ponían de manifiesto que en la vida todas las cosas estaban relacionadas y se repetían y se reflejaban unas en otras.

Que un hueso de la cadera o un trozo de vértebra pueden tener el mismo aspecto que una flor. Y dijo que todo eso la hacía creer en Dios.

Talbot se estaba pasando los dedos por las patillas, una y otra vez, como buscando algo que se le hubiera metido entre la barbilla y el mortecino pelo gris. El anciano tenía mala cara, los hombros encorvados sobre la bebé sentada en su regazo. Pero seguía poseyendo la misma pulsión violenta que se le notaba en Whidbey, y el tiempo que se había tirado buscando a Hawley no había hecho sino exacerbar los peores entresijos de su personalidad. Llevaba la dureza clavada en los ojos, como si estuvieran llegándole todos los olores y los sonidos del mundo, y también amurallándose contra ellos. Loo empezó a revolverse, moviendo las piernas. Extendió la mano y tocó el extremo del silenciador. Talbot la miró, sin hacer nada por detenerla. Y entonces fue cuando Hawley se dio cuenta de que el anciano pensaba suicidarse después de acabar con ellos. Para eso había estado preparándose todo el tiempo. Por eso se demoraba.

—Le rompiste la nariz —dijo Talbot—. Y la tenía muy bonita.

Hawley terminó de adelantar la mano deslizándola por la manta. Agarró el tenedor. No podía esperar más. No había más tiempo. Respiró hondo. Retuvo la mitad del aire. Y luego se proyectó hacia delante, violentamente, y clavó el tenedor en la pierna de Talbot con todas sus fuerzas. El anciano dio un grito y saltó de la tumbona. Soltó a la niña, pero no la pistola.

Hawley atrapó a Loo nada más tocar la arena. Y enseguida echó a correr a lo largo del embarcadero. La niña no le pesaba en los brazos, era como no llevar nada. Loo tenía la boca abierta, pero no lloraba. Su aliento con olor a leche maternizada humedecía la mejilla de Hawley, y sus dedos le pellizcaban la piel del cuello. La colocó en el fondo de la canoa, soltó la amarra y empujó la embarcación hacia delante con todas sus fuerzas. La canoa recorrió unos diez metros en línea recta y luego la tomó la corriente y empezó a adentrarse en el lago. Hawley vio las piernas regordetas de Loo dando patadas bajo la manta de elefantes. Lo había hecho todo sin pensar. Sin mirar atrás siquiera. Luego oyó que Talbot venía tras él.

A causa del silenciador, no hubo bang ni detonación: un soplo de aire y las balas zumbando a su alrededor. Hawley se agazapó para protegerse la cabeza y se aferró al embarcadero. Ni siquiera con una pistola apuntándole lograba superar su miedo al agua. Luego le acertaron dos tiros de Talbot. Un impacto. Dos impactos. En pleno culo.

Hawley se lo habría tomado a risa si no le hubiera dolido tanto: un dolor que le explotaba en la carne y le volaba desde la base de la espina dorsal. Le vacilaron las rodillas y sintió que se le venía abajo el cuerpo, abajo, abajo, cada vez más abajo, hasta que se sintió dispuesto a pedir a gritos que lo acogiera el agua. Cayó con un hombro por delante y a continuación todo fue espuma y burbujas. Trató de hundirse

más, trató de recordar lo que le había enseñado Lily, mantener los dedos juntos al impulsarse en el agua, soltar muy pequeñas cantidades de aire en vez de vaciar los pulmones de golpe.

Se mantuvo bajo la superficie todo lo que pudo. Luego empezaron a fallarle los pulmones y emergió debajo del embarcadero, jadeando. El dolor le recorría los muslos cada vez que movía las piernas. Con una mano se sujetó al reverso del embarcadero y con la otra ejerció presión sobre las heridas, tratando de detener la hemorragia. Arriba, Talbot arrastraba su pierna herida por los tablones.

—Sé que estás ahí.

Hawley intentó no moverse. No hacer ningún ruido. Estaba demasiado oscuro para ver nada, ahí dentro, solo rendijas de luz. Los flotadores de debajo del embarcadero estaban cubiertos de limo y olían a espuma podrida y a telarañas y a los caparazones vacíos de bichos muertos y a arañas y a los años que hacía desde que alguien colocó allí esos maderos, y a todas las olas que les habían pasado por encima. Olía a ser atrapado y que lo dejen a uno atrás y olía a ser olvidado.

Hawley no lograba hacer pie: se le habían enredado unas algas en las rodillas y la arena estaba llena de cieno y trocitos de vida consumidos por el agua; y luego cesó el ruido de los pasos de Talbot y oyó que este introducía otro cargador en la pistola. El primer tiro le quedó largo y atravesó el suelo del embarcadero a más de un metro de Hawley. El segundo y el tercero quedaron a medio metro, y por los orificios se coló el sol, trazándole círculos de luz en la piel. Hawley respiró hondo y tomó impulso con ambas manos en el embarcadero, para hundirse todo lo posible, con la esperanza de que, si se mantenía en movimiento, a la profundidad suficiente, Talbot seguiría fallando, hasta que llegara el momento en que tuviera que cambiar de nuevo de cargador, y hasta que a él se le ocurriera algo que pudiera hacer.

Pero Talbot no falló: el cuarto disparo pasó muy cerca del rostro de Hawley, llevándose por delante el lóbulo de la oreja izquierda, y la herida sangró tanto que resultaba difícil distinguir algo en el agua turbia. Al agitar las piernas, era como si se le hundieran más las balas en el culo, hasta el cóccix, y el dolor era tan grande que apenas le permitía moverse. Sus pulmones no tardaron en reclamarle aire. Hawley supo que tendría que volver a la superficie, y que Talbot lo mataría en cuanto lo hiciera.

La corriente revolvía los dorados con los rojos, y el pecho de Hawley se retorció en deseos de abrirse —al aire, al agua—. Las algas del fondo del lago oscilaban en la oscuridad, y Hawley, empujando el cuerpo hacia abajo, se agarró a ellas. Las ramificaciones se le engancharon a la muñeca, limosas y aparentemente sensibles, hasta que le resultó difícil decir si era él que estaba anclándose o las algas las que tiraban de su cuerpo hacia las sombras.

Sus manos removieron piedras y algas y basura, botellas de cerveza y lo que

parecían piezas de un asador, y luego los cuerpos muertos de algunas criaturas, peces y pájaros, medio descompuestos y en trance de reincorporarse a la tierra. Hawley movió los dedos en aquella lóbrega oscuridad, pensando en Loo. Tenía la esperanza de haberla salvado. Tenía la esperanza de haber hecho lo suficiente.

Las algas se rompieron por donde las tenía atrapadas, y se quedó con el trozo en la mano. Hawley se agarró a otra ramificación, y luego a otra, pero ninguna aguantaba su tirón. Notó que su cuerpo quedaba a la deriva, ascendiendo hacia la superficie. El frío fue disipándose mientras subía. Una serie de ruidos penetraron en profundidad, pisadas en el embarcadero, y luego vino una detonación mucho más potente, como el trueno repentino de un relámpago en la tempestad, seguida de un golpe en lo alto que Hawley sintió más que oyó: un torrente de burbujas desplazó el agua. Levantó la cabeza hacia la superficie y en la oscuridad pudo ver el cuerpo de un hombre aproximándose a él.

Por un momento pareció el propio Hawley, o quizá Hawley como habría podido ser si hubiera vivido lo suficiente para ser ya un anciano. Hombros anchos y pelo gris, camisa de franela y botas de trabajo. Hawley subía hacia la superficie y el hombre se hundía en el lago, y coincidieron a medio camino. Y entonces Hawley vio que había un agujero en el centro del hombre, abierto en el pecho. Se veía el otro lado por el orificio. Vio el resplandor del sol procedente de la superficie, a través del agua ensangrentada. Vio el borde del embarcadero, la camisa de franela hinchándose y las tripas del hombre flotando detrás de él, como la cola de un cometa.

Talbot tenía los ojos abiertos y la mirada más allá de Hawley, más allá de las algas y más allá del fondo del lago. Parecía más sorprendido que enfadado por el agujero, con la boca abierta, entrándole agua, con la chaqueta de pescador hecha jirones. Hawley se apoyó en los hombros de Talbot y por un momento quedaron trabados, con el peso de las piernas y los brazos, con las patillas de Talbot rozándole la mejilla a Hawley, con la chaqueta de pescador clavando anzuelos en ambos, juntando a ambos hombres, metal en la piel. Luego Talbot acabó de hundirse en la oscuridad de las algas y Hawley continuó subiendo.

Su primera respiración fue mitad de agua mitad de aire. Los pulmones le vibraron profundamente en el pecho, por el esfuerzo. Se golpeó la cabeza con un lado del embarcadero y empezó a escupir y devolver, una bilis rica y profunda que se abría paso hasta su garganta. Volvió a intentarlo y la siguiente respiración ya fue más fácil, con menos presión en los pulmones, pero se le nubló la visión y volvió a hundirse de pronto.

Los balazos le quemaban. Apenas podía mover las piernas. Alargó el brazo otra vez, buscando el borde a tientas, y unos dedos finos y fuertes se apoderaron de los suyos. Los dedos de Lily. Hawley los habría reconocido en cualquier parte.

Lily no pudo subirlo al embarcadero, de modo que lo remolcó hasta la orilla,

trasladándolo a lo largo de los flotadores de madera, hasta que Hawley notó el suelo del lago en la espalda, con todo el cuerpo concentrado en torno al dolor. Lily lo arrastró hasta la arena. Le puso la boca en la boca, pero no lo besó. Le apretó la nariz y le sopló en los pulmones. Hawley tosió. Se volvió de lado y vomitó.

—Estoy bien —dijo con el aire raspándole la garganta—. Estoy bien.

Y entonces Lily la emprendió a golpes con él, en los hombros y en la cara. Estaba arrodillada en la arena. Tenía manchas de sangre en el bañador verde, en el rostro y en los hombros y en las piernas. Hawley no supo si gritaba o lloraba. Tenía el oído derecho taponado y en el izquierdo aún resonaba donde la bala le había arrancado el lóbulo.

—¡Louise! —gritó ella—. ¿Dónde está Louise?

Hawley se incorporó sobre los hombros, con un dolor insufrible subiéndole por el espinazo. Miró al otro lado del lago. La canoa no se veía por ninguna parte.

—Está en la barca —dijo.

Lily se puso en pie y avanzó cojeando por el embarcadero adelante, sujetándose el costado derecho con una mano. Oteó el horizonte. Hawley se arrastró hasta ella, demasiado dolorido para erguirse, con la cabeza dándole vueltas. Fueron de un lado para otro, juntos, como borrachos. A Lily le temblaba todo el cuerpo. Tenía cubiertas de sangre las manos, que levantó para protegerse los ojos del sol. A sus pies estaba la escopeta de calibre 12 que pertenecía a Hawley.

—Estás herida.

Lily se miró primero los dedos temblorosos. Luego la mancha oscura que se extendía por su bañador.

—Se le disparó la pistola cuando apreté el gatillo. No creo que quisiera darme. Fue una especie de reflejo —dijo Lily—. No noto nada.

—Es por la adrenalina.

Hawley ejerció presión en la herida con los dedos. No había orificio de salida. Le preocupó el calibre, por el daño que podía haber causado en las entrañas de Lily. Si la bala le había perforado los riñones o el hígado. Si le había desgarrado el estómago. Si había partido una arteria o algún vaso sanguíneo importante, su mujer se desangraría allí mismo, en la playa. Presionó con más fuerza. Lily soltó un grito.

—Para ya —dijo.

—Estás conmocionada. Tenemos que ir al hospital.

Los ojos de Lily miraron a la izquierda, luego a la derecha.

—Le puse el cañón contra el pecho. Me dejó acercarme y hacerlo.

—No tenías más remedio.

—No. Quería matarlo —dijo ella—. La escopeta le hizo un agujero enorme. Podría haberle metido la mano hasta el otro lado del cuerpo.

Cada movimiento que Lily hacía los ponía frenéticos y los hacía más lentos. Bajo

sus pies, el embarcadero estaba salpicado de tripas y fragmentos de hueso. Mientras, en lo alto, el ruido de un motor renqueante ocupó el cielo. Había una Cessna dando vueltas por alguna parte, sobre las nubes, y era posible que su piloto mirara precisamente esta mancha de agua azul.

—¿Y si se ha ahogado? ¿Y si se ha hundido la barca?

—Es una buena barca. Muy estable.

Hawley no dejaba de ejercer una firme presión sobre el costado de Lily, que respiraba agitadamente, en intervalos cortos.

—Podías haberla salvado a ella. En vez de a mí, podías haberla salvado a ella. Pero no.

—Trataba de que nos salvásemos todos —dijo Hawley.

Surgió el sol de detrás de una nube y el lago empezó a resplandecer. Hawley seguía oyendo el ruido de la avioneta. La imaginó cayendo, las alas torcidas, las hélices agitando aire vacío. Y enseguida tuvo la certeza de que el accidente iba a producirse, como si hubiera soñado antes unos trozos sueltos de este lago y este avión y este cielo exacto, y solo ahora se le hiciera evidente cómo encajaban. Agarró el brazo de Lily y permaneció a la espera de un penacho de humo, de un olor a gasolina. Puso los ojos en el horizonte y le llegó, como una señal, un centelleo de aluminio.

—Ahí está —dijo, señalando al otro lado del lago.

La canoa estaba atascada en un grupo de árboles, en la orilla opuesta. Una rama grande cubría la proa. Colgando del borde, empapándose de agua, había una punta de la manta de elefantes.

Lily se apartó de él e inmediatamente recorrió el embarcadero, de principio a fin, dando tumbos. Pasó junto a la escopeta, junto a la sangre de Talbot que empapaba los maderos. Saltó desde el borde, tomando impulso con los pies en la madera astillada, y se zambulló de cabeza en las olas. Permaneció debajo del agua mucho tiempo, pero emergió a cinco metros de distancia, y de inmediato comenzó a bracear rápidamente, y solo se veían sus brazos nadando, con los codos entrando y saliendo de las olas, y de vez en cuando un atisbo de su rostro asomando por un lado para respirar. La canoa plateada que albergaba a su hija flotaba a lo lejos, y su mujer nadaba hacia ella, recibida por su propio reflejo, alejándose de Hawley y del embarcadero a tal velocidad que iba dejando una estela, una V de agua aplanada que partía de su cuerpo como una formación de pájaros volando hacia el sur al llegar el invierno.

Y luego, más o menos en mitad del recorrido, empezó a aflojar el ritmo. Su rostro aparecía con más frecuencia para respirar. Sus brazos bajaban y luego apenas asomaban. Cambió a braza, y luego nadó de costado y luego se detuvo a descansar. Con la cabeza echada hacia atrás. Con la boca abierta.

Hawley saltó del embarcadero. Trató de acercarse a ella.

Se debatió.

Se hundió.

Se atragantó.

Lo intentó.

Se hundió.

Se atragantó.

Se agarró al embarcadero. Miró a la orilla de enfrente. Lily seguía detenida en el agua.

—¡Lily! —gritó—. ¡Vuelve!

Pero ella empezó de nuevo a alejarse. Su estela se había trocado en un círculo ancho de ondulaciones, con ella en el centro. Luego volvió a ir más despacio, con el cuello levantado y la boca al borde del agua. Sus brazos se movían en el sitio como si estuviera subiendo por una escalera invisible. Miró al cielo. Y a continuación su cabeza desapareció bajo la superficie.

—¡Lily!

Hawley se apartó del embarcadero. Se olvidó de todas sus dificultades. Tosió y escupió agua y movió los brazos y las piernas para impulsarse. Pero no podía acercarse a ella. Su cuerpo era de plomo. Se hundía bajo la corriente. Los pulmones se le llenaron de agua. Su sangre se movía en las olas. El pecho se le estrujaba cada vez más, hasta hacerle sentir que iba a partirse en dos. Cuando volvió a salir a la superficie, el sitio en que había visto a Lily por última vez estaba vacío, y el lago, liso como un espejo.

La mente de Hawley se precipitó hacia el pasado, al momento en que abrió los ojos aquella mañana, con la piel de Lily sellada a la suya; o no: al momento en que ella lo echó del vehículo y se marchó sola, ojalá hubiera ido muy lejos; o no: se vio de nuevo en la iglesia, Lily junto a la pila bautismal y él con la niña en brazos bajo las luces de colores y la bendición del cura. *Una oración*, pensó Hawley. Si pudiera al menos recordar las palabras. Eso era lo que le hacía falta ahora. Algún modo de enviar un destello al cielo. Como esos trozos de huesos dispuestos de tal modo que parecían flores. Un cuadro con algún sentido oculto que Hawley llevaba dentro de su propio cuerpo, pero que no había modo de abrir para leerlo, y sin otro testigo que la Cessna dando vueltas en el cielo como una especie de pájaro mecánico, y entre los saltos entrecortados del motor, Hawley no oyó más respuesta ni motivo para vivir que los gritos de su hija, resonando en el interior de la canoa metálica.

PANDORA

—He estado esperando que aparecieras por aquí —dijo Mabel Ridge cuando le abrió la puerta.

Seguía con las manos levemente teñidas de azul, pero esta vez no llevaba las gafas de protección sujetas a la frente, ni el pesado mandilón en la cintura. Llevaba una chaqueta de punto y un jersey de cuello vuelto. No pareció sorprenderse al ver a Loo. Tampoco de ver el Firebird en el camino de entrada al garaje.

El porche de Mabel estaba lleno de calabazas esculpidas antes de tiempo. Era principios de octubre, y uno de los faroles con cara de enfado ya estaba perdiendo los dientes, y uno de los faroles sonrientes derramaba una sustancia pegajosa sobre la escalera frontal. Loo se limpió las zapatillas en el felpudo. Llevaba en el bolsillo de la sudadera el destornillador que había utilizado para abrir el panel de debajo del salpicadero, y no hacía más que darle vueltas en los dedos una y otra vez.

—Te traigo el coche.

Mabel acarició la barandilla. Permanecían cara a cara en el porche gris mate. La anciana giró sobre sus talones y entró en la casa, dejando la puerta abierta.

—Voy a hacer té —dijo—. ¿Te apetece, Louise?

Loo se demoró un momento en el umbral y a continuación entró. El cuarto de estar de Mabel Ridge tenía el mismo aspecto de antes. Las esquinas de la mesa rinconera puestas a prueba de niños pequeños, para alguna criatura de otros tiempos. Los brazos del sofá con arañazos de algún gato muy olvidado. La alfombra desgastada por un lado, de tanto pisarse. El telar en la esquina, cerniéndose sobre la habitación.

Loo siguió a la anciana por el pasillo, hasta la cocina, que era tan pequeña y estaba tan abarrotada de cosas como siempre, con las ollas gigantes utilizadas para teñir los hilos todavía en el fogón. Mabel Ridge retiró una de ellas y la puso en el suelo. Luego llenó un hervidor con agua del grifo y encendió el fogón vacío.

Encima de la mesa había un periódico local. Loo lo cogió y leyó los titulares. LA PETICIÓN PRESIONA A LOS POLÍTICOS. PESCADORES LOCALES ARRESTADOS. LA PATRULLA COSTERA REFUERZA LA VIGILANCIA EN

TORNO A LOS BANCOS AMARGOS.

—¿Tú de parte de quién estás?

—De nadie —dijo Loo.

—Tenía idea de que tu padre era amigo de esos pescadores.

—Lo es.

—Bueno —dijo Mabel Ridge—, el programa de televisión estuvo bien, pero si convierten los Bancos Amargos en un santuario, aquí van a tener que cambiar mucho las cosas.

Loo dejó el periódico:

—Seguramente tienes razón.

Le había costado casi un mes terminar con las firmas. Había añadido el nombre de Mabel Ridge, y unos cuantos miles más, y había enviado la petición a la Agencia Nacional para el Océano y la Atmósfera, a la Agencia para la Protección del Medio Ambiente, al ayuntamiento, al gobernador, a los representantes y senadores del estado, así como a los periódicos y los canales locales de televisión. Llevó todos los paquetes a correos, los metió en sobres de manila y los envió como bombas que ella misma hubiera preparado en el sótano de su casa. Ahora empezaban a explotar. Pero seguía sin saber nada de Marshall.

Loo se sentó en una de las decrepitas sillas de la cocina, aún con el destornillador bien apretado en la palma de la mano.

—¿No quieres saber cómo he recuperado el coche?

—Creo que más me vale no saberlo. —Mabel abrió la alacena y sacó dos tazas y dos platos de té. Los puso en la mesa.

—¿Vas a llamar a la policía?

—No, a no ser que tú quieras que la llame.

Mabel buscó de nuevo en la alacena y extrajo una tetera, para ponerse luego a buscar bolsitas de té por todas partes. Las tazas de porcelana eran blancas y muy finas, con oro en los bordes. En los lados llevaban un atisbo de pétalos de rosa, el plato presentaba una sola hoja perfecta, el asa era un anillo de espinas de porcelana. Loo introdujo los dedos en el anillo y sopesó la taza. Era ligera y delicada, los bordes le transmitían a la mano una extraña sensación de tranquilidad. Loo apretó una espina con el pulgar.

El hervidor empezó a silbar. Mabel utilizó un agarrador de horno para retirarlo del fuego.

—Quiero saber qué es lo que tú crees saber —dijo Loo.

—Me parece a mí que ya te lo figuras tú sola —dijo Mabel—, o no estarías aquí. —Vertió el agua caliente en la tetera, el vapor le subió hasta los hombros—. Tu padre te ha estado mintiendo.

El hervidor volvió al fogón, con la tapa en su sitio.

—Eso no significa que la matara él.

Mabel Ridge suspiró.

—Tu madre también me miraba así, como si conociera todas las respuestas. Pero no sabía nada. Y tú tampoco.

Loo se removió en su silla. Apretó el destornillador con las uñas.

—Es tu padre, pero no es una buena persona. A estas alturas ya deberías saberlo. —La anciana cogió un cartón de leche y llenó una jarrita que había en la encimera—. Estuve casada con un hombre igual que él. Gus estaba atrapado en el mismo mundo. Cogí a Lily y me largué. —Tenía las manos deformadas por los lados. Trajo la jarrita de leche a la mesa y la colocó sobre un salvamanteles—. Dentro de un año cumplirás los dieciocho. Edad suficiente para ser tú misma quien decida sobre tu vida —dijo—. También puedes salirte.

—¿Salirme de qué?

—De los problemas. —Mabel Ridge sirvió el té—. Tu padre se comporta como si no tuviera nada que ocultar, pero el caso es que lleva los problemas dentro, y mientras estés con él no dejarás de hallarte en peligro.

Añadió leche y una cucharadita de azúcar a ambas tazas.

—No lo tomo con azúcar —dijo Loo.

La anciana le mostró una sonrisa vieja y cansada.

—Pruébalo.

Loo abarcó la porcelana con los dedos. Se la llevó a los labios y bebió un sorbo. El té era de color caramelo, el dulzor del azúcar y la leche le cubrió la lengua. El calor de la taza en la mano. Bebió otro poco. Pasó el pulgar por el lado del asa, y entonces lo notó: un pequeño punto áspero, donde faltaba una espina.

Y luego recordó que la había roto ella.

Loo sostenía firmemente la taza en sus manos, pero en la cabeza estaba viendo la porcelana chocar contra las baldosas blancas y negras del suelo. Una sola espina que se rompía, desprendiéndose del asa y yendo a introducirse en una grieta, cerca de la pared. Se veía metiéndose a cuatro patas debajo de la mesa y tratando de recuperar con el dedo la espina arrancada. Dejó la taza sobre la mesa. Levantó el mantel para mirar hacia abajo. Ahí, en un hueco irregular del rodapié, había un trocito blanco, no mayor que un grano de arroz. Era como si ella misma lo hubiera puesto allí para encontrarlo.

De pronto, el té se le volvió demasiado dulce en la boca, tan dulce que al bajarlo por la garganta estuvo a punto de provocarle una náusea. Se levantó de la silla y vació el resto en el fregadero.

—Era el único modo de conseguir que te bebieras el té cuando eras pequeña —dijo Mabel Ridge—. Mucha leche y mucha azúcar. —Echó mano a la tetera—. Venga. Te pongo otra taza.

Loo sintió que se le aflojaban las piernas. Miró a Mabel mientras le volvía a llenar la taza. El té estaba caliente y desprendía vapor, diminutas motas oscuras se arremolinaban en torno a la porcelana y luego se quedaban quietas.

—He estado aquí antes.

—La otra noche, cuando te di el coche, creí que te acordabas. Y luego me di cuenta de que no. De que tu padre no te lo había dicho.

Mabel bebió de su taza, sorbiendo un poco, y luego emitió un pequeño suspiro de satisfacción. Volvió a dejar la taza en su plato.

—No quería asustarte, de modo que decidí esperar. Pero por eso quería que volvieras. Para poder decirte la verdad.

—No comprendo —dijo Loo.

—Tu padre te abandonó. Tras la muerte de Lily. Te dejó aquí conmigo. En esta casa dijiste tus primeras palabras. Echaste a andar por este suelo.

Loo miró el rodapié, el diminuto trozo blanco. Todo lo que le había dicho Mabel Ridge era imposible. Y sin embargo... sentía que el pasado pugnaba por manifestarse en los rincones de su mente. Era como tratar de recordar un sueño mientras se sueña otro.

Mabel amusgó los ojos. Observaba con mucha atención, y cuando vio que Loo estaba confusa, una expresión de placer se le extendió por el rostro.

—Estás recordando.

—No. Me estás mintiendo.

—Tengo pruebas. —La anciana se levantó de la mesa—. Espera aquí. Ya verás.

Tan pronto como Mabel salió de la habitación, Loo se sacó el destornillador del bolsillo, se metió debajo de la mesa e introdujo la punta plana de la herramienta en la grieta. Le bastó con un leve movimiento para que el trocito blanco saltara al suelo. Lo apretó con el dedo. Era de verdad la espina. No cedía.

—¿Qué haces ahí abajo? —Las piernas de Mabel Ridge entraron renqueando en la cocina. Colocó algo pesado encima de la mesa.

—Nada —dijo Loo.

Se metió la espina y el destornillador en el bolsillo y salió de debajo de la mesa. La anciana estaba acariciando los bordes de un álbum fotográfico de cuero. Lo abrió y empezó a pasar las laminadas páginas, que crujían todas como si las estuviesen despellejando. Loo captó atisbos de caras. Olía a polvo y pegamento.

—Espera —dijo—. ¿Ese es el director Gunderson?

Sellada bajo el plástico había una fotografía con brillo de dos adolescentes ataviados para el baile de fin de curso. Uno era un chico flaco, luciendo un esmoquin que le quedaba grande, con el rostro resplandeciente y el pelo rubio blanquecino como una baliza, contra el falso fondo y los globos. La otra era Lily, de jovencita, con aparato dental y los ojos muy pintados, con un vestido corto y guantes de encaje a

juego.

—Me dijo que solo habían sido amigos.

—Y eso eran... Pero él siguió insistiendo.

Mabel Ridge hizo un gesto de resignación, moviendo la cabeza. Separó la foto de la lámina y frotó con el dedo el borde de la camisa de volantes del director Gunderson.

—Siempre pensé que habrían hecho una pareja encantadora.

Loo miró atentamente la foto. Se acordó de todas las veces en que el director Gunderson había intentado ayudarla. Y vio el motivo en el acné de su cara adolescente, en el brillo de su sonrisa. Estuvo enamorado de Lily. Y ella no estuvo enamorada de él.

Mabel Ridge puso aparte la foto del director Gunderson y continuó pasando hojas del álbum. Luego dejó de hacerlo y le mostró el volumen a Loo. Señaló otra foto.

Lily estaba en una cama de hospital, con la cara congestionada y el pelo oscuro fuera de sitio. Llevaba un kimono verde del mismo color que sus ojos —la misma bata que Hawley tenía siempre colgada en la puerta del cuarto de baño— y miraba a la niña que tenía en brazos, con la sonrisa más grande que Loo había visto nunca.

—Tú.

Mabel Ridge apoyó un dedo arrugado en la foto. Luego levantó el plástico y la extrajo.

—Me la mandó cuando naciste.

Era una fotografía instantánea, con el borde muy ancho, una Polaroid —igual que la foto de Lily que tenían en el cuarto de baño, con las cataratas del Niágara al fondo — con los colores adensados y ligeramente borrosos. Es decir, que su madre había tenido en la mano esa foto cuando acababan de tomarla, igual que Loo la tenía ahora.

Muy despacio, Mabel pasó otra página. Y luego otra. Llenas de fotos de esa misma niña, tomadas en esta misma casa. La niña dormida en una alfombra. La niña con la cara pringada de pudín de chocolate. La niña en la playa, con las manos llenas de arena. La niña haciéndose mayor. La niña andando. La niña con sus primeros zapatos. La niña convirtiéndose en una muchachita. La muchachita dejándose cortar el pelo, con una toalla en los hombros, con los ojos llenos de lágrimas. La muchachita sentada en un columpio. La muchachita con un traje de Halloween hecho de cartón plateado.

—¿De qué iba disfrazada?

—De cepillo de dientes eléctrico —dijo la anciana—. Siempre querías más cepillos eléctricos, por alguna razón. No sé por qué.

Loo y Hawley siempre habían utilizado los cepillos que les regalaban los dentistas. Cuando era pequeña, incluso se cepillaban los dientes juntos. Recordaba el ruido de su padre haciendo gárgaras con Listerine. Recordaba competiciones a ver a

cuál de los dos le caía la baba más larga. Pero no recordaba ese disfraz. Ni a la niña que lo llevaba, mostrando una funda de almohada vacía en que guardar los dulces que le iban a regalar.

—¿Cuánto tiempo viví aquí? —preguntó Loo.

—Hasta los cuatro años —dijo Mabel Ridge.

En la palma de la mano de Loo seguía la espina. La apretó entre los dedos. Aquel diminuto trozo de porcelana era lo único que parecía real. Lo único que la relacionaba con esta historia.

—Te críe como a una hija. Y luego se presentó aquí una noche y te robó. —Mabel Ridge giró la taza en su plato, pero no la cogió—. Le dije que si te llevaba con él no podría traerte de vuelta. Pero, así y todo, se te llevó. Y luego se presentó aquí años después, sin avisar siquiera por teléfono o por carta, para que yo estuviera al tanto de tu llegada, creyendo que me sometería. —Negó con la cabeza y cerró el álbum—. Soy una vieja. No iba a dejar que me echase a perder la vida otra vez.

Loo recordó aquel primer día en que se acercaron a Dogtown y llamaron a la puerta de Mabel. Hawley rompiendo la radio de un puñetazo. La sangre en las mangas.

—Pero luego me encontraste tú. Por tu cuenta. Y te parecías tanto a tu madre... —La anciana tocó el brazo de Loo, con suavidad esta vez. Tenía los dedos gruesos, con la piel agrietada—. Ya eres mayor, Louise. Ya puedes tomar tus propias decisiones. Puedes librarte de él.

Loo tenía un sabor metálico en la lengua, como si hubiera mordido un trozo de papel de plata. Apartó el brazo de Mabel Ridge, barrió con un ademán la taza y el plato, y los hizo estrellarse contra el suelo. El té se esparció por la pared. La taza se partió en pedazos blancos. No todas las espinas se rompieron.

—No es así como me llamo —dijo.

Una vez hubo regresado a su casa de Olympus, Loo se puso con las armas que conocía. Las Derringers del cajón de debajo del armario de Hawley. Los potentes rifles guardados al fondo del mueble. El revólver chato envuelto en una toalla, debajo de la cama. La Beretta, el Smith & Wesson, el 38, la Ruger, cada cual en su propia caja especial, en el baúl del cuarto de estar.

Faltaba el Colt, lo que quería decir que lo tenía él.

Loo había sostenido estas armas en las manos cientos de veces. Sabía cómo se llamaban. Poniéndolas todas juntas, esperaba que creasen un mapa que ella pudiera entender y seguir. Por el que pudiera averiguarse si Hawley era pescador o delincuente. Padre u homicida. Juntó las pistolas y las automáticas, las escopetas y los rifles, encima de la colcha. Hawley había borrado el pasado, no solo el propio,

sino también el de su hija. Pero tenía que haber alguna huella, algún modo de que Loo pudiera tirar de esas historias hasta traérselas al presente. Tocó el frío metal. Cerró los ojos y escuchó. Pero las armas no le confiaban su secreto.

Se recogió el pelo. Y a continuación profundizó en la búsqueda. Miró debajo del colchón de su padre. Repasó su cajón de los calcetines y la ropa interior. Volvió los bolsillos de sus vaqueros. Comprobó el interior de sus botas. Puso encima de la cama, junto a las armas, todo lo que encontró: seis tipos distintos de cuchillos de caza; una caja llena de raciones de combate; una pistola de resortes; una mochila de reglamento con una muda dentro; munición escondida detrás de la cesta de la ropa sucia; una radio de manivela; una cachiporra. Nada de qué sorprenderse, ni siquiera una revista guarra. Si a Hawley le gustaban esas cosas, no las guardaba en casa.

Loo miró bien en el fondo del armario, luego apartó el calzado de Hawley y buscó algún tablón suelto en el suelo. Palpó el interior de sus almohadas. Hojeó las páginas de sus novelas policiacas, buscando papeles sueltos, y en vista de que no encontraba nada se trasladó al cuarto de estar y hurgó en todas las cosas que había traído Jove.

Jove no iba a estar más que una noche, en principio, pero llevaba con ellos más de tres semanas. Calcetines y camisetas desparramados por el cuarto de estar, en torno al sofá donde dormía, además de montones de periódicos; una colección de vasos de agua medio llenos; el olor a loción para después del afeitado, que se ponía en los sobacos, en vez de desodorante; y un manojo de plumas pequeñas, blancas, suaves, procedentes de un agujero en su saco de dormir de camuflaje, parcheado por fuera con cinta aislante y acolchado por dentro con imágenes de patitos.

Loo se despertaba todas las mañanas con los dos hombres hablando y riéndose en la cocina, y preparando un enorme desayuno: langosta y filetes y jamón frito e incluso, una mañana, un pavo, que Jove debía de haber empezado a preparar en plena noche. Lo sorprendió agachado sobre el horno, sorbiendo el jugo de la bandeja y espurreándolo con la boca sobre la piel del ave.

—Es como tener un bebé ahí dentro —dijo, suspirando—. Vamos a comernos a un niño pequeño.

Después del desayuno, ambos se ponían a trabajar en el nuevo barco. En lugar de la bolsa de relojes de Jove, ahora había un casco de madera con la quilla llena de plomo, montado en un remolque enorme, delante del garaje. Allí, en el camino de entrada a la casa, los hombres raspaban, lijaban y calafateaban. Trabajaban hasta que se hacía demasiado oscuro para ver, y luego, después de cenar, se ponían a ello de nuevo, con ayuda de unos reflectores.

Una vez terminado su turno en el Sawtooth, Loo salía al tejadillo por su ventana y hacía como que utilizaba el telescopio, con la esperanza de oír algún otro secreto que su padre y Jove intercambiaran en el piso de abajo. Pero ellos solo hablaban de los

proyectos de Jove, desplegando mapas y trazando su ruta, que ahora iba de Olympus al río Hudson y luego todo seguido hasta las Carolinas, los cayos de Florida y Cuba. Invirtieron las semanas siguientes en llenar el garaje de equipamiento para el barco: un juego de velas de la tienda de suministros marítimos; un motor de quince caballos que a juicio de Hawley resultaría demasiado lento, pero que Jove se empeñó en mantener, para minimizar el peso; bidones de gasolina; ganchos marineros; un ancla; chaquetas salvavidas; baldes; lámparas para huracanes; un lanzabengalas, y un sistema de navegación.

Aquella mañana, el casco estaba seco y listo para partir. Los hombres engancharon el remolque a la camioneta de Hawley y se dirigieron al puerto deportivo a echar el barco al agua. Era la primera vez que Loo se quedaba sola en la casa desde la llegada de Jove. Habiéndole prometido a Hawley que se reuniría con ellos para la botadura, les dijo adiós desde el porche, luego abrió el garaje y le aplicó un destornillador al Firebird.

Enseguida, en el cuarto de estar, pasó revista a las escasas pertenencias de Jove. Dos mazos de cartas anuladas de un casino de Colorado; un par de zapatillas deportivas apestosas; alguna muda; una toallita y una pastilla de jabón en una bolsa de plástico; una petaca de cuero llena de recibos; dos libros que había sacado de una biblioteca y que no había devuelto —*Grandes esperanzas* y *David Copperfield*—, con las cubiertas de plástico resquebrajadas en los lomos, con las páginas manchadas de restos de comida de otras personas; y un catálogo de ropa especial hecha para la navegación, pantalones a prueba de agua y gafas de sol a prueba de rasguños y gorras de capitán con laureles dorados en la visera.

Miró con más atención los recibos. Eran de gasolineras y cafeterías y moteles, de bares y de servicios de comida rápida sin bajarse del coche. Organizadas y ordenadas por fecha, como si Jove fuera un hombre de negocios y tuviera que presentar sus notas de gastos. Loo encontró una lista de fabricantes de relojes escrita a mano, con el mismo detalle que una lista de la compra. Encontró un mapa náutico de la Costa Norte. Y encontró una página arrancada de una biblia de motel. Escrito con rotulador negro encima del texto impreso se veía el nombre de la calle donde Hawley y Loo habían dejado todos los coches robados.

Loo hizo pedazos la página de la biblia, fue al cuarto de baño, los arrojó al inodoro y tiró de la cadena: la tinta se corrió y sangró y luego los trozos desaparecieron girando por el agujero, y así quedaron alejados de su vida para siempre. Loo se lavó las manos en el lavabo y luego, al cerrar el grifo, oyó que el inodoro hacía un ruido. El depósito se había vaciado correctamente, pero había una vibración en el agua. El ruido continuaba. Volvió a accionar el mecanismo. El ruido no cesaba, fuerte y agudo e irritantemente tenaz. Bajó el asiento del inodoro y a continuación levantó la pesada tapa de porcelana del depósito.

Había algo en el agua. Una hilera de recipientes colocados en el fondo, debajo del flotador. Loo hundió la mano en la fría humedad y sacó un frasco y lo puso chorreando sobre la encimera contigua al lavabo. El cristal estaba turbio, la tapa de metal empezaba a enmohecer por los bordes. Sacó otros tres frascos. Luego abrió uno. El círculo metálico le manchó los dedos de rojo, y un olor a regaliz llenó el recinto.

Eran piezas de regaliz largas y finas, como cordones negros de zapato. Loo introdujo los dedos en el pegajoso ovillo y notó que debajo había algo oculto. Volcó los regalices en el lavabo y detrás cayeron unos gruesos fajos de billetes de cien dólares, fuertemente sujetos con gomas. Loo soltó uno y contó diez mil dólares. Eran billetes crujientes y tersos, como si no hubiesen circulado nunca, y todos ellos presentaban en la parte de abajo una coloración del mismo rojo que acababa de mancharle los dedos a Loo. Abrió los restantes frascos y volcó el mismo regaliz y los mismos fajos. Los contó todos. Los volvió a contar. Había más de cuatrocientos cincuenta mil dólares en el lavabo.

Loo se sentó en el borde de la bañera. Trató de recordar cuándo había levantado por última vez la tapa de la cisterna. ¿Hacía dos meses? ¿Tres? En su interior nunca había habido más que agua turbia. Cogió uno de los billetes y lo examinó atentamente, pasando el dedo por el borde. La mancha no era polvo ni herrumbre. Era sangre que había empapado el papel hasta alcanzar el propio centro del dinero de Hawley. Mientras rehacía los fajos de billetes, volvía a ponerles las gomas, los tapaba con regaliz y metía los frascos en la cisterna, ni por un momento dejó de preguntarse a quién podía pertenecer esa sangre. Luego metió la mano en el agua y ajustó el flotador y así dejaron de hacer ruido los conductos.

Encontró a Hawley en el puerto deportivo, rodeado de motoras y catamaranes y marineros de día y embarcaciones de recreo de todos los tipos y todos los tamaños — en el dique seco o atadas a los amarraderos—. El operador de la grúa, desde lo alto de su cabina, iba gritando sus instrucciones, y Hawley fijaba cadenas y tirantes de lona en torno al casco del velero de Jove, que seguía posado en lo alto del remolque. Estaba utilizando la grúa semipórtico, que en esa época del año lo normal habría sido que estuviese ocupada levantando arrastreros y yates de lujo del océano, para situarlos en sus soportes de invernada. Loo encadenó su bicicleta a la valla y luego echó a andar por el aparcamiento, encontrándose con Jove, que salía en ese momento de la oficina del práctico.

—Qué bien... ¡Has venido! —dijo Jove, metiéndose la cartera en la parte de delante del pantalón—. Así puedes hacer de madrina y mi despedida se llevará a cabo con todas las bendiciones. Seguro que ya estás harta de verme dando vueltas por tu

casa.

—No soy sacerdote —dijo Loo.

—Eres mujer —dijo Jove—. Viene a ser muy parecido.

Llevaba ropa del catálogo que Loo había encontrado en su casa: unos zapatos náuticos de cuero, muy finos, y un chaquetón cubierto de calcomanías reflectantes y que supuestamente podía servir de tienda de campaña si hacía mal tiempo. Llevaba incluso la gorra de capitán con sus laureles dorados. Saludó a Loo llevándose la mano a la visera y luego se fue corriendo a hablar con el operador de la grúa.

Al otro lado del embarcadero, Hawley levantó la cabeza al oír la voz de Loo. Ató debajo del barco los cables que estaba manejando en ese momento y saludó a su hija.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Tengo una cosa para ti.

Loo le tendió la Polaroid de Lily en el hospital, muy sonriente, con su recién nacida en los brazos.

Hawley se secó los dedos en la camiseta y cogió la foto. Le llevó un momento enfocar la imagen, y luego... *¿Era alegría?* Loo se preguntó qué era lo que estaba viendo. Era como si la luz del sol hubiese aumentado hasta iluminar cada centímetro de la piel de Hawley.

—Le he devuelto el Firebird a Mabel Ridge —dijo Loo.

Tan deprisa como había llegado, la alegría se desvaneció del rostro de Hawley. Se le tensaron las manos en torno a la foto.

—¿Qué es lo que te ha contado?

—Que me abandonaste tras la muerte de mamá.

Loo se dio cuenta de que no era eso lo que su padre había esperado oír. Le vaciló la mirada, hasta centrarse en el retrato, de modo que cuando al fin habló fue como si estuviera dirigiéndose a Lily y la recién nacida, en vez de a Loo.

—No quería dar lugar a que pensases que no me importabas —dijo—. Por eso no te dije nada.

—O sea que es verdad.

—Sí —dijo Hawley—. Pero volví.

—¿Cuatro años después? —dijo Loo—. ¿Qué hiciste mientras?

Hawley no la miró. Miró la foto, en vez de mirarla a ella. Luego se la colocó en la palma de la mano y se la metió en el bolsillo. Loo comprendió, mientras veía cómo se la robaba, que probablemente hubiera sido él quien estaba detrás de la cámara, eligiendo el encuadre, ajustando el flash, accionando el disparador.

—¿Fuiste tú quien la mató?

—¿Cómo?

—Que si mataste a mi madre.

Hawley dio un paso atrás, como si Loo acabara de darle un golpe con su calcetín

con la piedra dentro. La chica estuvo a punto de apiadarse, a pesar de lo enfadada que estaba con él por haberla abandonado, por haber tenido que descubrir la verdad con sus propias manos en la cisterna del inodoro. A su padre se le puso tensa la mandíbula. Loo supo que estaba intentando encontrar una respuesta. Y luego el rostro se le relajó, como se le relajaba cuando estaba a punto de lanzar a alguien al agua desde el muelle.

—Tu madre estaría viva si no me hubiese conocido —dijo Hawley—. De modo que sí. Es culpa mía que no esté entre nosotros.

Loo se sintió mal. Su padre rehuía su mirada. Hundió las manos en los bolsillos, pero su voz se mantuvo firme y fría y dura mientras le contaba a Loo el final del relato que ella esperaba oír. Sobre una familia joven que disfruta de un día en el lago, sobre una sombra que se interpuso, sobre una niña pequeña y una pistola y un padre y una madre y un cuerpo deslizándose hacia las profundidades. Mientras hablaba, la voz de Hawley se fue haciendo más hueca, como si hubiera creado una versión distante de sí mismo, un espectro que ocupara el lugar de su cuerpo.

—Talbot vino en nuestra busca por algo que yo había hecho. Le había causado daño a una persona que él amaba, y quería causarme daño él a mí. Pero tu madre me protegió. Nos protegió a ambos.

—Y él la mató.

—Sí.

—¿Y yo estaba allí también?

A Loo nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera formar parte de la historia. Que el punto azul del mapa que podía cubrir con un dedo no solo incluyera a sus padres, sino también a ella. En alguna parte, profundamente ocultos en su consciencia, estaban sus recuerdos de lo ocurrido. Una espina de una taza de té, en una rendija del suelo. Si conseguía encontrar la herramienta adecuada para liberarlos, aquel día dejaría de pertenecer solamente a Hawley, y ella sabría por fin cómo era el aliento de su madre en su mejilla.

—Sí —dijo Hawley—. Pero te salvamos a ti. Te salvamos a ti entre los dos.

La grúa subió y las cadenas se tensaron. Hubo un crujido cuando el velero se levantó del remolque.

—¡Ahí va ya! —gritó Jove.

Hawley puso su mano en el hombro de Loo.

—Lamento que te hayas enterado así —dijo.

—Me dijiste que nunca dijera lo siento.

—Tú no debes decirlo —dijo él—. No son palabras para ti.

El casco se había ido alzando hasta quedar suspendido en el aire, sobre sus cabezas, como volando. Hawley se apartó de Loo y volvió al embarcadero. Ayudó a Jove a agarrar el barco y guiarlo hasta su sitio. Colgando sobre el muelle, el velero

resultaba muy bonito, con la pintura fresca brillando al sol de la tarde, con el mástil orgullosamente erguido. Y luego el casco entró en contacto con el agua y la quilla de lastre desapareció de la vista.

Los hombres acudieron rápidamente a poner en marcha las bombas eléctricas. La madera tenía que pasar dos días dilatándose. Hasta entonces, el mar iba empapando el calafateado y llenando el fondo del barco, para que el casco flotara bajo contra el muelle. Jove lanzó las mangueras por la borda. Hawley jaló el cable del motor. Las bombas se pusieron en marcha, absorbiendo y soltando agua.

Jove se situó a popa y saludó con la mano a Loo. Hurgó en su mochila y sacó una botella de champán.

—Venid para acá, tu culo y tú.

Loo recorrió la rampa de aluminio del barco, algo aturdida. Estaba subiendo la marea. Oyó el ruido de las olas al chocar con los pilones, más abajo. El barco se balanceaba contra el muelle flotante, tan lleno que parecía a punto de hundirse.

—Trae mala suerte que la botella no se rompa —dijo Jove. Le pasó el champán a Loo. Señaló una placa de latón atornillada en el extremo de la proa.

Loo tragó saliva.

—¿Tengo que decir algo? —preguntó.

—Una oración, por ejemplo —dijo Jove.

Loo agarró con más fuerza el cuello de la botella. La cápsula empezaba a soltarse.

—Dios bendiga este barco —dijo.

Se sintió rara diciéndolo. Nunca había estado en una iglesia. No sabía cuáles eran las palabras adecuadas. Miró a Jove, que se había quitado la gorra de capitán.

—Di algo de volver a empezar.

—Bien —dijo Loo.

—Y nada de tiburones. Ni vías de agua. Ni tormentas malas.

—Bien —dijo Loo—. Pues también todo eso.

—Nada de piratas. Ni de exmujeres, tampoco.

—¿Hay algo que sí quieras? —le preguntó Loo.

Jove negó con la cabeza.

—Esto es lo único que he querido nunca.

Llegó una ola procedente de un barco petrolero. Loo flexionó las rodillas para mantener el equilibrio sobre el muelle, con la botella pesándole en la mano. Era como si hubiera perdido su sensación de gravedad y estuviera dando vueltas en un espacio vacío, alejándose de la Tierra, dejando atrás todos los planetas, para situarse en una órbita lejana y sola. Plutón. Era Plutón. Loo trató de recordar el gráfico de la contracubierta del libro de Carl Sagan. Los números que le indicaban su propia importancia. Notó la presencia de Hawley a su lado. Solo le miró las manos.

El barco a medio hundir se levantó y volvió a caer.

—*En algún sitio* —dijo Loo— *hay algo increíble que espera ser descubierto.*

Todos permanecieron quietos en el muelle, atentos al sonido de las bombas absorbiendo y soltando agua. Loo levantó la botella por encima de su hombro, teniéndola agarrada por el cuello.

—¿Cómo dices que va a llamarse?

—*Pandora* —dijo Jove.

—¿Y si la botella no se rompe?

—No hay nada que no se rompa si le pegas con la fuerza suficiente.

Su padre se acuclilló en el muelle. Mantuvo quieto el barco para que recibiera el golpe. Loo le miró la nuca. Por primera vez en su vida era a Hawley a quien quería hacer daño. Romper la botella en su cabeza, y no en el barco. Había montado un altar en su cuarto de baño, había llorado y había rendido culto a unos restos de recuerdos de su madre, y mientras tanto siempre hubo cuatrocientos cincuenta mil dólares escondidos en el inodoro, manchados de sangre, procedentes de la propia vida criminal que se había llevado a Lily por delante. Loo ya ni siquiera deseaba saber de quién era la sangre. Ya había desvelado suficientes secretos.

Había llegado el momento de decidir por sí misma. De crear sus propias mentiras. Loo apuntó a la placa metálica de la proa, la destinada a sujetar el ancla. Y a continuación lanzó la botella con todas sus fuerzas.

BALA NÚMERO DIEZ

Hawley llegó hasta Denver, luego tomó un avión de hélice hasta Wyoming y aterrizó en Sheridan. Era un aparato de ocho plazas y Hawley iba directamente en el ala. Tuvo que encogerse para entrar en el asiento. Las rodillas encajadas, el hombro aplastado contra el aluminio del fuselaje, mientras sobrevolaban en elevado ángulo de ataque las montañas Rocosas. A través del plástico sucio de la ventanilla, observó el giro de las hélices revolviendo el aire. El ruido lo bloqueaba todo, dentro y fuera.

Una vez en tierra, recogió su mochila, en la que llevaba una muda y la caja naranja de suministros médicos de la asociación de supervivientes de Alaska que aún conservaba. Robó un coche y luego, ciento y pico kilómetros después, robó otro. Encontró una casa de empeños y consiguió una 357 con cañón de seis pulgadas. Se dirigió a otra casa de empeño y consiguió una escopeta aceptable y un rifle y munición para ambas armas. Paró en un establecimiento de la localidad y se paseó por los pasillos en compañía de vaqueros y ganaderos, y compró unas cuantas cosas básicas para acampada, unas latas de Sterno y dos lonas azules y unos cuantos calcetines extras y un nuevo par de botas y dos rollos de plástico pesado y una soga y cinta aislante y cuerda y bolsas de la basura y unas tenazas para cortar alambre y un cuchillo y un martillo y una lima metálica, y pagó al contado.

Abandonó el coche y se instaló en un motel y se pasó la tarde limando los números de serie de las armas. Había un bebé llorando en la habitación contigua. Hawley casi había olvidado el sonido. Los llantos lo despertaron dos veces durante la noche. La primera vez salió de la cama y se dio de bruces con la pared, buscando la habitación de Loo. La segunda vez se quedó en la cama mirando las rodajas de luz que proyectaban las persianas en el techo, y estuvo rascándose la barba hasta la mañana siguiente.

Había dejado de afeitarse y la barba se le había descontrolado, extendiéndose cuello abajo e instalándosele en las mejillas, como si hubiera tomado la decisión de ocuparle el puente de la nariz. Había tardado doce meses en ponerse así, y la barba cada vez lo tapaba más. Aquí, en Wyoming, según había observado, más de la mitad de los hombres tenían la misma pinta.

A las seis, Hawley prendió una Sterno y calentó una lata de judías en la repisa del cuarto de baño. Cuando el líquido marrón empezó a hacer burbujas, desconectó el ventilador y apagó el fuego. Encendió la televisión y se sentó en la cama a comerse las judías. Al terminar, enjuagó la lata y la tiró y limpió la cuchara y la volvió a meter en el estuche de los cubiertos. Abrió una petaca de tabaco y sacó papel de fumar. Nunca había fumado, pero después del entierro de Lily encontró el tabaco que había comprado su mujer la noche antes de morir. Enseguida se lio un cigarrillo, pensando en sus manos, en cómo las movería ella, y desde entonces había seguido haciéndolo, solo para tener en la boca el sabor de su mujer. Encendió el cigarrillo. Dio una chupada. Hizo caer la ceniza al suelo. Cuando la brasa le llegó a los dedos, apagó lo que quedaba, y a continuación sacó su lista.

Era solo una columna de palabras. *Lavandería, Comestibles, Farmacia, Ferretería*. Era muy cuidadoso en eso. Muy cuidadoso en todo. Si alguien se encontraba ese papel, o lo leía por encima del hombro de Hawley, pensaría que era una lista de cosas pendientes. Pero cada epígrafe era alguien a quien tenía que eliminar, antes de que fuera a buscarlo a él o su hija. No volvería a dejar nada al azar. Nada en absoluto.

Se vio obligado a solicitar que acudiese al lago un limpiador. El limpiador se llevó todo el dinero de los frascos de regaliz. El limpiador limpiaba cosas. Se deshizo del cuerpo de Talbot. Trajo un médico. Sobornó al que hizo la autopsia de Lily. Higienizó el informe policial. Pero el limpiador no pudo limpiar a Hawley. Al concluir el entierro y tras dejar a Loo al cuidado de Mabel Ridge, Hawley aparcó delante del bar más cercano y se pasó dos semanas seguidas de borrachera en borrachera. Cuando recuperó el conocimiento estaba en una embarcación con Jove. Su amigo le dijo que lo había llamado, pero Hawley no se acordaba de haber levantado un teléfono. Jove lo había encontrado sin sentido en una montaña de basura, faltando poco para que el camión de recogida se lo llevase al vertedero. Eso fue antes de que Hawley tomara la decisión de matarlos a todos. Aún era demasiada la pena de sí mismo que sentía.

Al cabo de los años, Jove por fin había aprendido a navegar, y ahora lo habían contratado para que llevase ese barco desde Boston hasta las islas Vírgenes. Pasaron por puntos de descarga y entregaron mercancías diversas que Jove llevaba ocultas bajo las planchas. El yate era un queche bermudeño de tres velas: de mesana, mayor y foque. A Jove se le daba bien la navegación, y le enseñó a Hawley a gobernar no solo el barco, sino también su pena, dándole whisky cuando le hacía falta, quitándoselo cuando ya había bebido demasiado. Convenciéndolo de que no se tirase al agua mientras superaban corrientes difíciles.

—Piensa en esa hija tuya —le decía Jove—. Ya es huérfana de madre. ¿Quieres dejarla huérfana de padre también?

Navegaron a lo largo de la costa, pasando por Newport, hasta llegar a Little Creek, Virginia, y de allí a Saint Thomas. Fueron doce singladuras, al cabo de las cuales Hawley se había serenado lo suficiente como para comprender que ahora lo único que importaba era la niña. Tenía que mantenerla a salvo. Y el primer paso consistía en quitarse de encima a Ed King. Hawley se lo planteaba en términos de violencia, pero Jove lo convenció de que lo más aconsejable era encarcelar al viejo boxeador. Con el encargo de Alaska tenía suficiente para meterlo en un lío, por el piloto y su novia, lo cual no sería exactamente meterlo en un lío, porque a fin de cuentas era el propio King quien los había matado.

—¿Estás seguro? —preguntó Hawley—. Sé que es amigo tuyo.

—Ya no —dijo Jove—. No después de esto.

Efectuaron la última descarga y entregaron el barco. Si no hubiera llovido tanto cuando llegaron, quizá hubieran robado otro barco para remontar con él por la costa. Pero lo que hicieron fue coger un vuelo a Estados Unidos y Jove siguió viaje a Alaska para ocuparse de King, y Hawley decidió que había otras personas de quienes tenía que librarse.

En principio había pensado dejar a la niña una semana, pero ya habían pasado dos años. Estaba mejor sin él. Eso lo sabía bien Hawley. Pero también sabía otra cosa: que le debía el derecho a vivir sin estar volviendo la cabeza todo el tiempo. Y estaba totalmente decidido a completar la lista para asegurarse de que así fuera, aunque había momentos en que se sentía sin fuerzas y se preguntaba si viviría hasta el final. Se pasaba las horas rascándose la barba mientras el cielo se oscurecía y volvía a iluminarse y se oscurecía otra vez. A veces se contaba mentiras.

Pensaba: *Algún día lo superaré.*

Pensaba: *Mañana me dolerá menos.*

Luego se rascaba un poco más la barba y dejaba pasar otro día.

Ya había estado antes una temporada en Wyoming, con Jove, a los veintitantos años. Fue después del encargo del casino indio, y ambos tenían dinero para gastar. Entraron en una adquisición de terreno a tres bandas con Frederick Nunn, en cuya casa habían robado cuando empezaban, cuando no eran más que unos críos en busca de cubertería cara.

El terreno estaba cerca del bosque nacional de Bighorn. Hawley y Jove le vendieron sus participaciones a una compañía de gas natural, recurriendo a bancos e intermediarios para no dejar huella documental. Pero la propiedad de Frederick Nunn fue declarada zona rural para refugio de una especie en peligro: el perrito de las praderas rabinegro. Y a continuación llegaron los federales y arrestaron a Nunn por lavado de dinero y lo metieron en la cárcel, y Nunn lo perdió todo en el proceso,

incluida la casona de las Adirondack. Cuando salió, lo único que le quedaba era el terreno de los perritos rabinegros, y estaba lleno de roedores gigantes que vivían en extensas colonias y destruían toda la vegetación y hacían sus agujeros y arruinaban la tierra hasta hacerla inútil para el ganado o los caballos o cualquier clase de cultivo.

El terreno se había dividido en tres propiedades separadas. Se jugaron a cara o cruz las escrituras. Hawley ganó la primera tirada y eligió primero. Jove ganó la segunda. No pensaron que hubiera ninguna diferencia en qué le correspondiera a cada cual: se limitaron a pedir otra ronda de whiskies en el bar. Jove llegó incluso a contarle a Nunn que le habían robado los tenedores y los cuchillos hacía muchos años, y que a Hawley le había pegado un tiro el guarda, y se rieron con todo ello, deslumbrados por las perspectivas de riqueza, mientras Nunn exhibía su capacidad de perdón; y Hawley y Jove, al día siguiente, se permitieron comprarle una cubertería nueva, mexicana, muy bonita. Pero más adelante Nunn dijo que Hawley y Jove sabían lo de los perritos de las praderas, que habían hecho alguna clase de trampa en el sorteo y que estaban en deuda con él. Y luego, dado que Jove estaba en la cárcel, Nunn empezó a llamar a Hawley a altas horas de la noche, y todas las noches, diciéndole que los perritos de las praderas se estaban carcajeando de él. Que hablaban entre ellos. Que sabían lo que había hecho Hawley. A este se le pasó por la cabeza la idea de matar a Frederick Nunn. Pero se contuvo y se trasladó a Oklahoma y a Arkansas y a Luisiana y a Nuevo México y a Florida, y después de Florida conoció a Lily.

Hawley, ahora, mientras se dirigía hacia el oeste por la carretera 14, en un sedán robado, recordaba lo mucho que le habría gustado pasarse la vida en el oeste. Ese cielo grande y abierto, y nada ni nadie en todo lo que alcanzaba la vista. Nieve marcando las puntas de las montañas onduladas, que estaban cubiertas de matorrales y bandadas de pavos salvajes y alces y caballos y ganados y salvia. Escaseaban tanto los árboles, que se sabía a kilómetros dónde estaba el agua, grupos de árboles con las ramas secas a punto de desprenderse y causar alguna víctima, bordeando el lecho de los ríos, como gigantes petrificados.

Luego, en la distancia, se percató de las llamaradas de gas que brillaban contra el sol poniente, dejado un rastro de humo oscuro en el viento. Metano y dióxido de azufre. Los pilones que mantenían a las perforadoras en su sitio tenían travesaños metálicos, como el cuello de una grúa asomando por el borde de un rascacielos. Todo ese metal parecía fuera de lugar en medio de esta región salvaje. Igual que los hombres que Hawley veía de retirada, hasta el día siguiente: trabajadores con casco, muy distintos de los vascos que Hawley conocía de sus tiempos en los ranchos, yendo de sitio en sitio, viviendo solos en las montañas con el ganado, sin decirse una palabra entre ellos durante meses, con tantas capas de tierra y sudor en la piel que hasta las serpientes los evitaban.

Había una valla metálica de siete metros, con alambre de púas, en torno a la antigua propiedad de Hawley. Redujo la velocidad y miró y luego siguió adelante. Era la única valla que había visto en muchos kilómetros. Incluso en la I-90, por donde los camiones de dieciocho ruedas circulaban a ciento cincuenta kilómetros por hora, bastaba con unos pocos postes de madera y quizá un cable eléctrico para mantener a raya al ganado. La compañía de gas que estaba prospectando el terreno de Hawley había cerrado la propiedad como si fuese una prisión.

Más adelante, Hawley se fijó en un cartel clavado a un poste telefónico. En él se veía la imagen de un perrito de las praderas con una mira de cruceta centrada en la cabeza. Debajo decía: PRÁCTICAS DE TIRO. Y luego: PRIMER DESVÍO A LA IZQUIERDA. Y: UTILICE NUESTRAS ARMAS O VÉNGASE CON LAS SUYAS AL RANCHO DE LOS PERRITOS DE LAS PRADERAS.

Hawley tomó el desvío. Se metió por la puerta abierta y siguió el camino durante unos ochocientos metros. El terreno era plano al principio, pero luego se empinaba hasta un promontorio, una ladera curva cubierta de matorrales andrajosos que se alisaba en lo alto a modo de meseta, abierta a las gigantescas vallas y torres de gas ardiendo que había en la antigua propiedad de Hawley.

Junto al cartel de APARCAMIENTO había un Jeep con una barra estabilizadora y con la capota rajada, y un 4×4 muy asendereado. Detrás del cartel había un remolque de campin de tres ruedas, con el enganche apoyado en bloques de hormigón. El remolque tenía todo el aspecto de haber llegado hasta allí procedente del fin del mundo. Era pequeño, con rasponazos y abolladuras en los lados, la puerta y las ventanas de malla llenas de agujeros, un viejo comedero de madera colocado frente a la puerta, y pegada al techo con cinta adhesiva, en lugar de una antena de satélite, una antena anticuada envuelta en papel de aluminio.

Hawley apagó el motor y esperó. Luego oyó un disparo de rifle. Y otro. Tenía su Magnum 357 en el asiento contiguo. La escopeta estaba cargada y colocada encima del salpicadero, el rifle tapado con una manta, bajo el asiento delantero. No echó mano de ninguna de las armas. Esperó a ver quién venía.

Una mujer, en albornoz y con una gorra de cazador color naranja, abrió de un empujón la puerta del remolque y miró a Hawley, para luego situarse encima del abrevadero que hacía las veces de estribo. Era joven, con el cuerpo abultado a fuerza de comida rápida y barata. Llevaba la gorra encajada hasta las orejas. Sus tobillos eran elegantes. Iba descalza, con las uñas de los pies pintadas de color verde brillante. Al abrírsele el albornoz, quedaron a la vista una camiseta de fútbol americano y unos pantalones de chándal cortados por las rodillas. Echó a andar hacia Hawley. Él se metió el arma corta en el bolsillo del chaquetón. Abrió la puerta del vehículo y asomó la cabeza.

—Ya han empezado —dijo ella—. Ve por detrás.

—Gracias —dijo Hawley. Dejó la puerta sin seguro y las llaves en el arranque. Y echó a andar en la dirección que la chica acababa de indicarle.

Unos cien metros más adelante había seis mesas y sillas dispuestas para la práctica del tiro con rifle de largo alcance. Sacos terreros y trípodes y miras telescópicas. Había dos hombres allí instalados, disparando, y otro de pie, oteando la distancia con unos prismáticos. Hawley vio al hombre aplicarle una palmadita en la espalda a uno de los tiradores y luego darse la vuelta para coger una cerveza de la mesa. Frederick Nunn seguía llevando el mismo bigote, espeso, como un dedo doblado debajo de la nariz. Y Hawley habría reconocido esas manos en cualquier otro sitio, con el dorso cercado de diminutos pelos negros. Nunn asustaba a la gente con esas manos, flexionándolas al hablar. Ahora agarró la lata de cerveza con una de ellas, empujó el codo para beber y mientras tragaba vio a Hawley acercándosele. Volvió a tragar. Cogió los prismáticos. Para evitar que se los arrojara, Hawley procuró mantener una expresión neutra. Siguió andando en línea recta, a pesar de que Nunn había soltado los prismáticos para coger un rifle.

—Sam Hawley —dijo Nunn—. No te había reconocido.

Los tiradores se quitaron los protectores de oídos. Uno de ellos andaba por los veintitantos años y llevaba una chaqueta militar con orejeras a juego, ambas de camuflaje para el desierto. El otro era como mínimo diez años más viejo y tenía las mejillas con marcas y una chaqueta de estilo oeste con borlas de cuero. Los tiradores estaban borrachos. Pero Nunn no lo estaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Nunn.

—He visto el cartel que pusiste —dijo Hawley.

Nunn alzó la nariz, como un perro tratando de localizar un olor.

—¿Va todo bien? —preguntó el de la chaqueta de cuero.

—Sí —dijo Nunn—. Está bien. Este es Mike, y este otro es Ike.

—Como los caramelos Mike and Ike —dijo Hawley.

Ellos asintieron, pero sin levantarse. No apartaron las manos de las armas.

—No quiero interrumpiros.

—Ah —dijo Mike—. No nos interrumpes.

Se volvió a poner las orejeras y se apoyó en la mesa con su chaqueta de cuero, ajustando el ojo a la mira. Ike jugueteaba con una cremallera de su chaqueta de camuflaje, sin quitarles ojo a Nunn y Hawley.

—¡Fuego! —dijo Mike, y a continuación hizo fuego. Todos se volvieron a mirar. En la distancia, Hawley percibió un estallido de pellejo y tripas.

—Creía que los perritos de las praderas eran especie protegida —dijo Hawley.

—Ya no —dijo Nunn—. Ahora son para prácticas de tiro.

—Esa es una buena noticia —dijo Hawley—, para ti.

—Algo es algo —dijo Nunn—. La gente me paga por entrar a probar sus armas,

antes de que empiece la temporada de caza.

Hawley recorrió con la mirada el pueblo de los perritos de las praderas. No había vegetación. Solo montones de tierra y agujeros y cráteres en que caerse. Un paisaje muerto, como correspondía a un lugar muerto.

—¿Quién es la chica?

—Una chica.

—Quién es para ti, quiero decir.

Nunn lo miró de hito en hito. Escupió en el suelo.

—Menuda barba llevas.

Mike y Ike empezaron a disparar, uno detrás del otro, fallos que levantaban minúsculas nubes de tierra, como señales de humo en la distancia, y de vez en cuando un acierto que desparramaba sangre y entrañas en diminutas salpicaduras sobre la tierra reseca. Entre disparo y disparo, se oían las llamadas de los perritos de las praderas. Un coro de lloros y parloteos tan alto que lo ahogaba todo menos los disparos.

—Vamos a algún sitio donde podamos oírnos —dijo Hawley.

—Muy bien —dijo Nunn.

Se dirigieron al remolque, pero Nunn no lo invitó a entrar. Hawley vio que la chica los observaba desde la ventana. Hawley no dijo nada. Se quedó ahí de pie, notando el peso del Magnum en el bolsillo y esperando que ocurriese algo, algo que le permitiese terminar con lo que había venido a hacer.

—¿Estás con algún encargo?

—Sí —dijo Hawley.

Nunn flexionaba una de sus grandes manos. Estaba nervioso —Hawley se dio cuenta en ese momento—. Nunn nunca había sido un tipo que se pusiera nervioso. Pero ahí estaba, mirando a Hawley como si fuese una fiera. Y quizá lo fuese.

—¿Quién es esa chica? —volvió a preguntar.

Nunn alzó el rifle y encañonó a Hawley.

—¿Qué demonios quieres, Hawley?

—Dile que salga.

—No mientras no me contestes.

—Es por ti —dijo Hawley—. Vengo a por ti.

Por un instante no supo si había dicho esas palabras en voz alta, por lo acostumbrado que estaba a la soledad y al mutismo. La conversación era ya la más larga que había tenido con nadie en cerca de tres meses. Eso creía él, al menos: tres meses. Pero tampoco estaba muy seguro.

Nunn bajó el rifle. Se sentó en el abrevadero de madera, mirando al suelo. No parecía sorprendido.

—¿Te manda Rodríguez?

Se pasó la mano por el bigote, en ambos sentidos.

—¿O Manley? Apuesto a que fue Manley.

—No ha sido Manley.

—Parker, entonces. Siempre me ha odiado a muerte.

—No ha sido ninguno de ellos —dijo Hawley—. Tengo una lista, eso es todo. Y estás en ella.

Ahora le llegaba el olor del aire de su antiguo terreno. Lleno de monóxido de carbono y agentes químicos. El olor a cosas quemadas que no van a quemarse.

—King —dijo Nunn—. ¿Está en tu lista?

—Está en la cárcel.

—Me han dicho que lo traicionó alguien.

Nunn volvió a tocarse el bigote. Parecía más pensativo que asustado, como si hubiera estado esperando que ocurriera algo así.

—Pues ya ves, yo tenía razón. Sí que hablan.

—¿Quién habla?

—Los perritos de las praderas —dijo Nunn—. Vino por aquí un científico de la Universidad de Oklahoma a contar la población. Contribuyó a que los quitasen de la lista de especies en peligro. Me pagó por estudiar a los perritos y sus ruidos. Tienen palabras y gramática y todo. Un lenguaje completo.

—¿Por qué me cuentas eso? —preguntó Hawley.

—Es porque pensé que se me estaba yendo la olla. Cuando me tocó esta tierra muerta. Me subía a ese promontorio de ahí y los escuchaba hablar, pensando en volarme la tapa de los sesos. Pero sí que decían algo, al final. Me alegró tener razón en eso. El caso es que son muy inteligentes.

En la distancia, Hawley oía los disparos de Mike y Ike. Y luego oyó que sonaba un teléfono en el interior del remolque. Una y otra vez. Hawley esperó a ver si Nunn acudía a contestar, pero el otro no se movió de donde estaba.

Se abrió la puerta de malla y asomó la chica. Se había quitado el albornoz, pero seguía con los pantalones cortados y la camiseta de fútbol americano. Llevaba muy encajada en el cráneo la gorra de caza color naranja. Usaba chanclas con margaritas, sus uñas verdes destellaban bajo las flores a cada paso.

—Teléfono —dijo.

—Sí —dijo Nunn. A Hawley le dijo—: Espera.

Luego puso el pie en el abrevadero y entró en el remolque.

En lo alto, el cielo empezaba a enrojecer, a medida que el sol se deslizaba tras las montañas. En la distancia se oyeron los chillidos de Mike y Ike mientras las tripas de otro perrito de las praderas se esparcían por tierra.

—Es un poco mayor para ti —dijo Hawley.

La chica se encogió de hombros y se ajustó la gorra de un tirón.

—¿Por qué no te largas de aquí?

—Tengo un pacto con él —dijo la chica.

—Sea lo que sea, ya no cuenta —dijo Hawley, y le enseñó el Magnum.

La chica lo miró primero a él, luego miró el revólver y luego abrió la puerta del 4×4 y entró en el vehículo. Puso el motor en marcha. Bajó la ventanilla.

—Tiene un Weatherby reformado ahí dentro. Semiautomático, con láser.

—Joder —dijo Hawley—. Gracias.

—Espera a que yo esté en camino —dijo ella.

Luego se quitó la gorra y le quedó suelto el pelo, y el pelo era verde, también, como sus uñas de los pies. Y aunque le sonrió con los labios fruncidos, aquella sonrisa era lo más agradable que le había ocurrido a Hawley en mucho tiempo.

Luego metió primera y se alejó en el 4×4.

Hawley sabía que Nunn estaba ahí dentro mirándolo. Podía ser que ya tuviera el semiautomático preparado en la espalda. Cogió el revólver que acababa de enseñarle a la chica y se lo encajó en la cintura. Luego fue a la puerta de malla y llamó.

—¿De veras estás llamando a la puerta? —le gritó Nunn.

—Me parece que sí —dijo Hawley, y a continuación entró.

Aquello estaba abarrotado de cosas, pero sorprendentemente limpio. La cama del fondo estaba cubierta con una colcha, y la cocina en miniatura tenía un fuego de propano y una hilera de jarras colgando del estante. En el rincón había una mesa con grandes montones de viejos discos de música country —Lefty Frizzell y Kitty Wells— y un tocadiscos portátil, de maleta. Había cuatro relojes, uno en cada pared, todos con la misma hora. Hawley reconoció dos de ellos, de la antigua casa: uno que tenía números romanos en vez de arábigos y otro cuyo péndulo era la cola de un gato que movía los ojos al tictac.

Nunn estaba junto a la cocina, con el Weatherby en las manos, y era como le había dicho la chica, un arma muy bella, con láser y mira telescópica, como sacada de una película.

—Tranquilo —dijo Hawley.

—Dame ese revólver y me quedaré tranquilo.

Hawley se dio la vuelta y Nunn le puso el Weatherby entre los omoplatos. Luego le sacó el Magnum del pantalón. Abrió el arma, extrajo las balas y colocó todo en la encimera que tenía detrás. Indicó la cama con un ademán y Hawley se sentó en ella.

—Bien —dijo Nunn—. Y ahora ¿qué es lo que pasa?

—Que intentas hacerme cambiar de opinión.

—¿Con respecto a qué?

—A matarte.

Nunn hizo un mohín con los labios, de modo que el bigote se le movió hacia delante y hacia atrás debajo de la nariz, como si le estuviera picando y no pudiera

rascarse, para no apartar las manos del arma.

—Pensé que te habías marchado y te habías casado con una chica.

Por un momento, Hawley se limitó a permanecer sentado. Pero sus sensaciones estaban muy claras. No le sorprendió que Frederick Nunn supiera de Lily. Oír eso lo convencía aún más de que tenía que hacer su trabajo. Su hija cumpliría tres años en octubre. Tres breves años viviendo en este mundo.

—Dijiste que era un encargo —dijo Nunn—. Pero creo que esto es otra cosa.

—Mi mujer ha muerto.

—O sea que es eso.

Nunn bajó el arma y se la colocó en el regazo.

—Estás buscando una salida. ¿Alguien que te la facilite? ¿Es eso?

Hawley se preguntó si no tendría razón Nunn. Cerró los ojos y trató de escuchar, de arrancarse la verdad, pero tenía el cuerpo entumecido.

—Tengo que hacer unos cuantos recados antes.

Se abrió la puerta del remolque. El de la chaqueta con borlas de cuero asomó la cabeza, el rifle cruzado a la espalda.

—Estamos sin cerveza.

Hawley no logró recordar si era Mike o Ike.

—Guau, hermano —dijo el hombre al ver el Weatherby—. Buena mira.

—Estamos hablando de los perritos de las praderas —dijo Nunn.

El hombre pestañeó una vez. Luego otra. Luego sonrió.

—Ay, mierda. No le des cuerda a este hombre con el tema.

Entró en el remolque y abrió el pequeño frigorífico. Sacó un paquete de seis. Hawley olió el tufo a alcohol que desprendía su piel, un olor agri dulce que le recordó a su madre, cuando se cambió al vodka y se mudó a Phoenix y se mató a lingotazos.

—Está oscureciendo ahí fuera —dijo Hawley.

—No vamos a dejarlo por eso. Además —dijo el hombre—, a los cabroncetes esos se los localiza por el sonido.

Dejó las cervezas y cogió el 357 de Hawley de la encimera.

—Bonito.

Abrió el tambor.

—Al viejo estilo.

—Quédatelo —dijo Hawley.

—¿En serio?

—Tengo otro igual.

Nunn sopesó el Weatherby en las manos.

—Más vale que le des las gracias, Mike, o te guardará rencor.

—Mierda, gracias, hermano.

—De nada.

Mike cargó el Magnum, introduciendo cada proyectil en su hueco. Luego se encajó el arma en el pantalón. Le pasó una cerveza a Hawley. El aluminio estaba frío y húmedo de condensación. La lata pesaba lo suyo. Miller High Life. Hawley la abrió y echó un trago.

—¿Y tú? —le preguntó a Nunn—. Seguro que tienes la boca seca de tanto hablar de los perritos de las praderas.

—Jajá —dijo Nunn.

—Venga —dijo Mike—. Bebe con nosotros.

Abrió una lata y se la ofreció.

Nunn ya había quitado el seguro de su rifle. Hawley se dio cuenta de que estaba tratando de elegir entre matarlo ya o esperar un rato. Nunn miraba a Mike, evaluándolo como testigo. Una cerveza. Eso era todo lo que tardaría en decidir.

Hawley tomó aire. Expulsó la mitad. Y a continuación arrojó su lata de Miller High Life a la cara de Nunn, con todas sus fuerzas. Le dio en la barbilla y al rebotar impactó en el Weatherby, que se disparó, abriendo un agujero en la pared, junto al reloj del gato. La detonación resonó en los oídos de los tres hombres. La lata cayó al suelo, derramando espuma y cerveza por la diminuta cocina. Hawley se apoderó del Magnum que Mike se había encajado en la parte de detrás del cinturón.

—¡Hermano! —dijo Mike.

—¿Crees que me vas a matar en mi propia casa? —le gritó Nunn—. ¿Crees que voy a permitírtelo? Tengo *derecho* a vivir. ¡Todo el derecho!

—Ella tiene más derecho que tú.

Le pegó un tiro en la cabeza a Frederick Nunn. Fue un tiro limpio. De una vez. La nuca del hombre se abrió en un oscuro chorro contra las paredes. Mike empezó a dar gritos y le quitó el Magnum de la mano a Hawley con la culata de su rifle. Hawley abrió de golpe la puerta del remolque y se escabulló por una esquina con el tiempo justo para ver que Ike corría hacia ellos desde el campo de tiro.

Hawley logró abrir la puerta de su vehículo, pero no pudo entrar porque Mike, utilizando el Weatherby, le voló el parabrisas de un solo tiro, y luego acribilló el resto del sedán, apuntando también a las ruedas. Hawley agarró la escopeta y vació los dos cañones en el remolque, y ello bastó para que Mike y Ike se pusieran a cubierto. El tiempo justo para salir corriendo.

Hawley eligió la única dirección que podía tomar: hacia su propio terreno. Pero antes tenía que cruzar el pueblo de los perritos de las praderas. Había recorrido cincuenta metros cuando una bala silbó sobre su cabeza en la oscuridad, y se tiró de bruces al suelo, perdiendo la escopeta. Afirmó los codos y empezó a arrastrarse a lo militar por la tierra, pasando el cuerpo por encima de los agujeros.

Los perritos de las praderas habían desaparecido por sus túneles, pero seguía oyéndose ahí abajo el ruido que hacían. Miles de pequeñas gargantas desgañitándose,

jugando al teléfono roto a lo largo de poco menos de un kilómetro. Y luego notó que el terreno cedía y un brazo entero se le hundió en un agujero, hasta el hombro. Trató de liberarse, pero otra bala pasó sobre su cabeza, y luego notó un desplazamiento aún mayor del terreno y cayó en un abismo que se abrió bajo su cuerpo. Se vio rodeado de tierra y arena que se le metían en los ojos y en los oídos y en la nariz y en la boca.

Cuando por fin tocó fondo, se limpió la gravilla de la cara. Había caído en una madriguera ahuecada, a más de dos metros de la superficie. Algo se movía en la tierra a su alrededor, debatiéndose a los lados y más abajo, mordiendo y arañando. Los perritos de las praderas. No menos de una docena. De lejos le habían parecido pequeños y simpáticos, pero de cerca eran unos roedores peludos y gigantescos, erguidos sobre los cuartos traseros, con la cola rígida y la barriga plana y el hocico chato y los ojos negros y unas garras ágiles, parecidas a las manos humanas, con los dedos largos y las uñas aún más largas. En lo alto veía el cielo oscuro, y algunos de los perritos de las praderas intentaban evadirse trepando, y otros buscaban la salida del túnel, y los restantes se le subían por la espalda y la cabeza, y Hawley se puso en pie y se sacudió los animales, dando empujones hasta quedar sentado en un lado de la madriguera con los perritos revolviéndose al otro lado. Parecían moverse y actuar como uno solo. Todos ellos ladrando sin parar, sin parar un momento.

En cuanto Mike y Ike encontraran el agujero, estaría muerto. Tenía que subir cuanto antes y alcanzar la valla. Hawley se puso de rodillas y luego se incorporó del todo, pero cuando intentó auparse se derrumbó el borde de la madriguera. Era como tratar de salir de un agujero en el hielo. Hawley, clavando las botas en la pared, logró sacar la cabeza por encima del hoyo, con el tiempo justo para ver que Mike y Ike exploraban el terreno a unos doscientos metros al oeste. Y luego la pared entera se derrumbó y Hawley cayó al fondo, y la tierra se le vino encima y lo sepultó.

La tierra suelta le pesaba como una manta. Estaba a cubierto, pero no podía respirar. Escarbó con los dedos y percibió una apertura. Un túnel dejado por los perritos. Se agarró a unas raíces, metió la cabeza y respiró una fétida bolsa de aire. Las paredes eran resistentes, pero logró introducir los hombros. Luego cavó como un loco y ensanchó el espacio hasta quedar con una mitad dentro del túnel y la otra fuera. Oía acercarse las voces de los otros.

—Me ha parecido oír algo.

—Mira esto, hermano.

Hawley ladeó la cabeza hacia la izquierda. Podía ver sus sombras al borde del agujero.

—¿Se habrá caído ahí abajo?

—No se ve el fondo.

Hawley oyó escupir a uno de ellos. Hubo el ruido de una bala al entrar en la recámara y luego ambos hombres apuntaron sus armas y dispararon hacia el fondo

del agujero. El primero falló y el segundo atravesó la capa de tierra que lo cubría y le dio a Hawley en la pantorrilla, astillándole el hueso. Se dio cuenta inmediatamente de que era el Magnum, por la fuerza del impacto y por lo mucho que le dolía y por la sensación de que le habían separado la pierna del cuerpo.

Se mordió el brazo para no gritar, a pesar de que una parte de sí mismo estaba deseando aullar y que esos dos hombres se enteraran de que estaba ahí tendido, en el fondo del agujero. No tendrían ni que cavar una fosa para enterrarlo. Sería muy fácil. Sería el final de todo. Pero lo que hizo fue morderse con más fuerza. Le quedaban dos recados por cumplir. De modo que permaneció tirado en la tierra, sangrando.

Arriba, los otros dos escuchaban.

—Aquí no hay cobertura.

—¿Tienes miedo?

—No veo una mierda. Tenemos que regresar al remolque.

—¡Te vamos a convertir en fantasma, hermano!

El eco de estas palabras de Mike recorrió las praderas y subió a las montañas. Luego Hawley oyó el movimiento de sus botas encima de su cabeza y sus voces empezaron a disiparse. Supo que estaba a salvo cuando los perritos de las praderas empezaron de nuevo con sus lloriqueos.

Hawley permaneció estrujado dentro del hoyo, como si fuese su tumba. Tuvo la impresión de estar horas esperando. Esperó con los escarabajos y los gusanos y los milpiés y las hormigas, con la boca abierta al túnel, dispuesto a recibir el sabor de la noche en sus labios, hasta que el dolor que sentía dejó de ser dolor, para trocarse en una criatura que le devoraba la carne, clavándole las desgarradoras fauces cada vez que pataleaba contra ella, y empujó y golpeó con los puños y escarbó la tierra y pisoteó al dolor que tenía debajo y fue como ir tambaleándose por la oscuridad, fue como el turbio fondo del lago que se había llevado a Lily, y ello lo hizo cavar más y más deprisa, hasta que se le rompieron las uñas y sangraron y empezó a respirar tierra y arena. La tierra estaba dentro y fuera y a su alrededor, pero se movía, notó que el cuerpo se abría camino, y luego tocó la hierba y salió rodando de la zanja, a campo abierto, con cada centímetro cuadrado del cuerpo cubierto de polvo.

La oscuridad no era tanta como él había supuesto. Allá arriba el cielo estaba claro y había una muchedumbre de estrellas que iluminaban el panorama hasta los bordes del horizonte. Hawley se cubrió la boca para reprimir la tos, trató de juntar saliva y liberarse de la arenilla que le cubría los dientes. Luego se hurgó la nariz con los sucios dedos para liberarla, y se frotó la tierra de las orejas para recuperar la audición.

Había luz en el interior del remolque de Nunn. Las ventanas estaban abiertas y se oía discutir a los dos hombres, farfullando. Hawley se arrancó un trozo de camisa y se ató la pierna con él, luego se arrastró lentamente a través del terreno seco, dejando atrás los túneles de los perritos de las praderas, hasta que las voces de los animales y

las voces de los hombres empezaron a confundirse, y a continuación estaba llegando al remolque y se situó justo debajo de la ventana. Tan cerca que le llegaba el olor de la cerveza derramada, la espuma y la lata reventada en el suelo.

—¿Crees tú que mi agente de la condicional se va a creer semejante cosa? Un tío salido de no se sabe dónde que le revienta la cabeza a Nunn. Tenemos que limpiar esto. Tenemos que limpiar todo esto.

—Mierda, hermano. Mira cómo ha quedado este hombre.

—No quiero mirar.

—O sea que ¿qué quieres hacer? ¿Enterrarlo en algún sitio?

—Es mejor el fuego. Siempre hay fuegos.

—De acuerdo, pero antes le voy a poner un poco de música. Le gustaba la música, ¿verdad?

Pusieron uno de los viejos discos de música country que tenía Nunn. Hawley oyó la guitarra *slide* y una voz gangosa cantando. *Si tú pones el dinero, cariño, yo pongo el tiempo.*

Hawley fue a la pata coja hasta el Jeep de Mike y Ike. Podía apoderarse de él y salir a toda prisa de allí antes de que a los otros les diera tiempo de asomar. Podía marcharse y no volver. Pero entonces quedarían cabos sueltos, y ya no podía permitirse cabos sueltos. Hawley volvió a su coche. La escopeta estaba en algún lugar de la pradera, pero el rifle estaba donde lo había dejado, oculto bajo el asiento delantero. Sacó la mochila con cuidado, por el parabrisas roto. Abrió la caja naranja y se puso una inyección de morfina. Luego se envolvió la pierna con una venda elástica. Comprobó el rifle y sacó unos cuantos cargadores más, por si acaso, y los dejó en el capó del coche. Agarró su cuchillo, un par de tenazas y dos luces de emergencia. Esperó un poco a ver si los otros lo habían oído. Luego se acercó a la trasera del remolque arrastrándose sobre la espalda.

El espacio que lo separaba del remolque estaba húmedo y lleno de telarañas. Hawley escuchó la música y las palabras de los hombres, y se fue impulsando lentamente hasta llegar al tanque de propano. Cortó las mangueras y las redireccionó y abrió todo lo posible la válvula de presión. A continuación encendió las luces de emergencia y las introdujo en los conductos de ventilación. Regresó arrastrándose hasta situarse entre los dos vehículos, con buena visibilidad de la puerta del remolque. Cogió el rifle.

Vio, por la ventana, las llamas que salían del fogón. Los otros dos ni se dieron cuenta, al principio. Luego hubo un crujido en el aire y el propano explotó y las luces se apagaron y el remolque empezó a arder. Oyó gritar a los dos hombres. El primero de ellos, Ike, salió como una exhalación por la puerta, y Hawley le acertó de lleno en la cabeza, y se le encogió el cuerpo y cayó encima del abrevadero. Luego oyó movimiento y se dio cuenta de que el otro estaba tratando de escapar por la ventana

trasera. Hawley rodeó el remolque y ahí estaba Mike, con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera, con la chaqueta de cuero enganchada en la malla rota. Llevaba el Magnum. Tenía media cara quemada y apuntaba al azar. Disparó todas las balas. Hawley le golpeó la mano con el rifle para que soltara el revólver. Luego recogió el Magnum del suelo y lo cargó de nuevo, mientras el hombre se debatía a voz en grito:

—¡No, por el amor de Dios, hermano, no, por favor!

El hombre siguió hablando, siguió mencionando el nombre de Dios en el aire frío de la noche. Hawley le disparó una y otra vez con el Magnum, recordando la potencia del impacto que él acababa de sentir en su propia pierna, contando ahora las balas, una tras otra, escuchando cómo chocaban contra el hueso y la carne y el metal del remolque, hasta vaciar el tambor, hasta que ya le parecieron suficientes los agujeros que había hecho, y las voces dejaron de salir por ellos.

Hawley empujó hacia dentro el cuerpo de Mike, que había quedado colgado en la ventana. Luego fue a la parte delantera y abrió la puerta del remolque y levantó a Ike y lo lanzó a la humareda. El fuego se había extendido a las cortinas. El cuerpo de Nunn estaba en la cama, con una manta tapándole la cara. En la mesa, el tocadiscos seguía girando. Hawley cerró de un portazo. Arrancó el Jeep juntando los cables y metió marcha atrás y lo enganchó al remolque y luego llevó este hasta el borde de la cuesta. Enseguida desenganchó aquella lata de conservas en llamas y se puso a empujar. La morfina había entrado en acción. Ya no sentía dolor en la pierna.

El enganche estaba muy abajo y Hawley tuvo que agacharse y apoyar el hombro contra la pared de metal, que iba calentándose por el calor de dentro. El remolque pesaba más de lo que había supuesto. Como si estuviera levantando el mundo sobre los hombros. Se esforzó en quitarse de la cabeza a Frederick Nunn y a Mike y a Ike, e incluso a Lily. Y pensó solo en Loo. Solamente en Loo. Tres años de edad. Aún viva. Aún respirando.

Las ruedas traseras del remolque se balanceaban al borde del barranco. Por un momento, lo único que frenaba la caída era el propio Hawley, el enganche metálico que le tiraba de los dedos. Y luego cedió una porción de tierra y notó que las ruedas se iban y que el peso se abalanzaba al lado opuesto y el remolque se le fue de las manos. Hawley permaneció al borde de la meseta, con el viento cruzándole la espalda, con un hedor a petróleo y hollín en las palmas de las manos. El remolque rodó lentamente al principio y luego dio un bote y empezó a ganar velocidad. El cristal estalló por el calor. Salía humo por las ventanas. El remolque rugía ladera abajo como un jinete sin cabeza, como la calabaza de Cenicienta convertida en llamas y ceniza.

Recorrió a toda velocidad la llanura, como un rayo de luz por el pueblo de los perritos de las praderas, y luego siguió rodando hasta chocar con la valla metálica que rodeaba la antigua propiedad de Hawley. El fuego iluminó el borde del campo de gas,

y Hawley vio chispas azules al activarse la electricidad y luego al fallar, y a continuación se apagaron los reflectores y el terreno quedó a oscuras, y allí lo único que se veía era el remolque ardiendo, rugiendo como un monstruo contra los barrotes de su jaula.

LA CÁMARA FRIGORÍFICA

Un enjambre de coches de policía recorrió la calle Mayor en ambas direcciones. Quedaron alertadas las autoridades locales y estatales. La Guardia Costera activó sus patrullas. El alcalde convocó una conferencia de prensa, y el director de Caza y Pesca hizo unas declaraciones de las que luego tuvo que retractarse. Hasta el *Boston Globe* envió un reportero para cubrir el suceso, y las cabeceras de los periódicos locales alcanzaron los cinco centímetros de altura: BALAS SOBRE LOS BANCOS AMARGOS.

Alguien había disparado una vez contra la puerta de la casa de Mary Titus. Pescadores enfadados, decía la gente, o quizá un miembro de la Iglesia de la Unificación, o algún matón a sueldo de Nueva Escocia o de los japoneses. Fuese quien fuese el que disparó, el hecho atrajo tanta atención mediática sobre la disminución de las capturas y las prácticas pesqueras ilegales —incluido un reportaje en los noticieros nacionales de televisión— que la Agencia para la Protección del Medio Ambiente y la Agencia Nacional para el Océano y la Atmósfera anunciaron el cierre temporal de varias zonas de los Bancos, en espera de los correspondientes estudios. Se perdían millones de dólares al día. En el Sawtooth no había ningún otro tema del que los parroquianos quisieran hablar.

—Han tenido suerte de que no hubiera heridos —dijo Agnes.

—Han tenido suerte de que no los *pillaran* —dijo Loo.

Mary Titus no dijo nada, porque no estaba. Se había tomado un día libre por asuntos personales. Pero el director Gunderson sí que estaba en su puesto, y a punto de volverse loco.

—Estas cosas no pueden ocurrir —dijo—. No en nuestro pueblo.

—Sí que ocurren —dijo Agnes—. En todas partes.

Gunderson comió otro poco de sus *kippers*, pescado ahumado. Todos los días una tosta de *kippers* con huevos. *Kippers* y huevos y café. Normalmente, los demás ni se acercaban a su mesa, por el olor. Pero ahora estaban todos a su alrededor, porque el director Gunderson había empezado a salir con Mary Titus (tres veces, decía él, o, bueno, dos veces y media, en realidad), y en ello estaba Mary Titus cuando le

pegaron un tiro a su puerta: en su salida número dos y medio, cenando en casa del director Gunderson. No *kippers*, aclaró el director Gunderson, porque Mary Titus era vegetariana.

¿*Qué hay de Marshall?* era lo que Loo quería preguntar, mientras el director Gunderson peroraba sobre la sopa de coliflor que había hecho especialmente para esa noche, el tofu con curry y la piña asada de postre.

—Mary no llegó a probarla. La sopa, quiero decir. Estábamos con el vino y las virutas de col rizada cuando se presentó la policía —dijo el director Gunderson—. No me entra en la cabeza que hayan querido matarla por culpa de esa petición. Aunque el hecho de que su vida esté en peligro la ha vuelto muy popular en los círculos medioambientales. Hasta su exmarido la llamó.

—¿El de *Héroes de las ballenas*?

—El mismo —dijo el director Gunderson, y luego se llevó a la boca otras varias porciones de su desayuno, masticando con mucha fuerza y muy despacio, como imaginando que tenía al exmarido entre los dientes.

—La llamó por radio de barco a tierra. Para felicitarla.

—Y ¿qué pasó cuando llegó la policía?

—Que Mary se reía sin parar —dijo el director Gunderson—. Y yo también. Era el colmo de lo ridículo. Pero cuando logró calmarse dijo que jamás abandonaría la lucha. Algo muy digno de admiración.

—No creo que tus hermanos estén de acuerdo —dijo Agnes.

El director Gunderson pareció preocuparse. Comió otro poco de su desayuno.

—Su hijo estaba en casa en aquel momento. La policía le tomaba declaración cuando llevé a Mary. Había metido la cena en unos táperes y se la dejé allí. Pero aún no me han dicho nada —añadió—. Si les gustó la sopa, quiero decir.

—¿Han averiguado quién fue? —preguntó Loo.

El director Gunderson sonrió tímidamente.

—Creo que la policía no tiene aún ningún sospechoso oficial.

—Quien haya sido —dijo Loo— lo va a lamentar.

—Bueno, sí, por supuesto, cariño.

Gunderson soltó un eructo blando y enseguida se puso a tragar café, como si de pronto se hubiera acordado del calcetín de Loo con la piedra dentro.

Pasada la hora punta del almuerzo, Loo se amadrigó en la cámara frigorífica, el único sitio del Sawtooth donde se podía tener algún momento de privacidad. Protegiéndose del frío con los brazos cruzados sobre el estómago, observó las hileras de verduras. El aliento se le condensaba delante de la cara, y eso era lo único en que podía concentrarse: en el aire helado saliendo y entrando de su boca.

Habían pasado ya diez días desde que Jove botó su barco y zarpó de Olympus. Había pensado que para ella sería un alivio perderlo de vista, pero el caso era que le

había tomado cariño, por su ordeno y mando en la cocina, por las comidas gigantescas que preparaba, por el modo en que le ofrecía la cuchara para que probase lo que estaba cocinando. Jove había introducido el bullicio en su casa, haciendo que el comportamiento de su padre se pareciera más al de una persona normal. Ahora la casa estaba otra vez en silencio, y Hawley y Loo procuraban evitarse. Cuando se cruzaban, en la cocina o al salir del cuarto de baño, su padre la miraba con cara de perro apaleado —nervioso e inquieto—, y a Loo le costaba muchísimo trabajo no pegarle una patada.

Cogió todos los turnos extras que quisieron darle en el Sawtooth. Trabajó y ahorró dinero y se puso los guantes de su madre y trató de domeñar la cólera que se le acumulaba dentro y esperó que la petición del santuario saliese aprobada, para demostrar que ella no era como su padre. Que era capaz de salvar cosas. Y por culpa de su plan alguien había estado a punto de matar a Marshall.

Agnes abrió la puerta de la cámara y asomó la cabeza.

—¿Estás bien?

Apartó la cortina de plástico con la barriga preñada.

—No te puedes poner enferma ahora, faltando también Mary.

—Perdóname un minuto, por favor —dijo Loo.

—Se está a gusto aquí —dijo Agnes. Cerró la puerta—. Ojalá pudiera fumarme un cigarrillo.

Las envolvía totalmente un olor a carne fría. El gigantesco frigorífico zumbaba.

—Ha roto contigo, ¿no? —dijo Agnes—. Siempre me doy cuenta. Tienes pinta de estar conduciendo un coche con el parabrisas roto.

—¿Puedes cubrirme esta tarde?

—Ay, vida mía —dijo Agnes—, no.

—¿Qué?

—No vayas. Tú no deseas ser así. Créeme.

—Solo quiero ver si está bien.

—No, no es eso lo que quieres. —Agnes se frotó un lado de la barriga—. Además, la mitad de la gente anda por ahí pensando que ha sido tu padre, aunque todavía no lo digan.

—¿Por qué iba mi padre a hacerle daño a Marshall?

—Ya le pegó una paliza en la comisaría. Y Mary está siempre enseñando los puntos que le pusieron en la cabeza. Los pescadores pueden odiar a esos hippies, pero hasta ahora el único que les ha hecho daño ha sido tu padre.

Loo recordó los cardenales que le habían quedado a Marshall en la espalda, cuando Hawley lo estampó contra la pared, y a Mary Titus llamando a la puerta con sus diminutos puños.

—No me siento muy bien.

Agnes encontró una bolsa de almuerzo y la desenrolló, para luego sacarse unas pocas galletas saladas del bolsillo y ofrecérselas a Loo. La chica se colocó la bolsa, que olía levemente a cebolla, contra la cara. La infló y la desinfló, respirando dentro, mientras Agnes le daba golpecitos en la espalda. Bajo la luz fluorescente, Loo notó unas arrugas que su compañera tenía en la frente y que no estaban ahí al empezar el verano. Agnes tenía la misma edad que habría tenido la madre de Loo de estar viva.

—Puede que no haya sido por ti. Puede que solo fuera para meterles miedo en el cuerpo y que retiraran la petición. Está a partir un piñón con Strand y Fisk, y de esos dos tampoco me fiaría un pelo.

Loo tiró la bolsa al suelo. No sabía qué hacer. Hizo migas las galletas con la mano.

—¡Todo esto es una estupidez!

—Ah —dijo Agnes, como si de pronto se le hubiese ocurrido una respuesta.

Agarró la mano de Loo y se la estrujó, y la chica estuvo a punto de echarse a llorar. Se sentía tan perdida y tan llena de agradecimiento. Agnes se puso la mano de Loo contra el vientre. Al principio no hubo nada. Y enseguida Loo percibió un movimiento como de lucha. Una tensa y desesperada contorsión de la carne.

—¿Lo has notado? —dijo Agnes—. Acaba de dar una patada.

A pesar de todas las veces que había permanecido delante, al acecho, y que había esperado a Marshall en el Firebird, Loo nunca había entrado en casa del chico. Pero se la había imaginado, y él le había contado algunos detalles, como que su madre tenía en la pared de la cocina un póster de Greenpeace, y lo de los platos y tazas deformes de cuando le dio por hacer un curso de alfarería. Vista de lejos, la casa parecía singular, pero de cerca manifestaba su decadencia, desde la pintura descascarada hasta los muebles de segunda mano.

—Tú —dijo Mary Titus.

Llevaba un albornoz de toalla color naranja y tenía el pelo mojado. Le lanzó a Loo una mirada que tuvo que parecerse mucho a la que Loo le había lanzado a ella unos años antes, la primera vez que llamó a su puerta con la petición y una botella de vino. En esta ocasión era Loo quien estaba en el porche, con la esperanza de que la dejaran entrar. Y Mary Titus era quien decidiría si darle o no darle un portazo en la cara.

—¿Está Marshall? —preguntó Loo.

—Mi hijo no tiene nada que hablar contigo.

—Por favor. Será solo un minuto.

La viuda miró de arriba abajo a Loo, como si supiera muy bien a qué venía de verdad la chica.

—Está aquí la policía, así que contrólate.

Señaló un sedán negro aparcado en la acera, delante de la casa. Dentro había dos hombres, ambos con gafas de sol, bebiendo café. Cuando vieron que Mary Titus los señalaba, uno de ellos la saludó con la mano.

Loo hizo todo lo que pudo por ser amable y sonreír.

—El director Gunderson quiere saber si te gustó su sopa.

—¿Cómo? —dijo Mary Titus. Se echó instantáneamente la mano al pelo, para colocarlo en su sitio.

Cielos, pensó Loo, los hombres nos hacen el mismo efecto a todas.

—Mamá.

Marshall estaba en lo alto de la escalera y llevaba una camiseta con la imagen de una cola de ballena. Loo notó que el corazón se le salía del pecho. Llevaban más de un mes sin hablar, pero nada más verlo su cuerpo se puso en marcha, como un resorte. Marshall le dedicó media sonrisa. La chica no logró figurarse en qué podía estar pensando. No logró figurarse si la quería o no la quería allí.

—Los de la grabación van a estar aquí dentro de una hora —dijo Mary Titus.

—Lo sé —dijo Marshall—. ¿Por qué no terminas de arreglarte?

Bajó la escalera y se situó entre su madre y Loo.

—Por mí —dijo.

Mary Titus miró a su hijo.

—Por ti —dijo—. Por ti haría lo que fuera.

La viuda le puso una mano en el hombro a su hijo. Aquella simple intimidad entre ellos hizo que Loo se sintiera incómoda, y también la llenó de añoranza.

—Deja la puerta abierta. Quiero que los policías lo vigilen todo.

—Muy bien —dijo Marshall.

Loo observó que Mary Titus subía las escaleras agarrándose al pasamanos como a un cabo salvavidas. Al llegar a lo alto se dio la vuelta. Con su albornoz naranja, con el rostro encendido y resplandeciente, tenía todo el aspecto de una triunfadora.

—Dile a tu padre que ha marrado el tiro.

Luego se metió en su dormitorio y cerró la puerta.

Marshall se ajustó el cuello de la camiseta con la cola de ballena. No miraba a los ojos a Loo.

—Tengo una cosa para ti —dijo—. ¿Puedes esperar un minuto?

—Claro —dijo Loo.

Permaneció en el umbral, sin atreverse a salir ni a entrar, echando vistazos al sedán negro. Los policías no daban la impresión de estar demasiado pendientes de la vigilancia. Uno hacía un crucigrama y el otro parecía dormido. Loo buscó el balazo en la puerta. Bajo el número de la calle había un único orificio, con los bordes mordidos, sin la bala.

Tenía el dedo muy hundido en el orificio cuando Marshall bajó las escaleras. El chico llevaba una bolsa de papel marrón con la parte de arriba doblada, como la que Loo se había apretado contra la cara en la cámara frigorífica. Marshall le hizo seña de que entrase y a continuación cerró la puerta, saludando con la cabeza a los hombres del sedán antes de echar el cerrojo.

—Me alegro de verte —dijo.

Loo empezó a sudar por todos los poros.

—Quería saber que estás bien.

Permanecieron ante la puerta. La chica no sabía si podía tocarlo.

—¿Y esa camiseta?

—Mi padrastro me sacó en ese spot de *Héroes de las ballenas* —dijo Marshall—. Parece que mi vida por fin se ha vuelto lo suficientemente emocionante como para salir en la tele.

—O sea que es por eso por lo que vienen a grabar.

—Quieren grabarnos a mi madre y a mí despidiéndonos. Luego, esta misma tarde, estaré en el barco. Mi padrastro dice que piensa quedarse en los Bancos hasta que la Agencia Nacional para el Océano y la Atmósfera apruebe el santuario. Tiene todo un equipo de científicos con él recogiendo datos.

—¿Cuándo vuelves? —le preguntó Loo.

—No lo sé. Cuando cancelen el programa, supongo. Mira —añadió—, en cuanto a la petición...

—No te preocupes —dijo ella—. Nadie sabe que fui yo.

Marshall negó con la cabeza. Puso la bolsa en la mesa del tresillo.

—Mi madre nunca, en ninguna de sus peticiones, ha recogido las firmas suficientes para forzar la votación. Esos nombres que falsificamos... No se suponía que fuera a verlos nadie. Eran solo para sustituir los que yo había perdido. No se me pasó por la cabeza que fueras a hacerte cinco mil firmas. Ni que fueras a depositarlas. No sé en qué estabas pensando.

No estaba pensando, quiso decir Loo. Lo había hecho solo por estar de nuevo con él. Incluso ahora, lo que quería es que la acostara en su sofá del Ejército de Salvación, que le arrancara los vaqueros y que le besara los muslos. Marshall se limitó a hacer gancho con los dedos y tirar del cuello de la camiseta por la parte de detrás. Nada estaba sucediendo como Loo había esperado. Nunca quiso poner a nadie en peligro. La petición, desde su punto de vista, era un regalo que le hacía a Marshall.

—Creía que te alegrarías.

Nada más salir de su boca esas palabras, Loo comprendió lo patéticas que resultaban, y lo triste y desesperada que estaba, tras haber pasado todas esas noches en vela, localizando nombres y copiando las direcciones. Con sus plumas y bolígrafos de diversos colores había engañado a todo el mundo. Incluida ella misma.

—Mi madre fue la que se alegró. No sabes hasta qué punto —dijo Marshall—. Pero yo me siento como un imbécil, porque nada es auténtico. Tuve que decirle que había depositado la petición para darle una sorpresa. Está convencida de que logré persuadir a toda esa gente. Pero tarde o temprano alguien va a comprobar esas firmas, y todo saldrá a la luz.

Marshall cogió la bolsa que acababa de colocar en la mesa de tresillo. Metió la mano y sacó una pequeña toalla y la desplegó. Dentro estaba la pistola que le había regalado Loo. La Beretta de seguro deslizante. Se la pasó como si fuera un bebé, sujetándole la cabeza. La empuñadura de metal estaba fría al tacto.

—Es mejor que te la quedes —le dijo ella—. Por si vuelven los agresores.

—No van a volver —dijo Marshall—. Y mi madre puede encontrarla si la tengo en casa.

Loo deslizó el seguro de la Beretta. Lo quitó y lo puso, lo volvió a quitar y lo volvió a poner.

—¿La policía encontró la bala?

Marshall asintió.

—Y el casquillo también.

—Entonces pueden relacionarlos —dijo Loo—. Rastrear el arma. Descubrir quién hizo esto de verdad.

Marshall seguía sin mirarla a los ojos.

—La publicidad es lo único que funciona. En eso tiene razón mi padrastro. Ahora, aunque la petición no prospere, siempre habrá una posibilidad de que la Agencia Nacional para el Océano y la Atmósfera haga suyo el proyecto.

—¿Has disparado contra tu propia casa?

—Un tiro —dijo Marshall—. Y después de tantos años de aguantar que nos cierren las puertas en las narices, ahora todo el mundo dice que somos unos héroes.

—No puedes mentir en eso —dijo Loo.

—Pero ¿con las firmas sí?

—Esto es diferente. La pistola pertenece a mi padre.

—Tu padre no ha hecho nada. No tendrá ningún problema.

Marshall retorció la toalla que había utilizado para esconder la Beretta y la tiró encima del sofá.

—Pero si no hay santuario, mi madre... No sé si logrará asimilarlo.

Loo recordó el dinero ensangrentado de detrás del inodoro. Tocó el brazo de Marshall.

—Diles que fue un accidente.

—No lo fue.

Marshall recogió de la mesa la bolsa marrón. La puso en manos de Loo.

—Es culpa mía que esto haya sucedido. Yo fui quien perdió las firmas, yo soy

quien tiene que arreglarlo. Y no voy a cejar hasta que todo quede resuelto.

La bolsa seguía pesando, ya sin la pistola dentro. Loo introdujo la mano y sacó un frasco de sirope de arce casero, cuyo color dorado destellaba como el ámbar a través del cristal.

—Mira —dijo Marshall—, lo que quiero es que todo vaya bien entre nosotros.

—De acuerdo —dijo Loo—. De acuerdo.

Como si decirlo dos veces cambiara algo. Pero no, definitivamente, no estaba de acuerdo. Tuvo que poner en juego toda su fuerza de voluntad para no partirle los dedos uno por uno. Guardó la pistola en la bolsa, con el frasco de sirope, y al salir de la casa pasó junto a los policías con el paquete muy agarrado, como un secreto, como un corazón muerto.

BALA NÚMERO ONCE

Hawley se pegó un tiro mientras limpiaba el Colt en la habitación de motel que tenía alquilada. Había bebido demasiado y se le enganchó el gatillo, y la bala que se había dejado olvidada en el tambor le atravesó directamente el pie izquierdo. Cuando hubo terminado de maldecir y gritar, se quitó la bota, se bajó el calcetín y ahí estaba: un orificio limpio, entre la planta del pie y el talón, la piel desgarrada y rota en la salida, sangre derramándose directamente al suelo. La bala había perforado la suela de goma de su bota de faena para aplastarse contra la baldosa cuarteada, justo al lado del minibar.

Hawley soltó un aullido al tratar de incorporarse poniendo el peso en el pie herido, luego dio un puñetazo en la pared y fue cojeando hasta el cuarto de baño, a inspeccionar la herida. Se sentó en el borde de la bañera y abrió el grifo. Cogió una toalla del toallero y se envolvió el pie con ella y luego rajó las puntas y las anudó. Enseguida abrió el armario de debajo del lavabo y sacó la caja naranja y se puso a buscar en su interior. A lo largo de los años había ido añadiendo material al kit del principio, en un intento de estar siempre listo para lo peor, que de hecho era lo que siempre sucedía. No le quedaba morfina ni piruletas de fentanilo, de modo que abrió un frasco de Percocet. Empezó a limpiar y desinfectar la herida, para luego vendarla. Después se metió en la bañera vacía, con el pie malo apoyado en el borde.

La sangre del pie, tras empapar la venda, goteaba ya en la bañera. Solo pensó en lo estúpido que era. Se echó hacia atrás. Notó en la nuca la dureza de los azulejos y el hormigón. Alargó la mano y cogió del suelo el frasco del analgésico. Se administró más Percocet y quedó a la espera de que le hiciese efecto, imaginando el descenso de las pastillas por su esófago, hasta llegar al estómago, donde los jugos gástricos las convertirían en polvo, y luego en líquido, para que a continuación los ingredientes químicos esenciales, disolviéndose en la corriente sanguínea, le recorrieran las venas hasta la punta de los dedos del pie. En cuanto el dolor se aliviara, en cuanto quedara suficientemente ajeno al mundo, se pondría en movimiento. Pero no antes.

Ya habían transcurrido más de tres años y medio desde la muerte de Lily. Hawley había cumplido con sus encargos, había acabado con todos los hombres de la lista,

menos King. Gracias a Jove, el anciano estaba a buen recaudo en la cárcel, con una doble condena por la muerte del piloto forestal y su novia. El mundo parecía satisfactoriamente seguro por ahora, incluso para dormir, y Hawley dormía tanto que sus sueños habían empezado a ocupar el primer plano de su vida. Soñaba con las algas del fondo del lago, soñaba con un coche que podía plegarse hasta quedar reducido a una maleta y soñaba con Lily, que se le metía en la cama, hundiéndole el rostro en el cuello y sujetándolo por la cintura con las piernas. Poco a poco, el mundo en que penetraba al cerrar los ojos se fue volviendo más real que el mundo que había al otro lado de la puerta. Se despertaba sin otro deseo que el de regresar cuanto antes a ese otro mundo, tan vivo, y las horas intermedias se le antojaban muertas y carentes de sentido. Cuando de veras salía de su habitación, las cosas se ponían feas: los actos cotidianos se le hicieron cada vez más ajenos. En la tienda, las cajeras y la gente de los pasillos comprando comida y la gente que aparcaba sus coches en el aparcamiento y la gente con quien se cruzaba en la calle..., todos parecían mirarlo, como sabiendo que estaba donde no debía estar.

Los únicos momentos en que se sentía él mismo era encerrado en su habitación, soñando, o sentado en el coche delante de la casa de Mabel Ridge, con media docena de armas cargadas a su lado y otras pocas en el maletero, por si acaso. Llevaba seis semanas alojado en un motel del interior de la costa y acercándose a Dogtown siempre que le era posible. Había visitado a su hija en un par de ocasiones, la había ayudado a soplar las velas de la tarta de cumpleaños en un establecimiento Chuck E. Cheese, la había llevado a la playa y al zoológico. Pero la mayor parte del tiempo se la pasaba aparcado delante de la casa, vigilando desde la puesta de sol hasta el amanecer. Había veces en que a Mabel se le olvidaba bajar las persianas, y Hawley podía ver a Loo moviéndose por el interior de la casa. Esas eran las mejores noches. Miraba a su hija flotar de habitación en habitación, o cenar, o sentada a la mesa, o recibiendo durante horas en el rostro el débil resplandor azulado del televisor. En las noches de persianas bajadas aún veía un poco de luz por los bordes, y de cuando en cuando una sombra pasar. Eso le bastaba para saber que Loo estaba allí, a ciento cincuenta metros, con un muro entre ellos.

Al día siguiente de haberse pegado el tiro en el pie, su hija se acercó a traerle la cena. El corazón se le subió a la garganta cuando vio que se abría la puerta y que aquella pequeña figura recorría el camino de entrada. Echó mano de la piel de oso del asiento trasero y cubrió con ella las armas que tenía al lado. La niña fue directamente al coche y llamó a la ventanilla y él bajó el cristal.

—Hola, papá —dijo ella, y le tendió un plato envuelto en papel de plata. Aún estaba caliente. Hawley se lo puso en el regazo y la niña le alcanzó un cuchillo y un tenedor y también una servilleta. En la puerta se recortaba la silueta de Mabel Ridge, vigilándolos, con los brazos cruzados sobre sus enormes pechos.

—Gracias —dijo Hawley.

—La abuela dice que no deberías pasarte el rato aquí.

Loo se había apoyado en la ventanilla. Estaba tan cerca, que a Hawley le llegaba el olor de su pelo. Olía igual que el de Lily.

—Dile a tu abuela que la vida es dura.

Había sido muy cuidadoso con la patria potestad, pagando grandes sumas de dinero a un abogado de alto copete, discreto e implacable. Cada vez que Mabel Ridge acudía a los tribunales a solicitar la plena custodia, era él quien ganaba. Había sido muy generoso con la cuota alimentaria, pero el verdadero dinero lo tenía a muy buen recaudo, para Loo. No quería que fuese a parar a manos de esa vieja chiflada, ni tampoco que intentara apartarlo a él de la vida de su hija.

—¿Estás enfermo? —le preguntó Loo—. Lo pareces.

—Estoy bien.

Le llegaba el calor del plato a través del pantalón, en la parte alta de las rodillas. El Percocet estaba dejando de hacerle efecto y había un charco de sangre debajo del pedal de freno. Los ojos de Loo se detuvieron en el asiento del pasajero. En la piel de oso que cubría las armas. Normalmente, cuando venía a verla le traía regalos, y Hawley se dio cuenta de que la niña estaba tratando de adivinar qué era lo que tenía escondido para ella.

—¿De qué vas a ir en Halloween este año?

—De bruja.

Hawley trató de que se le ocurriera alguna otra cosa que decir. Algo que la mantuviera junto al coche. Pero ya podía percibir su propia ajenidad, alzándose entre ambos, igual que emergía cuando abandonaba la habitación del motel, un bloque de hielo entre el mundo y él.

—Ven para dentro, Louise —la llamó Mabel Ridge.

—Puedo pasarme por aquí mañana —dijo Hawley—. Llévate de «truco o trato».

—No creo que le gustara mucho a la abuela.

Hawley miró el plato que tenía en el regazo. Se preguntó qué habría debajo del papel de plata. Olía a algún tipo de pasta. Espaguetis, quizá, con albóndigas.

—Por favor, mi niña.

Loo pasó ambas manos por la carrocería del coche, como comprobando que era de metal. Parecía como si estuviera buscando bisagras, un mecanismo que permitiese doblar el vehículo en dos. Algo en el fondo de la mente de Hawley se proyectó hacia delante, un recuerdo vacilante y resbaladizo, y se le encogió el estómago igual que si de pronto estuviera balanceándose en el borde de uno de los grandes secretos del mundo, a punto de comprenderlo. Y luego se le escapó.

—De acuerdo —suspiró Loo, y dio media vuelta y recorrió el camino de regreso a la casa. Abrió la puerta y entró y cerró tras ella. Y luego Mabel Ridge fue ventana por

ventana bajando todas las persianas.

Hawley llegó la tarde siguiente a las cinco y media. Empezaba a ponerse el sol. Aparcó el coche, salió y echó a andar por el camino de entrada. Mabel Ridge nunca lo había invitado a pasar, pero él se sabía de memoria la casa. Que la cocina se hallaba detrás del cuarto de estar, que la escalera empezaba detrás de la chimenea. Arriba, dos dormitorios con dos ventanas cada uno, separados por el rellano y un cuarto de baño. Lavado de ropa en el sótano, y una puerta con mampara que daba al patio trasero y que estaba cerrada con una cadena.

No quería que Mabel Ridge le oliese nada, de manera que se abstuvo de beber durante todo el día. Lo que hizo fue tomarse otro Percocet para poder caminar sin que se le notara demasiado la cojera. Se había vuelto a lavar la herida, para vendarla luego otra vez, pero tenía hinchados los dedos de los pies y el tobillo, y a duras penas entraban en la bota, de modo que optó por retirar la venda y cubrir el orificio de la bala con un calcetín. Se había afeitado. Se había comprado una camisa nueva. Iba incluso con las uñas limpias.

Hawley levantó la pesada aldaba en forma de piña y llamó tres veces. Oyó unos pasitos acercándose, top-top-top, y luego se abrió la puerta y ahí estaba Loo. Llevaba una camiseta blanca con un círculo rojo pegado en la parte de delante, y en la cabeza un tubo de cartón para guardar carteles, pintado de plata con espray. En todo lo alto iba un manojo de envoltorios de chicle pegados en espiral, saliendo hacia delante como un semáforo. En sus brazos había una cesta llena de manzanas.

—Truco o trato —dijo Hawley.

Loo le ofreció una manzana.

—¿No tienes Milky Ways?

—La abuela dice que nada de cosas dulces.

—A los demás chicos les va a encantar —dijo Hawley—. ¿De qué vas? ¿De periscopio?

—No —dijo Loo—, soy un cepillo de dientes.

Se tocó el círculo rojo de la camiseta y del fondo de su garganta brotó un zumbido, un sonido de máquina.

—¿No me dijiste que ibas de bruja?

—Iba —dijo Mabel Ridge, llegando en ese momento desde la cocina, con delantal y anteojos y guantes de goma, con la típica pinta de científico loco—. Su maestra le hizo este traje para una obra teatral del colegio, y ahora no se lo quita ni para dormir.

Hawley se agachó para situarse a la altura de su hija. La niña llevaba corto, por la barbilla, el oscuro pelo. Hacía cosa de un mes que se lo había puesto perdido de

chicle. Mabel Ridge lo intentó con hielo, con crema de cacahuete y con toda clase de jabones, pero al final tuvo que sentarla en la mesa de la cocina, ponerle una toalla sobre los hombros y cortarle el pelo. Hawley había seguido mediante los prismáticos todos y cada uno de los tijeretazos. Loo no paró ni un momento de llorar.

—Tac —dijo Hawley, y apretó con el dedo el botón rojo de la camiseta.

—No hace falta decir nada —dijo Loo.

—Muy bien —dijo Hawley.

—Vuelve a apretarlo —dijo ella, y esta vez, cuando Hawley la tocó, su hija volvió a emitir ese ruido, una especie de gruñido.

—Esto es para ti —dijo Mabel Ridge, y le pasó a Hawley un sombrero alto de papel con pliegues en los lados, como los que llevan los chefs de cocina en los restaurantes de postín. Luego le mostró una camiseta. En la parte delantera iba cosido un triángulo de fieltro rojo, con la palabra CREST pintada en blanco.

—La hice para mí, pero supongo que te valdrá.

Mabel permanecía frente a él, esperando que se negara, y él no se percató de cuánto seguía odiándolo aquella anciana hasta que se fijó en su sonrisa tensa y acerada.

—Me la pondré —dijo Hawley.

—Vamos a dejar solo a tu padre un rato —dijo Mabel Ridge.

—Necesito la camiseta —dijo él, y ella se la tiró.

Hawley se quitó la chaqueta y se metió el disfraz por la cabeza. Se colocó el gorro de cocinero y se miró en el espejo del recibidor. Se le ocurrieron modos de vengarse de Mabel por esto, pero enseguida descartó la idea. Tenía que reconocerle el mérito: aquello parecía de verdad el tapón de un tubo de dentífrico. Y bastante era que hubiese entrado en la casa. Y bastante era que Loo sonriese.

—Tienes una pinta muy rara —dijo la niña.

—Ya —dijo él, pero no supo hasta qué extremo era rara su pinta hasta que salió a la calle con Loo y empezaron a ir de puerta en puerta llamando al timbre. La gente abría con una sonrisa que se desvanecía rápidamente al ver a Hawley acechando en las sombras del porche. No había ningún otro padre o madre que llevara disfraz. Nadie sabía de qué iba. Tampoco de qué iba Loo.

—Quizá tengamos que preparar una frase de presentación —dijo Hawley.

Pero a Loo solo le interesaban los caramelos y los dulces. Cada vez que se acercaban a una casa nueva, la niña lo hacía con más confianza, lanzándose por delante de Hawley y dejándolo en la acera. El hombre llevaba meses sin alternar con tanta gente, y lo ponían nervioso los niños disfrazados, pasando por su lado en la oscuridad, a todo correr y gritando. Brujas y hadas, payasos y esqueletos y todo un elenco de personajes de dibujos animados que Hawley no identificaba. Los demás padres se juntaban en grupos, muy sonrientes, muy bien dispuestos. Las calabazas

lucían en la oscuridad. Y la manita de Loo se deslizaba en la suya, asiéndole el pulgar mientras caminaban juntos por la calle. La pasta de dientes con el cepillo de dientes.

Para cuando emprendían el regreso, a Hawley le palpitaba el pie. Notaba el calcetín empapado de sangre, y a un lado de la bota empezaba a aparecer una mancha brillante.

—Estás chorreando algo —dijo Loo.

—Es un poco de pintura que me he tirado encima —dijo Hawley, y viendo que la niña seguía mirando, sin saber qué pensar, con la bolsa de caramelos bien agarrada en la mano, añadió—: Mira. —Y poniendo de lado la bota la restregó contra la acera, en ambas direcciones, hasta dejar una L roja en el cemento.

—¿Ele de Loo? —preguntó ella encantada.

—Eso mismo —dijo Hawley, aunque lo había hecho pensando en Lily—. Y ahora ya tenemos que volver a casa. Le prometí a tu abuela que te devolvería a las ocho.

—Una casa más —imploró Loo.

—Ya tienes suficientes caramelos —dijo Hawley.

—Pero en esa hay muchísimas calabazas.

Loo se refería a un bungaló que había al final de la manzana.

—Por favor, por favor.

Hawley se daba cuenta de que era por los caramelos y no por él, pero así y todo le gustaba.

—Muy bien —dijo—. La última.

Ya había unos cuantos niños a la puerta. Un fantasma, una chica punk y un perrito caliente. Al acercarse, Hawley vio que eran adolescentes. Catorce años, quizá quince. Iban vestidos de cualquier modo. Tenían las fundas de almohada llenas hasta los bordes. Se lanzaron sobre el cuenco de los caramelos como con intención de dejarlo vacío.

—Ya vale —les decía el dueño de la casa desde la puerta.

La chica punk se echó su bolsa al hombro, pero el fantasma y el perrito caliente siguieron saqueando el cuenco.

—Lo digo en serio.

El dueño de la casa dio un paso hacia los chicos. Iba vestido de policía, con la gorra calada hasta las cejas. Llevaba placa y gafas de espejo. El perrito caliente lo miró y enseguida dejó el caramelo que tenía en la mano, mientras el fantasma soltaba un aullido, antes de salir ambos corriendo por el paso de peatones.

Loo se apresuró a llenar el hueco que habían dejado los otros, mostrando su funda de almohada.

—Truco o trato —dijo.

Fue entonces cuando Hawley se fijó en la pistola del policía, dentro de su funda, y en la porra y el bote de gas pimienta que colgaban del cinto. Fue entonces cuando vio

el coche patrulla aparcado en el camino de entrada.

El policía, con el cuenco de los caramelos en la mano, miraba a los adolescentes, que corrían calle abajo, riéndose a carcajadas. Luego se volvió hacia Hawley.

—¿Y usted de qué va? —preguntó—. ¿De superhéroe?

—De pasta de dientes —dijo Hawley.

Loo le sonrió de oreja a oreja.

—Aprieta el botón —dijo.

—Me da un poco de miedo —dijo el policía. Miró los envoltorios de chicle pegados al final del tubo—. ¿Pasará algo especial?

—Te lavaré los dientes —dijo Loo.

—Pues con la de caramelos que me he comido esta noche, sería una buena idea —dijo el policía.

Volvió sus gafas de espejo hacia Hawley, con una expresión en la cara que podía significar miles de cosas distintas. Se agachó a apretar el parche de la camiseta de Loo, y nada más hacerlo la niña empezó con su gruñido.

—Qué bueno —dijo el policía—. ¿Quién te ha hecho el traje?

—Su abuela —dijo Hawley.

Loo se acercó un paso al policía, situando en diagonal el tubo para carteles, como dispuesta a introducirse entero en la boca.

—Ya vale, cariño.

Loo dio un paso atrás. Volvió a presentar su bolsa.

—Esos malditos chicos se han llevado casi todo —dijo el hombre mientras echaba un caramelo en la funda de almohada de Loo. Se inclinó para decirle a la niña —: Nunca llegues a la adolescencia.

—¿Eres policía de verdad? —le preguntó Loo.

El hombre se rio.

—Me he dejado el uniforme puesto al terminar mi turno. Con la esperanza de mantener alejados a los aguafiestas. La toman con mi coche todos los años.

—Pequeños capullos —dijo Hawley.

El policía miró a Loo y luego a Hawley, de hito en hito.

—Son solo unos chavales —dijo—. Cosas peores hice yo en mis tiempos.

—Papá —dijo Loo—, está volviendo a salirte algo.

Y era cierto. Mientras hablaban, un pequeño charco de sangre procedente del pie de Hawley se había formado en el porche del policía.

—¿Es pintura? —preguntó este.

—Sangre falsa —dijo Hawley—. Estuvimos jugando con ella antes. Y parece que me cayó algo en la bota.

—¿Un cepillo de dientes con sangre?

—Una endodoncia —dijo Hawley.

—Pues tiene que haber sido gorda.

El policía, sosteniendo el cuenco con ambas manos, miraba el charco en su porche. Sus gafas reflejaban toda la oscuridad del mundo.

—Feliz Halloween —dijo Hawley—. Y perdón por haberle ensuciado el suelo.

—Gracias por el caramelo —dijo Loo.

—De nada —dijo el policía.

Permaneció en el porche, mirándolos mientras bajaban por el camino de entrada. Hawley trató de no cojear, y solo volvió la cabeza cuando llegaron a la esquina. A la luz de las farolas, vio que había dejado huellas, desde la escalera del policía y por toda la acera. Junto a sus pisadas se veían también las pequeñas huellas de las zapatillas de su hija, cuyas suelas se habían empapado de su sangre.

Cuando regresó al hotel aquella noche, Hawley se metió en el cuarto de baño con una cerveza y se desató las botas. Pensó que quizá fuera suficiente. Ver a Loo de vez en cuando, mantenerse en los bordes de su vida. Ya era mucha suerte disfrutar de ella en esas condiciones. No tenía ni idea de cómo ocuparse de una criatura. Y después de Wyoming y Texas y Nueva Orleans, tampoco creía merecerlo.

El pie parecía inflamado. Apenas pudo liberar los dedos, y tuvo que soltar los cordones por completo. Había que coser la herida, seguramente, o al menos cauterizarla. Hawley abrió el grifo de la bañera y vació una botella de agua oxigenada en el orificio de la bala y observó las burbujas blancas y ardientes que se formaban en los bordes.

Poniendo esta vez más cuidado, vendó la herida ciñendo cada vuelta, y acumuló varias capas de apósito. Al final le quedó el pie como el de una momia. Ni siquiera intentó ponerse la bota. Se limitó a cortar la pernera de un viejo pantalón de chándal y deslizar la pierna dentro, hasta asomar el pie, que luego envolvió en una bolsa de plástico, afirmándolo todo con esparadrapo, para mayor seguridad.

El cuarto de baño estaba salpicado de sangre. Hawley pensó que menudo lío había montado. Le vino el deseo de borrar su vida entera, empezando por la muerte de su padre y pasando luego por cada uno de los momentos que lo habían conducido hasta este motel de mierda: cada bala, cada vuelta y revuelta de su camino —incluyendo haber conocido a Lily, incluyendo haber tenido a Loo—. Quiso que todo pudiese desaparecer.

Sacó otro Percocet del frasco y lo bajó con cerveza y enseguida cogió un cubo que había debajo del lavabo. Lo llenó de jabón y esponjas y toallas de papel y luego encontró una botella de aguarrás debajo del fregadero de la cocina, y otra de lejía y unos guantes de goma. Lo llevó todo al coche y a continuación puso rumbo a Dogtown.

En casa de Mabel Ridge, la luz del porche estaba apagada, pero aún había junto a la puerta una calabaza iluminada, con su sonrisa de dientes de sierra. Hawley aparcó en la calle. Llenó de material el cubo de plástico y echó a andar por el camino de entrada, arrastrando la pierna vendada.

Una por una, se puso a borrar sus huellas de sangre, desde la acera hasta la casa. Primero las suyas. Luego las de Loo. Era difícil quitar las manchas del suelo, y más difícil aún de los peldaños de madera del porche. Añadió lejía al cubo y cogió un cepillo y frotó con todas sus fuerzas, de atrás adelante, de delante a atrás. Luego se detuvo a comprobar el resultado con una linterna. Luego volvió a empezar.

Llevaba ahí fuera unos veinte minutos cuando se encendió la luz del porche y se abrió la puerta de la calle. Apareció Mabel Ridge, en pijama de rayas, con una mano en el pomo. Hawley dejó de frotar.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí?

—Limpiándote el porche.

—Me ha faltado poco para llamar a la policía.

—Será solo acabar esto —dijo Hawley—. No tardaré mucho.

Y siguió empujando el cepillo hacia delante y hacia atrás, hacia atrás y hacia delante.

—¿Es sangre?

—Es pintura —dijo Hawley—. Estaba pintando y me cayó pintura en el pie y me la traje hasta aquí, por eso quería limpiarla antes de que se secara.

Mabel Ridge inspeccionó la cosa.

—Pues parece sangre.

Hawley seguía llevando la camiseta hecha por Mabel Ridge, con CREST en el pecho. Tenía las pupilas fijas, por las medicinas. Pero no se sentía colocado. No sentía nada.

—Creo que te han puesto el coche perdido de huevos.

—¡Maldita sea!

Mabel Ridge salió al porche. Luego volvió a meterse y encendió otra luz exterior antes de inspeccionar los daños. Hawley había visto unas cuantas cáscaras rotas al subir por el camino de entrada, pero ahora vio que el viejo Pontiac estaba totalmente cubierto, con no menos de una docena de yemas escurriéndose por el parabrisas.

Mabel Ridge se dirigió a un lado de la casa y desenrolló una manguera. Abrió el agua y se puso a regar el coche.

—¿Qué jabón estás usando?

—De todas clases —dijo Hawley—. No sabía cuál sería mejor.

—Bueno, pues si tienes jabón para lavavajillas, tráelo.

Hawley trajo el cubo y las esponjas y el jabón líquido. Volvió a llenar de agua el cubo y echó jabón y ayudó a Mabel Ridge a limpiar el coche. No era lo que había

planeado hacer. Pero a Hawley ya no le quedaban muchos planes de nada.

—¿Está despierta Loo?

—Es muy de noche —dijo Mabel Ridge.

—¿O sea que está durmiendo?

La anciana miró el pie de Hawley, el vendaje y la bolsa de plástico cerrada con esparadrapo.

—Mira —dijo—, no sé en qué lío estarás metido, pero no te lo traigas aquí.

—No hay ningún lío —dijo Hawley.

Mabel Ridge lo miró.

—¿Estás borracho?

—Para nada —dijo Hawley.

Entró en la casa y salió con una cesta de manzanas. Loo le había ofrecido antes.

—¿Por qué no comes algo?

—Gracias —dijo Hawley.

Eligió una manzana y la mordió. Estaba crujiente y jugosa. Se le quedó piel en los dientes, la acidez le cubrió la lengua.

Pasó por la acera un grupo de adolescentes con máscaras y mochilas. De sus cuellos flacos pendían caras de goma, una exposición de horrores juveniles: ojos colgando, carne en pudrición. Uno de ellos buscó en su bolsa. Hawley vio el huevo en su mano, blanco y delicado y a la espera. Luego el chico lo lanzó en parábola hacia ellos.

—¡Toma susto! —gritó.

Mabel Ridge los apuntó con la manguera. Los chicos salieron corriendo, soltando tacos.

—Muy eficaz.

—No quiero más tonterías esta noche —dijo Mabel Ridge—. Terminó de limpiar esto y me voy a la cama.

—Déjame hacer el último trozo del camino de entrada —dijo Hawley, y volvió a ponerse de rodillas, pasando la esponja por el asfalto.

Mabel Ridge lo miró esforzarse.

—No le estás haciendo ningún bien con tanto merodear por aquí —dijo—. Debes seguir adelante. Ella tiene aquí su casa. Eso es lo que Lily quería.

Hawley dejó de frotar. Levantó la cabeza para mirar la ventana de Loo. Estaba apagada, pero se veían las cortinas con dibujos de jirafas que Mabel Ridge le había hecho para su tercer cumpleaños, al que él no asistió. Su hija estaba detrás de esas cortinas y estaba durmiendo y estaba soñando y estaba a salvo.

La anciana cerró el agua. Empezó a recoger la manguera, enrollándosela en el codo.

—Creo que debes irte ya.

—Me voy.

Mabel dejó escapar un suspiro de alivio. Guardó la manguera. Subió la escalera del porche, luego se dio media vuelta y miró a Hawley, que seguía arrodillado en el camino de entrada.

—Pues buenas noches.

—Adiós —dijo él.

Se volvió al coche con su cubo y sus esponjas y regresó al motel. Al llegar sacó las alfombrillas y las lavó y las frotó y luego frotó también el interior del vehículo, hasta borrar toda huella de su sangre. Enseguida limpió el camino a su habitación. Lo hizo hasta llegar a la puerta, para luego entrar y cerrar. Le apestaban los dedos a desinfectante. Tenía la ropa mojada y la esponja estaba negra.

Ahora ya no había rastro de Hawley en el exterior. No había huellas que condujesen a su habitación. Pero el interior seguía siendo un desastre. Hawley tiró la esponja ya utilizada y cogió otra de debajo del fregadero. Vació el agua sucia y volvió a llenar el cubo, hasta que la espuma llegó al borde. Ya apenas sentía el pie. Igual que las manos. Los propios dedos le parecían distantes, como si ya no estuviera fregando el suelo, sino al otro lado de la habitación, sentado en la cama, mirándose fregar el suelo.

Esto era más fácil. La moqueta del motel parecía hecha para absorber las consecuencias de actos violentos. Antes de darse cuenta, Hawley ya había borrado lo que quedaba. No había sangre. Había borrado de su vida, para siempre, toda la sangre, salvo la que circulaba por sus venas.

Pasó al dormitorio y sacó la caja en que tenía guardadas las cosas de Lily, los restos y fragmentos que quedaron después de que Mabel Ridge hubiera empaquetado todo lo demás y se lo hubiera llevado en su coche, con Loo en el asiento para niños. Había una foto que quería mirar. Una que hizo él durante la luna de miel en el Niágara, con Lily sonriendo y la cascada cayendo detrás de ella en una nube. La encontró dentro de un sobre. Era una Polaroid, con los bordes gruesos, con las capas de colores empezando a emborronarse.

Ahora necesitaba fotografías. Estaba empezando a perder los detalles. El modo en que la cintura de Lily encajaba en el hueco de su brazo, el modo en que sentía sus latidos cuando le ponía los labios en el cuello. Durante meses, había conservado de tal modo la capacidad de traer a colación esos recuerdos y de sumirse completamente en su interior, que era capaz de invocar todas las facetas de Lily. Verla, olerla, gustarla, tocarla, percibir incluso el sonido de su voz. Hawley podía perderse durante horas imaginándola a su lado en la cama. Pero ahora las imágenes empezaban a difuminarse por los bordes, como en las películas antiguas cuando cierran el objetivo en una escena; en este caso, justo la que él intentaba desesperadamente seguir viendo con calma.

Hawley abrió los grifos y llenó la bañera. Revolvió la gaveta del cuarto de baño hasta encontrar la cinta adhesiva que había comprado para sellar los escapes. Arrancó un trozo y pegó la foto de las cataratas a la pared del cuarto de baño, debajo de la alcachofa de la ducha, donde pudiera verla. Luego se quitó la camisa. Extrajo de su pernera la pierna buena y luego, con unas tijeras del botiquín, cortó la pernera derecha, para no verse obligado a rehacer el vendaje del pie. Cogió el Colt de donde lo había dejado, encima del inodoro, y se acomodó en el interior de la bañera, con la pierna mala fuera del agua, apoyada en el borde.

Abrió el tambor y comprobó las balas, a pesar de que acababa de cargar el revólver unas horas antes. Cerró el tambor. Volvió a abrirlo. Las cápsulas fulminantes de los proyectiles brillaban en círculo. Un círculo de seis círculos.

Miró la foto. Parecía torcida. ¿Lo estaba? Se incorporó de medio cuerpo en la bañera y alargó la mano hacia la pared, mojándola, para medir la foto con los dedos y convencerse. Y mientras medía recordó otra de las fotos que tenía, una que le gustaba aún más que esta, y se dio cuenta de que era *esa* la foto que deseaba ver en ese momento.

Hawley salió de la bañera y fue a la pata coja hasta el dormitorio. Volvió a abrir la caja. Encontró la tira con la foto. Era de su primera semana juntos, tomada en la pasarela de la playa de Myrtle. A él apenas se le veía la cara. Solo un ojo y un lado de la barba. Lily trataba de hacerlo reír. En la primera instantánea estaba metiéndose un dedo en la nariz. En la segunda tenía las mejillas infladas como globos. En la tercera Hawley quedaba totalmente fuera de encuadre, y Loo parecía sorprendida, con las comisuras de la boca empezando a ablandársele, porque entre las dos últimas fotos él le había agarrado una mano para entrelazar fuertemente los dedos con los de ella. Y en ese momento capturado, mientras destellaba el flash en el interior de la cabina, sintió un resplandor dentro de su propio cuerpo, un chispazo que puso en movimiento los engranajes oxidados de su corazón, que llevaban tanto tiempo inactivos que Hawley había olvidado su existencia, hasta que se pusieron en marcha, con un chasquido, dentro de su pecho.

Hawley pegó también esa tira a la pared del cuarto de baño. Luego volvió a la caja para sacar todas las cosas de Lily que allí guardaba. Una maquinilla de afeitar color de rosa, la pequeña bolsa de maquillaje que ella siempre llevaba encima pero rara vez utilizaba, unos cuantos frascos marrones de medicinas con su nombre en la etiqueta, de cuando tuvo faringitis, el peine y el cepillo, todavía con hebras de su cabello prendidas. Lo llevó todo a su cutre cuarto de baño y dispuso los objetos alrededor del lavabo y en los cajones. Colgó de una de las perchas el kimono verde de Lily. Colocó el cepillo de dientes al lado del suyo, junto al lavabo. El lápiz de labios al lado del espejo. Distribuyó el champú y el acondicionador en la repisa. Luego volvió a meterse en la bañera. Cerró los ojos. Abrió los ojos.

Fue como si Lily acabara de salir de allí.

El agua se había enfriado, pero no del todo. Se mojó el pelo y utilizó el champú de Lily y lo distribuyó con los dedos hasta dejarse la cabeza blanca de espuma. Lily siempre se había duchado de noche, y se metía en la cama oliendo a frutas del bosque recién lavadas. Hawley hizo una pausa para respirar su olor. Luego hundió la cabeza debajo del agua y se mantuvo así hasta que le empezaron a quemar los pulmones.

Emergió espurreando agua, como siempre hacía, lleno de vergüenza y sintiéndose culpable y asqueado de sí mismo. Volvió a mirar las fotos que había adherido a la pared. Miró el cepillo de Lily en la repisa. Miró la pastilla de jabón de leche de almendra a medio terminar que había colocado junto al lavabo, miró los dragones estampados en la espalda del kimono que colgaba de la puerta, el frasco de perfume y el diminuto tapón.

Ahora ya estaba preparado. Cogió el revólver. Apretó el cañón contra la carne blanda de debajo de su barbilla.

Sonó el teléfono. Hawley siguió sentado en la bañera, escuchando el ring del teléfono. Había invocado a Lily con tanta eficacia, que ahora oyó sus pies descalzos caminando por la moqueta del dormitorio, al otro lado de la puerta del cuarto de baño, y oyó también el ruido que hacía el aparato al descolgarlo ella.

—¿Hola? —dijo Lily—. ¿Hola?

El teléfono siguió sonando. Insistente y resonante. Y ahora Hawley imaginó la voz de Lily al otro lado de la línea, poniéndose por fin en contacto, tras las muchas veces que él le había pedido que acudiera y ella no había acudido. Hawley bajó el revólver. Salió de la bañera y pasó a la zona de estar. Cogió el teléfono.

—Lamento despertarte —dijo Mabel Ridge, y luego tosió como si Hawley la hubiese llamado a ella—. Louise ha tenido una pesadilla. Demasiados caramelos, me temo. Y ahora no quiere volver a la cama.

Su voz era como la de Lily, o como quizá habría sido la de Lily si hubiera podido pagar el peaje de los años. Mabel Ridge se aclaró la garganta.

—Se empeña en hablar contigo. Le he dicho que era demasiado tarde, que ya estarías durmiendo.

—Todavía no —dijo Hawley.

El sonido apagado del teléfono cambiando de mano. Voces débiles y lejanas, el roce del aparato con una extensión de tela. Y ahí estaba ella.

—Hola —dijo Loo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Hawley.

—No estás ahí fuera.

—Esta noche no.

—Pero tú *siempre* estás ahí fuera.

Hawley no supo qué contestar. Durante todo el tiempo que se había pasado

observando la ventana de su hija, nunca se le ocurrió que ella estuviera mirándolo a él, también. Oía ahora la respiración de Loo, pesada y expectante, muy fuerte en el auricular, y por el momento en lo único que pudo pensar fue en el sonido del espiráculo de la ballena —el chorro de aire y agua que proyectaba el gigantesco animal al salir del agua, la lluvia salada que le había llovido encima en el canal de Puget, llenándolo de terror y de anhelo y de la sensación de que podía enderezar su camino—. No se había dado cuenta de que esperaba ese sonido hasta que lo oyó. Solo supo que había estado esperando: por algo que nunca había llegado, que le había fallado, cuyo silencio lo había llevado a enfurecerse y matar. Pero aquí estaba otra vez, ahora. Su hija, respirando aún. Y él también.

—Ahora voy.

—¿Ahora mismo?

—Sí —dijo Hawley—. Ponte el abrigo. Y coge el cepillo de dientes. El de verdad.

Hawley se enrolló el cable del teléfono en el brazo, cada vez más fuerte, esperando a oír lo que ella dijese. Lo que oyó fueron unos pasos. Una puerta abriéndose y cerrándose. Luego el ruido del teléfono al caer al suelo. Hawley pronunció el nombre de Loo. Apretó el auricular contra la oreja, esforzándose en oír. Algo arrastrado por el suelo. Pisadas. Sonidos sordos. Un ruido de velcro separándose. Y luego la niña volvió con él.

—Ya me he puesto los zapatos —dijo Loo—. Tengo también los caramelos.

TODO LO QUE HA OCURRIDO Y ESTÁ OCURRIENDO Y OCURRIRÁ

Cuando oyó que llamaban a la puerta de la casa, en lo primero que pensó Loo fue en Marshall. Se odió por ello, pero así fue. Hacía ya una semana que el chico había zarpado en el barco de su padrastro. Pero hoy era el cumpleaños de Loo. Cumplía los diecisiete. Y se sentía ligera, llena de emoción, al bajar las escaleras, fabricándose una historia distinta en cada peldaño: que sería Marshall con un regalo, diciéndole que había cambiado de opinión, que la petición le daba igual, que ella era más importante que su madre. Pero con lo que se encontró fue con una pareja de policías en el porche, con cara de pocos amigos. Uno de ellos era el agente Temple, el que la había parado cuando iba en el Firebird. El otro era pelirrojo. La temperatura no bajaba de quince grados, pero ambos parecían estar tiritando, con el uniforme abrochado hasta el cuello.

—¿Está tu padre en casa? —le preguntó el agente Temple.

Debería haberlo sabido: era solo cuestión de tiempo que los rumores sobre Hawley hicieran que la policía se presentase en su casa. *La bala*, pensó. ¿Les habría servido para localizar la Beretta? Tragó saliva.

—Está pescando.

—Tenemos que hacerte unas preguntas sobre Thomas Jove —dijo el agente Temple.

—Ah —dijo Loo aliviada—. ¿Qué preguntas?

—Ha habido un accidente —dijo el agente Temple.

—¿Qué clase de accidente?

—La Guardia Costera acaba de traer su barco. Estaba a la deriva en los Bancos. Han sido los de *Héroes de las ballenas* quienes han dado la alarma. Tenía las velas desplegadas, pero no había nadie a bordo —dijo el agente pelirrojo.

—No comprendo —dijo Loo—. ¿Dónde se habrá metido?

Imaginó a Marshall en mitad de las olas, tratando de auparse a bordo del *Pandora*.

—Puede haberse caído.

El pelirrojo carraspeó.

—O se lo puede haber llevado una ola.

Le tomó cierto tiempo comprender lo que le estaban diciendo: que Jove había muerto.

—Pero si sabía nadar —dijo Loo.

El agente Temple le dio un codazo al pelirrojo.

—Es fácil que se te lleve el agua, sobre todo de noche.

Y ahí quedaba, en su cabeza, trocado ya en recuerdo: el cuerpo sin vida de Jove bajo las olas, atrapado en una red de arrastre, mezclado con langostas y cangrejos y anguilas y rayas, y sacado del mar con las criaturas de alrededor aplaudiéndole con las aletas, con la boca abierta, con las agallas abriéndoseles y cerrándoseles.

—Nos han dicho en el Flying Jib que estuvo alojado aquí —dijo el pelirrojo.

—Es amigo de mi padre.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace tres semanas. A la hora de comer. —Le falló la voz—. Fui madrina de su barco.

—No encontramos más información que la matrícula del práctico del puerto —dijo el agente Temple—. ¿Sabes dónde vivía? ¿Cuánto tiempo hacía que tu padre y él se conocían?

—Nunca habló de eso —dijo Loo.

Oyó la camioneta bajando por la calle, con un repiqueteo tan familiar como la propia voz de Hawley. Su padre aminoró la marcha al llegar a casa. Aquella mañana se había marchado antes de que ella se levantara, y ahora Loo vio que se fijaba en el coche de policía y en los hombres del porche. Se situó a la entrada del acceso al garaje, bloqueándolos.

—¡Es por Jove! —le gritó Loo cuando se bajó del vehículo.

Los policías dieron media vuelta y se dirigieron a la camioneta de Hawley. Loo observó la cara de su padre mientras se lo decían. Hawley, tras escucharlos, se atusó el pelo. El agente Temple le preguntó algo y él negó con la cabeza. Luego le preguntó otra cosa y Hawley asintió.

Los policías volvieron a su coche y se metieron en él. Hawley abrió la trasera de la camioneta y sacó tres bolsas llenas de comida china para llevar. Subió con ellas las escaleras y las puso en el suelo del porche.

—Voy a comisaría —dijo.

—Voy contigo.

—Ni hablar.

Luego se ablandó:

—Solo van a hacerme unas preguntas.

Loo se le agarró de la manga. No quería quedarse atrás otra vez. Los policías

habían bajado las ventanillas. Los estaban mirando. Se oía la estática de la radio, la algarabía de voces extrañas.

Su padre le hizo retirar los dedos, con suavidad. Le apretó la mano una vez y luego se la soltó.

—Quédate aquí —dijo—. Empieza a hacer el equipaje.

Y luego fue directamente a su camioneta por el camino de entrada. Puso el vehículo en movimiento y los policías lo siguieron calle abajo, avanzando lentamente tras él, con las luces puestas, pero con la sirena callada.

Loo llevaba más de cinco años sin oír a su padre decir esas palabras. Pero las tenía grabadas a fuego en el sistema nervioso y la conmoción le recorrió el espinazo, como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Llevó la comida china a la cocina, luego fue directa al armario y sacó las viejas maletas. Las que habían llevado consigo por todo el país, de un lado a otro, hacía tiempo. Arrojó una sobre la cama de Hawley y la otra sobre la suya, y soltó los cierres. En sus tiempos de carretera, Loo y su padre podían levantar el campo y marcharse en menos de una hora. Era un juego entre ellos. Quién hacía más deprisa el equipaje. Hawley ganaba siempre, hasta que le enseñó su truco a Loo: llevar siempre las mismas cosas. Todo lo demás quedaba atrás. Loo efectuaba su recorrido recogiendo las cosas de su lista: cepillo de dientes, peine, ropa interior, calcetines y el planisferio. De eso hacía años, no obstante, y ahora le faltaba práctica. Todo le parecía igual de importante para llevarse.

¿Haría frío en el sitio a donde iban? ¿Haría calor? Frío, decidió, y llenó la maleta con ropa interior larga. No quedó sitio para pantalones ni camisas ni zapatos. Volcó la maleta y volvió a empezar. Sacó del armario las perchas con su ropa y las extendió sobre la cama. No lograba decidirse. Al final solo metió en la maleta un par de vaqueros, una camiseta, un jersey, su telescopio nuevo, los guantes de su madre, el libro de Carl Sagan, el álbum de recortes de Mabel Ridge y el planisferio. Llevó la maleta abajo y la colocó junto a la puerta.

Fue al ver sus pertenencias firmemente instaladas en el umbral cuando se le plantearon las primeras reservas. Se había acostumbrado a vivir en Olympus. A tener la playa a cuatro pasos, a ver año tras año a las mismas personas. Le gustaba su casa, y ya se sentía a gusto incluso en el Sawtooth. En este mismo momento tenía turno de mediodía.

Pensó en llamar diciendo que estaba enferma. Los veraneantes ya se habían marchado, y cuando eso ocurría el Sawtooth estaba casi siempre medio vacío. Pero tenía el cheque de la paga esperándola en la oficina del director Gunderson. Si se daba prisa, podía ir y volver con su bicicleta en media hora. De manera que se puso un jersey y le dejó una nota a Hawley, y luego se acercó al centro en la bicicleta y la dejó encadenada a la valla. Al entrar por la puerta del Sawtooth, la primera persona que vio fue Mary Titus.

La madre de Marshall estaba preparando una mesa del fondo. Loo la vio cambiar los cubiertos y poner las servilletas. Con el delantal parecía menos triunfadora que con el albornoz naranja. Ningún pescador comía en su sección. Se amontonaban todos en torno a la barra.

—¿Dónde está Agnes? —le preguntó Loo.

—Ha empezado con las contracciones y Gunderson se la ha llevado al hospital —dijo Mary Titus—. Lo estoy sustituyendo.

—¿Ha llamado alguien a su novio?

—¿Brian? —Mary Titus arrancó un tenedor del fajo de cubiertos que tenía en la mano—. La dejó plantada hace dos meses.

Loo recorrió con la mirada la zona del restaurante que atendía Agnes. La hizo sentirse a disgusto haber estado tan sumida en sus penas personales, hasta el punto de no percibir las ajenas. Durante todas las semanas y meses que habían trabajado juntas, Agnes había estado cargando con sus propios problemas. Y nunca había faltado a ningún turno. La criatura que estaba pariendo ahora —con los pies apoyados en los estribos— cumpliría años el mismo día que Loo. *Le mandaré una tarjeta*, pensó Loo. *Le mandaré una tarjeta todos los años*.

—Más vale que te pongas a trabajar —le dijo Mary Titus—. Aquí nadie quiere que lo atienda yo.

—No me puedo quedar —dijo Loo—. He venido solamente a recoger mi cheque.

Mary Titus plegó una servilleta y la situó debajo de un tenedor.

—Pues tendrás que esperar.

La barra estaba llena de pescadores en paro. Todos a la espera de que se levantase la prohibición de pescar en los Bancos. Allí se encontraban también Joe Strand y Pauly Fisk, que saludaron a Loo con la mano.

—Acaba de llamar el director —dijo Fisk—. Ya viene para acá, provisto de cigarros puros.

—Es un niño —dijo Strand.

—Ya lo sé —dijo Loo.

Fisk echó un trago de su cerveza. Miró las mesas vacías.

—Tenemos que encontrar el modo de que Gunderson rompa con esa maldita amante de los árboles.

—A él le cae bien —dijo Loo.

—A lo mejor puede echarnos una mano tu padre —dijo Strand—. A él se le da muy bien lo de romper cosas.

—Eso es hablar por hablar —dijo Loo.

—¿Tú crees? —dijo él, frotándose el mentón.

—No te enfades —dijo Fisk—. Tu padre ha hecho lo que haría cualquier otro padre: meterle un poco de miedo en el cuerpo a tu chico. Enseñarles a respetar los

principios, a él y a su madre.

Fisk dio un golpe con el dedo en la visera de su gorra Hong Kong, luego hizo una pistola con los dedos.

—No fue él.

—Claro —dijo Strand—. De todas formas, dile de nuestra parte que le debemos una.

Y luego levantó su pistola dactilar e hizo como que le pegaba un tiro a Mary Titus.

—No tiene ninguna gracia —dijo Loo, pero la cosa provocó las carcajadas del resto del bar, y enseguida hubo otros varios disparando con sus pistolas fingidas y sus dedos. Se escondían detrás de los menús y de sus pintas de cerveza. Añadían efectos sonoros. *¡Bang! ¡Ping! ¡Pum! ¡Fallaste! ¡Diez puntos!* Fisk agarró un subfusil imaginario y ametralló la sección de Mary como una especie de Rambo.

Mientras los pescadores hacían sus prácticas de tiro, Mary Titus siguió poniendo las mesas. Pero cuando terminó de plegar la última servilleta, agarró una jarra de agua que tenían hirviendo en el fogón e hizo amago de arrojársela a la cabeza a Fisk. Loo se situó entre ambos. Cogió de la mano a Mary.

—Vamos a la trasera —le dijo.

—¡Trogloditas! —gritó Mary.

—Tenemos que hablar. Vamos.

—Pero me llevo esto.

—Como quieras —dijo Loo.

La mujer lanzó una mirada arrasadora al bar y cruzó la cocina para meterse en la cámara frigorífica. La puerta se cerró herméticamente tras ellas, cancelando todos los ruidos de cocineros y clientes. A continuación quedaron frente a frente las dos mujeres, creando una espesa niebla entre piezas de carne.

—No me digas que estás embarazada —dijo Mary Titus.

—No estoy embarazada —dijo Loo.

—Gracias a Dios.

La madre de Marshall bajó la jarra. Aún salía vapor por la boca del recipiente.

Loo echó un vistazo en derredor del cargado recinto. No había dónde meterse.

—Tu petición para el santuario —dijo—. Es falsa.

—¿De qué hablas?

—No fue Marshall quien presentó la documentación. Fui yo.

A Mary Titus se le enrojecieron las mejillas como si hubiera sido ella quien estuviera contando un secreto, en vez de Loo.

—Eso es mentira —dijo.

—¿De verdad crees que a tantísima gente le entró de pronto la preocupación por los peces? Yo falsifiqué los nombres. Los cinco mil.

Mary Titus se agarró al estante de la mantequilla. Loo tuvo la impresión de que iba a ponerse enferma, pero ahora que había empezado, la verdad siguió abriéndose camino, las palabras fueron saliendo de su boca a trompicones, una tras otra.

—Fue Marshall quien disparó contra vuestra puerta. Por la publicidad. Y por eso está ahora ahí lejos, en el barco. Tratando de conseguir que todo eso sea realidad, por ti, por si la petición se descarta.

Loo se aclaró la garganta.

—He pensado que deberías saberlo, que no fue ninguno de esos pescadores quien le pegó el tiro a tu puerta. Y que tampoco fue mi padre.

—Tú —dijo Mary Titus. Sus dedos apresaron con fuerza la jarra de agua caliente—. Tú. Tú. Tú.

Había burbujas contra el cristal. Loo las vio subir, vio el vapor y el calor lanzados en su dirección, e incluso las quemaduras abrasadoras que le abrirían la piel y las consiguientes cicatrices —como si todo ello hubiera ocurrido ya—. Supo que el agua saldría del recipiente antes de que empezara a salir, y se hizo a un lado, y en lugar de escaldarle la cara, el líquido hirviendo fue a parar directamente a tierra. Ambas se quedaron mirando la mancha brillante del suelo, un círculo en mitad de la mugre, como si alguien acabara de empapar a una bruja y esta se hubiera derretido, no dejando tras de sí más que una nube de vapor y calor.

Se abrió la puerta de la cámara frigorífica.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo el director Gunderson—. Acabamos de perder cinco mesas.

—Necesitamos un minuto —dijo Loo.

—George. —Mary Titus se miraba el brazo que sostenía la jarra como si no le perteneciera.

Era la primera vez que Loo había oído a alguien llamar al director Gunderson por su nombre, en lugar del apellido. Gunderson se detuvo en el umbral, con las tiras de la cortina de plástico colgándole de los hombros. Mary Titus tenía los ojos brillantes y estaba al borde de las lágrimas, igual que aquella otra noche de hacía mucho tiempo, cuando le habló a Loo de su primer marido. Y Loo comprendió en ese momento, por primera vez, el verdadero motivo de que la viuda quisiera convertir los Bancos en un santuario. No era para salvar a los peces, era porque allí se había ahogado el padre de su único hijo.

Fue como mirarse en un espejo. La misma esperanza intermitente de Loo, la misma desesperada necesidad de ser amada, ahí estaban, en la madre de Marshall. Y también en el director Gunderson, en esa vieja foto de su promoción en que tenía a Lily asida por la cintura. Y también en Agnes, apretando con los pies los estribos de la mesa de parto, oyendo el llanto de su hijo. Y estaba en Hawley, llorando con sus trozos de papel en el cuarto de baño. Sus corazones pasaban todos por la misma

locura —el hallazgo, el éxtasis, la pérdida, la desesperación—, como planetas dando vueltas alrededor del Sol. Cada uno con su propia fuerza de gravedad. Acercándose y aferrándose a todo lo que entraba en sus atmósferas. Incluso Loo, escribiendo sus miles de nombres allá lejos, al borde del universo, se sentía mejor sabiendo que otros viajaban por su mismo derrotero elíptico, que a veces se cruzarían con ella, que encontrarían el amor y lo perderían y se recuperarían del amor y volverían a amar; porque si iban todos en círculo, y Loo era Plutón, cada 248 años incluso ella tendría la suerte de estar más cerca del Sol.

El director Gunderson cruzó la cámara frigorífica, pasando entre las piezas de carne y los cestos de verduras congeladas, y abrazó a Mary Titus.

—No es nada —le dijo—. Sea lo que sea, no es nada.

Mary Titus se aferró a él y se echó a llorar como si su marido acabara de morir otra vez. El director Gunderson, sin decir nada, le acariciaba el pelo. Loo vio cómo se abrazaban, cómo se consolaban mutuamente, y sintió tanta vergüenza como celos y se avergonzó de sentir celos.

Cuando el director Gunderson la miró por encima del hombro de Mary, con el rostro lleno de preguntas, Loo dijo lo único que pensó que podía hacer que todo el mundo se sintiera mejor:

—Nos vamos de Olympus. Mi padre y yo. O sea que dejo el trabajo.

Luego salió de la cámara frigorífica, mirando el reloj de la pared mientras los cocineros deambulaban a su alrededor, preparando almejas al vapor y abriendo ostras y haciendo sonar los timbres de recogida.

Pasados unos minutos, se abrió la puerta y aparecieron el director Gunderson y Mary Titus, cogidos de la mano. Tenían las caras de color rosa. Mary Titus daba la impresión de estar destruida, pero el director Gunderson parecía lleno de vigor.

—Esto se ha acabado, lo que fuera que hubiese entre vosotras —dijo—. Daos la mano.

Mary Titus y Loo mantuvieron las distancias, mirándose como niñas pequeñas obligadas a pedir perdón. *Lo digo, pero no lo siento*. Hasta que por fin Loo tendió la palma de la mano. Y la madre de Marshall la tocó con sus fríos y húmedos dedos.

—Me has destrozado la vida —dijo Mary Titus.

—De nada —dijo Loo.

El director Gunderson soltó un pequeño eructo.

—Tengo tu último cheque —dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo y dejamos a Mary trabajar?

La viuda se enjugó los ojos con el dobladillo de la falda, igual que aquella otra vez en la cocina de Loo, hacía ya mucho tiempo. Le había parecido muy importante humillarla. Pero ahora el resentimiento de Loo se había desvanecido, como la mugre del suelo de la cámara frigorífica. Vio a Mary Titus volver a colocar la jarra vacía en

el calentador y regresar a sus mesas sin clientes.

—Qué bien te las apañas para que no decaiga el interés —dijo el director Gunderson mientras hurgaba en la caja registradora—. Espero que utilices toda esa fuerza de voluntad para el bien. Creo que te puede llevar a metas extraordinarias. —Sacó un sobre—. Lamentaremos tu ausencia.

—¿De verdad? —preguntó Loo.

—Sin duda —dijo él—. Eres una alumna excelente. Y no todo el mundo puede llevar el Sawtooth. Es un esfuerzo considerable. Físico, quiero decir. Y mental. Las señoras que trabajan aquí son... Son amazonas. —Deslizó algún billete más en el sobre y se lo pasó a Loo—. Como tú.

Sintió la pesadez y el grosor del sobre en los dedos, como un anuncio o una invitación.

—No era mi intención fastidiarlo todo.

—Nadie tiene nunca esa intención.

Se metió el sobre en los vaqueros.

—Supongo que debo dar las gracias.

El director Gunderson fue cerrando la caja registradora lentamente, hasta que el cajón quedó ajustado y se oyó el ruido ahogado de una campanilla.

—Cuídate mucho, cariño.

Loo se puso en pie. No sabía qué hacer a continuación, de modo que volvió a tender la mano. Gunderson se la estrechó.

—¿Sabes a dónde vais?

—Aún no lo sé seguro.

—Nunca pensé que fuerais a quedaros mucho tiempo.

—¿Por mi padre? —preguntó Loo.

—No —dijo el director Gunderson—. Por tu madre. Ella de lo único que hablaba era de largarse cuanto antes de aquí.

Loo, en su bicicleta, pasó por el embarcadero donde Hawley había efectuado su baile en la cucaña. Por la playa donde Marshall le había robado los zapatos. Cuando por fin llegó a casa, la camioneta de Hawley estaba en el camino de entrada. Entró a toda prisa y se encontró a su padre en la cocina. Las bolsas con la comida china seguían en la encimera, sin abrir. Hawley estaba sentado a la mesa, muy serio.

—¿Qué te ha dicho la policía?

—Que a Jove se lo llevó una ola. Tienen el barco atracado en el puerto deportivo. Dicen que no han encontrado nada fuera de lo normal, pero quería asegurarme y me he colado en el barco y lo he comprobado todo —dijo Hawley—. Jove estaba con un encargo. Encontrarse con alguien en alta mar para hacer un intercambio. He

registrado la bodega. He mirado en todas partes, hasta debajo de las tablas. Pero no había mercancía alguna en la cabina, ni dinero tampoco. Y tendría que haber habido muchísimo dinero.

Loo sintió que una zozobra helada le invadía el cuerpo. Recordó la conversación que había oído la noche en que Jove se presentó ante su puerta.

—Crees que pueden haberlo matado.

Hawley se mordió el labio.

—La búsqueda prosigue. La Guardia Costera está dragando la zona en que encontraron el barco.

—No es culpa tuya, papá.

—Sí que lo es —dijo Hawley—. Todo lo que ha ocurrido y está ocurriendo y ocurrirá.

Loo sacó el whisky del armario de encima del fregadero. Le sirvió un trago a su padre y se sentó a su lado. Él cogió el vaso y se lo echó al colete.

—Tendríamos que ir allí —dijo Loo—. Buscarlo.

—Está muerto.

Hawley se sirvió más whisky.

—Quienes lo contrataron pidieron que fuéramos los dos, él y yo. Sabían mi nombre.

Se frotó la cara. Se encajó el vaso en el hueco de las manos. Luego miró de frente a su hija, y ella recordó todas las noches que Hawley se había pasado mirando por la ventana y bruñendo las armas.

—Puede que no haya pasado nada —dijo Loo con tensión en la voz—. Puede que haya sido solo un accidente.

—Puede.

Hawley se puso en pie y se acercó a la encimera. Empezó a abrir los paquetes de comida china.

—Hay que comer algo. Te he traído todo lo que más te gusta.

—Está frío.

—Pues lo calentamos.

Loo lo miró mientras sacaba platos de la alacena y cubiertos de los cajones, como si fuera una noche normal. Tragó saliva. Trató de reprimir la sensación de sofoco que tenía en el fondo de la garganta.

—Crees que quien lo haya hecho podría presentarse aquí.

—Lo único que quiero es tener cuidado.

Hawley distribuyó el arroz frito y el pollo *moo shu* en sendas sartenes. Encendió los fogones y luego se lio un cigarrillo y lo encendió también.

—Mañana no iremos a la feria. Pero ya encontraremos otra en algún otro sitio. Y montaremos en la noria.

Loo cogió una galleta de la suerte. Rompió el envoltorio, extrajo el papelito.

—¿Qué es lo que dice? —le preguntó Hawley.

—«El pájaro que huye volando siempre piensa en la tierra.»

—Abre otra.

Loo aplastó una galleta contra la mesa.

—«El pájaro madrugador se come la lombriz, pero el ratón que llega luego se come el queso.»

—Eso se acerca un poco más.

Miró a su padre mientras cocinaba. Tenía hebras de plata ensortijadas en el pelo. Los dedos ásperos y agrietados. Algún día sería viejo, y ella tendría que cuidarlo. Pero no ahora. No todavía. El olor a salsa *hoisin* y col llenó la habitación. Se preguntó cuánto tardarían en volver a tener una cocina.

—Las cosas que hice antes —dijo su padre—. No fueron buenas. Era joven. No comprendía lo que significa vivir en este mundo. —Hawley removi6 los cacharros. Se levantó una nube de vapor—. Ahora te tengo a ti, y he aprendido. Pero el pasado es como una sombra, siempre está tratando de alcanzarte.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Comer —dijo Hawley, poniendo los platos—. Y luego echamos a correr antes de que nos alcance la sombra.

Una casa es más difícil de dejar que una habitación de motel. Y, sin embargo, Hawley se comportó como si llevase años planeando esta fuga. Tenía preparado un sobre con la partida de nacimiento de Loo y los pasaportes de ambos. Habló con Joe Strand y Pauly Fisk para que le buscaran inquilino. Luego llamó a Mabel Ridge y le preguntó si Loo podía pasar la noche en su casa. Su hija nunca lo había oído expresarse con tanta amabilidad.

—Yo ahí no voy —dijo Loo cuando su padre colgó el teléfono.

—Hay unas cuantas cosas que tengo que hacer —dijo Hawley—. Y no voy a poder hacerlas si al mismo tiempo tengo que preocuparme por ti.

—¿Qué cosas?

Hawley agarró el mantel por los bordes, recogiendo todos los platos y vasos y cubiertos que había encima, y lo tiró al cubo de la basura.

—No quiero mentirte. O sea que no me preguntes.

—Ya no soy una niña pequeña.

—Lo sé —dijo Hawley—. Pero necesito que lo seas una noche más. Iré a recogerte a primera hora de la mañana. Estaremos fuera unos meses. Será como unas vacaciones. Luego, si todo se arregla, volveremos.

—Pero es que le he gritado. Le he estampado platos contra el suelo.

—Es tu abuela —dijo Hawley—. Te perdonará.

Fue al piso de arriba e hizo su equipaje. No le llevó ni diez minutos. Dejó su bolsa y su caja de herramientas color naranja junto a la puerta, y luego empezó a juntar sus armas. El Colt, el Smith & Wesson, la Luger, las pistolas baratas, las escopetas, el rifle de Loo y el juego de Derringers. Las amontonó todas en la mesa de la cocina, junto con la caja de silenciadores y las cajas de munición, ajustando la disposición y probando como había hecho Loo para decidir qué vaqueros meter en la maleta. Al final no dejó ninguna de las armas detrás.

Mientras él terminaba con lo suyo, Loo subió a la planta alta. Fuera, en el tejadillo, las tejas estaban frías. Soplaban un vientecillo directamente procedente de la costa, y olía a algas y arena. Olía a casa. Loo se puso las mangas del jersey y se abrazó con ellas puestas. Quería saber en qué punto del mapa estaba exactamente este lugar, para poder poner el dedo en él cuando se hubiera ido, y recordarlo.

Ya había guardado el telescopio en la maleta, pero en el libro de Carl Sagan había leído las instrucciones para hallar la longitud y la latitud, utilizando un reloj ajustado al Tiempo Medio de Greenwich y la Estrella Polar. Extendiendo el brazo, y empezando por el horizonte, contó cuántos puños cabían en el cielo hasta llegar al punto brillante de Polaris. Cada puño equivalía aproximadamente a diez grados, lo que quería decir que estaban entre los cuarenta y dos y los cuarenta y tres grados norte.

Se abrió la puerta de la calle y vio que Hawley llevaba una caja hasta el borde de la acera, donde ella había dejado antes la basura para la recogida nocturna. Hawley colocó la caja justo al lado de los cubos. La luz de la ventana se le plantó en la cara, dividiendo su cuerpo en tiras de sombra y tiras de un blanco resplandeciente, como algo que se ha desmontado y vuelto a montar sin utilizar las piezas originales.

Loo volvió al interior de la casa por la ventana. Bajó la escalera y fue a mirar cómo había quedado el cuarto de baño. La puerta del botiquín estaba abierta y en ella se reflejó su cara. Hawley había vaciado los estantes. Faltaban el lápiz de labios, la polvera, el cepillo de dientes de su madre y todos los viejos frascos de medicina con el nombre de Lily casi borrado en las etiquetas. No estaba el perfume tampoco. Las latas de piña tropical y melocotón. El champú y el acondicionador faltaban en el borde de la bañera.

Hawley volvió al interior de la casa con una bolsa de basura en la mano. Empezó a retirar las fotos de las paredes. Los recibos y los trozos de papel, los apuntes en tiques de aparcamiento, las listas de la compra. La foto de las cataratas del Niágara.

—¿Vas a tirarlo todo?

—No todo. —Hawley se volvió hacia ella—. ¿Quieres tú conservar algo?

Loo pasó revista a la repisa, la bañera, los toalleros vacíos. Las paredes parecían desnudas sin las pertenencias de su madre. El cuarto de baño de pronto se le hizo más

grande, más lleno de posibilidades.

—La bata.

Hawley descolgó de la puerta el kimono de los dragones. Lo desplegó como una capa y Loo introdujo los brazos en las mangas. Lo había hecho decenas de veces según iba creciendo, pero esta fue la primera vez en que la bata le quedó bien. Las mangas ajustadas a los brazos, la seda verde aún brillante.

Luego echó mano de la tira de fotos. Era la única en que se veía juntos a Lily y a Hawley. Su madre poniendo caras, su padre saliéndose del encuadre. Tiró de ella y la cinta adhesiva desgarró la esquina inferior, de modo que una parte de la tira siguió donde estaba. Le tendió las fotos a Hawley. Su padre miró el diminuto triángulo de blanco y negro que había quedado atrás.

—Guárdalo tú.

Loo sacó su sobre del Sawtooth. Puso la tira de fotos entre los billetes. Contó el dinero. El director Gunderson había añadido un billete de cien dólares al total. Cuando levantó la vista, vio que su padre seguía con los ojos puestos en el trozo de foto que quedaba en la pared.

—¿Papá?

—Saca los frascos —dijo Hawley.

Se dio media vuelta y siguió retirando el resto. Metió todo en la bolsa de la basura y la llevó a la acera.

Loo abrió la cisterna del inodoro, puso la pesada tapa cerámica en el asiento, luego metió las manos en el agua y sacó los frascos de regaliz. Los alineó sobre la repisa. Buscó algo con que secarlos, pero Hawley había tirado todas las toallas. Tras limpiarlos con papel higiénico, llevó los frascos al cuarto de estar.

Hawley estaba de rodillas delante de la piel de oso.

—Trae acá —dijo.

Loo pensó que iba a abrir los frascos y contar el dinero, pero lo que hizo fue colocarlos acostados y en hilera a lo largo de la alfombra y luego empezar a enrollarla con ellos dentro, a partir de la cola y en dirección a la cabeza, de modo que, al terminar, la cabeza del oso quedó apoyada en el tubo resultante.

—¿Cómo sabías que yo sabía lo del dinero? —preguntó ella.

—Coloqué un trozo de celo en la tapa del inodoro.

Hawley ató bien los pies del oso para que el dinero quedase bien sujeto.

—Muy bien, esto es todo.

Se puso en pie y se rascó la barba. Luego le tendió a Loo la tarjeta que Lily había comprado después de su nacimiento, la que había colgado de todos sus cuartos de baño en todos estos años. Una gruesa magdalena con una vela encendida en lo alto. La cara de dentro estaba en blanco.

—Feliz cumpleaños —dijo su padre. Enseguida levantó el oso con ambos brazos

y lo puso en los brazos de Loo.

Cuando llegaron a Dogtown era ya casi medianoche. Hawley aparcó delante de la casa de Mabel Ridge, pero no salió de la camioneta.

—No puedo creer que me vayas a dejar aquí —dijo Loo.

—Es solo una noche —dijo Hawley.

Loo miró la piña que colgaba en la puerta. Recordó la visita de hacía mucho tiempo, de cuando se mudaron a Olympus, Hawley con su camisa nueva, Loo con su vestido y su pelo cortado a bocados.

—Lo que querías era que me volviera a aceptar en su casa —dijo Loo—. La otra vez, cuando le pegaste un puñetazo a la radio.

Su padre negó con la cabeza.

—No sabía qué era lo que iba a hacer.

—¿Y si nos hubiera dejado entrar?

Hawley y Loo permanecían en sus asientos, respirando al mismo tiempo. El reloj del salpicadero llevaba una hora de retraso. Nunca lo habían cambiado cuando llegaba el horario de invierno. Loo alargó el brazo y pulsó los botones y movió el dial, sacando los números del pasado e introduciéndolos en el presente. En ese momento, aquello le pareció la cosa más importante que había hecho nunca.

—Quería que tuvieses más familia, aparte de mí —dijo Hawley—. Una vida normal.

—Pero es que nosotros nunca hemos sido normales —dijo Loo—. Yo nunca he sido normal.

—Lo sabré yo...

Loo se colocó la bolsa en el regazo.

—Tienes que volver. Prométemelo.

Pero su padre solo dijo su nombre.

Loo salió dando un portazo. En cuanto lo hizo, se abrió la puerta de la casa de Mabel Ridge. Loo subió por el camino de entrada, con la maleta a cuestas, el motor del vehículo de Hawley ronroneando a su espalda.

La anciana salió al porche. Llevaba un pijama a rayas, con una manta de lana tejida a mano cubriéndole los hombros. Loo solo tardó un momento en identificar la manta del telar. La del dibujo de sobregiro hecho de añil. La había terminado. Y Mabel Ridge parecía una reina piel roja con ella puesta.

—Bienvenida de nuevo.

—Es solo por una noche —dijo Loo.

—Eso fue lo que dijo la última vez —contestó Mabel Ridge. Miró la bata de Loo—. Me encantan los dragones.

—Era de mi madre.

—Ya lo sé —dijo Mabel Ridge.

Luego abrió los brazos y abrazó a Loo con todas sus fuerzas, quedando ambas bajo la manta de lana. Loo trató de apartarse, pero la anciana apretó con más fuerza, hasta que la chica acabó cediendo y le devolvió el abrazo.

—Bueno, pues vamos a instalarte.

Mabel Ridge intentó apoderarse de la maleta, pero Loo se le adelantó, y mientras lo hacía, la camioneta de Hawley se puso en movimiento.

Loo se dio la vuelta y miró cómo se alejaban los pilotos rojos, parpadeando, por la calle oscura. Pensó: *Va a pararse. Va a pararse en la esquina y esperarme, como cuando robamos el Firebird.* Sus dedos apretaron con fuerza el asa de la maleta, dispuesta a correr tras él. Pero Hawley ni siquiera aminoró la marcha. Si acaso, lo que hizo fue pisar el acelerador, dando lugar a que el tubo de escape emitiera un último estornudo de humo. La camioneta giró sin poner el intermitente, y su padre se marchó de veras.

BALA NÚMERO DOCE

Hawley se apoderó del barco con las primeras luces. Recogió unas cuantas provisiones de su casa, fue conduciendo hasta la dársena, luego estuvo esperando en el interior de la camioneta, a oscuras, mirando a los pescadores cargar sus traineras y sus arrastreros y sus cangrejeros, reunir cebo y hielo y listones de deslizamiento, subir amortiguadores y arrancar motores y zarpar con las sombras tempranas. Cuando partieron todos, Hawley bajó por la escalera del muelle flotante, donde estaba amarrado el barco de Jove. Lo largó en silencio, luego arrancó el motor y puso proa al puerto. Cuando el sol despuntaba al filo del horizonte, ya estaba en aguas abiertas.

Llevaba consigo la caja naranja y las armas. El rifle de su padre, dos escopetas, el fusil de larga distancia y dos pistolas. Las armas largas iban debajo de los asientos, tapadas con una manta, la Glock iba metida en el cinturón y el Colt, en el bolsillo de la chaqueta. Había una bolsa extra de munición junto al salvavidas y el balde de desagüe. Llevaba puesto un chaleco antibalas. Pesaba tanto como las armas. También se había traído guantes de goma y bolsas industriales de basura y cinta adhesiva, una red y un arpón, máscaras protectoras y un frasco de Vicks.

A lo largo de la costa y cerca de los bajíos de la isla de Thacher, Hawley vio a los langosteros comprobando sus trampas, izando del fondo del mar los cables cargados de algas. Pasó junto a unos cuantos barcos de alquiler rumbo a Jeffrey's Ledge, un lujoso yate de Boston y un avistador de ballenas a toda máquina hacia el banco de Stellwagen, abarrotado de turistas dando bostezos. Al cabo de tres millas las otras embarcaciones empezaron a escasear y Hawley conectó el sistema de navegación que había instalado con Jove, fijando el rumbo en el radar.

Faltaban quince millas para llegar a aguas internacionales, pero ahora todo el que quisiera sacar provecho tenía que alejarse otras cincuenta millas, como mínimo. La investigación de la Agencia de Protección Ambiental había dado lugar a que la Guardia Costera doblase sus patrullas, y ello estaba provocando muchos problemas a lo largo de la costa. No solo a los pescadores, sino a todo el que llevase drogas o armas o cualquier otra cosa ilegal en mar abierto. Eso, al menos, era lo que le había dicho Pax cuando Hawley le pidió detalles sobre el encargo de Jove. El comprador

había sido un coleccionista de Reno. En lo que a Pax se le alcanzaba, el acuerdo se había cumplido. Le habían pagado por adelantado, y no había recibido ninguna queja ni del comprador ni del vendedor. Tampoco había tenido noticia de Jove, antes de que desapareciera.

El punto de encuentro había sido una señal situada a 110 millas de la costa y a unas cuarenta al sudeste de los Bancos Amargos. «Dinero fácil», había dicho Jove, pero ahora, según se alejaba la tierra y se hacía más hostil y desolado el mar, no parecía nada fácil. No había nada en ninguna dirección, solo la línea en que el horizonte coincidía con el cielo. Era como navegar por un desierto, con el agua en continuo cambio, con el panorama modificándose a cada golpe de viento. El cuerpo de Jove tenía que llevar mucho tiempo perdido, devorado por los tiburones o arrastrado por la corriente. Pero Hawley tenía la esperanza de que la señal siguiera allí. Comprobó las coordenadas que le había dado Pax. Quería ver el sitio con sus propios ojos. Descartar que le tocara confeccionar una nueva lista de nombres. Si no, tendría que recoger a Loo y echar a correr.

Otras diez millas y el velero pasó junto a un barco de carga del tamaño de un portaviones, extendiéndose por la superficie como un gigante que vigilara los confines del mundo. Hawley cruzó las olas de la estela y puso el motor en punto muerto. El barco flotaba con un fácil balanceo. Una vez pasado el carguero, ató la caña del timón, luego se tambaleó hasta proa para desplegar la mesana y enseguida la mayor, cargando su peso contra el cable. El viento tensó las botavaras y las lonas se llenaron de aire. Luego apagó el motor.

Había olvidado lo placentero que resultaba limitarse a utilizar la fuerza del viento. Solamente el sonido de las olas batiendo los costados del casco y el eco blando de las drizas contra el mástil. Era aleccionador situarse ante semejante panorama, desbrozando las millas que se extendían por arriba y por abajo, estratos de criaturas de todas las formas y todos los tamaños pasando por debajo del frágil casco del velero, devorándose entre ellas.

Se le aproximaba una ola de buen tamaño, por el lado de babor, y Hawley se asió a la caña del timón para recibirla de frente. La proa se levantó hasta salir del agua, para luego caer con fuerza y con ruido, como un bofetón, en el hueco dejado por la ola al pasar. Muy en el fondo de la bodega, Hawley oyó que algo se tambaleaba y que luego daba unos pasos vacilantes. Sacó el Colt y lo amartilló. Se levantó la escotilla y asomó su hija.

—Hola, papá.

—No puede ser.

Hawley bajó el percutor y se metió el Colt en el bolsillo. Empujó el timón a estribor y situó el barco a barlovento. Soltó las escotas y las velas aletearon, con los cables retorciéndose como serpientes mientras el barco viraba y acababa

deteniéndose.

—¿Cómo diablos has subido a bordo?

—Me escapé por la ventana de Mabel en cuanto se fue a dormir, cogí el Firebird y me acerqué al pueblo. Pensando que si no te presentabas allí podía volverme a la casa por la mañana.

El viento le revolvía el pelo contra la cara. Loo hacía todo lo posible por evitarlo, pero las puntas se le metían en la boca.

—No sé si lo sabes, pero el camastro de Jove está lleno de porno.

Había dejado a Loo en casa de su abuela. Para que estuviera a salvo. Y todo había sido inútil, de nada había servido que lograra ablandar a la anciana por teléfono, hasta el punto de que acabara dándole las gracias. Por fin había puesto algo de su parte por hacer las paces, y ahora Mabel Ridge volvería a ofenderse.

—No me puedo creer que hayas vuelto a coger el coche.

—Me prometió que lo pondría a mi nombre si iba a verla en Acción de Gracias y en Navidad. Así que técnicamente no ha sido un robo.

—Vamos a volver —dijo Hawley.

—Pero si ya tenemos que estar muy cerca —dijo Loo—. Y he traído sándwiches.

—Así y todo. Viro por redondo.

—No. Todavía no. Haré lo que quieras.

Loo se agarró el pelo con la mano y lo sujetó firmemente. Sacó una goma que llevaba en el bolsillo y se la ató con fuerza, hasta apresar todos los mechones.

—Quiero estar aquí contigo si lo encuentras.

Su rostro expresaba determinación. Y cuánto se parecía al de su madre.

A Hawley no le había dado tiempo ni a pestañear dos o tres veces, durante el año recién transcurrido, y su hija se había convertido en una mujer portadora de sus propios secretos. Había tratado de protegerla. Y ahora lo único que esperaba era que Loo no terminase como él. Hawley se quitó el chaquetón. Se quitó el chaleco antibalas.

—Ponte esto.

Ella introdujo las manos. Le quedaba grande.

—Con esto me ahogo si me caigo al agua.

—Pues ponte también un chaleco salvavidas.

Sacó una naranja de debajo del banco lateral y descorrió la cremallera, para dejar a su hija envuelta en capas de tela y espuma.

—Parezco el muñeco de Michelin.

—Eso es lo que hace falta —dijo Hawley—. ¿Estás de acuerdo o no estás de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Loo, y luego se subió a la proa y sacó sus prismáticos.

—¿Qué estamos buscando?

—Cualquier cosa que flote.

Hawley apartó el barco del viento. Asió las escotas y las velas se hincharon y las mantuvo tirantes hasta lograr que recibieran la cantidad perfecta de viento. Que procedía del sudoeste. La espuma de las olas les salpicaba la cara de sal. Loo recogió de cubierta las armas largas y la munición y las metió en la cabina, para que no se mojaran. De vez en cuando llegaba una ráfaga y el barco se inclinaba en exceso, hasta tocar el agua con la borda. Pero se equilibraba en cuanto Hawley trasladaba su peso al lado opuesto.

Según pasaban las horas se fueron alternando al timón y en los traslados a gatas hasta la diminuta letrina de la bodega, un váter de bombeo que olía a productos químicos y orina. En la cocina, todo era en miniatura: un fregadero minúsculo, las ollas y sartenes sujetas con pasadores a los estantes, todas las tazas y todos los platos a salvo de caídas. Hawley abrió el armario y encontró paquetes de fideos para *ramen* y un tubo gigante de crema de cacahuete. Había estuches de galletas saladas y una jarra de té helado y algo de café instantáneo. Debajo del fregadero había un tanque de agua potable, una bocina de barco, una caja con un lanzabengalas dentro y tres botellas de whisky.

Subió una botella a cubierta.

—¿Dónde has encontrado eso?

—En la cocina.

El viento había amainado, de modo que Hawley volvió a poner el motor en marcha. Loo cogió la botella y le dio la vuelta, como para mirar la etiqueta del precio.

—Tú y yo bebimos juntos cuando eras pequeña —dijo Hawley.

—¿Whisky?

—Una gota. Así dejabas de llorar.

Loo desenroscó el tapón para oler el contenido. A Hawley le resultaba extraño pensar que la chica no tuviera ningún recuerdo de la casa del lago. Lo ocurrido les había ocurrido a ambos, pero era él quien lo llevaba dentro. Nunca olvidaría la succión en el dedo, el silencio y el alivio cuando por fin dejaba de llorar. Con la manita agarrada firmemente a la suya, con los ojos muy abiertos y concentrados y sin dejar de observar.

—Tengo que contarte algo.

Loo enroscó el tapón y metió la botella debajo del banco. De pronto parecía nerviosa.

—Es sobre Mary Titus.

—¿Qué pasa con Mary Titus?

—La gente piensa que fuiste tú —dijo Loo—. Quien disparó contra su casa.

—¿De veras?

Hawley trataba de mantener la seriedad.

—Es culpa mía —dijo Loo—. Le di a Marshall una de tus armas. Para protección. Y fue él quien disparó contra su propia casa.

Hawley tiró de la botavara hasta dejar tensada la vela.

—Un genio, tu chico.

Loo agachó la cabeza, avergonzada, y Hawley se arrepintió de lo que acababa de decir. Para él había sido un alivio enterarse de que el chico no estaba en el pueblo. Pero sabía que Loo seguía sufriendo.

—Cuando vino la policía pensé que iban a detenerte. Pensé que habían localizado la pistola por la bala.

—¿La Beretta? —preguntó Hawley. Al ver que Loo se sorprendía, le dijo—: Era la única que faltaba.

—Debería habértelo dicho —dijo Loo—. Y no debería haber confiado en él.

Hawley fingió pensárselo. Pero en realidad ya sabía todo lo que su hija acababa de decirle. Todo menos que Marshall hubiera disparado contra su casa.

Llevaba siguiendo a Loo desde que la detuvieron. Se había dedicado a ello como a cualquier otro encargo, como si su hija fuera una víctima a quien darle bien en las narices antes de quitarla de en medio. Registró su ropa y sus libros, le miró la suela de los zapatos para ver por dónde había andado. Le siguió los pasos hasta el trabajo, vio cómo esquivaba a los hombres que la miraban allí, observó el sudor de su frente mientras recogía bandejas y fregaba platos. La vio ir a Dogtown y salir con hojas en el pelo. La vio sentada en el tejadillo mirando las estrellas con su telescopio. Y había descubierto el álbum con recortes relativos a la muerte de Lily, oculto en un vestido que colgaba en su armario. Vio el modo en que trataba de hallar sentido a las cosas, como había hecho él cuando pegaba sus recuerdos a las paredes del cuarto de baño. Hawley se leyó todos los artículos y todos los recortes, pasó todas las páginas, y volvió a poner el álbum donde lo había encontrado.

—La policía solo puede identificar una bala si tiene la pistola que la disparó —dijo al fin—. Repiten el tiro y comparan. Pero yo modifiqué el cañón de la Beretta en cuanto volviste a ponerla en su sitio. Créeme. Y si le hubiera pegado un tiro a tu chico, nadie habría sabido que yo era el culpable.

No lo dijo necesariamente en broma. Pero a Loo se le alegró la cara, y Hawley supo que había dicho lo correcto. La chica alargó el brazo y sacó el whisky de debajo del banco. Esta vez abrió la botella y echó un trago. Luego tosió y lo escupió por la borda.

—No sé cómo puedes beber esto.

—Cuestión de costumbre.

Volvió a poner el tapón y agarró la botella como si fuera una maza. Como si fuera a romperla contra el barco, a bautizar de nuevo el *Pandora*. Y luego sus ojos se desplazaron hacia el horizonte y le cambió la cara. Se concentró en el agua.

—Estoy viendo algo.

Hawley agarró los prismáticos. Le llevó un momento localizar lo que le señalaba su hija, y cuando lo hizo... Algo de buen tamaño flotaba a unos cien metros al norte. Era difícil decirlo, por el oleaje, pero parecía un cuerpo.

El motor cobró vida y Hawley giró el acelerador hasta el tope. Situó el barco en línea recta y Loo se subió a lo alto, enfocando y volviendo a enfocar los prismáticos. Iba limpiando las salpicaduras de espuma de la lente con su chaqueta. Cuando estuvieron más cerca, Hawley vio un bulto cubierto de algas; tenía brazos y algo parecido a una cabeza. Estaba boca abajo en el agua. Y vio pelaje.

Era un oso gigante. De los que Hawley ganaba para Loo en las ferias baratas de carretera. Un enorme animal de peluche, color rosa, relleno de trozos de espuma y serrín y colgado muy arriba para incentivar a los tiradores. Hawley partía a tiros una estrella de papel, y los feriantes le entregaban el premio, y Loo se tambaleaba bajo su peso, negándose a que su padre le llevara el oso y negándose a deshacerse de él, sentando al animal con ellos dos en la montaña rusa,teniéndolo abrazado mientras daban vueltas en la noria y luego atándolo con el cinturón de seguridad para volver a casa. Cuando les llegaba el momento de mudarse, nunca tenían sitio para llevárselo. Hawley siempre le prometía ganar otro en la próxima feria, para compensarla, y cuando lo hacía, también tenían que dejarlo atrás. Ahora, este cuerpo empapado de agua, flotando a ciento diez millas de la costa, en aguas internacionales, en pleno océano Atlántico, con una soga al cuello, era como una aparición que se les presentaba en recuerdo de todos aquellos animales abandonados.

Hawley agarró el peluche y lo subió a bordo. El pelaje era de un espantoso color carne, hecho de material sintético barato, chorreando agua. Había tiras de *kelp* verde y de porquería parda apresadas en torno a los brazos y las patas. Le faltaba un ojo, pero el otro seguía en su sitio: una bola de plástico transparente con un pequeño disco negro que se movía como un ojo de verdad, con el iris girando lentamente.

—Parece que nuestra piel de oso salió a dar una vuelta y se ha agarrado una trompa —dijo Loo.

Hawley asintió. Unas horas antes había estado enrollando todos sus ahorros en la piel de oso, lamentando no poder envolverse ambos en ella, él y Loo, y esconderse del resto del mundo.

—¿Cómo diablos habrá llegado esto aquí?

Hawley señaló el cable. Estaba fuertemente anudado al cuello del animal y ahora colgaba desde el costado del barco hasta el agua. Se puso a tirar de él. Tiró y tiró y siguió tirando, y el cable iba haciéndose más grueso cuanto más lo izaba, por las algas adheridas, y Hawley, con las manos cubiertas de limo verdinegro, vio subir de entre las formas una forma fantasmal: una vieja trampa de alambre para langostas, llena de basura.

—La habrá traído hasta aquí la tormenta —dijo Loo.

—No —dijo Hawley—. Es una señal.

Había dos langostas en la trampa, además de un par de cangrejos, pero el resto estaba abarrotado de porquería: botellas y trozos de metal, y en mitad de todo aquello, algo rectangular y brillante. Una caja de plata, sellada en plástico. Hawley sacó primero las langostas, con las colas meneándose demencialmente en el aire, con las pinzas levantadas, con las antenas largas y resbaladizas. Eran de buen tamaño, suficiente para comérselas, pero Hawley las devolvió al océano, seguidas de los cangrejos, tras extraerlos de la red de plástico. Ya solo quedaban dentro las piedras y las botellas rotas de cerveza y, al final, la caja.

Loo le pasó su navaja y él cortó el plástico. Era grueso como la piel y dos veces más duro, pero al final se partió en dos. Hawley extrajo la caja. Los lados eran de metal de grado industrial. Como el que se utiliza para las cajas de las pistolas. Tenía un candado, pero Hawley no tardó en abrirlo con la navaja. Luego corrió los cierres laterales y levantó la tapa. El interior estaba forrado de terciopelo negro, aún totalmente seco. Y en el centro había un reloj de oro de bolsillo.

Hawley cogió el reloj y le dio la vuelta. El metal estaba frío como el hielo. En la tapa había grabado un ciervo, con la cuerna alzada a medias. Huía de los cazadores, con una flecha clavada en el costado. Apretó la ruedecilla de la cuerda y se abrió la tapa. Dentro de la esfera había otras cuatro más pequeñas, que señalaban el año, el mes, la fecha, la hora, el minuto, el segundo. Hawley respiró hondo y ahí estaba, deslizando la mano en el bolsillo del traje de bodas de Maureen Talbot y sacando ese mismo reloj, como en un abracadabra de viaje por el tiempo. Tocó la llave y la tapa se escindió, ahí estaba la carta estelar, con sus diminutas motas de diamante y zafiro, atrapando la última luz de la tarde. Se llevó el corazón de la caja al oído.

El reloj estaba en funcionamiento.

Se había abierto bajo sus pies el suelo del barco y Hawley estaba precipitándose por un estrato tras otro de su vida.

—Papá —dijo Loo—. Papá.

Y entonces Hawley oyó el barco.

Estaba a media milla. Un yate, diez metros de eslora, quizá, que dejaba una estela ancha y abierta, cuyos raudales de espuma rompían el trazo de las olas. Navegaba directamente hacia ellos. Y se les echaba encima a mucha velocidad. No tenían la menor posibilidad de superarlo. No con la calma chicha reinante.

—Ve abajo —dijo Hawley—. Coge las armas.

Loo se lanzó hacia la cabina y volvió con paquetes de munición y con armas, que padre e hija se pusieron de inmediato a cargar.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a tener mucho cuidado.

El oso color de rosa seguía de bruces en el fondo de la embarcación. Era del mismo tamaño que Loo. A Hawley le empezaron a temblar las manos. Tendría que haber virado por redondo con el barco. Tendría que haber hecho lo que su intuición le indicaba: emprender la fuga tan pronto como regresó a casa desde la comisaría.

Loo miró por los prismáticos.

—Parece que hay dos personas a bordo.

Hawley volvió a ajustarse la Glock en el cinturón. Agarró el rifle de su padre y lo escondió debajo de una manta.

—Coge la escopeta y el rifle de precisión y quédate en la cabina —dijo—. Métete antes de que te vean.

—Quizá sean pescadores —dijo Loo. Pero, de todas formas, se fue a esconder en la bodega.

El yate seguía en línea recta hacia ellos. Cuando llegó a distancia de alcance, redujo los motores y la espuma disminuyó en burbujas. Hawley percibió el olor salobre de las olas al golpear contra el velero, balanceando el casco. Apagó el motor, que ya tenía en punto muerto, y trasladó su peso, tratando de no perder el equilibrio. Algo de gasolina cayó al agua, desparramando vetas oleaginosas por la superficie.

El primer hombre iba al timón. Era de edad avanzada e iba rapado al uno, al modo militar, y tenía los hombros muy anchos y la cara llena de rugosidades, como una patata. Una nariz como una puerta desvencijada. Habían pasado años desde su pelea en la cafetería, pero Hawley se dio cuenta enseguida de que era Ed King. El viejo boxeador no llevaba sombrero y el sol le había quemado al rojo la cabeza y la cara y el cuello. Hawley vio que tenía la nariz pelada y un círculo de piel blanquecina en torno al cuello.

El otro hombre de la embarcación era Jove.

El amigo de Hawley seguía llevando la gorra de capitán y ese calzado marinero tan especial. Tenía la cara hinchada y los ojos tumefactos y se agarraba el costado como si le dolieran las costillas. Pero aún no lo habían matado. Y eso ya era algo.

El yate aminoró y el chirrido del motor se detuvo, y el barco y los hombres de a bordo continuaron hacia delante, de modo que la inercia los situó en paralelo al lado de estribor.

—¡Sam Hawley! —gritó King—. Estábamos esperándote.

Vino un golpe de viento y la vela mayor aleteó. Ambos barcos cabecearon al mismo tiempo.

—¿No se suponía que estabas en la cárcel? —dijo Hawley.

—Me soltaron antes por buena conducta. Y por un par de favores. La gente siempre necesita favores.

El viejo boxeador se acercó a la baranda y se apoyó en ella. Sostenía una automática apuntando a Jove.

—Estás igual.

—Tú no.

King apoyó la mano en su ancha cadera y se rio, pero no fue una risa graciosa, y nadie más se rio con él. Hawley trató de que se le ocurriera algo, pero resultaba muy difícil.

—¿Has venido a buscar a tu amigo?

Hawley puso los ojos en Jove.

—Eso es.

—Yo también —dijo King—. Se portó como un amigo estupendo, haciéndome pasar quince años en la cárcel. Para encubrir sus propios errores. Y los tuyos.

—Nadie te obligó a matar a esa gente en Alaska. Así que pagaste por ello. Cumpliste tu condena.

—¿Igual que vosotros la vuestra? —preguntó King.

Hawley no contestó.

—Os pasáis de arrogantes —dijo King—. Pero no sois más que un par de pringados. Lo único que tuve que hacer fue ponerlos el cebo con este encargo. Ofreceros el dinero suficiente. Y esperar. Me he vuelto muy bueno en esto de esperar.

Jove miró la portilla tras la que se escondía Loo. Un momento después dio la impresión de no mirar a ninguna parte, limitándose a parpadear ante las franjas anaranjadas que se extendían por el cielo. Su rostro en ruinas hizo que a Hawley le volviesen a doler todos sus viejos orificios de bala.

—Creía que nunca volvería a verte —dijo Jove.

King le dio una palmada en la espalda.

—Tu amigo trató de convencerme de que nunca vendrías a buscarlo. Pero yo sabía que sí. O sea que largamos su barco cerca de los Bancos y dejamos que los héroes esos, los de las ballenas, llamasen a la Guardia Costera. Luego regresamos aquí. Así tuvimos ocasión de charlar largo y tendido.

El sol había alcanzado el borde del horizonte y el cielo empezaba a cubrirse de rosa, pintando de magenta oscuro las nubes. El ojo de King pestañeaba contra la luz, y Hawley recordó ese mismo tic del boxeador en la cafetería, cuando miraba a Lily. Antes incluso de que Hawley hubiera rozado la mano de la chica.

King miraba ahora a Hawley de ese mismo modo, como si no pudiera creer en su buena suerte. A pesar de los muchos años transcurridos, King seguía delatándose por ese mismo guiño. Le puso la pistola en la nuca a Jove.

—Para empezar, entrégame tus armas.

Hawley se sacó la Glock de la trasera del pantalón y la arrojó al yate.

—Y la que llevas en el chaquetón.

Hawley sacó el Colt y lo arrojó junto a la otra pistola. Las únicas armas que quedaban ya eran el rifle de debajo de la manta y las que tenía Loo en la cabina. Arreció el viento y los barcos empezaron a desplazarse. King hizo que Hawley le lanzara un cabo, que Jove ató luego a la proa del yate.

—Ahora el oso. Mete dentro el reloj y lánzalo para aquí.

Hawley volvió a meter el reloj en su estuche metálico y luego en la funda de plástico. Utilizó la navaja de Loo para practicar un agujero en el pecho del oso y encajó la bolsa donde podría haber ido el corazón. El relleno era sorprendentemente suave, trozos de algodón y trapos, pero pesaba bastante al levantarlo. Hawley balanceó el oso hacia atrás y luego lo lanzó hacia delante. El animal giró en el aire entre las dos embarcaciones, chocó con la proa del yate y fue a caer en el agua, salpicando espuma. Jove le clavó un gancho y lo subió a bordo.

King metió la mano en el oso y palpó su interior. Sacó la bolsa de plástico. Abrió la caja y se colocó el reloj en la palma de la mano, acariciando la tapa de oro con las yemas de los dedos.

—Es el cebo más grande que he usado nunca —dijo—. Pero ha valido la pena.

Se echó el reloj al bolsillo. Luego llevó a Jove hasta el borde del yate.

—Ya es hora de que cojas tu oso y te vuelvas a casa, Jove.

—¿Quieres decir que salte?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

Jove levantó del suelo el peluche empapado de agua. Pasó el cuerpo por encima de la barandilla, con el juguete a cuestas, y luego se irguió con su anchuroso anorak y su ridícula gorra y los náuticos especiales que se había comprado y de los que estaba tan orgulloso. Miró a Hawley con expresión de estar pidiéndole perdón y, al mismo tiempo, de sentirse aliviado. Y luego King desplazó la automática al centro de su espalda y apretó el gatillo. La bala atravesó a Jove y luego al oso, y el pecho del peluche reventó en una nube blanca de espuma de plástico y pellejo. Luego cayeron ambos al agua, Jove y el oso.

Hubo un grito ahogado procedente de la cabina. King miró a Hawley y luego al velero, pero antes de que pudiera hacer otra cosa, o disparar de nuevo, Hawley se lanzó debajo de los asientos y sacó el rifle.

King movió a un lado la automática y ametralló el costado del velero. Hawley se agachó para no dejarse ver. Oyó el impacto de las balas en la madera y el ruido de las portillas al romperse los cristales. Contó los tiros. Al agotarse el cargador, King corrió hacia la cabina. Fue en ese momento cuando Hawley se irguió y encaró el arma larga y disparó. Vio desmoronarse al boxeador para luego caer por la escalerilla de la bodega.

Volvió a agazaparse y esperó.

No hubo más disparos.

Se asomó por la borda para gritar:

—¡Loo! ¿Estás bien? ¡Loo!

Su hija sacó la escopeta por la ventana rota y empezó a disparar directamente contra el casco de la motora. Hizo una pausa para recargar y a continuación vinieron dos gigantescos estampidos, que abrieron vías de agua en el casco del yate, para que el océano penetrara en su interior.

Era como si fuesen una sola persona, Hawley y Loo. Cuando él pensaba, ella actuaba. La chica siguió recargando el arma y abriendo agujeros en el barco que se hundía, mientras Hawley utilizaba el gancho para prender a Jove por el anorak y subirlo por el lado de sotavento. Agarró a su amigo por las axilas y lo subió a bordo junto con el oso. Jove aún movía los ojos, pero sangraba de mala manera. Hawley presionó la herida con la mano, la sangre brotaba a borbotones entre sus dedos cada vez que latía el corazón de Jove.

Se abrió la puerta de la cabina y ahí estaba Loo, llevando a cuestas la caja naranja de Hawley.

—¿Qué te hace falta?

—Vendaje de emergencia —dijo Hawley.

Junto a ellos, el yate continuaba haciendo agua. Sonó un golpe cuando una ola desplazó su proa y la hizo chocar con el velero. La cubierta entera se ladeó y Loo cayó de rodillas. Dejó a un lado la caja. Cogió un envoltorio sellado y desgarró el cierre.

—¿Va a morirse?

—Seguramente —dijo Hawley.

—Que te den por el culo —gruñó Jove.

—Ja —dijo Hawley—. ¿Lo ves?

Le colocaron el vendaje entre los dos. Hawley lo ciñó todo lo que pudo. Algo brilló al entrar en contacto con la luz. Miró a su hija.

—Tienes cristales en el pelo —dijo.

—Es de cuando han reventado las ventanas de la cabina.

Loo se tocó el pelo y cayeron diminutos fragmentos de cristal al suelo de cubierta, destellantes.

—Tengo que ver lo que ha pasado con King. Quédate aquí —dijo Hawley—. No dejes de presionar en el vendaje.

—Bien —dijo Loo.

Puso las manos donde las tenía Hawley, sin poder apartar los ojos de la sangre que se acumulaba en el anorak de Jove, hasta derramarse sobre las tablas.

Hawley se acurrucó bajo la vela mayor. El yate estaba yéndose a pique, de lado, pero sin acabar de hundirse. Su casco roto se apoyaba en el costado del velero. Estaba lo suficientemente cerca como para saltar encima, y Hawley lo hizo. La fibra de

crystal retumbó al impacto de sus pies. La puerta de la cabina por donde había desaparecido King seguía abierta. Recogió la Glock y el Colt que antes había arrojado a cubierta. Empezó a bajar la escalerilla. La cabina estaba inundada, con ropa y alimentos y basura flotando en su reducido espacio, que olía a podrido y estaba a oscuras, salvo por la escotilla de proa.

Hawley vadeó entre los restos hacia la apertura. Al llegar a la escotilla vio un jirón de tela en el gozne. Luego oyó música. Al principio pensó que procedía de una radio, y luego la identificó. Era Debussy, esperanzado y alegre en cada nota, interpretado por un mecanismo de fábrica humana incrustado en el interior de un reloj, para que su dueño siguiera el curso de las horas.

Hawley logró meterse por la escotilla, tropezando con la barandilla cuando la cubierta se ladeó. El viejo boxeador se había encaramado al techo de la cabina. Su sombra se proyectaba contra la vela mayor del *Pandora*. Una sombra con la silueta de todos los monstruos imaginarios que alguna vez vivieron bajo la cama infantil de Loo. De cada pesadilla que Hawley había amansado, meciendo a su niñita hasta tranquilizarla, para luego arroparla en sus propios sueños paternos. La sombra de King apuntó con una pistola y la detonación resonó sobre el agua, y por debajo de la lona Hawley vio que Loo se doblaba. Luego trató de erguirse, tambaleándose, y vino otra detonación que la hizo rodar por el costado del barco y Hawley la vio desplomarse en el agua. A su hija. A su Loo.

Desaparecida.

A King se le había desgarrado la camisa al pasar por la escotilla y tenía el pelo mojado, pero no se le veía una sola mancha de sangre. Hawley nunca fallaba, pero esta vez había fallado, de alguna manera. King tenía en la mano el arma que había utilizado contra Jove y luego contra Loo, y que ahora utilizaba también contra Hawley. La bala penetró más arriba del corazón de Hawley y más abajo del hombro, y él percibió de inmediato la diferencia, que esta bala no transitaba por su cuerpo como visitándolo, sino desgarrándolo y partiéndolo y troceándolo, como para construirse una casa en sus entrañas, como para instalársele dentro y echar raíces en él.

Hawley intentó alcanzar el Colt, pero King se lanzó contra él desde el techo y se lo hizo soltar antes de que pudiera apretar el gatillo, y luego el yate basculó mientras ambos forcejeaban y las pistolas se les cayeron al agua. Hawley notó que el viejo boxeador recuperaba las fuerzas para darle de golpes, primero en el estómago y luego en la cara y luego en donde le había pegado el tiro, y cada golpe impactaba como una brasa ardiente en las cicatrices del cuerpo de Hawley. Recordó lo que un día le había contado Jove sobre los púgiles que se enfrentaban a King, cómo se les atascaba el cerebro en un lugar de desmemoria, un lugar en el que ya no recordaban a quiénes amaban ni el porqué de su amor.

Hawley logró ponerse de rodillas y se lanzó contra King y consiguió derribarlo. Se arrastró hasta el borde del barco para localizar a Loo en el agua, pero allí solo había agua, solo había olas, y enseguida volvió a echársele encima King para asestarle un último puñetazo en la sien, y Hawley sintió que le crujía el cráneo y vio estrellas. Fragmentos de luz, brillantes y resplandecientes, que se transformaban en llamas para recorrer la noche que se cernía sobre él.

Y las estrellas empezaron a congregarse en su caída, a formar un cuerpo que resplandecía y brillaba hacia un brillo mayor, y de ese brillo emergió Lily. Estaba de pie al lado de King, con la larga melena chorreando agua, como si hubiera decidido no ahogarse, como si en vez de ahogarse hubiera estado esperando todos estos años el momento justo de resurgir de las aguas.

—Apártate de él —dijo Lily.

Y, como por milagro, cesaron los golpes. La sombra de King se desplazó y Hawley volvió a notar el aire en el rostro. Sintió que le corría la sangre garganta abajo. Tosió. Escuchó.

—Ponte ahí.

Lily tenía en las manos el rifle del padre de Hawley, apuntado al pecho de King. Hizo retroceder al boxeador hasta el borde del barco que se hundía. Se mantenía a distancia, para evitar que el otro pudiera arrebatarse el arma en un movimiento rápido de la mano. Tenía el dedo en el gatillo y el codo bien apoyado contra el cuerpo y la culata contra el hombro y el cañón se mantenía tan quieto como para sostener en equilibrio una moneda, y tan levantado como para que el tiro fuese directamente a la cabeza de King. Era lo que le había enseñado Hawley. Su chica se lo sabía todo. Era su chica.

—El reloj.

King se sacó el reloj del bolsillo.

—Tíralo al agua.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

El boxeador se quedó mirándola.

—Esta pieza tiene un valor incalculable. Es única.

—Es un estúpido reloj.

Ajustó el ojo a la mirilla.

King, volviendo la cara como si fuese incapaz de mirar, dejó caer el reloj por encima de la barandilla: el oro atrapó la luz y destelló, latido de un corazón perdido entre las olas, dando vueltas sobre sí mismo hasta desaparecer en la negrura.

—Ahora tú.

—No sé nadar.

—Pues más vale que te encuentre pronto la patrulla costera. Toma.

Le arrojó una chaqueta salvavidas. King se la metió por la cabeza y se la ató a la cintura. Seguía con los ojos puestos en el sitio por donde acababa de hundirse el reloj. Hawley se dio cuenta de que estaba evaluando la posibilidad de zambullirse en su busca, de alcanzarlo antes de que llegara al fondo del mar.

—¿Ahora qué?

—Esto.

Lily apuntó con el rifle y le pegó un tiro en el brazo a King. En el brazo de dar puñetazos. En el que acababa de utilizar para pegarle a Hawley. El hombre aulló. Se agarró la herida con los dedos. Le corrió sangre por el codo, hasta salpicar el suelo.

—Y esto ¿a qué viene?

—Para los tiburones —dijo Loo.

Luego volteó el rifle en las manos, lo agarró por el cañón como un bate de béisbol y estampó la culata del arma, con todas sus muescas de muertos, contra la cara de King, un golpe tan duro como un gancho de derecha. El boxeador se tambaleó y ella lo hizo caer por la borda de una patada en el trasero, con una de sus botas de puntera de acero.

Loo se precipitó hacia su padre. Le hizo pasar un brazo por encima de su hombro y luego lo puso en pie y lo llevó a rastras hasta el *Pandora*. Cortó el cabo y apartó el yate de la proa del velero. Mientras los barcos se separaban, mantuvo el rifle apuntado a King, viendo cómo intentaba auparse al yate, que soltaba burbujas y absorbía el agua mientras se iba a pique. A los veinte metros, Loo puso en marcha el motor, del que se desprendieron unas cuantas chispas. Cambió las marchas y las hélices empezaron a girar, e iniciaron el alejamiento del yate volcado. Loo agarró con fuerza el acelerador y lo llevó al máximo, y pronto solo hubo el estrépito del motor, debajo, y el movimiento de las olas y el sonido del casco de madera surcando el agua. Loo fijó la caña en rumbo recto. Luego volvió junto a Hawley.

—No le has dado —dijo—. No puedo creer que no le hayas dado.

—Mira a ver si hay orificio de salida —dijo Hawley.

Loo lo puso de lado. Fue como algo gigantesco pesándole en los pulmones. La chica le palpó la espalda y el hombro con los dedos.

—Hay mucha sangre.

—Las balas —dijo Hawley— suelen entrarme por un lado y salirme por el otro.

—Esta no.

Buscó vendas. Abrió los envoltorios con los dientes. Presionó con ellas el orificio del pecho. Hawley sabía que ya no era Lily, pero Loo tampoco parecía Loo.

—¿No estás herida? —le preguntó.

Ella se tocó el chaleco que él le había dado.

Hawley cerró los ojos, aliviado. Se debatió contra el dolor que se le ramificaba por todos los nervios en miles de agujones punzantes.

—¿Y Jove?

Ambos miraron a donde estaba caído Jove, con el cuerpo enlazado al del oso gigante. Estaba muy pálido, pero respiraba. Loo le tomó el pulso.

—No sé qué hacer ahora.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Hawley trató de cogerle la mano, pero le resbalaron los dedos. Estaba empapada. Temblando.

—Loo —le dijo—. Qué bien has estado. Lo has hecho todo bien.

—No he sido capaz de matarlo.

Hawley le apretó la palma de la mano.

—Me alegro.

A Loo le pasaba algo en la cara. Hawley no supo qué, al principio, pero luego sí.

—Dame la botella —dijo Hawley.

—Estás muriéndote —dijo ella.

—No, no estoy muriéndome —dijo Hawley.

Loo le apretó otra venda contra el pecho. Luego buscó debajo del asiento. Allí seguía el whisky. Desenroscó la tapa y le acercó la botella a la boca. Hawley olió en su aliento el miedo animal.

—No —le dijo—. Es para ti.

Loo bebió un poco. Tuvo que toser, pero bebió otro poco.

—Eso es —dijo él—. ¿Sigues llorando?

—No.

—Muy bien. Pues ahora llévanos a casa.

El barco se balanceaba, pero Hawley se sentía quieto. El mundo estaba recuperando el equilibrio, del cielo al agua, del agua al cielo. Él se había pasado la vida entera moviéndose contra la corriente, luchando con ella, cortándola, obligándose a superar cataratas y diques, y ahora por fin había dejado de azotar las rocas con la averiada cola, para deslizarse en la dirección correcta. Para moverse con el mundo, en vez de contra el mundo.

Por qué no lo habré hecho antes, pensó.

Loo le dio una bofetada.

—Deja de morirte —le dijo.

—Alborotadora —dijo Hawley—. Esto no le habría gustado nada a tu madre.

LOO

Cayó la noche. En menos de una hora, a Loo empezó a costarle trabajo distinguir el bulto de su padre en el barco. A lo ancho del cielo había una multitud de estrellas. No había luna.

Habían perdido la radio y el sistema de navegación, que había recibido un impacto cuando reventaron las portillas. Con ayuda de Hawley, Loo había aprovechado el último atisbo del sol poniente para fijar un rumbo inicial, pero ahora llevaban millas navegando en la oscuridad, y la chica tenía la sensación de haberse desviado. Encontró una linterna en la bodega y durante media hora la estuvo sujetando en el hombro con la barbilla, mientras sus dedos se esforzaban en reconectar los cables, pero al final tuvo que desistir e hizo el esfuerzo de trasladarse a cubierta para ocupar el asiento del capitán y sostener entre las manos la caña del timón. No tenía ni idea de cómo girar, ni le constaba si debía hacerlo. Pero había que tomar una decisión y no podía recurrir a nadie, de manera que siguió adentrándose a ciegas en la oscuridad, con la esperanza de estar yendo en la dirección correcta.

Cubrió a Jove con una manta. Le comprimió la herida y le administró morfina para el dolor. Al tocarle las manos, notó que las tenía frías. Loo temía que se le muriese antes de llegar a tierra firme. Y ella seguía con la ropa mojada, de cuando se desplomó en el agua. En aquel barco era la única que no llevaba una bala en el cuerpo.

—Levántale los hombros —dijo Hawley.

Loo fue a buscar otra manta y la puso bajo la espalda de Jove, para mantenerlo algo incorporado.

—¿Cuánto tiempo crees tú que le queda?

—No mucho.

—Podría lanzar una bengala.

—Solo queda una —dijo Hawley—. No la uses mientras no veas alguna luz. Tarde o temprano tropezaremos con la Guardia Costera.

—¿Cómo te sientes tú?

—Estoy bien —dijo Hawley.

Pero cuando lo alumbró con la linterna no parecía estar bien. Estaba pálido y tenía los ojos turbios. Le cogió la mano y estaba igual de fría que la de Jove. Trajo otra manta de la cabina y lo cubrió con ella. Utilizó otro vendaje de presión para envolverle el pecho. Le tomó el pulso. Era débil, pero estaba ahí, una leve señal latiéndole bajo la piel.

—Descansa un poco.

Hawley no discutió. Cerró los ojos.

Loo fue a la cabina a buscar los prismáticos. Se subió a la proa, miró a la izquierda, luego a la derecha, pero era como mirar la nada: dos círculos negros de cristal. Lo único de consideración en cualquier sentido eran las estrellas.

Nunca había visto tantas. La bóveda del firmamento se desplegaba sin obstáculos ni interrupciones del paisaje, los árboles, las montañas, los edificios. Los cielos caían como una campana de cristal, encajando en los bordes de la tierra, una asombrosa muchedumbre de galaxias y satélites y soles lejanos tan brillantes que no logró localizar la Estrella Polar entre ellos. Hasta los planetas se perdían en la difusa extensión de la Vía Láctea. Loo echó de menos la carta estelar, con sus diagramas y sus círculos rotatorios, pero se la había dejado dentro de la maleta, en casa de Mabel Ridge. Llevaba años de sitio en sitio con el planisferio a cuestas, había estudiado sus figuras en habitaciones de motel y de hotel, en cafeterías y bibliotecas, en las últimas filas de alguna aula y en la camioneta de su padre, bajo la piel del oso y en la bañera y al final en el tejadillo de su casa. Siguiendo los diagramas de las constelaciones. Aprendiéndose de memoria sus nombres. Escuchó las olas y la leve respiración de su padre y se pasó las manos por la cara. El mapa lo llevaba dentro. Conocía esas estrellas. Las tuvo dibujadas en el cuerpo.

Cuando abrió los ojos y miró entre los dedos, la oscuridad le pareció más brillante. Más clara. Observó cómo se deshacía la espuma de la estela que dejaba el velero, luego levantó la barbilla y buscó entre los cuerpos radiantes la primera constelación que se había aprendido: la Osa Mayor. Su espalda se ramificaba a partir de las cuatro estrellas que conformaban su cuerpo, mostrando el camino hacia la Osa Menor, más escondida. La Menor se parecía a la Mayor como los hijos se parecen a sus padres. Una configuración más pequeña de las mismas partes. Una imagen especular ligeramente corrida, pero que contenía algo más poderoso que el tamaño o la fuerza al final de su cola, una constante fiel, un principio rector: la Estrella Polar.

Ahora que tenía Polaris localizada, Loo vio que el corazón se le calmaba para ajustarse a un solo propósito. Igual que en Dogtown, cuando descubrió aquellas rocas gigantescas, inamovibles y erráticas. Las estrellas eran postes indicadores, como las letras grabadas en las piedras, y Loo podía encontrar su camino desplazándose de una a otra, como se desplazó por el bosque desde VERDAD hasta LO QUE NO SE INTENTA NO SE CONSIGUE, pasando por VALOR.

Loo alzó el puño y lo situó contra el horizonte. A partir de cero, empezó a contar, utilizando su propio cuerpo como brújula. Diez grados por cada fracción de horizonte que abarcaban sus nudillos. La Estrella Polar se situaba a los noventa. Estaban a unos cuarenta y tres grados norte. Y tenían que ir hacia el oeste. Loo empujó la caña hacia sotavento, para fijar la Osa Menor a estribor del barco.

Las velas ondearon y el viento las llenó. En el banco, a su lado, Hawley se movió.
—Sé dónde estamos —dijo ella—. O eso creo.

El mundo, de pronto, había vuelto a quedar en foco, y ahora estaban revelándosele todas las constelaciones. Perseo y Pegaso. Ceto y Hércules.

No le veía la cara a su padre, solo el pecho subiendo y bajando. Cada momento sin que Hawley dijera algo la ponía más nerviosa. Señaló a lo alto:

—Esa estrella es Vega, creo. Es azulada, y una de las más brillantes, casi como la Estrella Polar. Forma parte de Lira, el instrumento musical de Orfeo, quien lo utilizó para convencer a Hades de que liberara a su mujer del averno. ¿Me escuchas, papá?

—Conozco esa historia. La mujer no debería haber vuelto la cabeza para mirar atrás.

Loo no se había quitado el chaleco antibalas. Debajo de la ropa estaba mojada, con la piel de gallina. Tenía magulladuras y le dolían las costillas al respirar. Su cuerpo había absorbido directamente el impacto de las balas. Aún percibía la vibración en lo más hondo de los huesos, la energía del impacto que la lanzó por encima de la borda al agua, que le vació de golpe todo el aire de los pulmones. Fue tal su miedo, que no notó el frío, hasta que de pronto lo notó, y se vio rodeada de agua blanca. Sin saber qué era arriba ni qué era abajo. Luego el chaleco de su padre la devolvió a la superficie. Y con la primera bocanada de aire se sintió lo contrario de muerta. Se sintió real y plena de fuerza, como se sentía cuando salió dando bandazos del océano y le rompió los dedos a Marshall, como si todo su miedo hubiera quedado herméticamente cerrado en el cañón de una escopeta.

—Tu madre —dijo Hawley. Respiraba con mucha dificultad.

—Cuéntame algo de ella —dijo Loo—. Algo que yo no sepa.

Hawley se atusó la barba.

—Bueno, pues... Una vez me pegó un tiro —dijo.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí.

Hawley se señaló la pantorrilla.

—Fue un tiro perfecto. Pero en condiciones normales no daba una en el blanco. Tenía que meterle miedo para que se concentrara. Como pasaba contigo al principio.

—Menudo truco.

—Funcionaba —dijo Hawley—. No estaríamos aquí si no hubiera funcionado.

Loo ajustó la caña. Tensó los cables.

—Voy a ver cómo está Jove.

—Loo —dijo Hawley en voz baja, cogiendo a Loo de la mano—. Jove ha muerto. Lleva veinte minutos muerto.

Loo retiró la mano.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No quería asustarte.

La chica se puso de rodillas. Apoyó los dedos en la muñeca y luego en el cuello de Jove. Era como tocar los bloques de carne en la cámara frigorífica del Sawtooth. Una solidez bajo la piel. Jove había perdido la gorra y tenía el pelo revuelto. Loo lo peinó, luego le cubrió con la manta el rostro lleno de cicatrices. Volvió a ocupar el asiento del capitán.

—¿Te vendría bien un trago?

—No.

—Pues a mí sí —dijo Hawley.

Loo localizó la botella y la acercó a los labios de su padre. Lo vio tragar. Hawley carraspeó y se limpió la boca con el dorso de la mano. Tenía sangre en los labios.

—Deberíamos decir algo —dijo Loo.

—¿Como qué?

—No sé. Una bendición. Como en los bautizos.

—De nada le va a servir ya.

—No por él —dijo ella—. Por nosotros.

Hawley hundió la mano en su bolsillo.

—No sé ninguna oración.

Loo recordó el saco de dormir de Jove, los dibujos de patitos que había en su interior y el agujero por el que se salían las plumas y se desperdigaban por toda la casa. Semanas después de que Jove se marchara, seguían apareciendo manojitos de plumón en los rincones del porche, incrustados en el tejido de la alfombra, incluso en los armarios, entre los platos y las tazas de café. Ese mismo saco de dormir estaba ahora en la bodega. Se había tendido sobre él para sacar el cañón de la escopeta por la ventana, haciendo brotar de sus costuras una nube de pelusa blanca.

—Necesito que me ayudes —dijo Hawley.

Loo le quitó de las manos la petaca. Extrajo del librillo un papel de fumar, juntó un pellizco de hojas espesas que olían a algo dulce. Lamió el borde del papel, enrolló el cigarro, retorció las puntas.

—Podemos hablar de él —dijo Hawley—. Y compartir recuerdos. Luego, cuando nosotros muramos, quizá haya otros que hablen de él. O no, y entonces nadie lo recordará. Y su historia terminará aquí mismo.

—Eso es horroroso.

—Así son las cosas —dijo Hawley.

A babor se veía algo flotando en el agua, balanceándose en las olas. Un fantasma que se zambullía y emergía otra vez y movía el pico... hasta que Loo se dio cuenta de que era una gaviota. Con la luz de las estrellas reflejándose en sus plumas. Otra gaviota voló por encima y luego se posó cerca de la primera, dejando una cresta en la superficie del agua.

—¿Qué hacen estos pájaros tan lejos de tierra? —preguntó Loo.

—Estarán siguiendo algo —dijo Hawley—. Un arrastrero, quizá.

Loo se subió al banco. Oteó el oscuro horizonte. Pero no había nada. No había tierra. No había luces.

Hawley volvió a carraspear. Intentó sentarse.

—En qué lío estamos metidos por mi culpa.

—No pasa nada.

—Sí pasa —dijo Hawley.

Loo seguía teniendo en la mano el cigarro que acababa de liar. Se lo puso en los labios. Lo prendió con el encendedor de su padre. La brasa brilló en rojo. La chica expulsó el humo y miró a Jove, oculto bajo la manta.

—No quiero que te sientas culpable si algo sale mal.

—Eres mi padre —dijo Loo.

—Ya lo sé —dijo Hawley—. Pero he estado antes donde tú estás ahora. Y no puedes salvar a nadie.

Loo estaba oyendo el ruido sordo del motor, bajo cubierta. Percibía el movimiento de los engranajes. Todas las piezas trabajando juntas para que la maquinaria funcionase.

—Mírame —dijo.

Utilizó el puño para medir el cielo. Contó hasta la Estrella Polar. Empujó la caña hasta que el barco obedeció, con los fuertes azotes del viento alrededor, con las velas crujiendo.

—¿Qué haces? —dijo Hawley.

—Poner rumbo a los Bancos. Están más cerca que la orilla. Allí estará el *Athena*, y seguro que tienen médicos a bordo. Científicos, por lo menos. Y radio.

—Y también tu novio —dijo Hawley.

—No lo es —dijo Loo—. No es eso. Ya no.

Hawley arrojó el cigarro por la borda.

—Bueno, pues espero que sigas intentándolo.

—¿Intentando qué?

—Estar con alguien.

Era como si hubiese oído sus pensamientos, como si conociera el miedo que tenía Loo a que nadie la quisiera nunca.

—Me has dicho que no ibas a morirte.

—Y no voy a morirme —dijo él.

—Pues entonces cállate la boca.

Loo volvió a encender la linterna. Revisó las vendas. No se sujetaban bien. Abrió otro rollo de gasa y le envolvió varias veces el hombro. Hurgó en el botiquín, buscando alguna otra cosa que pudiera servir. Trataba de no mirar el cuerpo de Jove, tendido junto a Hawley en la cubierta, poniéndose tieso y enfriándose bajo la manta.

—Líame otro cigarro.

—No debes fumar —dijo Loo, sin embargo echó mano de la petaca. Cogió una de las hojas de papel y la cargó de tabaco, temblándole los dedos, como le temblaban la primera vez que Hawley le puso una pistola en las manos.

—Hay una lista de mis cajas de seguridad en los frascos de regaliz. También metí las llaves.

Loo accionó el encendedor, lo cubrió con la mano y por un momento el rostro de su padre quedó alumbrado, con sombras bailándole por el mentón y rodeándole los ojos, haciendo que sus rasgos parecieran formar parte de una máscara rota, y luego la llama se apagó y solo quedó el cigarro. Mientras observaba cómo aparecía y desaparecía el ascua de color ámbar, aspirando el humo de su padre, se encontró en el bosque de detrás de su casa, cinco años antes. Notó el rifle en las manos. Escuchaba con la cabeza vuelta. Su padre estaba al sol, recostado en una roca. Pidiéndole a Loo que eligiera un blanco.

—El resto del dinero está en un fondo bancario. Será tuyo cuando cumplas los dieciocho. El abogado tiene todas las instrucciones.

—¡Cállate, cállate, cállate! —gritó Loo.

El motor falló y el mundo quedó en silencio. Loo miró el indicador de la gasolina. Estaba bajo. Decidió ahorrar combustible. El viento iba en aumento y las velas estaban tirantes. Cuando el barco se desvió, Loo cargó todo el peso de su cuerpo contra la borda de estribor. Mantuvo el barco enrumbado al norte.

—Tendríamos que habernos comprado un barco así —dijo Hawley—. Habríamos hecho excursiones. Habría sido estupendo.

—Ahora lo tenemos —dijo Loo.

—Sí, supongo que tienes razón.

Había otros pájaros congregándose alrededor, fantasmas grises balanceándose en el agua y dando vueltas en el cielo, atrapando las corrientes de aire, proyectándose luego hacia las estrellas para dejarse caer en espirales. El viento era distinto y el aire había cambiado. Olía a isla. Algas y percebes. Loo pensó que eran los Bancos. Tenían que estar acercándose.

—Me alegro de que hayas tirado el reloj —dijo Hawley.

—¿Cuánto valía?

—Demasiado.

Estaba empezando a farfullar. Hawley dio una calada y luego se apartó el cigarro de la boca. Soltó el humo como soltando años de su vida. Luego empezó a caerse la ceniza y el papel de fumar crujía, arrugándose, y los pájaros del océano levantaron el vuelo todos a la vez, batiendo las alas y llamándose entre ellos. Enfrente, Loo vio que las olas se alisaban en una laguna aceitosa, y que algo surgía de aquella lisura, una pálida y rugosa joroba de tierra que enseguida se abrió para expulsar una neblina de aire viejo y a presión.

—Papá. —Loo se apoyó con fuerza en la caña—. Hay algo ahí delante.

Hawley se volvió para situarse de cara al mar. La criatura, fuese lo que fuese, había vuelto a caer bajo la superficie. Loo tragó saliva. Se había pasado demasiado tiempo concentrada en las estrellas, ignorando lo que podía haber debajo. Ahora imaginó la profunda distancia por debajo del casco, millas y millas de agua, y toda la vida que allí transcurría en la oscuridad. Animales que no tenían necesidad alguna de luz, ni de aire, ni de subir a la superficie salvo para comer.

Una erupción de burbujas rodeó la embarcación. Hubo un ruido de succión, de desplazamiento de agua, y una ballena emergió a la superficie muy cerca del velero, lanzando un chorro de espuma directamente contra el lado de babor. Un desplome de agua salobre cayó sobre sus cabezas. Loo cubrió a su padre con los brazos, y cuando terminó el chaparrón apestaba a algas y a rocas resbaladizas y a las botas marineras de Hawley y a los poderosos goznes de los mejillones y las almejas, que mantenían fuertemente cerradas sus valvas. Era el olor del agua en contacto con la tierra. Era la ballena lo que olía a isla.

El brillo de las aletas que pudo vislumbrar bajo las olas le indicó que era una ballena jorobada. El resto de su cuerpo no era más que una silueta gigantesca, una sombra que rodeaba el barco, zarandeando el casco. Loo se aferró a la caña. Sabía que las ballenas pueden permanecer cuarenta minutos bajo el agua. Vidas, vidas enteras entre inhalación y exhalación. Pero esta ballena se mantenía cerca. Como pensándose qué hacer con Hawley y con Loo.

Tomó aire. Expulsó la mitad. Esperó. Y esperó. Y entonces recordó el corazón de la ballena. El de plástico rojo y rosa al que se había encaramado en el museo, hacía ya tanto tiempo. Cada cámara fue para ella una habitación independiente donde se sintió segura y protegida, y la aorta fue un túnel que conducía a otro mundo enteramente nuevo. *Qué pequeño debe de parecerte todo cuando tienes un corazón en el que cabe gente a gatas.* Se puso la mano en el pecho. Sintió la vida que tenía dentro, dándole golpes hacia fuera.

—Papá —dijo. Tenía que contárselo a Hawley. Necesitaba que él lo supiera.

Y enseguida, de pronto, la boca abierta de la ballena apartó las olas, los tubérculos incrustados de percebes, mascarón de proa de alguna nave hundida y olvidada que ahora surgía de las profundidades. Loo vio la barba que le cubría el

borde interior de la mandíbula, igual que el peine del telar gigante de Mabel Ridge. La ballena viró y ahí estaba su ojo, negro y resplandeciente bajo gruesos pliegues de piel, situado sobre los dentados surcos de su garganta gruesa y ancha. No supo si la ballena la miraba o no la miraba. No supo si el animal pensaba algo o no pensaba nada. La criatura giró sobre sí misma, como un autobús en rotación, y elevó en el aire la aleta pectoral, para luego voltearse con facilidad y sumergirse, mostrando entera la larga espalda oleaginosa, hasta que solo quedó a la vista y en alto la aleta de cola, con el borde de sierra moteado de blanco, curvándose y arañando la superficie de los cielos para luego zambullirse, hasta dejar solo una extensión de ondulaciones concéntricas, que se iba ensanchando al acercarse al *Pandora*.

Las gaviotas levantaron el vuelo, con rumbo norte. Loo tensó con fuerza la vela mayor. Fijó la ruta y siguió a los pájaros y a la ballena. A cien metros por delante vio borrosamente el espiráculo, contra las estrellas. En la siguiente vez que el animal salió del agua, la chica solo oyó el golpe. El ruido comprimido del aire al salir.

En el banco de enfrente, el cigarro de Hawley ya no estaba. Loo se le acercó a gatas y le puso el oído en el pecho, le tanteó la garganta con los dedos. El corazón seguía ahí. Latiendo. El rostro y las manos de Loo se mancharon de sangre.

Se asomó por un costado del barco. Tocó con la palma de la mano la superficie del océano. Había cosas pequeñas centelleando en el agua. Fosforescencias que subían de las profundidades, tras el paso de la ballena. Dinoflagelados y fitoplancton que generaban una pulsación etérea, tenue y verdosa que se mezclaba con el reflejo alto de las estrellas, con todos los héroes y las leyendas del cielo. Había luz suficiente para abrirse camino por las olas. Suficiente para que Loo observara cómo la sangre abandonaba su piel. Levantó la cabeza y vio una hilera de boyas, pestañeando en la distancia. Luego un barco. Y luego otro. Y otro más.

—Hemos llegado —dijo Loo—. Lo hemos conseguido.

Cogió el lanzabengalas. La pieza de plástico le transmitió una sensación de ligereza y fragilidad, incluso después de introducir en ella el cartucho. Era como tener en las manos un juguete. Un arma transformada en maravilla. Se encaramó a la popa del barco. Se agarró al estay mayor. Intentó situarse lo más arriba posible, para orientar la vista en la dirección debida.

La voz de su padre le llegó de la oscuridad.

Hawley le preguntó:

—¿A qué le vas a disparar?

—A todo —dijo Loo.

Y levantó el brazo y apretó el gatillo.

EPÍLOGO

Con un impulso rápido y sin nombre, en soberbio arco elevado, el acero brillante cruza la distancia espumosa, y vibra en el punto vital de la ballena. En vez de agua centelleante, ahora chorrea sangre roja.

—¡Eso le ha hecho saltar el tapón! —grita Stubb—. ¡Es el inmortal Cuatro de Julio; todas las fuentes deben manar hoy vino!

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

AGRADECIMIENTOS

El recorrido de este libro ha sido largo, y son muchas las personas a quienes debo agradecimiento. A mis padres, Hester y William Tinti, que siguen inspirándome con su firme apoyo y su amor. A mis hermanas, Hester y Honorah, por respaldarme siempre y por haber introducido en mi vida a Owen, Phelan, Isabelle y Geno. A Helen Ellis y Ann Napolitano por conservar la fe. A mi familia de *My One Story*: Maribeth Batcha, Devin Emke, Patrick Ryan, Will Allison, Karen Friedman, Adina Talve-Goodman, Amanda Faraone, Lena Valencia y todos los demás seguidores, voluntarios y autores. A los asombrosos Dani Shapiro, Michael Maren, Antonio Sersale, Carla Sersale, Jacob Maren, Jim Shepard, Karen Shepard, a los de Sirenlander, pasados y presentes, y a nuestro querido Franco, que ya no está entre nosotros. A mi familia de Nueva York: Yuka, Kareem, Maya y Saya. A Kate Gray, por tantos océanos. A Ruth Ozeki, Ann Patchett, Richard Russo, Karen Russell y Meg Wolitzer por sus generosas palabras. A Deborah Landau y a todo el personal y todos los alumnos del Programa de Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. A Ruth Cohen y al Museo Americano de Historia Natural, por permitirme entrar en el corazón de la ballena. A Rahna Reiko Rizzuto, Dan Chaon, Willy Vlautin, Josh Wolf Shenk, Leigh Newman, Anna Solomon y todos los del Poker Gang, por sus lecturas tempranas, por su amistad y por sus consejos. A Joe Lewis y Matthew Cheney por hacerme partícipe de su conocimiento de las armas. A la Brooklyn Creative League, el Center for Fiction, el Ellen Levine Fund for Writers, el New York Community Trust, la fundación Civitella Ranieri, Aspen Words, la fundación Catto Shaw y Hedgebrook por darme cobijo en plena tormenta de dudas. Al Borg y los Erratics, que me enseñaron a trazar mis límites. A Lynda Barry por *One! Hundred! Demons!*, a E. L. Doctorow por cantar *Bye Bye Blackbird*. A Nina Collart por la playa en invierno. A Amy O'Neill Houck y James Houck por Alaska. A Tin House por arriesgar con «Bala número dos», y a Otto Penzler y Lisa Scottoline por *Best American Mystery Stories*. Una enorme ronda de copas para la brillante visionaria Susan Kamil, el intenso editor Noah Eaker y a todos los de Dial Press, que tejieron con sus propias manos una alfombra roja para esta novela: Gina Centrello,

Sally Marvin, Maria Braeckel, Theresa Zoro, Susan Corcoran, Jessica Bonet, Leigh Marchant, Avidah Bashirrad, Emma Caruso, Dhara Parikh, Allyson Lord, Kelly Chian, Benjamin Dreyer, Caitlin McCaskey, Anastasia Whalen, Michael Kindness, David Underwood, Ruth Liebmann, Sherry Vartz, Ron Shoop, Michele Sulka y tantos otros: sois una constelación de maravillas. A la agencia Marsh, a la agencia Abner Stein, a Caspian Dennis, a Jill Gillett y a Geoffrey Sanford por dar a conocer a Hawley y Loo al resto del mundo. Y, para terminar, mil hogazas de pan de jengibre para Aragi, Inc., una agencia que es como estar en casa, un equipo de escritores que parecen familia, para Duvall Osteen, que nos tiene a todos a raya, y Nicole Aragi, mi guerrera bebedora de té, que nunca dejó de creer que yo encontraría las palabras.